

# UN HABITANTE DE DOS PLANETAS

Phylos el Tibetano



Este libro está dedicado  
a los pensadores de vanguardia de todas partes,  
pero especialmente al "Ayudante Invisible"  
que hizo posible su presentación  
al mundo.



ד ה ה ה

UN HABITANTE DE DOS PLANETAS  
O  
LA BIFURCACION DEL CAMINO

por  
FILOS EL TIBETANO

Esto es antes de la venida de un nuevo Cielo y una nueva Tierra,  
en la que reinará el Príncipe de la Paz por siempre jamás,  
cuando lo Viejo pase, porque, ¡mirad! en la tierra  
no existe nada más grande que el hombre;  
en el hombre no existe nada  
más grande que la mente.

"Nunca digais estas palabras: «Yo no sé esto, por lo tanto es falso».  
Uno tiene que estudiar para saber; saber para comprender;  
y comprender para juzgar". —Apotegmo de Narada.

"Existen más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio,  
que puedas soñar en tu filosofía". —Hamlet.

 EDITORIAL HUMANITAS



Luis Cárcamo, Editor

Título del original en inglés:

“A Dweller on Two Planets”

Autor: Phyllos el Tibetano

©Mundial para todas las ediciones en lengua castellana:  
Editorial Humanitas, S.L. — Luis Cárcamo, editor

Traducción al castellano: Paloma Casau

©de la traducción: Editorial Humanitas, S.L. / Luis Cárcamo, editor

Primera edición en castellano, 1993

Reimpresión en 1998

ISBN: 84-7910-138-5

Depósito legal: B-3355-1993

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadoras, cassettes, etc., sin permiso escrito de la editorial.

Impreso por Editorial Humanitas, S.L.  
Centro Industrial Santiga  
c/ Puig dels Tudons, s/n  
Talleres 8, Nave 17  
Telf. y Fax: 93 718 51 18  
08210 Barberà del Vallès  
Barcelona (ESPAÑA)

## **PREFACIO DEL AMANUENSE**

Con permiso del Autor, cuya carta dirigida a mí sigue a continuación como su prefacio a éste, y para satisfacer la curiosidad natural y satisfacer, en lo que se refiere a cualquier afirmación personal que yo haya hecho, cualquier mente curiosa honesta, humildemente aparezco en orden brevemente para dar a conocer los hechos más importantes concernientes a la redacción de este, incluso para mí, sumamente extraordinario libro.

Yo soy el único hijo del Dr. Oliver y señora, quienes durante muchos años han residido en el estado de California.

Nací en Washington D.C., en 1866 y fui traído a este estado por mis padres dos años más tarde. Antes de comenzar a escribir este libro, en 1884, mi educación había sido comparativamente limitada, y llegaba sólo hasta un conocimiento muy superficial de los temas que aquí se tratan.

Mi padre, un médico bien conocido, murió hace unos años, mi madre le sobrevivió. Ambos fueron testigos cotidianos de la mayoría de las circunstancias y hechos que rodearon la redacción de este libro. Pero, aparte de mencionar esto, no creo que yo tenga la obligación de presentar a mi familia en este trabajo ni, de hecho, a mí mismo, excepto en lo que respecta a mi labor y a hacer mi trabajo como amanuense.

Siento que mental y espiritualmente no soy sino una figura al lado del Autor de las grandes, profundas, de largo alcance y trascendentales cuestiones que se presentan en las siguientes páginas; y yo las leo y las estudio con tanto interés y beneficio, imagino, como lo hará cualquier lector. Al mismo tiempo, siento, sin ningún sentimiento del orgullo natural de un Autor de tal libro,

que éste es la obra del amor desinteresado, y que ayudará al mejoramiento de un mundo en creciente lucha, buscando siempre más luz, y que alimentará al hambriento de conocimiento del gran misterio de la vida y del alma en constante evolución, por Aquel que dijo—"YO SOY EL CAMINO, SIGUEME".

En estos días de duda, materialismo, e incluso total ateísmo, se necesita todo el coraje que poseo para afirmar, en términos claros e inequívocos, que el siguiente libro, "UN HABITANTE DE DOS PLANETAS", es absoluta revelación; que yo no me creo su Autor, sino que una de esas misteriosas personas, si mis lectores deciden llamarlo así, un adepto de lo arcano y oculto en el universo, mejor comprendido al leer este libro, es el Autor. Tal es el hecho. El libro me fue revelado a mí, un muchacho, cuyos padres eran inequívocamente poco severos, hasta tal grado que el muchacho podía hacer lo que le placía en la mayoría de las cosas. No careciendo de inclinación al estudio, pero faltándome fuerza de voluntad, continuidad y energía, conseguí pocos triunfos escolares, y fui duramente criticado por mi profesor como "descuidado, incluso perezoso". Por lo tanto, cuando había cumplido los diecisiete años, "Filos, el Esoterista", me tomó activamente a su cargo, disponiendo hacerme su instrumento para el mundo, ese profundo adepto mostró hacia mí lo que me pareció una rara fe, porque yo no tenía una cultura sólida, tal como se considera normalmente, no tenía ninguna creencia religiosa en particular, y como único mérito yo tenía voluntad, amor por lo extraordinario, y una mente transparente.

Durante un año mi preceptor oculto me educó a base de "charlas mentales", y hasta tal punto estaba mi mente ocupada por los numerosos pensamientos nuevos con los que él me inspiraba, que yo no prestaba atención a mi entorno, trabajaba automáticamente si es que lo hacía en absoluto, estudiaba y no leía, y escasamente escuchaba a los que se dirigían a mis sentidos exteriores. Entonces, mi padre decidió frenar mi "inminente imbecilidad", tal como él la llamaba; porque yo había evitado las explicaciones, y no había dicho nada de las charlas con mi preceptor místico, a quien incluso yo no había visto nada más que unas cuantas veces. Cedí a la presión paterna, y conté mi secreto divino. Para mi alivio, no fui amonestado, sino que después de una larga narración a ambos progenitores, éstos expresaron su deseo de escuchar también al misterioso extraño. Esto él no lo pudo conceder, pero me prometió que citaría sus palabras, charlas y contactos, y con el tiempo llegué a ser tan erudito que podía

repetir lo que él decía casi tan deprisa como él me hablaba a mí. Se formó un círculo en casa, consistente al principio en mis padres, W.S. Mallory (ahora en Cleveland, Ohio), y yo, como oyentes, y Filos como maestro. Más tarde, la señora S.M. Pritchard y la señora Julia P. Churchill estuvieron presentes. Esto fue en Yreka, condado de Siskiyou, California, a principio de los ochenta, donde se comenzó el manuscrito en el año del Señor 1883-4, pero fue terminado en el condado de Santa Bárbara, California, en el año del Señor 1886, donde ha permanecido en el manuscrito, por orden del Autor.

Tendrá un interés añadido para aquéllos que aman, o están interesados en CALIFORNIA, saber que dentro de la panorámica de Shasta, uno de los picos de montaña más elevados, este libro fue comenzado y casi terminado bajo la inspiración de ese espíritu de la naturaleza que habla siempre a aquéllos que, escuchando, comprenden.

En qué forma el Autor difiere de nosotros mortales comunes, y cómo, por sus métodos ocultistas, él posee el poder de dictar—"revelar"—tal como lo ha hecho y todavía lo hace, puede ser comprendido mejor si se investiga su extraordinario registro, descrito en este libro su historia personal.

En 1883-4, año del Señor, a la vista del inspirador pico del Monte Shasta, el Autor comenzó a hacerme escribir lo que él me decía, y, curiosamente, dictó el capítulo inicial del "Libro Segundo" el primero de todos. Otros capítulos, tanto precedentes como subsiguientes, fueron dados a intervalos de pocas semanas, o incluso meses, en ocasiones sólo una página o dos eran escritas, en otras ocasiones hasta ochenta páginas eran escritas en pocas horas. A veces yo era despertado a medianoche por mi mentor y escribía a la luz de la lámpara, y también sin luz, en la oscuridad. En 1886, el trabajo principal, tal como yo lo recuerdo, había sido terminado. Entonces, él me hizo revisarlo, bajo su supervisión, y este trabajo fue tan errático como el otro. De hecho, todo el tema era como si él tuviera el manuscrito ya preparado cuando comenzó el dictado por primera vez, y le era indiferente qué partes eran escritas primero, con tal de que fueran escritas todas. Si yo hubiera sido un medium en el sentido usualmente entendido por los creyentes en el espiritualismo, tal como yo lo entendía, la escritura habría sido automática, y yo no habría sido obligado a vestir su conversación hasta tal punto con mi propio lenguaje, y en ese caso no hubiera sido necesario hacer una revisión. Pero yo estuve siempre consciente de cada entorno, muy similar de hecho, a cualquier estenó-

grafo, diferente a un amanuense, pero yo no era entonces un informador taquígrafo. Dándome cuenta de lo útil que sería, para escribir las enseñanzas de mi preceptor, mi posesión de ese arte, aprendí a escribir taquigrafía, aunque nunca fui un experto.

El trabajo fue revisado dos veces; dos veces me hizo revisar este manuscrito escrito erráticamente, el cual, tal como he dicho, fue en su mayor parte escrito hacia atrás. Fue dado de forma tan extraña que yo casi no tenía idea de lo que era, o de qué trataba. En una ocasión, cuando yo había escrito más de doscientas páginas, en su mayoría hacia atrás, esto es, las frases últimas escritas las primeras, tan deprisa y mezcladas que yo no tenía idea de su sentido, él me hizo quemarlas sin ni siquiera leerlas. Esto hice, y hasta este día tengo poca idea de lo que esas páginas contenían, o por qué él me hizo destruirlas; tampoco me lo dijo. El libro fue terminado en el año del Señor 1886, aunque a efectos de publicación el manuscrito ha sido completamente copiado por un experto en literatura, para que cualesquiera errores en el mismo debidos a mis propias limitaciones y errores de transmisión como amanuense, fueran eliminados.

En el año 1894 el manuscrito tal como quedó terminado en 1886 fue copiado a máquina por duplicado por la señora M.E. Moore de Louisville, Kentucky, y ella posee una de dichas copias desde mediados del verano de 1899. La copia Moore nunca ha sido alterada ni en una letra desde que fue escrita, evidencia de la misma ha sido preservada notarialmente. El citado manuscrito fue inscrito con los derechos de autor por mí en 1894, y debido a una adición al título, otra vez fue inscrito en el año 1899.

Durante todo este tiempo no se me ha permitido, ni he podido, publicarlo. En el intervalo, muchas de las cosas de las que se habla en forma de redescubrimientos científicos o mecánicos, de los que se habla en el libro, han tenido lugar. Estos altos logros de los atlantes, perdidos durante miles de años, como resultado del hundimiento de su gran continente, han sido y están siendo sacados a la luz y a la utilidad, confirmando la predicción del Autor.

Prueba de ello es el descubrimiento reciente de los rayos Roentgen o "rayos-X", que ni se soñaba en 1886, y sin embargo en el libro podrán ustedes encontrar un largo tratado concerniente a la "Catodidad", y los increíbles poderes del "Lado Nocturno de la Naturaleza", de tan práctico uso y tan bien comprendido por las gentes de esa maravillosa época. También es de notar la telegrafía sin hilos; ésta, también, está aquí, esparcida y mencionada por todo el libro, dando preludio a la posibilidad de interpolación. Una vez

más, con relación a la existencia de sólo "Una Energía" y sólo "Una Sustancia", que ahora comienza a encontrar defensores y aceptación científica general, en lugar de pasar por ser una quimera para la hipótesis de los elementos sostenida durante largo tiempo por los químicos. Esto también es una parte integral de este libro; aunque no hace más que dos años que apareció en la Revista Harper un artículo avanzando seriamente esta teoría de ciencia de fin de siglo como novedad. Estos no son sino ejemplos importantes de lo que fue descrito en "UN HABITANTE DE DOS PLANETAS" en 1886, junto con muchas más predicciones de la inminente llegada de lo que el Autor denomina redescubrimiento de los secretos enterrados con la Atlántida; y se promete que nosotros como atlantes que hemos regresado, vamos a ir más allá de su perdida grandeza, y que por medio de etapas lentas y sintéticas, vamos a sobrepasar aquellos maravillosos logros, a medida que la mente y el alma del hombre expandiéndose y creciendo continuamente, escale siempre más alto en las rondas de su evolución.

A los buscadores serios, aunque quizás escépticos, me permito decirles que la evidencia de que este libro fue terminado en 1886, y antes de que los descubrimientos de los últimos tiempos fueran conocidos, existe abundantemente y puede ser claramente establecida, para aclarar cualesquiera telas de araña que, de otra forma, puedan encontrar alojamiento en sus mentes e impedirles aceptar el libro por lo que su Autor afirma que es, la Verdad.

De la habilidad de los buscadores de aceptar así este libro como historia y no como ficción, depende mucho, para poder alumbrar el Sendero para sus almas. Estoy más bien esperando otro trabajo, pero si lo tendré o no, o algún otro amanuense lo conseguirá, no lo sé. Si llega tal como ha sido prometido, será un trabajo para los ojos internos de aquéllos que se benefician de este trabajo, y buscan todavía más del consejo que colocará sus piés firmemente en el "Estrecho Camino del Logro".

Al escribir como tal amanuense, soy siempre consciente de la presencia que se llama a sí mismo Filos, siempre que él decide venir a mí, y algunas veces lo veo así como lo oigo y hablo con él, aunque la visión es poco común. La clarividencia y la clariaudiencia son las responsables de esto. Oigo, hablo o escribo, lo que se me dice según soy dirigido. A menudo, después de que se me ha mostrado una imagen mental, se me deja que la exprese con libertad en mi propio lenguaje. En tales ocasiones, soy totalmente consciente de lo que me rodea, tanto como en cualquier otro momento, aunque me siento como elevado a la presencia de un

Maestro, y alegremente hago para él el trabajo de amanuense. Si el buen consejo y amoroso cuidado que he recibido personalmente de mi sabio amigo hubiera sido fiel y persistentemente recordado y seguido, en lugar de tomado bastante a la ligera u olvidado tan a menudo que casi se desvaneció de mi recuerdo durante su ausencia, yo habría sido sin duda un mejor ejemplo que el que creo que soy, de las grandes lecciones que él da en este libro.

Nunca se me ha presentado a mí mismo ni a otra persona ni al público como poseedor de habilidades mediúmnicas o de otra clase, ni nunca he usado las mismas a requerimiento de ninguna persona por amor al dinero. Cualesquiera que sean mis talentos o cualidades en estas cosas, han sido solamente usados como un don sagrado. Con tales influencias como las que me han rodeado en este trabajo, puedo ciertamente decir con agradecimiento que nunca he sido tentado para obrar de otra manera, si hubiera podido, y siempre he recibido mucho más bien del que creo que mis servicios han devuelto.

Ahora la pregunta surge, ¿creo en este Libro? Indudablemente, sí. Puede haber puntos que puedo aceptar sólo por fe, como cualquier otro lector, pensando que llegará un día en el que, si mantengo mi fé, seré instruido por el Espíritu de quien él da testimonio. Ciertamente habrá críticas por parte de algunos en cuanto a la forma en que se ha escrito este manuscrito, y en cuanto a la verdad de mis afirmaciones relacionadas con él, como ha ocurrido tan a menudo con los que prefieren creer que tales declaraciones no son sino ficciones de autor. Yo he llegado a conocer personalmente la verdad de algunas de las cosas mencionadas en este libro, en el curso de los quince años que ha durado esta conexión. He tenido muchas experiencias, mentalmente confirmatorias al menos, bien de las declaraciones directas del autor, o tendentes a fortalecer la confianza absoluta que tengo en él a quien reverencio tan profundamente. A menudo, incluso como "Cristiano" en el "Progreso del Peregrino", he caído. Pero el Sendero está ahí. ¿Acaso el sol deja de brillar porque la niebla lo oscurezca?. Entonces, ¿acaso no debemos seguir el Sendero, olvidando a las personas, y mirando al espíritu, al leer el Libro de Filos?.

F.S. OLIVER.

**CARTA DE FILOS, AUTOR DE ESTA HISTORIA.**

Enero 1886.

Hoy día, hermano mío, las masas de la humanidad en este planeta son conscientes del hecho de que su conocimiento de la vida, el Gran Misterio, es insuficiente para las necesidades del alma. Por esto, ha aparecido una escuela de pensamiento avanzado cuyos miembros, ignorantes de la misteriosa verdad, no obstante conocen su ignorancia y piden luz. No tengo ninguna pretensión cuando afirmo que yo, estudiante Teocristiano y Adepto de lo Oculto, pertenezco a una clase de hombres que conocen y pueden explicar estos misterios. Yo, junto con otros Adeptos Cristianos, influenciamos a los escritores y conferenciantes inspirados por medio de una capacidad para proyectar el control de nuestras mentes entrenadas y, por lo tanto, más poderosas, sobre las suyas, que lo están enormemente menos. Por lo tanto, cuando la gente pide pan, nuestros medios de comunicación se lo dan. ¿Quiénes son éstos, nuestros medios de comunicación? Todos ellos son hombres y mujeres, dentro y fuera de las iglesias, que dan testimonio de la Paternidad de Dios, de la Filiación del Hombre, y de la Hermandad de Jesús con todas las almas, sin distinción de credos o formas eclesiásticas. Porque éstos, nuestros escritores y conferenciantes, han trabajado para el bien de la humanidad, el bien viene y vendrá a ellos, pan procedente de las aguas. Es adecuado que los líderes de la vanguardia mental reciban remuneración generosa. Y así es. Pero en este punto entra una fase diferente. Observando el grito pidiendo más luz, más verdad, observando también cuán grande es la recompensa, aparece el imitador, que no tiene luz de inspiración, ni concepción de la verdad real, ni ninguna de las leyes de lo Eterno. ¿Qué hace éste? ¡Observa! Con una pluma cuya caña es imitación, y cuyo punto no es del oro del hecho, sino del metal perecedero de la avaricia egoísta, esta persona escribe. Introduce su pluma en la tinta del sensacionalismo más o menos atractivo, sucio con la suciedad de la inmoralidad y la asquerosidad, y dibuja una escena iluminada por el baño de sebo de la lascivia y la corrupción. No hay en su trabajo deseo elevado de inspirar a sus lectores; trata con los aspectos más bajos de la vida e, ignorante de la penalización inexorable por el pecado, no tiene ninguna expiación que exigir a sus personajes. Mientras que un tanto atraído por la brillante palabrería, el lector llega al final consciente en todo momento de que el grito de su alma pidiendo el pan de la eternidad no ha sido

contestado ni siquiera por una piedra, ¡sino por un puñado de barro! De esta forma no se consigue ningún buen propósito; nada se enseña sobre las leyes reales o las filosofías de la vida; arrastra, pero nunca eleva. Sobre los que hacen esto caerá la retribución, y serán los jueces de ellos mismos, y también ejecutores, en el mar abierto del alma, donde su propio espíritu no tendrá misericordia de las malas obras del alma. Puede haber otros imitadores que, poseídos de un genuino deseo de hacer el bien, imitarán obras de intuición y, aunque su obra sea pobre, si el propósito ha sido hacer el bien, en la medida en que lo hayan logrado el Altísimo juzgará que lo que es para bien no es para mal. ¡Pero que sepan los que, por dinero o beneficio, se sientan tentados de dar piedras o barro!.

Y ahora, hermano mío, tengo otro tema del que hablar. Los lectores de mi libro, "Dos Planetas", pueden pensar por un tiempo en esos pasajes relativos al pecado de la Princesa Lolix y de Zailm, el sobrino legal del Emperador Gualun. Estos lectores pueden decir que la mención de este hecho, aunque factible de que ocurra como una de las muchas experiencias de la vida, está no obstante fuera de lugar en un libro cuyo propósito es altamente moral. Pero yo pregunto a esos que conocen mi trabajo, ¿de verdad? ¿Es inexcusable hablar de estos graves pero comunes delitos, si el autor puede tratarlos como ejemplos de la ley infringida, y puede colocar el funcionamiento de tal ley tan claramente ante este insensato mundo que los hombres y mujeres sientan miedo de infringirla, temerosos de la penalización, que no puede ser en forma alguna evadida? Creo que es injustificable guardar silencio bajo tales circunstancias. Yo, lejos de subestimar la magnitud de la penalización del delito, no he dado toda la panorámica expiatoria. Por lo tanto, sé de lo que hablo, porque ésta, hermano mío, es la historia de mi vida, ¡y las palabras no tienen la capacidad de describir la total desdicha que la ejecución del castigo me causó! Pero si una sola alma puede ser salvada de tal desdicha, y similar o igual pecado, o menos o más error, entonces, estoy satisfecho. He tratado de explicar el gran misterio de la vida, ilustrándolo con parte de la propia historia de mi vida, extractos que cubren años buscando entre muchos miles; y el más grande de todos los Libros ha sido mi texto. Aquí no añado ni quito, sino que explico\*. Que la paz sea contigo.

FILOS.

(\*) Apocalipsis, XXII, 18-19; también I Timoteo VI, 3-12.

Addendum: Me siento enormemente agradecido a muchos escritores y autores brillantes por las numerosas citas que he aprovechado, sin haber dado el crédito en su momento; es imposible dar las gracias a cada uno en particular, por lo tanto, tengo que hacerlo de forma concreta, según el mundo se ve obligado a expresar su gratitud agregada, no por palabras de alabanza, sino porque modela su vida en conformidad con los nobles preceptos existentes en la poesía y en la prosa, diseñados para la humanidad como el legado de todas las épocas. En la medida en que el mundo sea ayudado, así habrá sido mi trabajo; espero que yo haya devuelto ayuda por ayuda.

Sinceramente,

FILOS.

### UNA MARAVILLOSA PREDICCIÓN

En este prefacio puedo decir lo que me plazca. Me fue dado por el Autor.

Un tema que no ha sido tratado específicamente por Filos en este libro, pero que no me ha prohibido comentar, creo que casi es obligatorio darlo al público aquí, especialmente porque me lo dijo él cuando yo estaba de vacaciones veraniegas en Reno, Nevada, en el año 1886. Yo en aquella época lo resumí en una historia corta, que feché pero que, más exactamente, leí a una joven amiga mía, miss. S. Este hecho ella puede testificarlo como auténtico, porque fue escrito ante sus ojos, fue valorado por ella, su hermana y su madre, y, además, fue escrito en un papel traído para este propósito desde la tienda de su padre.

Filos me dijo que dentro de quince años, más o menos, pensaba él, los científicos del mundo habrían descubierto y aplicado las fuerzas eléctricas al telescopio astronómico. En qué forma, él no lo dijo, aunque dió suficientes detalles como para que alguien que estuviera familiarizado con estos temas probablemente pudiera haber sido capaz de captar la idea y desarrollarla con éxito. Filos dijo que las corrientes eléctricas no impresionadas con vibraciones como las que producen el sonido, el calor y la luz, hasta que se las bloquea, podrían ser añadidas a las vibraciones de luz constituyendo así la imagen que se observa a través del telescopio. Esto sería conseguido por medio de bien conocidos elementos químicos así llamados, cuyos elevados poderes entonces todavía no reconocidos estaban aún por descubrir.

El resultado me fue descrito como altamente inspirado y maravilloso más allá de todo lo imaginable en la tierra. Así pues,

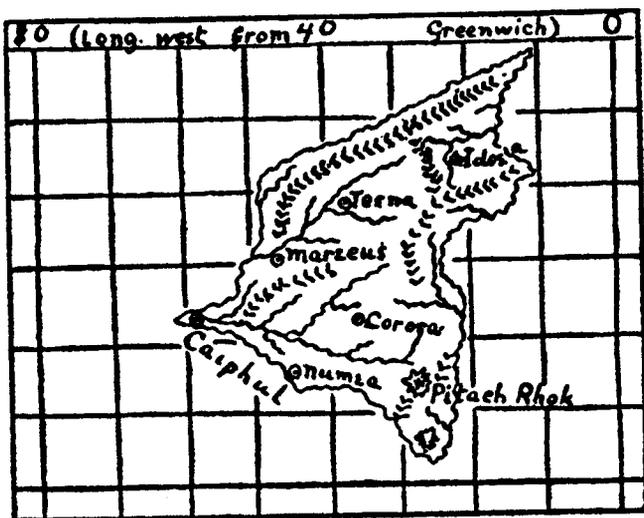
Filos declaró que sobre los soles y cuerpos estelares, tan distantes que cientos de ellos solamente (incluso en este año del Señor 1899) parecen una debil manchita, vistos a través de los más modernos telescopios, para este telescopio estelar eléctrico con el adecuado aumento de las ondas electro-luminosas, se harían tan visibles a la vista terrestre que objetos no visibles a simple vista en la tierra, serían fácilmente percibidos en el cuerpo estelar más distante, no importa cuán lejano estuviera del observador.

Además, Filos dice que no incluyó este tema en su libro porque en la Atlántida no se conocía, a pesar de los maravillosos logros científicos. Por lo tanto, no será un "re-descubrimiento", sino un claro avance de algo que la Tierra ha conocido—Salomón al fin alcanzado, en lo que respecta a su afirmación relativa a nuestro planeta, al menos.

Respetuosamente,

EL AMANUENSE, FREDERICK S. OLIVER

Los Angeles, 11 de Octubre de 1899.



MAPA DE LA ATLANTIDA

# LIBRO PRIMERO

## CAPITULO I ATLANTIDA, REINA DE LAS OLAS

"¿Por qué no?" Me pregunté, haciendo una pausa en medio de la nieve de la montaña, allí, tan por encima del mar que la Reina Tormenta era soberana, incluso cuando el verano reinaba abajo. "¿No soy acaso un atlante, un poseidonio, y no es ese nombre sinónimo de libertad, honor, poder? ¿No es ésta mi tierra natal, la más gloriosa bajo el sol? ¿Bajo Incal?" Una vez más me pregunté: "¿Por qué no, por que no esforzarme para llegar a ser uno entre los primeros en mi poderoso país?".

"Ahí está la Reina del Mar, sí, y del mundo, ya que todas las naciones nos rinden tributo y alabanza y comercian con nosotros, todos nos emulan. ¿Acaso no es, pues, gobernar en Poseidonis virtualmente gobernar sobre toda la tierra? Por lo tanto me esforzaré por conseguir el premio, ¡y también lo haré! Y tú, pálida, fría luna, sé testigo de mi resolución", grité en voz alta, levantando mis manos al cielo, "y vosotros también, vosotros diamantes brillantes del cielo".

Si la fuerza de la resolución tuviera éxito, yo normalmente conseguiría cualquier meta que decidiera obtener. Por lo tanto, hice mis votos, a una gran altura sobre el océano y sobre la llanura que se extendía hacia el oeste 3.200 kms. hacia Caiful, la Ciudad Real. Estaba tan alto que a mi alrededor y debajo de mí todo eran picos y cadenas montañosas, inmensas pero enpequeñecidas al lado de la cumbre donde yo estaba.

A mi alrededor se extendían las nieves eternas; pero, ¿qué importaba? Mi mente estaba tan llena de la nueva resolución, la resolución de convertirme en un poder en mi país natal, que no prestaba atención al frío. Ciertamente, apenas me daba cuenta de

que el aire a mi alrededor era frío, y que era helado como los campos árticos del remoto norte.

Muchos obstáculos tendrían que ser superados para el cumplimiento de este designio porque, realmente, ¿quién era yo en ese momento? Sólo el hijo de un montañero, huérfano de padre pero, ¡las Parcas sean alabadas!, ¡no de madre! Al pensar en ella, mi madre, a kilómetros de distancia, donde se mecían los bosques perennes, donde la nieve raramente caía, mientras permanecía de pie en la cumbre besada por la tormenta, solo con la noche y mis pensamientos—al pensar en mi madre mis ojos se humedecieron, porque yo era solamente un muchacho, y a menudo un muchacho bastante triste, cuando las penalidades que ella tuvo que soportar venían a mi mente. Tales reflexiones no eran sino incentivos añadidos a mi ambición de hacer y ser.

Una vez más mis pensamientos se posaron en las dificultades que tendría que encontrar en mi lucha por el éxito, la fama y el poder.

La Atlántida, o Poseidonis, era un imperio cuyos súbditos disfrutaban la libertad que permitía el más limitado gobierno monárquico. La ley general de sucesión oficial daba la oportunidad a todo súbdito masculino para ser nombrado para un cargo oficial. Incluso el emperador tenía un cargo electivo, así como sus ministros, el Consejo de los Noventa, o Príncipes del Reino, cargos análogos a los de Secretario de Cartera de la República americana, su auténtico sucesor. Si la muerte llamaba al ocupante del trono, o a cualquiera de sus consejeros, la franquicia electiva entraba en vigor, pero nunca en caso contrario, excluyendo la destitución por corrupción del cargo, una penalización que, si incurría en ella, ni siquiera el emperador estaba exento de sufrir.

La posesión del poder electivo era otorgada en dos grandes divisiones sociales, que abarcaban todas las clases del pueblo de ambos sexos. El gran principio subyacente del entramado político de Poseidonis podía decirse que había sido "una vara de medir cultural para cada votante, pero el sexo del votante no era de la incumbencia de nadie".

Las dos ramas sociales más importantes eran conocidas con los nombres distintivos de "Incala" y "Xioqua", o, respectivamente, la clase sacerdotal y los científicos.

¿Preguntan acaso mis lectores dónde podría estar esa oportunidad abierta a todo súbdito en un sistema que excluía a los artesanos, los comerciantes, y los militares, si no pertenecían a las clases con derecho a voto? Toda persona tenía la opción de entrar

en la Escuela de Ciencias o en la de Incal, o ambas. No se consideraba la raza, ni el color, ni el sexo; el único requisito previo era que el candidato a admisión tenía que tener dieciseis años de edad y poseer una buena educación, obtenida en las escuelas estatales o en alguna de las academias de aprendizaje, como el Xioquithlon en la capital de la nación o en algunos de los estados poseidonios, como en Numea, Terna, Idosa, Corosa, o incluso en la escuela de Marzeus, que era el principal centro de manufactura de arte en la Atlántida. Siete años era el periodo de tiempo dedicado al estudio en el Gran Xioquithlon, diez meses en cada año, divididos en dos sub-cursos de cinco meses cada uno, dedicados al trabajo activo, y un mes dedicado a la vacación, la mitad de él al final de cada sesión. Cualquier estudiante podía competir en los ejercicios de exámen anuales, efectuados al final del año o justo antes del equinoccio de invierno. Que nosotros reconocíamos la ley natural de la limitación mental es obvio por el hecho de que el curso de estudio era puramente opcional, y el aspirante estaba en libertad de seleccionar tantas, o tan pocas, materias como deseara. Con esta provisión necesaria: que solamente los poseedores de diplomas de primera clase podrían ser candidatos para incluso el más humilde cargo oficial. Estos certificados eran la evidencia de un grado de conocimiento que abarcaba una gama de temas demasiado amplia para ser mencionada de otra forma que indiferenciadamente según el lector avanza. El diploma de segundo grado no confería prestigio político, excepto en que llevaba inherente el privilegio de votar, aunque si una persona no deseaba ser un funcionario ni votar, el derecho a instrucción en cualquier rama de la educación era un privilegio gratuito. Aquéllos, no obstante, que solamente aspiraban a una educación limitada, con el propósito de dedicarse con más éxito a un determinado negocio, como la enseñanza de la mineralogía siendo un intendente minero, la agricultura siendo un granjero, o la botánica siendo un ambicioso jardinero, no tenían voz en el gobierno. Mientras que el número de aquéllos no ambiciosos no era escaso, no obstante, el estímulo de obtener prestigio político era tan grande que no más de uno entre una docena de la población adulta estaba sin al menos un diploma de segundo grado, y un tercio de la población poseía certificados de primer grado. Era debido a esto que los electores no encontraban escasez de material para llenar todos los cargos electorales en el gobierno.

Puede quedar cierta incertidumbre en la mente del lector en cuanto a lo que constituía la diferencia entre los sufragistas

sacerdotales y los científicos. La única diferencia esencial era que el curriculum del Incalithlon, o Colegio de Sacerdotes, abarcaba, además de cada una de las características de alto grado enseñadas en el Xioquithlon, el estudio de una amplia gama de temas sobre fenómenos ocultistas, antropológicos y sociológicos, con el fin de que los graduados en las ciencias pudieran tener la oportunidad de prepararse para dar servicio a cualquier necesidad que los hombres de menor erudición y comprensión de las grandes leyes subyacentes de la vida, pudieran experimentar en cualquier fase o condición. El Incalithlon era, de hecho, la más elevada y completa institución de aprendizaje que el mundo conocía entonces o—perdón por lo que pueda parecer pero que no es, orgullo atlante—ha conocido desde entonces y, por este motivo, conocerá durante los próximos siglos. Como tan excelsa institución educacional, los estudiantes dentro de su recinto tenían que poseer celo extra y decidida fuerza de voluntad, con el fin de perseguir y asegurar los certificados de graduación que otorgaba el tribunal examinador. Ciertamente muy pocos han conseguido que su vida se alargara lo suficiente como para conseguir tal diploma; posiblemente ni siquiera uno entre quinientos de aquéllos que hicieron una salida honorable del Xioquithlon, que en sí misma era una institución no inferior a la moderna Universidad Cornell.

Según meditaba, allí en medio de aquellas nieves de montaña, decidí no intentar demasiado, sólo un Xioqua decidí ser, si existía alguna oportunidad posible. Aunque yo apenas esperaba llegar a poseer la eminencia conferida por el título de Incala, prometí que haría lo posible por competir por el otro, si no se presentaba ocasión para hacer otra cosa. El obtener esta distinción tan importante requeriría, además de estudio arduo, la posesión de amplios medios pecuniarios para pagar los gastos de manutención y el mantenimiento, al máximo, de una energía de propósito indesmayable. ¿De dónde podría yo esperar obtener todo esto? Se suponía que los dioses ayudaban a los necesitados. Si yo, un muchacho que aún no había cumplido los diecisiete años, que tenía una madre a quien mantener y cubrir las necesidades de la vida, con nada que pudiera ayudarse a conseguir mis aspiraciones excepto energía innata y voluntad, no era colocado en esa categoría, entonces, ¿quiénes eran los necesitados? Yo creo que no había más evidencia de dependencia necesaria y era en realidad apropiado que los dioses me prestaran su ayuda.

Lleno de tales reflexiones, escalé todavía más alto hacia la cumbre del pico que perforaba el cielo, cerca de la cumbre donde

yo estaba, porque la aurora no estaba muy lejos y yo, tenía que estar en la piedra más elevada para saludar a Incal (el sol) cuando El conquistara a Navaz, a menos que El, jefe de todos los signos manifestados del gran y único y verdadero Dios, cuya nombre El llevaba, cuyo escudo El era, pudiera no mirar favorablemente mi plegaria. No, El tiene que ver que el joven suplicante no reparaba en dificultades para honrarle, porque era por este propósito solamente por el que yo había escalado solo, entre estas soledades, arriba de ese precipicio de nieve, bajo la bóveda estrellada de los cielos.

"¿Acaso existe, me pregunté, una creencia más gloriosa que la que mantienen mis compatriotas? ¿No sois todos vosotros poseedores adoradores del Gran Dios, la única verdadera Deidad, que está representada por el brillante sol? No puede haber nada más sagrado y santo". Así el muchacho cuya mente en proceso de maduración había captado la realidad que inspiraba la religión exotérica, pero que sabía de otra, más profunda y más sublime, no iba a conocer otra en los días de la Atlántida.

Cuando el primer rayo de luz desde detrás de Su escudo apareció por entre los oscuros abismos de la noche, me lancé a las nieves de la cumbre, donde tenía que permanecer hasta que el Dios de la Luz triunfara completamente sobre Navaz. ¡Triunfante al fin! Entonces me incorporé, y haciendo una profunda reverencia final, volví sobre mis pasos para bajar por el peligroso declive de hielo, y nieve, y roca batida, ésta última negra y afilada, proyectando sus puntas por la capa helada, mostrando los accidentes de la montaña que se alzaba, uno de los incomparables picos del globo, a 3.900 mts. sobre el nivel del mar.

Durante dos días, todos mis esfuerzos se habían concentrado en alcanzar esa cumbre frígida y arrojarme yo, una ofrenda viviente, en su elevado altar, para honrar así a mi Dios. Me preguntaba si El me había oído y notado. Si lo había hecho, ¿Le importaba? ¿Se preocupaba lo suficiente como para dirigir a Su vice-regente, Dios de la montaña, para ayudarme? A éste último, sin saber por qué, miré, esperando lo que pudiera parecer una futilidad ciega, que él me revelara un tesoro de alguna clase, o—

¿Qué es ese brillo metálico en la roca cuyo corazón mi martillo de escalar ha dejado expuesto a los rayos del sol matutino? ¡Oro! ¡Oh, Incal! ¡Es eso! ¡Amarillo, precioso oro!

"Oh, Incal", grité, repitiendo Su nombre, "seas alabado por responder tan rápidamente a Tu humilde solicitante!".

Me arrodillé sobre la nieve, descubriendo mi cabeza en

gratitud al Dios del Ser Total, el Altísimo, cuyo escudo, el sol, lanzaba sus gloriosos rayos. Entonces, miré otra vez al tesoro. ¡Ah, que gran cantidad de riqueza había allí!

Cuando la roca de cuarzo se agrietó ante mis excitados golpes, el preciado metal la mantenía entera, tan gruesa era la veta de su matriz. Los bordes afilados de la piedra partida me hicieron cortaduras en las manos y la sangre manó de media docena de heridas, y al tomar el cuarzo helado que me hizo las heridas, mis manos sangrantes se helaron con rapidez sobre el mismo, ¡una mezcla de sangre y tesoro! ¡No importaba!, y las dejé caer, sin hacer caso del dolor, tan excitado me encontraba.

"¡Oh, Inca!", exclamé, "Tú eres bueno con Tu hijo por darle tan liberalmente el tesoro que permitirá realizar su resolución antes de que el corazón tenga oportunidad de desfallecer por la esperanza largo tiempo aplazada".

Metí en mis amplios bolsillos todo lo que pude cargar, seleccionando las piezas más valiosas y ricas de la veta de oro. ¿Cómo podría yo marcar el lugar, cómo lo encontraría de nuevo? Para un montañero nato esto no era difícil y lo conseguí pronto. Después proseguí mi camino, bajando, hacia mi casa, saltaba alegremente, con el corazón contento, aunque muy cargado en los bolsillos. Sobre estas montañas, ciertamente a menos de 3,2 kms. desde la base del pico de mi tesoro, se extendía la carretera imperial hacia el gran océano, miles de kilómetros al otro lado de las planicies de Caiful. Una vez que alcancé este camino, la parte más fatigosa del viaje había terminado, aunque sólo hubiera recorrido una quinta parte de toda la ruta.

Para dar una idea de las dificultades que encontré al escalar y descender de la gigantesca montaña, debo señalar que los últimos 1.500 mts. del ascenso sólo se podían hacer por una ruta tortuosa. Una garganta estrecha, una mera fisura volcánica proporcionaba asiento al pie en la forma más precaria, siendo el resto del pico precipicios irremontables. Este escaso soporte existía solamente durante los primeros 300 mts. Después de este punto la grieta terminaba. Cerca de su terminación superior, había una cueva, algo más alta que la estatura de un hombre y capaz de albergar quizás a veinte personas. Al final de esta sala rocosa había un orificio, una grieta más ancha en su parte horizontal que en la perpendicular. Entrando en esta grieta arrastrándose como una serpiente, el explorador aventurado podía encontrarse con que durante unos cuantos cientos de pasos tenía que descender por una pendiente bastante inclinada, aunque la brecha se ensanchaba, o se elevaba,

en la primera docena de pasos y permitía así que se adoptara una postura más o menos erecta. Desde el extremo de su curso descendente se torcía y otra vez aumentaba en tamaño hasta adoptar la forma de un tunel, ascendiendo por tortuosas revueltas, proporcionando su pared suficiente apoyo para hacer la escalada segura, aunque había que proseguir hacia arriba en un ángulo de unos cuarenta grados, mientras que en algunos tramos incluso un mayor grado de perpendicularidad marcaba el pasaje. En esta forma, se podía conseguir una escalada de unos 90 mts., incrementando grandemente las sinuosidades de la ruta la distancia cubierta en vertical. Este, lector, era el único método de alcanzar la cumbre de la montaña más elevada de Poseidonis, o Atlántida, tal como llamásteis a la isla continente.

Aunque su pasaje era arduo, había lugar más que suficiente en esta vieja chimenea seca, o curso de agua, o lo que fuera. Chimenea ciertamente había sido, originalmente, aunque ahora erosionada por el agua hasta el punto de dar una idea de su formación ígnea, en un principio, meramente como conjetura. En un determinado punto de este curso el orificio se ensanchaba para formar una inmensa caverna. Esta se extendía en ángulos rectos desde la chimenea, y hacia abajo, hasta que más allá de las profundidades de la montaña, miles de metros, aparentemente en la temible oscuridad, aquél que se aventuraba tan lejos se encontraba en el borde de un inmenso abismo que no tenía lado visible excepto aquel en el que él se apoyaba; más allá de esto, no se podía proseguir excepto con alas, como los murciélagos, y no había murciélagos en aquella horrible profundidad.

Ningún sonido se oía de vuelta desde la horrenda sima, ninguna luz de antorchas había nunca revelado el otro lado de su costa; allí no había nada más que un mar de eterna oscuridad total. No obstante, yo no sentía terror; más bien sentía fascinación. Mientras que otros pueden haber conocido este lugar, yo nunca había encontrado un compañero con suficiente temeridad como para desafiar lo desconocido y estar conmigo en el horrible borde, donde yo había estado no sólo una vez sino varias veces en días pretéritos. Tres veces había estado allí, impulsado por la curiosidad. En la tercera ocasión, había aprendido sobre el borde a buscar otro descenso posible cuando la roca sobre la que estaba, un enorme bloque basáltico, se desplazó de su lugar, cayó, y escapé con vida por milagro. El bloque cayó, y durante varios minutos el sonido de su descenso hizo eco hasta donde yo me encontraba; mi antorcha se fue con él, y lejos en las profundidades sus chispas

brillaron como fuegos artificiales cuando cayó proyectando puntos de la roca antes de desaparecer finalmente. Me quedé en esa profunda oscuridad, débil ante el gran peligro, para conseguir salit—si podía. Si no, entonces, para fracasar y morir. Pero tuve éxito. A partir de entonces, ya no tuve curiosidad de explorar la sima desconocida. A través de la chimenea que conducía más allá del extremo superior de esta caverna abismal, entre la parte superior de la fisura exterior del precipicio y la pared de la cumbre, unos 150 o 180 metros por debajo del pico de la montaña, yo había pasado muchas veces; a menudo había ido al lugar donde un golpe de suerte de mi cayado había revelado el tesoro de oro, pero nunca había encontrado el preciado hallazgo hasta que se lo pedí a Incal, presionado por el peso de mis necesidades. ¿Es de extrañar acaso que tenga fe absoluta en las creencias religiosas de mi pueblo?

Fue hacia la oscura chimenea a donde tuve que ir cuando dejé la cumbre nevada, fuera de la luz del sol y el aire fresco hacia la densa oscuridad y la atmósfera ligeramente sulfurosa; pero si dejé la brillantez de la mañana, también dejé el terrible frío del aire exterior, porque dentro del tunel, aunque estaba oscuro, hacía calor.

Al fin llegué a la pequeña cavidad que existía al comienzo de la brecha de 300 mts. que me llevaría a laderas más suaves de la parte media y baja de la montaña. En esta cavidad me paré. ¿Debería regresar para coger más roca aurífera? ¿O debería ir directamente hacia casa? Al final, volví sobre mis pasos. Al mediodía estaba otra vez ante el lugar del tesoro. Después, otra vez abajo con mi segunda carga hasta que el penoso trabajo casi había terminado, ya que yo estaba entonces a la entrada de la gran caverna, a 120 mts. de la pequeña cavidad en la cabecera de la hendidura—120 mts. de escalada muy pronunciada. Después de hacer una pausa por un momento, continué mi corto pero empinado ascenso, y pronto estuve en la pequeña cavidad, con sólo unos 3 mts. entre el aire fresco y yo. El largo tunel era sinuoso, considerado en su conjunto, no obstante tenía algunos pasajes tan rectos como si hubieran sido cortados con herramientas a lo largo de una línea. Los 120 mts., más o menos, que separaban la cavidad donde yo estaba de la entrada de la caverna propiamente dicha, eran un trecho tan recto, y quizás por eso tan difícil de atravesar, como cualquier parte de todo el tunel. Ciertamente habría sido imposible, excepto por sus lados cortantes, conseguir el más ligero apoyo. Si el lugar hubiera estado iluminado, en lugar de lleno con

la más absoluta oscuridad, yo podría haber visto la caverna desde el lugar donde me encontraba. El aire tibio me indujo a sentarme o más bien tumbarme en este punto, aunque yo no podía ver, y por lo tanto, estando descansando allí, comí un puñado de dátiles y bebí un poco de agua de nieve derretida que mi cantimplora contenía. Entonces, me estiré para dormir un rato en el aire tibio.

Durante cuánto tiempo dormí no lo sé, pero al despertar—¡ah!, ¡el terror! Ráfagas de aire, tan calientes que casi quemaban, pasaron junto a mí, ribeteadas de humos sofocantes y lanzando un gran estruendo como si corrieran por el pasaje hacia la cumbre. Ululantes, rugientes ruidos venían del febril aliento del abismo, mezclados con el sonido de tremendas explosiones y ruidos ensordecedores. Por encima de otras razones para el terror estaba el brillo de luz roja que se reflejaba en las paredes de la caverna, en las cuales ví que podía mirar con completa libertad y por cuyas profundidades brillaban relámpagos de rojo y verde y azul y cada color y gama, gases ardiendo. Durante un tiempo el terror me paralizó, así que sin poder moverme me quedé mirando al horrendo infierno de elementos llameantes. Yo sabía que la luz y el calor, ambos aumentando por momentos, y los vapores asfixiantes, el ruido y el temblor de la montaña, todo apuntaba en la misma dirección y significado—una erupción volcánica en actividad. Al fin, la parálisis que invadía mis sentidos se disolvió cuando ví un aluvión de lava fundida que corría hacia el pasaje, proyectada unos metros dentro del mismo por una explosión dentro de la caverna posterior. Entonces me levante y corrí, corrí por el piso de la pequeña cavidad y me arrastré con loca energía y celeridad a través de la entrada horizontal, ¡que nunca me pareció tan baja como en ese momento! Yo había olvidado que llevaba oro en mis bolsillos, y este hecho sólo me vino a la mente cuando sentí el peso retardador de la preciada roca. Pero con la necesidad de escapar vino un cierto grado de calma, y la recobrada presencia de ánimo me hizo no tirar el tesoro. La reflexión me convenció de que el peligro, aunque inminente, probablemente no era inmediato. Por lo tanto, otra vez me arrastré de vuelta a la pequeña cavidad y tomando un saco que había dejado allí lleno con todo el oro que pude acarrear, me desaté una correa que llevaba a la cintura, de 12 metros de longitud, y, atando un extremo a un punto de la roca en la parte superior de la hendidura, bajé el saco por el otro extremo de la correa, y a continuación bajé por él. Soltando el lazo de arriba de la roca, repetí la operación una y otra vez según descendía. De esta forma, alcancé el fondo de la hendidura con la mayor

parte de mis dos cargas del mineral de oro. Desde este punto en adelante, mi ruta corría a lo largo de la cresta de la estribación rocosa, no muy ancha, pero lo suficiente como para formar un sendero viable.

Justo había comenzado a caminar por esta estribación cuando miré hacia atrás por el camino que había venido. En ese momento se produjo un temblor de tierra que casi bastó para tirarme al suelo, y de la pequeña cueva, donde había dormido, salió una bocanada de humo, seguida de un resplandor rojo—lava. Corrió hacia abajo, una ardiente cascada y una visión de lo más gloriosa en la creciente oscuridad, porque el sol no se había puesto aún. Toda la montaña estaba al oeste de la estribación en que me encontraba y, siendo casi de noche, yo estaba en medio de profundas sombras.

Salí de la sierra corriendo, dejando mi saco de oro y mucho de lo que estaba en mis bolsillos en el lugar más seguro que pude encontrar, por encima del fondo de la garganta por donde la lava fluía. A una distancia prudencial, me paré a descansar y a escudriñar el torrente ardiente corriendo por la garganta, ahora a cierta distancia a mi derecha pero a la vista. "Al menos, pensé, tengo bastante roca de oro —más metal que roca, parece ser— todavía en mis bolsillos, que veré cómo puedo transportar, ahora que la fuerza, nacida de la excitación, se había ido. Así que, incluso si no recobro lo que dejo atrás, tengo bastante cantidad de riqueza. Por lo tanto, ¡Incal sea alabado!. Mi inexperiencia no podía decirme cuán completamente inadecuadas para pagar los gastos de siete años de colegio, y de ese colegio en la capital de la nación donde los gastos eran mayores que en cualquier otra parte, eran las veinte libras aproximadamente, de cuarzo de oro. Que era el mayor tesoro que nunca había yo poseído en mi vida, o incluso visto alguna vez, era un hecho innegable; por lo tanto, estaba contento.

Una creencia en una Providencia que lo rige todo es necesaria para la mayoría de la gente, en realidad para todos, siendo la única diferencia que los hombres con un más amplio conocimiento necesitan una Deidad con poder que se acerque más a lo infinito que aquéllos de menor experiencia; por lo tanto, los que perciben lo ilimitado de la vida, reconocen a un Dios cuya concepción es proyectada casi a la omnipotencia, comparada con las concepciones que satisfacen a la mente humana ordinaria. Por lo tanto, tanto si la deidad reverenciada es una piedra o ídolo de madera, o alguna forma inanimada, o un Espíritu Supremo de naturaleza andrógina,

importa poco. Aquellos Seres que ordenan el curso de los acontecimientos, ejecutando la ley Kármica del Dios Eterno, ven la fe en los corazones de los mortales, y no hacen que esa ley tome su curso con severidad, sin ser atemperada por la misericordia. Si la fe en el ídolo, o el "dios" inanimado, o en el Espíritu Supremo de Dios, se perdiera debido a las arrolladoras fuerzas del dolor y la desesperación, entonces la bondad humana temblaría por seguridad y por la continuación de su ser. Tal catástrofe no podría armonizarse con Dios, por lo tanto, bajo la ley, nunca puede ser permitida.

Así ocurría con mi creencia en Incal, una creencia compartida por mis paisanos. Incal era una concepción puramente espiritual, y aparte de la Causa Eterna, que ninguna mente de ninguna época del mundo podía juiciosamente poner en duda, existía solamente en las mentes de sus adoradores. Y la fe era una fe noble, una fe que tendía a la moralidad elevada, nutriendo la fe, la esperanza y la caridad. Entonces, ¿es que el Incal personal, simbolizado por el escudo del sol resplandeciente, era inexistente excepto en los cerebros de los hombres? Nuestro concepto poseidonio nos sostenía en lugar del Espíritu de Vida, Padre de todos. Esto era suficiente para asegurar la observación de los principios que se suponía Le complacían más.

Con seguridad los ángeles del Altísimo Dios no Creado, dando ministerio entonces, como ahora, a los hijos del Padre, consideraban la creencia tal como estaba entronizada en mi corazón, y en los corazones de mis prójimos hombres y mujeres, y decían, al dar ministerio: "Que se haga en tí de acuerdo con tu fe". Los ángeles, viendo la esperanza que había en mí para sobresalir entre los hombres, me habían castigado con el temor según huía yo de la ardiente montaña, pero no llegó ningún desastre.

Corrí hacia adelante, tan rápidamente como la naturaleza del sendero me lo permitía. Yo tenía vida y oro; por lo tanto alabé a Incal según huía. Y el Espíritu de Vida fue misericordioso, porque yo no sabía cuán insuficiente para mis necesidades era mi tesoro hasta que el aguijón del desencanto fue removido debido a que había encontrado una provisión más abundante. Durante varios kilómetros mi curso corría a lo largo de la espalda de la estribación tan estrecha como el filo de una navaja. En muchos lugares, horribles abismos se abrían al borde del sendero, tan cerca que yo necesitaba usar las manos para ayudar a mis pies. En ocasiones, estos precipios se extendían a ambos lados del camino, formando un parapeto estrecho. Yo estaba agradecido por las pequeñas mercedes y daba gracias a Incal de que el dios de la montaña no

se moviera en forma de sacudidas violentas del terreno mientras yo estaba en esas situaciones peligrosas.

A una distancia de casi cinco kilómetros desde el punto de partida mi sendero me condujo al borde de un horrendo precipicio, mientras que arriba se veía la pared de un segundo precipicio. Sólo la luz de la ardiente montaña iluminaba ahora mis pasos. En ese momento, cuando yo descendía con cautela por el borde de basalto, un fuerte choque me lanzó sobre mis rodillas y casi me envió al precipicio. Un instante después, una sorda explosión llenó el aire con insistente intensidad y sonido, y yo miré hacia atrás con temor. Una enorme masa de humo ardiente se elevaba hacia el cielo, mezclada con piedras tan grandes como para ser vistas a la distancia en que yo me encontraba. Bajo el borde a donde yo me agarraba, se producía un terrible rugido y aplastamiento; la tierra temblaba terriblemente, y repetidas sacudidas me hicieron agarrarme a las rocas desesperado por temor de ser arrojado por el precipicio. Enfrente de mí, desapareció la garganta que yacía a mis pies y que antes estaba sobre estribaciones y salientes del pico. Hasta hacía poco, esas estribaciones y salientes existían; ¡ahora habían desaparecido! Contemplé una escena de torbellino horrible y confuso, iluminada por el resplandor del volcán lo suficiente como para ser perceptible. Las sólidas colinas y rocas parecían rodar y moverse como las aguas del océano y se elevaban y se hundían en un remolino horrible, girando y deshaciéndose en un genuino pandemonium. Sobre todo, las cenizas volcánicas caían en forma de lluvia espesa e incesante, mientras que el polvo y los vapores volcánicos llenaban el aire y pendían como un paño mortuorio sobre un mundo que parecía morir.

Finalmente, el enloquecedor estruendo y movimiento repugnante cesó; solamente el brillo permanente del río de lava en quietud y alguna sacudida de tierra ocasional contando el cuento plutoniano. Pero yo permanecí tumbado sobre el antepecho, débil y mareado. Gradualmente la lava cesó de fluir, y la luz se fue; las sacudidas se producían a largos intervalos, y una paz como de muerte cubrió toda la región, mientras las silenciosas cenizas grises se asentaron, cubriendo la tierra golpeada. Reinó la oscuridad. Creo que estuve inconsciente durante un tiempo, porque cuando me estiré me dí cuenta de que sentía un agudo dolor en la cabeza; levantando la mano toqué un líquido tibio que escocía al tocarlo. Toqué alrededor y encontré una piedra cortada que había caído del precipicio superior y me había herido. Después me dí cuenta de que la herida no era grave, y me incorporé. Se acercaba el

amanecer y, casi desmayado de dolor, hambre y frío, me tumbé otra vez para esperar a que se hiciera completamente de día.

¡Qué distinta escena alumbró Incal al salir, en lugar de la mañana anterior! Cuando miré la orgullosa cumbre, la luz roja del sol mostró que la mitad de la misma había sido barrida y tragada en "alguna misteriosa caverna". ¡Oh, sí, realmente!

"Las montañas elevan al cielo sus acantilados ennegrecidos y pelados, e inclinan sus altas cabezas hacia la planicie".

Cerca de allí, donde antes habían existido estribaciones, y donde el terrible corrimiento de acantilados había ocurrido, justo bajo mis pies, ciertamente, ya no había ningún capitel rocoso, ni cumbre, ni acantilados para siempre. En su lugar, apareció un gran lago de agua humeante, cuyas costas más alejadas estaban veladas por las cenizas suavemente posadas y las nubes de vapor condensadas por el aire frío en una llovizna, ¡el llanto del globo golpeado en su reciente agonía! Silencio era todo el ruido; quietud, el temblor; cesó el febril flujo de la lava.

Aquella parte de la estribación donde yo había estado se había salvado, en su mayor parte, de la catástrofe general. Pero también había sufrido, de tal forma que el sendero ante mí, que usualmente yo había transitado en mis excursiones a la cumbre, había desaparecido, un enorme bloque de probablemente miles de toneladas de peso había resbalado hacia la sima de abajo, habiendo borrado por completo el sendero, que había cruzado ese mismo lugar. Busqué otro y, escalando a la pálida luz, llegué a una parte de la estribación que yacía en el lado más alejado del sol, el cual, entonces, no era más que dos bordes estrechos y peligrosos, lagos de agua ardiendo abajo, pendientes intransitables por arriba, ¡de repente un rayo de luz roja brilló por delante de mi camino! Buscando su origen, ví que la luz procedía de una amplia brecha no lejos debajo de mí y, en lugar de estrecharse, tenía un paso tan ancho como cualquier parte de la fisura, como si todo por encima de ese punto hubiera sido movido, o "echado" a un lado—indudablemente la explicación real.

Me agaché hasta el nivel de este suelo y, encontrando una grieta suficientemente ancha, me introduje en ella, sin preocuparme el hecho de que en cualquier momento nuevas convulsiones del volcán podrían cerrar la abertura y aplastarme entre las paredes de un torno. Pensé en esta posibilidad pero, siendo un poseidonio, dejé a un lado el temor reflexionando que yo confiaba en Incal, que haría todo lo que fuera mejor para mí.

El acantilado resquebrajado mostraba, aquí y allá, vetas de

cuarzo con venas de profirio, formando bordes que corrían por las masas graníticas. Justo en la cima, este estrecho acantilado se extendía, y aunque ciertamente unos sesenta o noventa cms. de ancho, su altura le hacía parecer muy estrecho. Al pararme, lleno de alegría con la idea de que a ambos lados de donde yo estaba mis ojos se posaban sobre roca virgen nunca expuesta a la mirada de ningún hombre desde que la tierra comenzó, noté que lo que hacía saltar mi pulso con loca alegría, justo a mi lado, pero un poco al frente, era una veta de roca amarilla, de apariencia ocre, en la que ví muchas máculas de roca más dura blanquecina, cuya apariencia era debida a las partículas de cuarzo partidas por el mismo seísmo que formó la fisura. Estas máculas estaban muy moteadas de trozos de oro en bruto y mineral de plata. La ductilidad de los preciosos metales era exhibida en curiosos efectos, el oro y la plata salían de la superficie lisa en forma de hilos, que en algunas casos medían varios centímetros de longitud. Una vez más, el desfallecimiento debido al hambre me abandonó, y el dolor de la herida de mi cabeza fue olvidado temporalmente, al cantar un himno de gratitud a mi Dios. El colosal pico se había ido; la única ruta de acceso a la más elevada cumbre que pie humano pueda atravesar, había sido destruida; pero aquí, después de que la guerra de los fuegos subterráneos hubiera concluído, aquí, estaba el mayor tesoro, más cerca de casa, más fácil de alcanzar—la excitación de la alegría fue un peso tan grande para mis nervios, ya muy débiles, ¡que me desmayé! Pero la juventud es elástica y la salud de los que no tienen vicios maravillosamente boyante. Recobré pronto el conocimiento y fui suficientemente prudente como para encaminarme hacia casa sin pararme a desperdiciar más energía, sabiendo que mi instinto montañero sería una guía infalible para mi posterior retorno.

Me dí cuenta, cuando pedí consejo a mi madre, que su creencia en que yo no podría explotar solo la mina estaba basada en la realidad. Pero, ¿en quién confiaría para que me ayudara y tomara una parte justa de la riqueza así obtenida como recompensa?

¿No es suficiente que encontrara la ayuda necesaria? Algunos amigos entendidos entraron en asociación conmigo y, por el privilegio de retener el resto de lo que quedaba, me dejaban una tercera parte de los beneficios, conviniendo en hacer esto sin requerir ningún trabajo por mi parte; y, con algún reparo, también estuvieron de acuerdo con mi demanda de que ninguna parte de la propiedad sería otorgada a nadie más que a mí. Les hice firmar un

papel a este efecto y lo sellé con el más inviolable signo posible para Poseidonis, esto es, que firmaran con su propia sangre. Los tres hicimos esto. Insistí en tanta formalidad por la razón de que no podía evitar la sospecha de que estos hombres se proponían reclamar que ellos mismos eran los descubridores del tesoro, y que yo, por consecuencia, no tenía derecho a nada de él. Hoy día sé que este era el caso. Sé que la cláusula en el contrato declarando que toda la mina que ellos, mis socios, explotaban en el entonces presente año, era la propiedad inalienable de Zailm Numinos, era todo lo que evitó el pretendido robo. Esta estipulación no hacía referencia al descubridor, como tal, pero estipulaba en términos incontrovertibles que al poseedor de ese nombre le era otorgado el título de la propiedad. Yo no tendría necesidad, en el caso de que aparecieran diferencias entre nosotros, de probar cómo me había convertido en propietario de la mina; ninguna reclamación de que otra persona que no fuera yo era el descubridor protegería a los posibles defraudadores, porque quienquiera que fuera el primero en encontrar la veta, el hecho seguía siendo que yo era propietario, y la posesión en este caso significaba tener todas las ventajas ante la ley. Al menos, así me lo parecía a mí en mi ignorancia. Mis asociados no eran tan ignorantes. Ellos sabían que el contrato no tenía valor porque estaba hecho con violación de la ley. El día llegó en que yo lo supe todo. Supe tiempo después que las leyes de Poseidonis daban la propiedad de cualquier mina al imperio, y que una mina explotada sin el conocimiento de esta cláusula legal era confiscada. Era aparente, también, que si mis socios no se hubieran dejado llevar por la avaricia al llevar en secreto todo el convenio, y también al explotar la mina, haciéndose así participantes en una infracción de la ley, se habrían convertido en propietarios reconocidos legalmente, simplemente proporcionando información concerniente a mis actos al agente gubernamental más cercano. Pero yo no sabía estas cosas en aquella época y los otros dos pensaron que era adecuado guardar silencio, por la razón de que ellos no se daban cuenta de nada excepto del hecho de que estaban violando leyes estatutarias aparentemente sin importancia. Así fue guardado el secreto para una revelación posterior.

Habiendo concluido estos pasos, el cambio de residencia desde el campo a la ciudad del Rai era lo próximo a hacer. Nuestro adiós al viejo hogar de la montaña y nuestra instalación en el nuevo en Caiful será pasado por alto en silencio.

## CAPITULO II

### CAIFUL

Los atlantes vivían bajo un gobierno que tenía el carácter de una monarquía limitada. Su sistema oficial reconocía un emperador (cuyo cargo era electivo, y nunca hereditario) y sus ministros, conocidos por un nombre que significaba "El Consejo de los Noventa", y también como los "Príncipes del Reino". Todos estos funcionarios ostentaban su cargo de por vida, excepto en casos de malversación, y cuyo periodo estaba estrictamente definido y sus provisiones severamente aplicadas; y la ley funcionaba en estos casos sin tener en cuenta la posición para asegurar la exención de los ofensores. Ningún cargo gubernamental era electivo, con la excepción de un cargo eclesiástico, y los cargos de menor importancia en el servicio público eran por designación en todos los casos, y los designados eran responsables ante el poder designador, emperador o príncipe quien, por el uso de este poder era responsable ante el pueblo de la conducta de las personas designadas por él para cargos públicos. No obstante, no es la intención de este capítulo discutir la política de Poseidonis, sino describir los palacios ministeriales y monarcales que la nación otorgaba a sus funcionarios elegidos, uno para cada príncipe, pero para el emperador, tres. Primordialmente, la descripción de uno de estos edificios, tanto en su interior como en su exterior, tipifica cualquiera de los otros, al igual que en los Estados Unidos de América y otros países modernos cualquier edificio gubernamental es fácilmente reconocible como tal, debido a las características generales de su arquitectura. Por lo tanto, una descripción de uno de los palacios servirá para un doble propósito, el de dar una idea de la residencia más notable del gran imperio atlante, ya que describiré el palacio principal del emperador; y, también, el de ilustrar el estilo prevaeciente de arquitectura gubernamental en el periodo durante el cual yo residí en Poseidonis. Imaginad, si así os place, una elevación de aproximadamente 4,50 mts. de altura, diez veces esta cifra de ancho, y esas cincuenta veces su altura representa su longitud. Fuera de las dimensiones del plano, a cada uno de los cuatro lados de la plataforma, que era de un bloque de profirio labrado, una escalinata poco inclinada conducía desde los jardines hasta la parte más alta de la elevación. A los lados, estos escalones se dividían en quince secciones, mientras que en los extremos las divisiones eran solamente tres, cada una dividida en tramos de quince metros. Entre las dos secciones más cercanas a

las esquinas cada división constaba de un descansillo profundo de forma cuadrangular, dentro del cual y alrededor las escaleras se extendían ininterrumpidamente. La siguiente, o tercera sección, estaba separada de aquéllas a cada lado por la efigie de una serpiente de gran tamaño, esculpida en piedra y de tal realismo como el arte podía representar. Las cabezas de estos inmóviles reptiles reposaban sobre el verde enfrente de la escalinata, mientras que los cuerpos se extendían sobre las escaleras y llegaban hasta la parte superior de la plataforma, rodeando las gruesas columnas que sostenían los frontones de las galerías del impresionante palacio erigido sobre la plataforma descrita, columnas que formaban el más impresionante peristilo entre las amplias galerías y los escalones. La siguiente división era un cuadrángulo en los escalones, y la siguiente, otra serpiente, y así sucesivamente alrededor de todo el edificio. Espero que esta descripción sea suficientemente perspicaz como para dar una idea del tremendo paralelogramo, enmarcado en escalones, guardado por formas serpentina enormemente ornamentales así como útiles, emblemas religiosos, que significaban no sólo sabiduría sino también la aparición de una serpiente ígnea en los cielos en la antigua tierra, iniciando el acto de la separación del Hombre de Dios. Alternando con estas formas estaban los descansillos, aliviando lo que de otra forma habrían sido demasiadas líneas rectas y continuas. Sobre todo esto estaba el primer piso del palacio propiamente dicho, su peristilo en forma de serpientes entrelazadas sosteniendo en alto los techos de las grandes galerías, donde había enormes macetas con tierra para albergar y nutrir toda clase de plantas tropicales, arbustos y muchas variedades de pequeños árboles, un jardín exuberante que perfumaba el aire, que era enfriado con numerosas fuentes cantando en medio del mismo. Por encima del primer piso, con sus pórticos llenos de flores se levantaba otra hilera de apartamentos, rodeados por galerías abiertas, los suelos de las cuales estaban formados por los techos de las de abajo. El tercer y más elevado piso de apartamentos no tenía galerías, aunque en todos los lados tenían paseos formados por el techo del pórtico de más abajo. La misma exuberancia salvaje de flores y follaje dotaba a los pisos del mismo atractivo. En todos, cantos de pájaros de hermoso plumaje eran huéspedes bienvenidos, en libertad, pero domesticados debido a que nunca recibieron ningún daño. Los ayudantes, con armas de aire que lanzaban dardos silenciosos, destruían todas las especies depredadoras como también lo hacían con los que, no teniendo la virtud de cantar ni vívidos colores o

plumaje, ni los hábitos útiles de ser insectívoros que les adornaran, eran por lo tanto inútiles. Desde el techo principal del palacio, se elevaban graciosas espirales de torres, mientras que los muchos apartamentos que sobresalían, ángulos y arcos entrantes, contrafuertes volantes, cornisas y efectos arquitectónicos variadísimos evitaban cualquier efecto de pesadez en el diseño. Alrededor de la más grande de las torres se extendía desde el suelo hasta la cúspide una escalera de caracol, que conducía al espacio en carril de su parte más elevada, 30 mts. por encima de la cubierta de aluminio o las tejas del tejado del palacio. El palacio Agacoe era único al poseer esta torre, diferenciándose así de los otros edificios ministeriales. Debo explicar que la torre había sido erigida como un monumento a la memoria de una hermosa princesa que se había separado del amoroso cuidado de su imperial esposo para ir a Navazzamin, la sombría tierra de las almas difuntas, algunos siglos antes de mi época. Tal era el palacio Agacoe. Su piso superior estaba en uso destinado a gran museo gubernamental; el piso del centro estaba dedicado a oficinas pertenecientes a los funcionarios jefes gubernamentales, mientras que el primer piso estaba magníficamente decorado y amueblado para ser ocupado como residencia privada del emperador. Como algo interesante, debo hacer notar que las fauces abiertas de las serpientes de piedra que acabo de describir, servían como puertas (de tamaño normal) que conducían a ciertos apartamentos en el sótano, un hecho que da una idea exacta del enorme tamaño de estos saurios de piedra. Los monstruos habían sido esculpidos con proporciones artísticas; sus cuerpos estaban esculpidos en piedra arenisca gris, roja o amarilla, sus ojos eran de sardonita, carnelia, jaspe u otra piedra de sílice coloreada, mientras que las fauces de sus bocas abiertas estaban hechas de cuarzo blanco brillante, asentadas a cada lado de la entrada.

Tanta piedra labrada y esculpida fuerza a la mente moderna a preguntarse si los atlantes obtenían el producto terminado por medio de un interminable número de esclavos, en cuyo caso hemos debido ser un pueblo bárbaro, cuya autonomía política nunca estuvo amenazada por las fuerzas desestabilizadoras del volcán social que la esclavitud siempre crea, o si no, poseíamos una eficiente maquinaria para cortar la piedra. Esto último es la ascensión correcta, porque nuestra maquinaria para tal fin, como una casi infinita variedad de otros utensilios para toda clase de servicio, era nuestro orgullo entre todas las naciones. Permítaseme hacer aquí una afirmación, no por argumentar sino para ser

comprendido a la luz de los siguientes capítulos, esto es, que si nosotros como atlantes no hubiéramos poseído esta variada gama de invenciones mecánicas y el talento inventor que nos dió estos triunfos, entonces tampoco vosotros pertenecientes a esta época moderna poseeríais una habilidad creativa igual, ni ninguno de los resultados de tal genialidad. Puede ser que no podáis entender la conexión existente entre las dos épocas y razas mientras analizais esta afirmación; pero a medida que os acerqueis al final de esta historia vuestra mente volverá a él con la plenitud de la comprensión.

Confiado en que el esfuerzo haya tenido éxito en describir con palabras el aspecto de los edificios gubernamentales atlantes, captemos a continuación una idea del promontorio caifuliano, en donde se asentaba Caiful, la Ciudad Real, la más importante de aquella antigua época, dentro de cuyos límites residía una población de dos millones de almas, sin estar rodeada de fortificaciones amuralladas. Ciertamente, ninguna de las ciudades de aquella época estaba encerrada dentro de murallas, en este sentido, éstas diferían de las ciudades y pueblos que se han conocido en épocas históricas posteriores. El traer mis registros de esta época histórica de Poseidonis no es nada extraordinario, ya que lo que relato en estas páginas es historia recogida de los registros de luz astral. No obstante, precede a las historias transmitidas en manuscrito, papiros e inscripciones en piedra en muchos siglos, viendo que Poseidonis ya no era conocida en la tierra cuando las primeras páginas de la historia fueron escritas por los primeros historiadores que usaban papiros; no, ni siquiera mucho antes, cuando los escultores de los obeliscos de Egipto y los grabadores de piedra de los templos grababan historias en el perdurable granito. Nunca más se supo de Poseidonis, porque hoy día hace casi nueve mil años que las aguas del océano cubrieron nuestra encantadora tierra sin dejar rastro, ni siquiera algo como lo que quedó de aquellas dos ciudades enterradas en la lava y las cenizas y que durante dieciseis siglos de la era cristiana se pensó que nunca habían existido. Los excavadores cavaron la escoria de Pompeya, pero de Caiful ningún hombre puede apartar las aguas del océano Atlántico y revelar lo que ya no existe, porque si cada día fuera un siglo, haría casi tres meses de tales largos días que el terrible fiat de DIOS fue emitido a las aguas:

"Cubrid la tierra, para que el sol que todo lo ilumina no la vea nunca más en todo su recorrido".

Y así fue.

En las páginas precedentes, el promontorio de Caiful fue descrito como extendiéndose hasta el océano desde la llanura caifuliana y visible a gran distancia durante la noche debido al resplandor de la luz procedente de la capital. A lo largo de 480 kms. en dirección oeste desde Numea la península se proyectaba desde la llanura, con un promedio de 80 kms. de anchura en su cabo más extremo y elevándose como los arrecifes calizos de Inglaterra directamente desde el océano a una altura de casi tres metros para alcanzar una llanura casi plana. En el extremo de esta gran península estaba Caiful o "Atlán, Reina de las Olas". Hermosa, pacífica, con sus extensos jardines de encanto tropical:

"Donde una hoja nunca se marchita en las enramadas tranquilas y florecientes, y la abeja disfruta de todo un año de flores".

Sus amplias avenidas sombreadas por grandes árboles, sus colinas artificiales, la mayor de ellas cubierta de palacios gubernamentales, y flanqueadas por las avenidas en forma de terrazas que irradiaban del centro de la ciudad como radios de una rueda. Estas avenidas se extendían a lo largo de 80 kms. en una dirección, mientras que en ángulos rectos desde ellas, y atravesando el ancho de la península, en una extensión de 64 kms., se encontraban las avenidas más cortas. Así yacía, como un sueño esplendoroso, ésta, la ciudad más soberbia del mundo antiguo.

Caiful no se acercaba al océano a más de 8 kms. Aunque no poseía murallas, alrededor de toda la ciudad se extendía un enorme foso, de una anchura de 1.200 mts. y unos 18 mts. de profundidad y nutrido con las aguas del Atlántico. En el lado norte, un gran canal penetraba en el foso—un canal en el que las aguas de un gran río, el Nomis, creaban una corriente de salida de considerable rapidez. Se formaba de este modo una corriente natural que producía una succión por todo el círculo del foso, en la que el agua del océano entraba por el lado sur. De esta forma, se conseguía eliminar hacia el mar todo el drenaje de la isla circular artificial en la que se asentaba la ciudad. Inmensas bombas hacían entrar agua limpia del océano a través de las grandes tuberías y conductos de piedra por toda la ciudad, limpiando los drenajes, proporcionando energía propulsora para cubrir todas las necesidades, para energía eléctrica y servicios eléctricos de una gran variedad—pero suficiente. ¿Servicio eléctrico? ¿Energía eléctrica? Ciertamente nosotros teníamos el más profundo conocimiento de esta fuerza motriz del universo; la usábamos en innumerables aplicaciones que todavía tienen que ser redescubiertas en este mundo moderno nuestro, y formas, también, que cada día son más

y más recordadas a medida que los hombres y mujeres de aquella era pasada reencarnan en ésta.

No es extraño que seas incrédulo, amigo mío, cuando hablo de estos inventos que tú has considerado propiedad especial de hoy día; pero yo hablo con un conocimiento nacido de la experiencia, viendo que yo viví entonces, y vivo ahora; viví no solamente en Poseidonis hace doce mil años, sino también en los Estados Unidos de América, antes, durante la Guerra de Secesión.

Nosotros conseguíamos la energía eléctrica en parte de las olas que batían las costas del océano, y más exactamente del flujo de las mareas; de los torrentes de montaña y de los elementos químicos; pero principalmente la conseguíamos de lo que podría ser llamado más apropiadamente el "Lado Nocturno de la Naturaleza". Los explosivos de gran potencia eran conocidos por nosotros, pero nuestro uso de ellos era de una gama más amplia que la vuestra. Si vosotros pudiérais conseguir que estas sustancias liberaran de forma gradual la fuerza aprisionada en ellos sin temor a una explosión, ¿piensas que vuestra maquinaria sería propulsada por mucho tiempo por motores pesados, por vapor o motores eléctricos? Si un barco de vapor pudiera prescindir de sus calderas de carbón y, en su lugar, tuviera dinamita en un compuesto totalmente a prueba de explosión, del tamaño de lo que un hombre pudiera transportar en una bolsa de mano, con fuerza suficiente para hacer navegar al barco desde Inglaterra a América, o enviar un tren a 9.600 kms., ¿durante cuánto tiempo verías la maquinaria de vapor? Pues ésta era una fuerza, y bastante poco valorada, que nosotros—posiblemente vosotros, ciertamente yo—conocíamos en la vida atlante. Estará otra vez con vosotros, porque Nuestra Raza ha vuelto desde Devachán a la tierra. Pero no solamente esta fuente de energía era nuestra; ciertamente, era a nuestras energías del Lado Nocturno como un motor de vapor de alcohol es a vuestros motores de vapor. Las fuerzas del Lado Nocturno—¿qué son? En este punto contestaré sólo con otra pregunta: La fuerza de la Naturaleza, de la gravedad, del sol, de la luz, ¿de dónde viene? Si me contestas: "De Dios", entonces, ¿contestaré también que el Hombre es el Heredero del Padre, y que todo lo que es de El, también es del Hijo. Si Incal está impulsado por Dios, el Hijo averiguará cómo hace esto su Padre, y pronto hará lo mismo, como el Hombre hizo una vez en Poseidonis. Pero más grandes cosas que estás que nosotros hicimos hareis vosotros; vosotros sois ahora, vosotros fuísteis entonces; vosotros sois Poseidonios que habeis regresado, ¡y en un plano superior!

El objeto original por el que el gran foso que circundaba la capital había sido excavado, había dejado de existir hacía muchos siglos. Este objetivo era simplemente marítimo, en los días en que los barcos se utilizaban como medio de transporte, antes del uso generalizado posterior de los vehículos aéreos; y había servido a este propósito tan perfectamente como para ganar para Caiful su orgulloso título de "Soberana de los Mares", un nombre conservado incluso cuando los usos originales de su foso se habían convertido en historia. Cuando los más modernos medios de transporte suplantaron a los antiguos, los barcos, que durante diez siglos habían adornado los mares y ríos del globo, habían caído en desuso o habían sido dedicados a otros usos. Solamente unas pocas velas surcaban ahora las aguas, y éstas eran meramente barcos de recreo pertenecientes a gente desocupada a quienes les gustaban las novedades, y los deportes.

Este cambio radical no fue, sin embargo, razón para que los muelles de cemento de una extensión de 240 kms. más o menos, del foso fueran destruidos. Esto habría entrañado la pérdida de una propiedad valiosa por culpa de las aguas sin canalizar, así como el deterioro del sistema de alcantarillado de la ciudad, además de que tal curso habría destruido la belleza del foso y su entorno. Por lo tanto, en los siete siglos transcurridos desde que habíamos cesado de usar el transporte marítimo, ningún signo de debilidad había amenazado esta gran masa de cemento.

Una característica importante de Caiful era la riqueza y rara belleza de sus árboles y arbustos tropicales, flanqueando las avenidas, cubriendo las múltiples colinas cubiertas de palacios, muchos de los cuales habían sido construidos para elevarse a seis o nueve metros sobre el nivel de la llanura. Árboles y arbustos y plantas, vides y flores, anuales y perennes, llenaban los cañones artificiales, las gargantas, los desfiladeros y niveles que a los artistas poseidonio les encantaba crear. Estos cubrieron las laderas, emparejaron los minúsculos arrecifes, las paredes de los edificios, y ocultaron la gran mayoría de los escalones que conducían en amplios bancos a los bordes del foso, cubriendo todo con una gloriosa vestidura verde.

Quizás el lector está comenzando a preguntarse dónde vivía toda la gente. Ciertamente la pregunta está bien programada, y la respuesta, creo, probará ser interesante.

En el trabajo de cambiar la configuración de la superficie del gran promontorio, de la de una llanura a las más hermosas variaciones de colinas y sus correspondientes depresiones, el

propósito perseguido había sido el esculpir grandes bloques de roca, de enorme resistencia, en forma de terrazas, y dejar pasajes arqueados por donde las avenidas intersectaban tales elevaciones, para llenar los interiores que quedaban con hormigón y cemento armado. Los exteriores eran cubiertos con rica tierra en los niveles y cubiertos con terrazas para contener vida vegetal de todas clases. Las elevaciones se extendían a lo largo de muchos kilómetros cuadrados desde el nivel que una vez había existido, dejando poco de superficie plana excepto las avenidas, y no todas éstas, ya que un número importante de ellas se alzaban entre las colinas o seguían el lecho ascendente de algún cañón hasta que alcanzaban el borde en la cúspide de la última. A continuación penetraban por la división y desembocaban al otro lado a través de un camino arqueado, donde tubos de cristal, totalmente desprovistos de aire, daban luz continua derivada de las fuerzas del "Lado Nocturno". Las caras verticales y las inclinaciones de las terrazas, así como los lados de los cañones, tenían forma de salones de variado tamaño y amplitud. Las entradas a éstos, y a las ventanas, estaban ocultas bajo antepechos artificiales de roca, sobre los que trepaban vides e hiedra, ocultando a la vista así la fealdad rígida de la estructura metálica que había debajo. Estos apartamentos estaban ordenados en salones artísticos para acomodar a familias. La capa de metal con la que estaban cubiertos impedía que penetrara la humedad, mientras que su colocación bajo la superficie aseguraba una temperatura permanente en todas las estaciones del año. Como estas residencias habían sido diseñadas y construidas por el gobierno, eran de su propiedad, y los inquilinos adquirían las mismas bajo arriendo en el Ministerio de Edificios Públicos. La renta eran puramente nominal y sólo suficiente para pagar la conservación del edificio y los gastos de luz incandescente y calefacción, suministro de agua, y los salarios del personal necesario para atender a estas tareas. Todo esto no costaba más del diez o quince por ciento del salario de un mecánico cualificado ordinario. La mención de tanto detalle debe ser perdonada porque, si fuera omitida, el lector sólo obtendría una concepción vaga e insatisfactoria de la forma de vida en esta era antediluviana.

El gran encanto de estas residencias estaba en el hecho de su localización retirada, que evitaba la terrible visión de masas de casas angulares, un efecto de extrema fealdad vista en nuestros modernos días, pero raramente, o nunca, en nuestras ciudades atlantes. El resultado de esta disposición era que, para el observador que miraba desde un punto elevado, la ciudad podría haber

sido notable para alguien acostumbrado a las modernas atrocidades de piedra, ladrillo o madera, principalmente por la ausencia de pilas de rascacielos separadas por túneles estrechos, oscuros, sin árboles y a menudo inmundos, mal llamados calles. Aquí una colina, y allá otra y otra, hasta que el ojo las contaba por docenas—había ciento diecinueve en total; aquí un lago, o allí un arrecife con un lago, o un parque de árboles a sus pies; gargantas de gran esplendor, pequeños bosques, regularmente irregulares; cascadas y torrentes que caían, alimentados del sobrante del suministro de agua fresca de la ciudad, sus bancos y costas cubiertas con estas plantas, árboles y arbustos que disfrutaban del agua abundante. Tal, queridos amigos, habría sido la escena presentada a vuestros ojos, si hubiérais visto Caiful conmigo; quizás la visteis. Pero Caiful no estaba desprovista de casas construidas en forma parecida a nuestros días, porque la autorización de la ciudad para construir mansiones hermosas aquí y allí en lugares y estilos calculados para añadir belleza al escenario, era un privilegio del cual cualquiera con medios podía disfrutar, bajo aprobación oficial. Muchos hacían esto. Museos de arte, edificios para espectáculos y otras estructuras no diseñadas para vivienda se encontraban en número apropiado.

Yo encontré, al inspeccionar la ciudad, que las avenidas, en ciertos casos, parecían terminar de forma abrupta en una gruta, cuyo interior estaba cubierto de estalactitas que pendían del techo. Quizás se producía un ligero desvío del curso recto, y así se evitaba que alguien penetrara en la gruta. En estos lugares, lámparas cilíndricas sombreadas, de alto voltaje, al vacío, lanzaban un suave resplandor hacia el interior, produciendo un efecto de luz de luna muy agradable para alguien que viniera de la claridad de la luz del sol.

Mientras que, en la mayoría de los casos, nuestras gentes eran consumados jinetes, esta forma de transporte no se usaba excepto para hacer ejercicio físico y recreo, ya que el transporte eléctrico era proporcionado por el gobierno. Ciertamente, los reformadores sociales de estos días del siglo diecinueve cristiano habrían estado en su tierra ideal si hubieran sido caifulianos, y esto debido a que el gobierno seguía el principio paternalista de forma tan sistemática como para haberse arrogado la propiedad de la tierra, todos los métodos de transporte y comunicación públicos, todas las fabricas, en una palabra, toda la propiedad. El sistema era tan beneficioso, que ningún poseidonio deseaba verlo discutido o cambiado por otro. Si un ciudadano deseaba un *vailx* (vehículo aéreo) para

cualquier uso, lo solicitaba a los funcionarios correspondientes, que trabajaban en los numerosos estacionamientos de vailx por todo el reino. O, para cultivar la tierra, la persona interesada lo solicitaba al Departamento de Terrenos y Cultivos. Quizás se deseaba manufacturar algún producto; la maquinaria se alquilaba por un precio nominal necesario para pagar los gastos de conservación y el salario de los funcionarios que supervisaban esa parte de la propiedad pública. Estos ejemplos bastarán. Es suficiente decir que, en estos tiempos modernos del mundo no existe armonía política como la que se derivaba de este paternalismo por parte de nuestros funcionarios elegidos. El paternalismo gubernamental es una cosa contemplada con envidia o semi-alarma en las repúblicas modernas. Pero hoy día tiene una cualidad diferente de la que tenía entonces. El nuestro era un paternalismo vigilado y seguido por los sufragistas de la nación, y su vida era esencialmente exponente de los verdaderos principios socialistas.

Ni siquiera ahora he sido tan preciso en detalles como para explicar muchos de los más peculiares ajustes mantenidos entre el padre político y sus hijos, ni entre los trabajadores y el capital. Pero tampoco puedo hacerlo en estas páginas con un cierto grado de propiedad, porque ésta no es una solicitud de re-adopción, en esta época del mundo, de los métodos seguidos en aquel remoto periodo. No obstante, esto puedo decir, no inadecuadamente en este momento, que Poseidonis no tenía en mis tiempos, la moderna, y no obstante también antigua, molestia de las huelgas laborales, bloqueando el capital y la industria, haciendo morir de hambre al artesano, y causando más sufrimiento al pobre que tales molestias puedan nunca traer a las puertas de los ricos. El secreto de esta inmunidad no era difícil de encontrar en una nación cuyo gobierno era la voz de aquellas gentes que poseían suficiente cultura como para esgrimir el derecho al voto, y esto, también, sin distinción de sexo, porque innato en nuestra vida nacional estaba este principio: "Una vara medidora educacional para cada votante; el sexo del sufragista es inmaterial". En tal nación, y bajo tal gobiernò, era ciertamente extraño que las desarmonías laborales pudieran perturbar la política social por largo tiempo. El amplio principio de igualdad entre patrono y empleado gobernaba a Poseidonis; no importaba lo que una persona hiciera por otra persona, pero toda la ecuación giraba sobre esta cuestión: ¿Había habido alguna prestación de servicio de una persona a otra? Si así era, el hecho de que el servicio era o no cumplido por medio de trabajo físico no contaba nada. Podía ser igualmente un servicio

que merecía compensación, tanto si era físico como puramente intelectual; tampoco se consideraba importante si el patrono representaba a uno o más individuos o el empleado a una o más personas.

Nuestras leyes locales sobre el tema de equidad industrial eran completas y más bien voluminosas. Mientras no me preocupo de describir en detalle una reproducción de lo que puede llamarse leyes laborales, es interesante reseñar algunos pocos extractos. Será conveniente hacer un prefacio de las mismas con una corta historia de su puesta en vigor, y así mostrar cómo, en aquella remota época, problemas laborales muy similares, y tan amenazantes de la paz y el orden como cualquier convulsión laboral moderna, eran definitiva y equitativamente resueltos.

Sobre la "Piedra Maxin", de la que haré completa referencia como código legal en su momento, se encontraba esta semilla vital para la resolución de la temible amenaza que embrollaba las relaciones entre trabajadores y empresarios, a saber:

"Siempre que aquéllos que trabajan asalariados sean oprimidos, y se levanten coléricos para destruir a su opresor—¡mirad! que su mano sea frenada, para que Me obedezcan. Yo les digo: no hagais daño a la persona o a la propiedad de ningún hombre, ni siquiera del hombre que les oprime. Porque, ¿acaso no son todos hermanos y hermanas? ¿No son todos hijos del mismo Padre, el Creador sin nombre? Pero esto yo ordeno: que destruyan la opresión. ¿Acaso las cosas que son inferiores al hombre, gobernarán y oprimirán a sus amos? Buscad diligentemente el significado de esto".

El estudiante de ética interpretaba este mandato como que las clases trabajadoras oprimidas no debían dañar a los capitalistas opresores ni a su propiedad. Las clases acomodadas eran quizás tan víctimas de las circunstancias como la gente pobre; el remedio estaba, no en la anarquía ciega, sino en la erradicación de las condiciones. Esto era fácil de conseguir, si se hacía correctamente. Los oprimidos eran un millar por cada opresor. La mayoría de ellos tenían derecho a voto, y estaba determinado que, como el gobierno era el servidor del pueblo, el método adecuado era tratar los asuntos en las urnas, y no emplear la violencia contra el rico.

Por lo tanto, se hizo la llamada a todo el pueblo para que votara la adopción de un código de relaciones laborales y su respetuosa sumisión al Rai. De los muchos artículos y secciones, insertaré sólo aquéllas que son pertinentes para los tiempos y problemas modernos, por lo tanto, si esta selección no está

correctamente articulada y clasificada en orden consecutivo es por razones obvias.

### EXTRACTOS DE LAS LEYES LABORALES POSEIDONIAS.

"Ningún patrón demandará de ningún empleado ningún servicio fuera de las horas legales de trabajo sin darle remuneración extra".

"Sec.4. Estas horas no serán menos ni más que nueve en número para el trabajo físico en cualquier periodo de veinticuatro horas; ni menos ni más que ocho horas para empleos sedentarios, que requieran principalmente ejecución intelectual".

Este estatuto permitía a las dos partes establecer un contrato que les conviniera a ambas sobre cuándo debía comenzar y terminar la jornada laboral, con referencia a la primera hora del día, esto es, el mediodía de nuestra época actual. Con relación a los asuntos salariales, la ley era muy clara. Sostenía que como la humanidad era egoísta por naturaleza, esto es, la naturaleza inferior, que operaba sobre la base de auto-engrandecimiento, la moderna doctrina del "juego justo".

Por lo tanto, si el sujeto no actuaba por un sentimiento de deber hacia su prójimo para tratar a esa persona de forma justa, cuando el derecho no estaba impuesto por el poder, entonces la ley tenía que obligarle a ser justo. Es en esto en lo que el moderno mundo anglosajón, que es Poseidonis (y Suernia) reencarnados, muestra una señal del lento pero seguro progreso ascendente engendrado por el tiempo; prueba que aunque el hombre se mueve, tal como lo hace todo lo demás sensato e insensato, en un círculo, no obstante, el círculo es como un muelle, siempre progresando alrededor y alrededor, pero cada vez moviéndose en un plano más elevado. Poseidonis tenía que ser obligada por sus mentes avanzadas a obrar justamente con el débil. América y Europa cada vez están más dispuestas a obrar justamente, equitativamente, porque es parte del deber. Así, vemos a los modernos patronos a menudo haciendo voluntariamente lo que los antiguos poseidonios hacían por ley, esto es, compartir los beneficios con sus empleados.

La ley habiendo ido pues a los legisladores, los sufragistas decretaban que el gobierno debía establecer un Departamento de Economato, cuyas tareas deberían ser recoger todas las estadísticas concernientes a los productos alimenticios del comercio, también

concernientes a todas las fibras textiles necesarias para vestir y, en suma, todos los artículos necesarios para el apropiado mantenimiento social de los individuos. En estos informes estadísticos se fundamentaría una valoración del coste de todas estas necesidades, entre las que los libros eran clasificados como alimento mental, y se calculaba el coste anual de estas cosas. Sobre este cálculo se estimaba el salario diario dividiendo el coste anual por el número de días. Este índice se renovaba cada 90 días, cuando se observaba que el coste de los productos básicos fluctuaba, por lo tanto el índice no era totalmente estable, y el sueldo de cualquier periodo de 3 meses probablemente podía diferir del del trimestre anterior.

Permitidme citar lo siguiente:

"Sec. VII, Art. V. Los patronos dividirán los beneficios brutos de las operaciones comerciales de acuerdo con el siguiente plan: El sueldo, salario o emolumento de cada empleado será pagado en la suma indicada por la estimación trimestral del coste de la vida determinado por el Departamento de Económato. Del resto, la cantidad de seis partes de cada cien del capital invertido será puesto aparte. Este incremento será y representará los beneficios netos del empresario. De los ingresos restantes, serán deducidos los gastos de gestión, y de la suma que reste de esto, una mitad será invertida para proporcionar pensiones para los enfermos o incapacitados, o seguro para los huérfanos de empleados muertos. La otra mitad será distribuida periódicamente entre los empleados sobre la base de sus diversas compensaciones".

"Sec. VIII, Art.V. Todo el conjunto de empleados es únicamente igual al correspondiente Superintendente. El Superintendente es igual a todos los subordinados. Por lo tanto, los empresarios, cuando no sean ellos mismos directores de sus negocios, pagarán a los directores un salario igual a los salarios combinados de los subordinados".

Ciertamente, estas leyes laborales y otros temas suenan modernos. Pero la civilización en todas las épocas, entre todas las naciones, es impulsada a expresarse en formas que, si se utiliza el lenguaje moderno para describirlas, parecerán casi idénticas; así pues, en la antigua Atlántida y en la moderna América el término "huelga" puede ser usado apropiadamente para designar una revuelta laboral; el mismo principio caracteriza todas las otras fases; porque de época en época el mundo no hace sino lentos progresos, y hoy día no está tan avanzado en su actual sub-ciclo, ni tan civilizado, como lo estaba la antigua Poseidonis. Esto puede sonar duro, pero será comprendido enseguida.

En su conjunto, tales eran las principales características del mundo industrial en Poseidonis. Las antiguas huelgas y revueltas que produjeron el establecimiento de estas leyes desaparecieron y la paz se implantó. El cambio fue beneficioso, ciertamente, no obstante, siempre el fuerte trataba de ver cómo podían evadir la ley, y aunque no lo conseguía de forma dañina, el deseo por su parte entraba en la suma del Karma. Así pues, cuando el mundo moderno de la época cristiana llegó en los siglos dieciocho y diecinueve, particularmente en éste último, entonces comenzó la reencarnación de esta era de Poseidonis, y durante un tiempo la tendencia hacia la opresión una vez más se puso de relieve. Pero por encima de esta tendencia ahora débilmente aparece el deseo de obrar el bien por el bien mismo, que, aplicado a asuntos industriales, se ha manifestado en muy, muy recientes años—un signo del atardecer del último día, ahora casi sonando su última hora, hablando de una era pasada. Me refiero particularmente a la buena voluntad del hombre para tratar a sus semejantes de forma justa, sin ser forzado a hacerlo por las leyes en vigor. Ciertamente es, todavía, hecho sólomente porque se ha comprobado que compensa; pero nunca se hubiera visto que compensaba si la justicia reencarnada no hubiera inducido a llevar a cabo experimentos en relación con la distribución de beneficios, con la esperanza de erradicar el mal de las huelgas y con la idea de armonizar a la sociedad para que haga lo que debe hacer. Finalmente, aunque pueda parecer extraño y paradójico, esta mejora es hija de los derechos de los viejos tiempos, exigidos por la fuerza en Poseidonis y hoy día, descendientes reencarnados de opresión reencarnada, como en la Atlántida la opresión se extendió reencarnada de la tumba de otras eras pasadas, anteriores al maravilloso monumento de Gizeh. Pero el mencionar aquí algo más que lo dicho sería entrar en el trabajo dado a otro por el Mesías; por lo tanto, sólo una indicación puedo dar ahora, pero más adelante daré más. Por ahora baste decir que aquéllas fueron épocas en las que el hombre se esforzaba, con apenas perceptible movimiento ascendente, desde nuestros antepasados caídos. Gloria sea dada a nuestro Padre de que Sus hijos con seguridad, aunque lentamente, están escalando por caminos tortuosos hasta Sus alturas; muchas son sus caídas, pero ellos se elevarán otra vez, no dejando que triunfe el enemigo.

Puede ser una aparente intrusión inoportuna, pero debo describir aquí brevemente el sistema de transporte electro-ódico de Caiful, y de las otras ciudades, pueblos y villas esparcidas por todo el imperio y las colonias. La descripción es de los vehículos de

locomoción locales solamente. A cada lado de cada avenida existía una ancha acera pavimentada para los peatones. Una fila de grandes macetas de piedra sin fondo en las que crecían los arbustos ornamentales y las plantas verdes que adornaban las aceras, y a cada lado de éstas había un rail de metal, colocado a una altura de unos tres metros, y sostenidos por pescantes como los que sujetan los botes de los barcos. A tramos regulares otros railes cruzaban los principales, railes capaces de ser elevados o bajados desde su punto de conjunción, efectuando este proceso una sola palanca. Estos railes servían como cruces de calles, habiendo comparativamente pocos casos de calles pavimentadas bajo los railes que no fueran las grandes avenidas radiales. Sobre los mapas del Departamento de Transporte Urbano estos railes principales y de cruce parecían la tela de araña de una araña de jardín. Por cada distrito de transporte existían multitud de vehículos, con mecanismos autóxicos, por los que se les podía hacer correr a tremenda velocidad con sus pasajeros; pero no ocurrían colisiones, ya que las barras transportadoras formaban un sistema de doble tracción.

### **CAPITULO III**

#### **LA FE TAMBIEN ES CONOCIMIENTO, Y SIRVE PARA MOVER MONTAÑAS**

Existe un dicho, cuyo origen se pierde en el tiempo, que dice que "el conocimiento es poder". Dentro de límites bien definidos esto es cierto. Si tras el conocimiento yace la energía requerida para percibir sus beneficios, entonces es un dicho verdadero.

Con el fin de ejercer dominio sobre la naturaleza y sus fuerzas, el futuro operador tiene que tener una comprensión perfecta de las leyes naturales involucradas. Es el grado de logro en este conocimiento el que marca la mayor o menor habilidad del ejecutante, y los que han adquirido la comprensión profunda de la Ley (*Lex Magnum*) son maestros cuyos poderes resultan tan maravillosos como si fueran mágicos. Las mentes no iniciadas quedan totalmente alarmadas por la incomprensible manifestación de éstos. A cada paso que daba, cuando llegué desde mi hogar de la montaña a mi residencia metropolitana, me encontraba con maravillas inexplicables, pero mi dignidad natural me evitó parecer ignorante. Poco a poco fui familiarizándome con mi entorno, y conseguí así un conocimiento de las cosas que han sido referidas desde que mencioné el cambio de la vida en el campo por el

entorno urbano. Pero estos logros de autoridad complaciente sobre la naturaleza demandaban un curso especial. Este curso de estudio no lo había decidido yo todavía, antes de que me introdujera en la ciudad, porque parecía que la parte de la sabiduría era concentrar mis energías en especialidades y no desperdiciar fuerza intentando las generalidades. A este fin decidí vivir durante un periodo más o menos largo sin tratar de ser admitido al Xioquithlon, y resolví dedicarme en el interim a la observación. Yo había leído siempre muchos libros, que obtenía de la biblioteca pública en el distrito perteneciente a mi hogar en la montaña. De éstos había conseguido una comprensión considerable de la política social. El hecho de que existieran sólo 91 cargos electivos para ser votados por el pueblo, mientras que había casi 300 millones de poseidonios en la Atlántida y sus colonias, y según el último censo que había visto, 37, casi 38, millones de electores poseían Diplomas de Primer Grado, teniendo derecho así a presentarse para cargos públicos, me hizo pensar que era extremadamente improbable que tal honor recayera alguna vez sobre mí. Pero si yo podía apenas esperar un cargo oficial, sentí que podría, si me preparaba adecuadamente consiguiendo un diploma de primera clase, conseguir un nivel político alto y tendría un cargo público, y algunos de éstos eran tan honorables como una cancillería. ¿En qué materias debería concentrarme? La investigación geológica me atraía mucho, y en sus numerosas ramas había una amplia y atractiva variedad de campos de oportunidad. Y también, la filología era casi igual de atractiva; mi capacidad para aprender idiomas extranjeros era considerable, tal como había comprobado al estudiar un pequeño volumen que describía una tierra conocida con el nombre de Suernia, un extraño país, y del idioma del que se daban muchos ejemplos; había aprendido éstos con leerlos una sola vez.

Varios meses de residencia en la ciudad me decidieron a adquirir todo el conocimiento geológico que pudiera, porque era un tema de estudio que yo creía que Incal me había dirigido a hacer, como también un conocimiento sobre minas y mineralogía práctica. Como materias adicionales, me propuse asentarse completamente en literatura sintética y analítica, no solamente de mi Poseidonis nativo, sino también de los idiomas de Suernia y Necropan. Así, acabo de nombrar las tres grandes naciones de la época anterior a Noé (anterior a Nephth). Una de estas naciones fue borrada de la faz de la tierra, pero las otras dos han sobrevivido, después de terribles vicisitudes, hasta hoy día; de ellas hablaré más adelante.

Las razones que me indujeron a elegir el curriculum que he

mencionado fueron que, como geólogo y científico coordinado, yo esperaba hacer nuevos descubrimientos de valor, y registrarlos en libros para el mundo, al menos para los poseidonios, que se estimaban a ellos mismos como lo mejor del mundo, una meta apenas posible de conseguir de otra forma que a través de este curso de estudio. Las influencias que yo esperaba ganar por medio de tales publicaciones me podían conducir a convertirme en un Superintendente General de Minas, un puesto político no inferior a cualquier otro cargo por designación. Ciertamente podría hacer otros estudios si entraba en la carrera de los diplomas de primera, pero los citados eran los más agradables y constituían mi principal aspiración. Como complemento, puedo decir que seleccionar estos estudios, y dominarlos después, condujo a mi naturaleza a asumir una tendencia que dió como resultado, no hace muchos años, que yo me convirtiera en el propietario de una mina en el estado de California—y tuviera éxito, también. Estos estudios también fijaron tanto mis talentos lingüísticos que, cuando fui un ciudadano de los E.E.U.U, no sólo dominaba mi lengua materna, sino que también hablaba otros trece idiomas modernos, tales como francés, alemán y español, chino, varios dialectos hindúes, y sánscrito como una especie de relajación mental. No consideres esta confesión como presuntuosa; no lo es. La hago con el fin de mostrarte, amigo mío, que tus propios poderes no son un asunto de herencia solamente, sino adquisiciones que se recuerdan de alguna, o puede ser, de todas tus vidas pasadas; también para darte un indicio de beneficio, a saber: los estudios que se realizan hoy día, con seguridad darán fruto, no sólo en tu actual vida en la tierra, sino también en las experiencias de subsiguientes reencarnaciones. Vemos con todo lo que hemos visto, hacemos con todo lo que hemos hecho, y pensamos con todo lo que hemos pensado. Verbum sat sapienti.

En el próximo capítulo me propongo dedicar algunas páginas a analizar la ciencia física, tal como era entendida por los poseidonios; más especialmente me referiré a los principios más importantes sobre los que se basaba, ya que dejar de hacer esto necesitaría el tomar muchos postulados ex cátedra que, de otra forma, pueden ser fácilmente comprendidos en un momento.

#### **CAPITULO IV**

#### **"AXTE INCAL, AXTUCE MUN"**

Al estudiar las leyes naturales, los filósofos de Poseidonis

habían llegado a la hipótesis concluyente y teoría de trabajo de que el universo material no era una entidad compleja sino extremadamente simple en su origen. La gloriosa verdad: "Incal malixetho", estaba muy clara para ellos. Esto es, que "Incal Dios es inmanente en la Naturaleza". A esto añadían: "Axe Incal, axtuce mun", "Conocer a Dios es conocer todos los mundos posibles". Después de siglos de experimentación, de recogida de fenómenos, deducciones, análisis y síntesis, estos investigadores habían llegado a la proposición final de que el universo—no apoyándose aquí en su enorme conocimiento astronómico—era, con todos sus variados fenómenos, creado y continuamente conservado en funcionamiento por dos principios-fuerza primigenios. Brevemente descritos, estos hechos básicos eran que la materia y la energía dinámica (que eran Incal manifestado externamente) eran las causantes de todas las demás cosas. Esta concepción sostenía que sólo Una Sustancia existía y sólo Una Energía, la una siendo Incal exteriorizado y la otra Su Vida en acción en Su Cuerpo\*. Esta Sustancia Unica asumía muchas formas bajo la acción de varios grados de fuerza dinámica. Como era el principio básico de todos los fenómenos naturales y psíquicos, pero no de los espirituales, me permito aquí un postulado que a no pocos de mis amigos les resultará familiar en parte, quizás, totalmente. Comenzando con la energía dinámica como primera sensiblemente manifiesta en el ejemplo dado como simple vibración, la postura poseidonia puede ser descrita como sigue: un nivel muy bajo de vibración puede ser sentido; un aumento del nivel puede ser oído. Por ejemplo, primero sentimos la pulsación de las cuerdas del arpa, y después, si el nivel de vibración aumenta, oímos su sonido. Pero las sustancias de otras clases, capaces de soportar impulsos vibracionales superiores, se manifiestan bajo una acción más intensa, siguiendo al sonido primero el calor, luego la luz. Ahora otra vez, la luz varía en color. El primer color producido es el rojo, y de ahí, por medio del

(\*) Como, en su impulso de salida, lo Creado se aleja del Creador, mira atrás a su origen y percibe sus marcas progresivas, esto es, sus múltiples percepciones de su separación progresiva de su Origen. Mientras mayor es esta separación, mayor es el campo (Materia) en el que estos puntos aparecen, porque el elemento divisor en lo Creado ha percibido más puntos o, en otras palabras, más cosas, más objetos materiales que están entre él y su fuente. Solamente cuando miramos hacia estas cosas que hemos percibido, estos pensamientos-forma de Dios, percibimos la materia, porque cuando miramos hacia adelante para reunirnos con El, la materia desaparece, dando paso al Espíritu.

aumento constante de la energía vibrátil, el color naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta, cada banda del espectro se debe a un aumento exacto y definido en el número de vibraciones. Siguiendo al violeta, un aumento mayor da blanco puro, más da gris, entonces más aumento extingue la luz, reemplazándola por la electricidad, y así sucesivamente a través de un voltaje en permanente aumento hasta que se alcanza el dominio de la fuerza vital o psíquica. Esto puede ser realmente considerado como ir hacia adentro desde esas manifestaciones de la naturaleza, de Incal o Dios, o el Creador, que son externas; ir hacia lo interno desde lo externo. Un estudio muy breve te mostrará que las leyes del mundo físico continúan hacia dentro hacia su origen espiritual; que son, realmente, nada más que prolongaciones la una de la otra. Pero, antes de entrar en el dominio de la vibración, cuyo guardián es el sonido, nos encontramos con que la Sustancia Unica vibra en grado dinámico variable, pero definido, y que de aquí salen cada una de las diversas formas de la materia; en seguida, la diferencia entre cualquier sustancia dada, tales como oro o plata, hierro o plomo, azúcar y arena, no es una diferencia de materia, sino de grado dinámico solamente. ¿Te canso, amigo mío? Aguanta durante un rato más, te lo ruego, porque es un tema importante. En esta afección dinámica el grado no es limitación movable, porque si el nivel vibrátil es una gama variable, inferior o superior que en cualquier material especial que pueda ser percibido, la variación será diferente en apariencia y en su naturaleza química; así, para adecuar entidades de sustancia se define si pueden ser impartidas vibraciones enormes por segundo, y la sustancia resultante (porque la luz es sustancia) es, digamos, luz roja\* pero si es un octavo mayor será naranja, y si más o menos, entonces el resultante tiene que ser invariablemente un naranja rojizo, o un naranja amari-

(\*) Se dice que la luz roja se manifiesta a 395.000.000.000.000 vibraciones de ese "éter" que Filos llama la última forma de materia por debajo de la cual la materia cesa y comienza la mente. Y la más elevada vibración de luz visible está colocada a 790.000.000.000.000. Eso dice la ciencia. Pero Filos dice: "Mucho más elevada que la alta gama púrpura donde la luz cesa de ser normalmente visible, la Sustancia Unica otra vez vibra visiblemente. Como una cuerda de arpa sincronizada que responde a la clave de Si bemol, por ejemplo, dada en otra arpa, también responderá a toda Si en todo el registro, tanto si es bajo, o medio, o alto, así la Sustancia Unica responde a 831.000.000.000.000; y, otra vez, a la siguiente octava de vibración, y otra vez a la siguiente, donde se hace visible como la fatal Luz no Alimentada, llamada en la Atlántida el "Maxfn", y una vez más, por el Tchín la "Vis Mortuus".

lento, respectivamente. Parece ser pues, que ciertos grados definidos existen tan simplemente como mojones, y que estos grados superiores son absolutos. En otras palabras, la Sustancia Unica no es tan fácilmente clasificable entre estas mayores definiciones como sobre ellas, un hecho que explica la tendencia de los compuestos, o afecciones intermedias, para descomponerse en los elementos definidos o simples; los compuestos químicos no son tan estables como los elementos químicos simples. La moderna "teoría de la onda", de que el sonido, el calor, la luz y sus correlativos no son sino formas de fuerza, es correcta sólo a medias; son esto, pero también son más. Son, en resumen, afecciones de la Sustancia Unica por medio de grados específicos de la Energía Unica, y salvo que el nivel de esta afección es mucho mayor en el caso de la electricidad que en el del plomo o el oro, no existe diferencia entre estas cosas variadas que parecen diferentes. Esta es la energía que los Rosacruces llamaron "Fuego", la que da entrada a ese misterioso reino de la naturaleza penetrado solamente por el adepto taumaturgo, el mago. Llama a estos estudiantes a cuya voluntad toda la naturaleza se inclina obediente, por el nombre que más te guste, pero siempre ten presente que el Mago real nunca habla de sí mismo o de sus obras, y no es conocido por sus colegas como lo que es, salvo que un accidente revele el secreto. A este grupo pertenecía Aquel a cuyo mandato los vientos y las olas se calmaban en el tempestuoso mar de Galilea. Pero El no hablaba por El. De esa sublime hermandad hablaré más adelante. No se necesita prueba mayor que ésta de que todas las variadas manifestaciones no son sino variantes de la fuerza ódica, el "Fuego" Rosacruz: ofrece resistencia a una corriente eléctrica, reduciéndola por lo tanto o desviándola hacia una fuerza opuesta, y tienes luz; opón a este (arco) de luz una obstrucción combustible, y aparece la llama. Así puedes continuar hasta llegar al descubrimiento que pronto el mundo científico hará, que la luz, toda la luz, del sol, o de cualquier otra fuente, puede manipularse para que se convierta en sonido; sobre este descubrimiento giran algunos de los inventos más asombrosos que tu era ni siquiera ha soñado en sus visiones. Pero el descubrimiento original en este maravilloso eslabón, el primero de la secuencia, será el más grande de todos, y así anunciado. Y esto está garantizado; el hecho de que será un desarrollo reencarnado, no disminuirá su importancia para la humanidad, ni para el crédito de su redescubridor. En realidad, las verdades del Reino de nuestro Padre son eternas; siempre lo han sido, siempre existirán, y sólo los

descubridores mismos serán nuevos al hecho. El hecho no es nuevo en sí mismo, ni siquiera nuevo para el mundo, sólo para esta era de él. Poseidonis sabía que la luz produce sonido cuando se le opone resistencia en forma adecuada. Sabía que el magnetismo da paso a la electricidad en la misma forma y por la misma razón. Así, el imán muestra su magnetismo; enróllalo en el campo de una dinamo y corta así la corriente y réunela sobre el mismo, por decirlo así, y se genera la electricidad. Así pues, opón resistencia a ésta y aparece la luz; a ésta, y aparece el calor; otra vez se opone resistencia adecuadamente, y viene el sonido, a continuación la próxima energía aparece como movimiento pulsante. Pero estos diversos procesos pueden ser "cortacircuitados" y todos los fenómenos intermedios se cortan.

¿He aburrido con este discurso? Si es así, y sospecho que sí, la recompensa está próxima.

Los poseidonios descubrieron que en el dominio que existe más allá del magnetismo todavía existían otras fuerzas, superiores y más intensas, de pulsación, fuerzas operadas por la mente. Y la Mente es de nuestro Padre, y es la constante fuente creadora de todas las cosas existentes. Si el vis a tergo perpétuo de la creación divina cesara por un instante, en ese instante el Universo dejaría de existir. Ahora, ¿ves la sublime belleza del postulado atlante que no hace mucho repetí?: "Incal malixetho. Axte Incal, axtuce mun". Porque desde Sus alturas, marcando el descenso por "cataratas de fuerza", como un río marca declives en su lecho por las cataratas, viene este supremo poder; viene de lejos, ¡oh!, de muy lejos, bajando por su curso hacia las cascadas del magnetismo, la electricidad, la luz, el calor, el sonido, el movimiento—y lejos de donde el lecho de esta corriente Divina casi se nivela, exhibe esas pequeñas ondulaciones de diferenciación material que tú llamas elementos químicos, insistiendo en que son sesenta y tres cuando sólo hay Uno. De este conocimiento venían todas las maravillosas consecuciones de la vieja era, y una por una están emergiendo hoy día de su prolongado olvido, hasta que mañana despierten en multitud, y presionen para ser redescubiertas por docenas, y a continuación por legiones, hasta que todos los tesoros de Poseidonis estén otra vez en la tierra, en el aire, y en el mar. Oh, brillante mañana del tiempo, y afortunado tú que abrirás tus ojos sobre él y sus maravillas. Y, no obstante, aunque tan afortunado, aún verás que bien te incumbe atemperar todas las cosas por el espíritu, y no dejar que la marcha de los descubrimientos físicos sobrepase el avance del alma. Oh, triste será el día en que el hombre se

aproxime al tesoro oculto de su Padre desde el lado del ciego ojo físico; porque si éste gana todo el mundo, ¿de qué le servirá si pierde su alma?

Habiendo así adquirido una visión dentro del nuevo dominio, si ésta es nueva para tí, permíteme preguntarte, y te ruego me contestes: ¿Cómo explicas estos dos grandes fenómenos, calor y luz? No son fáciles de explicar; el frío y la oscuridad no son meramente la ausencia de calor y luz.

Habiendo dado ya aquí la base, ahora mostraré una nueva filosofía:

He dicho que los atlantes reconocían a la Naturaleza en su totalidad como la exteriorización de la Deidad. Su filosofía afirmaba que la fuerza se movía, no en líneas rectas sino en círculos, esto es, que siempre vuelve sobre sí misma. Si el dinamismo haciendo funcionar el universo actúa en progresión circular, se deduce que un aumento infinito de vibración posible a Una Sustancia sería un concepto insostenible. Tiene que existir un punto en el círculo en donde los extremos se unan y comience la ronda otra vez, y ésto lo encontramos entre la catodicidad y el magnetismo. Como la vibración trae a la sustancia al dominio de la luz, tiene que transportarla. Lo hace. la transporta hasta lo que los poseidonios denominaban "Navaz, el Lado Nocturno de la Naturaleza", donde la dualidad se convierte en manifestación, el frío se opone al calor, la oscuridad a la luz, y donde la polaridad positiva se opone a la negativa, todas las cosas antípodas. El frío es una sustancia lo mismo que el calor, y la oscuridad lo mismo que la luz. Existe un prisma de siete colores en cada rayo blanco de luz; también existe un prisma séptuple de entidades negras en la más negra oscuridad—la noche está tan preñada como el día.

El investigador poseidonio se convertía así en conocedor de las maravillosas fuerzas de la naturaleza que él podía utilizar para los usos de la humanidad. El secreto estaba fuera, y el descubrimiento era que la atracción de la gravedad, la ley del peso, se colocaba contra la "repulsión por levitación"; que la primera pertenecía al Lado Diurno de la Naturaleza, y la segunda a Navaz, el Lado Nocturno; que la vibración gobernaba la oscuridad y el frío. Así pues, Poseidonis, como el Job bíblico, conocía el sendero a la casa de la oscuridad, y los tesoros del granizo (frío). Con esta sabiduría la Atlántida hizo posible ajustar el peso (positividad) a la carencia de peso (negatividad) tan uniformemente que no se manifestaba ninguna "perturbación". Este logro significó mucho. Hizo posible la navegación aérea sin alas ni depósitos de gas

incontrolados, sacando ventaja de la fuerza de repulsión por levitación opuesta con la misma intensidad a la atracción de la gravedad. Esa vibración de la Sustancia Unica que gobernaba y penetraba todos los dominios fue el descubrimiento que resolvió el problema de la transmisión de imágenes de luz, de formas, así como de sonido y calor, como el teléfono que tú conoces tan bien transmite imágenes de sonido, sólo que en Poseidonis no se requerían cables ni otra conexión material visible para utilizar estos aparatos, a cualquier distancia, tanto de teléfono como de televisión, ni siquiera en la conducción de calor, esto es, servicio de calefacción.

Desviándome un poco diré que el empleo de éstas y otras elevadas fuerzas del Lado Nocturno, hacían posibles lo que parecían proezas de magia de los adeptos ocultistas, desde el Hombre de Nazaret hasta el último Yogi.

Y ahora, permitidme cerrar este capítulo diciendo que cuando la ciencia moderna haya encontrado su camino de aceptación del conocimiento poseidonio aquí descrito, la naturaleza física ya no tendrá secretos, para el investigador científico. Ni la tierra, ni el aire, ni las profundidades de los mares ni el espacio interestelar guardarán secretos para el hombre que se acerque a ellos desde el lado de Dios, tal como hizo Poseidonis. Yo no digo que la Atlántida lo supiera todo; sabía más que esta época actual ha descubierto, pero no todo. No obstante, la búsqueda que comenzó entonces con ellos puede continuar ahora con vosotros, porque América, pueblo mío, vosotros fuísteis la Atlántida. De ambas, puedo cantar: "Mi país, es vuestro".

## CAPITULO V VIDA EN CAIFUL

La nueva vida presentaba muchas novedades para mi madre y para mí, que llegábamos al ambiente urbano desde las montañas, tal como habíamos hecho tan recientemente.

Después de averiguar más sobre sus comodidades, enseguida me armonicé con los nuevos requisitos. Cambio de forma de vestir para adaptarme al estilo de la ciudad; aunque mi apariencia era reservada, yo aparecía tranquilo, una apariencia apoyada permanentemente por el hecho de que yo ganaba auto dominio de forma continua.

La vida enclaustrada de un estudiante, cuando me enrolé para

asistir a las clases del Xioquithlon, resultaba tan enervante a alguien acostumbrado a la libertad sin restricciones, que me ví obligado a seguir un programa que me proporcionara algún ejercicio muy necesario para mí.

Después de pensarlo un poco, junto con información fructífera que conseguí, me fuí a ver al Superintendente del Distrito perteneciente al Departamento de Terrenos y Cultivos, y pedí al funcionario que me mostrara alguna porción de tierra que yo pudiera cultivar, no necesariamente para ganar dinero, sino para hacer ejercicio, diciéndole que yo era un estudiante.

El Superintendente, con indiferencia, puso ante mis ojos un mapa doblado de las tierras adyacentes a Caiful.

Al hablar de distancias, he pensado en la conveniencia de mis lectores, y he utilizado metros, kilómetros, etcétera, como cifras de referencia. Me refiero a esto ahora, recordando que nuestro sistema de medidas fue fundado sobre un principio similar al sistema métrico decimal moderno: Pero su unidad de medida no era la diezmillonésima parte del cuadrante terrestre. Por el contrario, nuestra unidad de medida tenía su origen en el gran Rai de las Leyes del Maxin. Tal como señalé anteriormente, este monarca había introducido todas las reformas concebibles, y entre otras estaba ésta de reemplazar con un sistema uniforme de medidas el método confuso, aunque no completamente falto de ciencia, previamente en uso. La circunferencia de la tierra en el ecuador, tal como determinaron los astrónomos, había servido de base, tal como lo hace hoy día el sistema métrico moderno de una fracción de la cuadratura de la división polar norte y sur de la tierra. Pero este modelo no era mirado con total confianza; se temía que algún error se hubiera deslizado en el cálculo original, y mientras que si así había sido, la vara de oro utilizada como patrón podría haber servido a todos los propósitos, ya que era inmutable, tal es el deseo humano de ser tan perfecto como sea posible que, tal como he dicho, el temor de un error aniquiló la confianza. Cada hombre que así lo decidía, establecía un estándar propio, basado en cualquier esquema que le placía, un estado de cosas que condujo a un fraude deplorable en todo el imperio.

El Rai del Maxin instituyó un sistema tan admirable que fue inmediatamente aceptado como autoridad absoluta, más especialmente porque ningún hombre dudaba que venía de Incal.

El Rai poseía un recipiente construido con un material que soportaba la más mínima contracción o expansión entonces conocida bajo la influencia del frío o del calor. Este recipiente en

su interior era un cubo hueco perfecto, del tamaño exacto de la Piedra Maxin. También había un cubo enorme hecho de la misma sustancia, con unos diez centímetros de diámetro interior. En el recipiente cúbico se derramaba en forma precisa suficiente agua destilada, a una temperatura de 39 grados F, para llenarlo y no dejar ninguna burbuja de aire dentro del hueco. Este agua era entonces conducida por una llave a un recipiente tubular, manteniéndose cuidadosamente la misma baja temperatura. La altura exacta del agua era entonces gravada en una vara del mismo metal del que estaban hechos los recipientes. El siguiente paso era calentar el agua a 211,95 grados F, tanto éste como los otros procesos eran llevados a cabo a nivel del mar en un día de verano tranquilo. Bajo el calor, el agua se expandía en un grado apreciable, y el casi punto de ebullición era señalado como en el otro caso, y la diferencia en la vara entre las dos marcas era establecida como la unidad de medida lineal, de donde todas las otras medidas derivaban, la de peso era el peso del cubo hueco lleno de agua a 39 grados F. Utilizo la escala termométrica de Fahrenheit porque para vosotros nuestra escala poseidonia no significaría nada.

Perdón por esta digresión, pero revela otra de las facetas de la vida en aquella distante era.

Volvamos a la oficina del Superintendente. Esta persona, habiendo colocado ante mí el mapa de las áreas sin alquilar —debe recordarse que no existía propietario de tierra excepto el gobierno— se fue para atender a otros asuntos, dejándome para que estudiara el mapa a mis anchas. Recorriendo con la vista las descripciones impresas, ví que había una parcela de unos cinco acres, en un lugar que era un viejo huerto con varias clases de árboles frutales, a una distancia de unos ocho "vens", (casi el mismo número de kilómetros) de la ciudad, pero lejos de la península. Su anterior arrendatario la había alquilado por un periodo de cincuenta años, pero debido a su muerte la propiedad estaba vacante, y consecuentemente estaba otra vez disponible.

El hecho de que a menudo los estudiantes estuvieran escasos de medios económicos para vivir era tomado en consideración por el gobierno, quien en todos sus tratos con esta clase, permitía condiciones más ventajosas de las que se daban a cualquier otra clase social.

La propiedad bajo consideración me atrajo por su inscripción, que decía: "un área de aproximadamente ocho ven (cinco acres) con una casa de cuatro habitaciones, agua corriente en la casa; un ven dedicado a flores de jardín, y seis para árboles frutales de

quince años de edad". Las condiciones (con todos los servicios) para los estudiantes—la mitad de la cosecha frutal, y todas las flores que crezcan, entregadas al Agente del Departamento de Terrenos y Cultivos. Para otras personas que no fueran estudiantes, cuatro tekas al mes (diez dólares y veintitres centavos). No se arrendaba por menos de un año.

Decidí alquilar esta parcela, porque averigüé que "todos los servicios" significaba transporte de vailx, servicio de teléfono y televisión (naim), y un aparato de calefacción, que más tarde me ahorraría combustible, la energía a convertir en calor para cocinar y otros fines eran transmitida por el "Navaza", una gama de fuerzas materiales denominas en estos tiempos modernos "corrientes terrestres", pero que también incluían las fuerzas del éter superior, una gama que todavía teneis que descubrir y utilizar como hizo la Atlántida, porque ¿acaso no sois poseidonios que han regresado? Ya lo he dicho. Vosotros vivísteis entonces; vosotros vivís ahora. Utilizásteis todas estas fuerzas entonces; dentro de poco tiempo las usareis todas otra vez.

Habiendo decidido tomar la propiedad que me habían mostrado, se lo dije al oficial, y él me proporcionó un contrato en blanco, ayudándome a rellenarlo debidamente. Como muestra de aquella época ida, doy aquí una copia de este contrato de aquiler:

"Yo, ..... años de edad, de sexo ....., y de profesión ....., convengo con el Departamento de Terrenos alquilar el bloque .... en el distrito .... descrito como sigue: ..... Y convengo en tomar éste ..... por ... años, y que el Altísimo Incal lo apruebe".

Alquilé el lugar por un periodo de ocho años, esperando ser un residente de Caiful por lo menos durante ese periodo de tiempo como estudiante del Xioquithlon.

No era poco que yo pudiera tener transporte de vailx desde mi arrendamiento al Xioquithlon, y así disfrutar de un viaje diario por el aire. Los vailx, al igual que los modernos taxis, podían ser llamados por teléfono, y venían poco después de habérselos llamado.

Era costumbre para todos los recién llegados a la ciudad que hicieran una visita al palacio Agacoe y sus jardines tan pronto como fuera posible después de su llegada. Durante dos horas cada semana, el Rai (emperador) se sentaba en el salón de recepción, y durante estas dos horas los visitantes poblaban los pasillos y pasaban en doble fila ante el trono. Después de esta ceremonia,

todos los que lo deseaban, podían pasear libremente por los jardines, visitar el zoológico, donde vivían todas las especies de animales conocidos, o ir al gran museo y a la biblioteca real. Muchos con frecuencia deseaban pasar el día en el Agacoe, en cuyas ocasiones traían sus almuerzos y pasaban un día de campo bajo los grandes árboles al lado de la fuente, del lago o de la catarata.

Debo volver ahora a ese tiempo en el que mi madre y yo desconocíamos las costumbres de la ciudad, para que el lector pueda acompañarnos por escenarios de novedad. Comencemos con la visita al Agacoe.

Alguien a quien conocimos en aquel momento nos guió al palacio, llevándonos con él en el coche en el que nos introdujo. Entonces estos coches eran una novedad para mí, y consecuentemente su manejo se convirtió en un tema sobre el que yo quería informarme.

Nuestro amigo tomó una pequeña moneda de su bolsillo y la introdujo en una apertura de una caja con frente de cristal instalada en un extremo del coche. La moneda siempre caía sobre el fondo de un cilindro de cristal, muy poco más grande en diámetro que la moneda misma. Dos puntos de metal que entraban en el extremo inferior del cilindro, pero que no se acercaban el uno al otro más de medio centímetro, se encontraban en el fondo del tubo. Cuando la moneda caía sobre éstos, sonaba una pequeña campana, y entonces nuestro amigo levantó una palanca del coche, cuya palanca tenía una barra de cierre sobre ella hasta que la campana sonaba. Esta barra, al cerrarse el circuito con la moneda, se desplazaba automáticamente, al tiempo que la campana sonaba tal como se ha mencionado, y liberaba la palanca. Cuando ésta se levantaba el coche se ponía en movimiento al momento, pero de forma suave, y salía de la estación. Se lanzó sobre su rail de cabecera, y sólo eran visibles los bordes de sus grandes ruedas suspensoras, porque éstas junto con sus ejes estaban casi ocultas por completo por una gran caja de metal que se extendía desde una rueda a la otra, y dentro de la cual podía oírse un chirrido amortiguado, un sonido producido por el mecanismo del motor. La idea de hacer al pasajero que fuera mecánico y conductor también era buena, viendo que el proceso requería tan poco conocimiento o inconveniencia. Al dejar el coche en la entrada principal bajo la terraza del Agacoe, nuestro amigo colocó la palanca de nuevo en su posición, la campana volvió a sonar, la moneda cayó dentro de una gran caja que había debajo del mismo

y el vehículo quedó listo para ser usado por otros pasajeros. A la entrada principal, con una puerta que era una maravilla de belleza arquitectónica, nuestro amigo nos dijo adiós, subió a un coche que colgaba de otro rail y pronto desapareció a gran velocidad hacia algún otro destino. Mirando al directorio que colgaba de aquella línea determinada, ví que decía en caracteres poseidonios: "Aagak mnoiinc sus", que quiere decir traducido literalmente: "Frente de la Ciudad y Gran Canal". Deseando informarme sobre nuestro amistoso guía, pregunté a alguien que había observado con interés nuestra llegada, quién era el caballero. La respuesta fue: "Un gran predicador, que predice la destrucción de este continente, e invita a todos los hombres a vivir de forma tal que no teman encontrarse con el Uno que, dice él, es el Hijo de Incal, que vendrá a la tierra en días todavía muy distantes. Dice que este Hijo de Dios será el Salvador de la humanidad, pero que muchos no Le conocerán hasta que Le hayan matado. Doce Le conocerán, pero uno de ellos Le negará en la hora de Su última prueba. Ciertamente, es un tema de enorme interés, aunque yo no lo entiendo muy bien; no obstante, como el Rai Gualun, ¡que Incal le proteja!, concede a este predicador su favor, y dice de él que 'habla la verdad,' este predicador es atentamente recibido por todo el mundo".

Lector, incluso en esa lejana era del mundo la verdad estaba amaneciendo, y ésta, en la mañana del ciclo, era el primer rayo del brillante sol del Cristianismo, el astro que todavía no se ha elevado en la plenitud de su gloria. Esa mañana yo había estado en el coche con el primer profeta que anunció la venida de nuestro Señor Jesucristo, exhortando a todos sus oyentes a vivir de tal forma que sus almas pudieran volverse como el suelo virgen para que apareciera el Sol de la Verdad, y así prepararse para recibir al Maestro cuando, después de la muerte de los cuerpos que entonces poseían, hubieran retornado a la tierra desde el Devachan como almas reencarnadas. ¡Sembrando la semilla por los caminos! Cayó sobre mí cuando en un periodo posterior oí al profeta hablar con apasionada elocuencia a los Xioquithli (estudiantes) especialmente reunidos. Sé que cayó en barbecho, cuando comparo mi vida ahora con mis vidas anteriores; no obstante, durante mucho tiempo, la semilla estuvo dormida, y mientras hacía esto las amargas experiencias del pecado y el error se levantaron y barrieron mi vida hacia fuera en una ola de fuego abrasador, que requirió otra reencarnación para borrar las cicatrices que había dejado.

Según estábamos bajo el pórtico en la gran entrada del Agacoe, nosotros, ¡montañeros no sofisticados! no podíamos saber,

cuando un guía uniformado nos abordó, que el emperador, sentado en su trono a un kilómetro de distancia, estaba en ese momento completamente al tanto de nuestra llegada y también de las palabras que usábamos y de nuestro tono de voz.

A mí el soldado me dijo:

"Y tú, ¿de dónde vienes, y cuál es tu nombre?".

"Me llamo Zailm Numinos, y vengo de Querдно Aru".

"Esta visita, ¿es la primera o has estado aquí anteriormente?".

"No antes de ésta; ni yo ni mi progenitora aquí a mi lado".

"¡Muy bien! Te proporcionaré un guía. Lo encontrarás en la puerta de allí. Una pregunta más, si no te importa; ¿tu misión en Caiful?".

"He venido para estudiar xioq en el Inithlon; mi madre se propone cuidar nuestra casa".

"Eso está bien. Puedes irte".

Esta conversación tuvo lugar en el pórtico que daba a la entrada de la terraza superior. El centinela se sentaba bajo una puerta de bronce y oro forjados ricamente, muy ligera, pero suficiente para cerrar la entrada a personas no gratas. Detrás de él había un gran espejo en el pesado arco del pórtico. Este reflector estaba suspendido de dos varas de cobre bruñido, de tal manera que impedían que tocara el lado del nicho en cualquier punto. Si yo hubiera mirado detrás del mismo habría visto un red de hilos metálicos que recordaban en gran manera a los de un piano, junto con otros muchos mecanismos que en aquel momento no significaban nada para mi desentrenada mente. ¿Cómo iba yo a sospechar que esta hoja de metal brillantemente pulida en la que, como en un lago en calma, todo el interior del corredor se reflejaba, era un ingenioso mensajero automático? Que alguno de los muchos cables tras él vibraba con cada inflexión de voz, o con cualquier sonido, y que cuando yo hablaba cada sonido que emitía era transmitido por las corrientes terrestres naturales que se esparcían del Lado Nocturo de la naturaleza obedientes al control del hombre, y que eran oídos por el Rai en su trono. Tampoco soñaba yo que, simultáneamente a este hecho, nuestra imagen se reflejaba también transmitida a la augusta presencia. Pero esos eran los hechos.

Unos pocos pasos nos llevaron a una puerta interior hecha de placas de hierro que, al presionar un botón a un lado, se levantaban para dejar pasar por debajo. En este punto encontramos al guía que el guarda nos había proporcionado. Juzgué su silencio un indicio de malhumor, no sabiendo que había recibido órdenes, antes de que llegáramos, de conducirnos a presencia del rey, y que

no necesitaba que le repitiéramos nuestro deseo. Su respuesta tranquila, "comprendo", cuando comencé a decirle lo que deseábamos, impidieron más palabras por mi parte, aunque sentí mi orgullo herido por su reserva, tan diferente de la libertad de mis compañeros de la montaña; ¡y había tantos de estos ciudadanos altaneros! Decidí dar a este hombre una lección, y pensé cómo podría hacerle saber que yo juzgaba su comportamiento completamente fuera de lugar para alguien en su posición. Que él ya dispusiera de toda la información necesaria concerniente a nosotros yo no lo sabía ya que, si la distancia desde su puesto hasta la puerta exterior no era mucha, obviamente estaba demasiado alejada para que nuestro bajo tono hubiera sido oído. El insospechado espejo había hecho su trabajo aquí también, aunque nosotros no lo sabíamos.

"Venid", dijo el altivo sujeto, "os conduciré a tí y a tu madre".

"¡Madre!", pensé. "¿Cómo sabe este hombre que alguien tan atractiva y de apariencia tan joven es mi madre? Podría ser mi hermana, o incluso mi esposa, porque él no sabe nada". La supuesta presunción del hombre me irritó, porque yo estaba orgulloso no sólo de la juvenil apariencia de mi madre, sino también de mi propia apariencia de madurez; siempre me habían dicho que yo aparentaba unos siete u ocho años más de los que tenía. Si se me hubiera presentado adecuadamente la estupidez de tal orgullo por mi apariencia personal, en lugar de sentir un mal definido resentimiento por tal presunción, yo me habría reído de su absurdo, y lo habría dejado a un lado como algo impropio de alguien con tan alta ambición. Tal como era entonces, simplemente quedó en rigidez de comportamiento como respuesta a la ofensa imaginaria y, para mi mayor detrimento, provocó algo de olvido por los alrededores que debería haber notado en aquellos momentos. Aunque no me reí entonces, por razón de la obtusa visión causada por mi ignorancia, me he reído desde entonces, cuando miro atrás sobre el registro del pasado. Tantos miles de años como han pasado pueden hacerlo parecer de risa pero, el "más vale tarde que nunca", ¡encaja aquí perfectamente!

Nos sentamos tal como se nos indicó, en un coche más pequeño que los utilizados para las avenidas públicas, y también de forma diferente. No fue hasta que estuvimos en marcha cuando me dí cuenta de cuán absolutamente diferente era su construcción y sistema de propulsión. Como yo deseaba aparentar conocer perfectamente bien todas estas novedades, dí un salto revelador cuando el conductor tocó la palanca y el vehículo se elevó en el

aire como una burbuja de jabón, se estabilizaba, y seguidamente se lanzaba por la pendiente hacia el borde del nivel del suelo que rodeaba el palacio. Aquí dejamos el vehículo en forma de puro y subimos a un coche que rodaba sobre railes. Cuando nos pusimos en movimiento otra vez, dimos media vuelta al edificio, y a continuación nos lanzamos desde la plataforma directamente hacia la boca oscura y abierta de una de las grandes serpientes de piedra. En lugar de ascender en el mismo ángulo que el cuerpo del reptil, nuestro coche se deslizó por un plano horizontal. Al entrar, una repentina iluminación alumbró la oscuridad donde un instante antes todo eran tinieblas. Después de esta agradable sorpresa mi atención se posó en la brillantez de las paredes que nos rodeaban, que parecían arder de destellos de fuego rojos, azules, verdes, amarillos y de todos los colores, de forma que no puedo encontrar un simil más adecuado que compararlos a los destellos de la luz solar en las miriadas de telas de araña de las arañas de jardín por la mañana. Olvidé mi propia altivez y pregunté por la causa de este efecto deslumbrante, y se me contestó que los constructores habían dado un acabado a las paredes con una mezcla a la cual habían sido incorporada partículas de cristal coloreadas.

En medio de nuestra admiración nuestro progreso horizontal cesó, y ví que estábamos en el fondo de una especie de pozo, alrededor de cuyos lados la vía se enrollaba en espirales ascendentes, hasta que parecían terminar justo debajo de un techo vagamente visible para nosotros debido al reflejo de la luz que había arriba, al dar la vuelta rápidamente por la pendiente. Cuando llegamos directamente debajo del techo, una campana de dulces tonos sonó dos veces, e inmediatamente después todo el techo se deslizó silenciosamente hacia un lado, permitiendo que nuestro coche pasara. Detrás de nosotros la pared se cerró otra vez automáticamente y nos encontramos en un espléndido salón, cuyo tamaño no se podía apreciar, debido a las muchas pantallas flotantes de seda carmesí, el color de la realeza, así como a las plantas, que daban un aspecto silvestre. Las flores y los pájaros cantores, las fuentes y el aire perfumado, con un ambiente fresco después del calor exterior, porque no habíamos permanecido suficiente tiempo en el ascensor del pozo como para refrescarnos, todo esto parecía un paraíso. El techo de este gran salón era visible sólo aquí y allá, estando oculto en su mayoría debido a vides que colgaban del mismo. En toda esta armonía visual, temblando en el aire, arriba, debajo, alrededor, sonaban cautivadoras cadencias musicales, a las cuales, como en una inspiración, los pájaros replicaban rivalizando

con sus cantos. Dentro y fuera, entre esta edénica escena de color, sonido y esencia, pasando hermosas estatuas y encantadoras y gráciles fuentes, nuestro coche se deslizaba a velocidad silenciosa que junto con su movimiento estable daba la impresión de permanecer inmóvil, y toda la visión de delicia se movía a nuestro alrededor como un centro. Y era éste un matrimonio de arte y ciencia; de su unión nacía el hermoso sueño, ¡un triunfo de habilidad y conocimiento humanos!

Los coches iban y venían en todas direcciones, o estaban parados, llenos de gente vestida de gala, y los diferentes colores de sus turbantes denotaban su rango social. Poseidonis, como otros países entonces y después, tenía sus castas sociales, tales como la gubernamental, la literaria y eclesiástica, los artesanos, un ejército reducido, que servía de policía y cuerpo sanitario, y así por toda la usual lista conocida. La vestimenta de todas las clases sociales tenía el mismo estilo general, hasta que se llegaba al atavío de la cabeza—todo el mundo llevaba turbantes—que era una prenda de vestir que difería en color de acuerdo con la casta. Así, el turbante del Soberano era de pura seda carmesí; el de los consejeros, rojo vino, y el de los oficiales de menor rango, rosa pálido. Los turbantes de los soldados eran naranja oscuro para la tropa, y amarillo cromo para los oficiales. El clero lo llevaba blanco níveo, y gris para la clase científica, literaria y artística. El azul distinguía a los artesanos, mecánicos y trabajadores, mientras que el verde denotaba a todos los que, por alguna razón, bien falta de madurez o de educación, no disfrutaban del derecho a voto. A pesar de que estos índices de castas se seguían fielmente, daban como resultado el bien, más que otra cosa, porque los orgullosos de casta no encontraban lugar entre los que llevaban cualquier color excepto el verde, ya que la dignidad del trabajo era un sentimiento tan arraigado que no existía envidia entre las diferentes clases. Y en lo que respecta a los que obligatoriamente llevaban el color verde, los que lo hacían porque aún no habían alcanzado la mayoría de edad no se preocupaban del color, mientras que los que carecían de suficiente educación que les permitiera otro color, creían que el estigma de su grado era una razón para hacer esfuerzos extra para obtener una posición más honorable en la vida.

Mientras que he estado estudiando los diferentes temas presentados al pensamiento, nuestro coche tuvo que evitar rápidamente una colisión con el de una dama que venía rápidamente en nuestra dirección, aparentemente sin darse cuenta de su trayecto, mientras se colocaba un extremo suelto de su turbante

gris, mostrando al hacer esto, los deslumbrantes rayos de un rubí, una gema que sólo la realeza podía llevar. Nuestro coche se paró en una procesión de coches y pronto nos llevó a un segundo salón. Pero la doncella real del turbante gris y el rubí—¡mis pensamientos aún estaban con ella! ¡Qué radiante era su hermosura! Esta fue la primera vez que ví a la Princesa Anzimee—¡pero no debo anticiparme!

El salón en el que estábamos ahora era menor que el que acabábamos de dejar, pero no exento de amplitud. Todo aquí era de color carmesí brillante, deslumbrante, excepto una elevación en el centro de la habitación. Esta era de escalones circulares de mármol negro, o pequeñas terrazas; la parte superior, que tenía 3,60 mts. de ancho, tenía una plataforma de madera oscura, forrada de terciopelo negro.

Debería mencionar aquí que el negro era un tono representativo e incluía el simbolismo de todos los colores, denotando así, al ser usado en el trono, que el que se sentaba allí pertenecía a todas las clases; y esto era lo cierto, ya que el Rai Gualun no sólo era soberano y jefe de la armada, uno de los sumos sacerdotes, un literato, científico, artista y músico, sino que también era versado en las tareas de los artesanos y los mecánicos.

Enfrente del rail plateado que rodeaba el trono nuestro coche se paró a un lado de la línea movil, obediente al gesto del emperador. El guía nos invitó a bajar y, abriendo una pequeña puerta, nos indicó que subiéramos los escalones de la plataforma a los pies del Rai. Mi corazón latió con fuerza al obedecer, y aunque pálido con agitación sin motivo, tuve suficiente control de mí mismo como para ofrecer el brazo a mi madre, y creo que nunca caminé más orgullosamente erguido en toda mi vida. Al final de los escalones, nos arrodillamos y esperamos la orden de levantarnos otra vez, que no tuvimos que esperar mucho.

Al levantarnos Rai Gualun dijo con calma:

"Zailm, eres joven para ser un estudiante tan ambicioso como yo sé que eres".

"Si te parece bien que lo sea, soy feliz", repliqué.

"¿Has aprendido lo que las escuelas primarias tienen que enseñar a los jóvenes? Porque esto tiene que ser así antes de que puedas conseguir admisión en el Inithlon".

"Así lo he hecho, Zo Rai".

"Zailm, ¿deseas confiarme qué estudios prefieres principalmente?".

"Zo Rai, considero un gran honor el hablar. Por mí mismo no

he elegido ninguna clase de estudios. No obstante, no dudo que Incal mismo ha elegido mis preferencias, indicando la geología sobre todo lo demás. También, El me ha dado una disposición natural, la cual, si la analizo, apunta a que estudie idiomas y literatura. Aún no me he decidido, pero me gustan estos temas de xioq. Pero la geología El me la indicó por medio de una tremenda experiencia".

"Me interesa lo que dices, muchacho. Pero esta es una hora de deberes de estado, y no puedo relegar a mi pueblo que viene ante mí para presentar sus respetos a su monarca. Toma, por lo tanto, este pase, y a la hora cuarta ven otra vez al pórtico por el que entraste en el Agacoe. Te doy la bienvenida".

Tomé el presente y al bajar los escalones de la terraza de marmol ví que el mismo tenía una inscripción: "Presencia del Rai. Portador de permiso".

Teníamos un paquete de dátiles y pastas y por lo tanto, no teníamos necesidad de dejar los jardines para comer. Nuestro guía nos tomó otra vez a su cargo, y después de saber que deseábamos permanecer dentro de los terrenos del palacio, llevó a nuestro vehículo por el laberinto de los edificios una vez más, dejándonos fuera del coche ante uno de los pilares del peristilo. Desde el punto donde bajamos del coche, y donde dejamos a nuestro guía, miré alrededor para asegurarme de la dirección de la gran entrada, y viendo que estaban en el este, escolté a mi madre a un asiento bajo la sombra de un gigantesco árbol, o, tal como se llamó siglos más tarde, "Cedro del Líbano". En una rama sobre nuestras cabezas cantaba un sisonte o, como nosotros los llamábamos, un "nossuri", que significa "cantante de la luz de luna", como referencia al hábito de estas aves encantadoras y de plumaje gris, de llenar todo el aire tranquilo de la noche, iluminado por la luna, con su maravillosa melodía. No es que no canten durante el día; ciertamente el pájaro estaba cantando entonces, pero el llamarlos "nossuri", de "nosses" (la luna) y "surada" (yo canto), era un término ornitológico característico de Poseidonis.

A la hora señalada, fuimos al lugar designado, y presentando el pase, nos condujeron a un vehículo, y después volvimos a ascender y el guía nos llevó a un salón pequeño con el más lujoso mobiliario. En una mesa casi oculta por libros se sentaba el Rai, escuchando a una voz bien modulada que estaba narrando las últimas noticias del día, pero el poseedor de la voz no era visible. El Rai se volvió cuando el ujier nos anunció, despidió al sirviente y nos saludó. Entonces se volvió hacia una caja en forma de algo

parecido a un instrumento musical, la moderna caja de música, e introdujo una llave en ella con un suave chasquido. Al instante, la voz del locutor invisible cesó en medio de una palabra, y supe al obedecer la invitación de nuestro soberano a sentarnos que había oído por primera vez uno de los noticiarios sonoros sobre los que había leído tan a menudo.

Durante la siguiente hora, relaté la historia de mi vida, mis esperanzas, penas, triunfos y ambiciones, en respuesta a las preguntas del genial aunque no anciano en apariencia a quien cualquier persona viva podía rendir homenaje y no sufrir pérdida de dignidad, porque su cortesía demostraba cuán hombre un rey o cuán rey un hombre podía ser.

Le conté cómo cada nuevo hecho que descubría no había hecho sino añadir más a mi apetito de más conocimiento. Entonces le relaté las experiencias de mi viaje a la cumbre de Rhok, una narración que fue interrumpida en cuanto hice mención del nombre de la montaña. ¡"Rhok!", exclamó el imperial oyente, "¿quieres decir que ascendiste hasta esa tremenda altura, de noche, solo, una montaña que en todos nuestros mapas se cita como inaccesible excepto en Vailx?".

"Así es, Zo Rai, la única ruta era conocida por sólo unos cuantos montañeros; he leído que se consideraba inaccesible; pero—" dudé, y el Rai dijo rápidamente:

"¡Sí, habla! Ha sido para juzgarte para lo que he escuchado tu relato, porque yo sé bien todo lo que me has dicho. Podría habértelo dicho antes de que tú lo hicieras, y puedo decirte el resto de lo que sabes; deseaba escuchártelo contar para tener un juicio de tí; yo conozco tu historia desde que te ví por primera vez. Yo soy un Hijo de la Soledad", añadió. Yo me quedé callado porque me abrumaba el pensamiento de que él ya sabía todo. Viendo esto, él dijo: "Ven, hijo mío. Cuéntamelo todo; deseo escucharlo de tus labios, porque estoy interesado en tí por tí mismo".

Por lo tanto, reanudé la interrumpida narración, y describí el homenaje que rendí a Incal, y la petición que Le hice de ayuda; Su rápida respuesta a mi plegaria; a continuación hablé de la erupción del volcán y el peligro en que me había colocado. A esto, el Rai comentó: "¿Entonces, fuiste testigo de la erupción de las fuerzas terrestres? Se me ha informado que ha producido grandes cambios en la zona, y que ahora existe un lago de gran extensión donde antes no había ninguno, al pie del Rhok; tiene una anchura de nueve vens".

Todavía no era yo lo suficientemente sofisticado como para no

sólo no tener curiosidad en saber cómo sabía el Rai lo de la erupción, porque yo entendía lo que significaba que él fuera un Hijo de la Soledad, y que conociera todas mis aventuras; aunque yo no dudaba que así era, imaginé que su conocimiento de los hechos se debía a una sabia valoración de posibilidades, pero como adición a mi falta de sofisticación, le pregunté al Rai si había visto estas cosas.

"¡Muchacho inocente!" dijo el Monarca sonriendo: "¡No encuentro a menudo una persona tan franca! ¡En verdad que eres un hijo de la montaña! Pero no lo serás por mucho tiempo, me temo, ¡en tu actual entorno! Responderé a tu pregunta tal como la formulaste. Debes saber que no existe convulsión de la naturaleza de importancia que pueda ocurrir que no sea registrada automáticamente, tanto en su extensión aproximada, como en su localización, y se toman fotografías de cada porción de la localidad afectada en cada instante. Todo lo que tenía que hacer en este caso es comprobar que estas imágenes fueran a la oficina correspondiente, que está en este edificio, y allí ver pasar ante mí toda la escena tan vívidamente como lo fue para tí, porque pude ver la erupción, y también oírla, por medio del naim. Ciertamente, lo que ví carecía de un elemento que sin duda lo hizo un poco más vívido para tí que para mí, y es el del peligro físico; pero para mí este elemento era nulo—algún día sabrás por qué—por lo tanto, la escena no carecía para mí de ningún elemento excepto el que la mera presencia hubiera podido añadir".

Me sorprendí grandemente al conocer los instrumentos sobre los que el Rai Gualun me informaba, y me alegré de pensar que quizás algún día, yo personalmente los conocería y tendría acceso a ellos. El Rai concluyó:

"Dijiste que encontraste un tesoro de oro en dos lugares diferentes. ¿Piensas recobrar lo que obtuviste antes de que ocurriera la erupción? ¿No? Poco importa, Zailm, se dice que la ignorancia de la ley no es excusa válida para su infracción".

El semblante del Rai se había vuelto grave, y tuve un presentimiento no muy agradable.

"No obstante, estoy convencido de que tú no sabías nada de la violación de los estatutos cuando omitiste declarar el hallazgo del tesoro. Por lo tanto, no te penalizaré". Pero, aquí el emperador hizo una pausa, perdido en sus pensamientos, mientras yo, no consciente hasta entonces de que había hecho algo malo a la vista de la ley, palidecí tan visiblemente de aprensión que Gualun sonrió un poco, y dijo:

"Pero los que ahora explotan esta misma, y los que reciben el polvo de oro no escapan. En el caso de ellos es un delito consciente, empeorado por el hecho de que ellos no sólo ignoran los estatutos sino que además te defraudan. De ti sólo exigo la expiación de que me digas sus nombres".

Tuve que obedecer esta orden, aunque sentí pena por las esposas e hijos de los culpables. Aunque inocentes, ¿tenían que sufrir igualmente junto con los transgresores reales? El Rai pareció conocer mi pensamiento; o si no, al menos habló coincidiendo con el mismo, y preguntó:

"¿Tienen, pues, estos hombres esposas, familias?"

"¡Oh, sí, ciertamente! Contesté tan rápidamente que una vez más el monarca sonrió y, animado, le supliqué que fuera indulgente por consideración a los inocentes.

"¿Conoces algo de nuestro sistema punitivo, Zailm?"

"Muy poco, Zo Rai; he oído que ningún malhechor sale nunca de la mano de la justicia sin mejorar, pero me imagino que el tratamiento es muy severo".

"En cuanto a severidad, no. Y en cuanto a lo otro, si los hombres que han errado son hechos mejores, para que no sean capaces de errar otra vez, ¿no redundando esto en beneficio de las familias de los delincuentes? He aquí que llevaré a estos hombres ante el tribunal correspondiente, y tú presenciarás el proceso de reforma. Creo que por lo tanto desearás aprender anatomía y la ciencia del castigo reformativo, como complemento a tus otros estudios en Xio. Además, te aseguro que en ningún caso sufrirás confiscación de esa mina, la poseerás; y si deseas donarla al tesoro nacional, mientras eres estudiante, no carecerás de dinero. Después, cuando los años de estudio hayan pasado sobre tu cabeza, si tienes éxito como estudiante, entonces, te haré superintendente de esa mina. Y si muestras que eres fiel en unas cuantas cosas, te haré el dueño de muchas cosas. He dicho".

El Rai Gualum tocó un timbre, y un criado entró, a cuyo cuidado nos confié a mí y a mi madre, deseándonos: "Que la paz de Incal sea con vosotros dos".

Así terminó la audiencia que influyó el curso de los años e inclinó el gran tallo de la vida, haciéndome sentir una conciencia orgullosa de ser el recipiente de la confianza de tan reverenciado amigo, una conciencia que siempre ha sido de lo más poderosa en este mundo de tribulaciones y tentaciones.

## CAPITULO VI

### LO BUENO NUNCA PERECE

En fecha anterior al reinado del Rai Gaulun, debo llamar la atención a un periodo de tiempo que abarcaba 4.340 años, que incluían los sucesos más importantes de la historia de Poseidonis. Este intervalo, a pesar de su larga duración, había estado singularmente libre de guerras interinas y, aunque no totalmente desprovisto de sucesos militares, fue ciertamente más pacífico que cualquier subsiguiente época del mundo de igual período de tiempo que haya tenido lugar dentro de los ciento veinte siglos cuyo lapso de tiempo abarcan los incidentes de esta historia.

Al principio del período mencionado, los Poseidonios, una poderosa y numerosa raza de montañeros, semicivilizados en su mayoría, pero con espléndida forma física, habían barrido "como el lobo" y en muchas conquistas sanguinarias, habían conquistado finalmente a los pueblos pastores de las llanuras, los Atlántidos. La guerra fue larga y dura, consumió años en su duración. El admirable valor de las tribus de la montaña encontró casi su igual en el desesperado coraje de sus primitivos enemigos; un cuerpo de combatientes luchaba por la vida y, como los Sabinos, para la preservación de sus mujeres contra la captura de las tribus que buscaban pareja, mientras que los otros luchaban por conquistar y, como los Romanos, por conseguir esposas. Fue la estrategia superior la que dió finalmente la victoria a las huestes poseidonias.

Al pasar el tiempo, la mezcla racial borró todas las distinciones, por lo que la unión dió como resultado la nación más grande de la tierra. Guerras civiles sin consecuencias habían operado cambios en varias ocasiones en el complejo político, por lo que Poseidonis se había visto gobernada por autócratas absolutistas, por la oligarquía, y por la teocracia, por gobernantes masculinos y femeninos, y al final por un sistema monárquico republicano, del cual el Rai Gualun era el jefe, cuando yo viví como Zailm en la Atlántida.

Gualun pertenecía a un largo linaje de ancestros honorables, y su casa había proporcionado en varias ocasiones candidatos de éxito a quienes el pueblo había colocado en el trono, durante los setecientos años que el sistema político actual había estado en vigor.

Tal es la sinopsis de la historia de Poseidonis que yo he recogido de un volumen de la biblioteca de Agacoe. Podría relatar otras escenas, otras características, de este largo período de la

historia, y mostrar cómo Poseidonis fundó las grandes colonias de América del norte y sur, en aquellos tres grandes remanentes de Lemuria, de los cuales Australia no es más que un tercio dejado al mundo por ese cataclismo que hundió a la Atlántida; también de cómo Atla fundó una serie de colonias en Europa del este en una época en que no existía Europa occidental, y en partes de Asia y Africa. Pero no haré esto aquí, aunque poco a poco haré referencia a nuestras posesiones de Umaur, cuando tal referencia sea relevante al tema de esta historia.

Fatigado con la lectura hasta tarde de la absorbente historia, me levanté y salí al silencioso altozano en donde estaba situada nuestra casa, y mis cansados ojos se posaron en una escena que, a la gloriosa luz de la luna, era de una belleza de cuento de hadas.

En el lecho del barranco, muy cerca, existía un lago en miniatura, pero a pesar de ello un lago en apariencia, porque de hecho sólo era un estanque de buen tamaño. Trozos de playa, formaban bancos, ocultos con flores; la canción del nossuri, y las llamadas de otros varios pájaros de la noche, se mezclaban con el suave golpeteo del agua al caer, la voz de la cascada que alimentaba esta gema lacustre. De algún lugar en la noche llegaba el sonido de trompetas y arpas y violines en armonía, elevándose en amplia cadencia o acunando con languidez soñadora, cuando la ligera brisa se levantaba o se calmaba. Sobre toda la escena brillaban los plateados rayos de Nosses, redonda como un escudo en su suave brillantez, y ¡oh!, ¡tan hermosa! Enseguida dí la espalda al lago y miré por el barranco por el que pasaban algunas personas, a pesar de lo tarde de la hora, la decimocuarta desde el comienzo del día a las doce de la mañana. Aquí y allá podían observarse los brillantes rayos blancos de las lámparas de las casas, iluminando desde abajo algún borde, revelando la presencia de ventanas o puertas. Pero no contemplé todo esto durante mucho tiempo. No podía, con la maravillosa Maxt, la torre más elevada de construcción humana hecha en el mundo, elevándose en el paisaje. En la misma boca del cañon parecía ascender, con nada entre ella y yo que pudiera interferir con la vista. Aunque aparentemente cerca, estaba en realidad a más de dos kilómetros de mi morada.

En este año del Señor de 1886, los químicos consideran costoso el proceso por el que se produce un metal, el aluminio. En aquellos días, las fuerzas que salían del Lado Nocturno producían apenas sin costo cualquier metal que pueda ser encontrado en la naturaleza, tanto en bruto como refinado. Lo mismo puede ser hecho hoy día aunque no sepais cómo, y no está lejos el día en

que otra vez descubriréis el conocimiento; así, en aquella época, nosotros transmutábamos arcilla, primero acelerando su velocidad atómica para que se convirtiera en luz blanca de un poder iluminador pálido y después reduciéndolo al, como si dijéramos, "punto" químico del aluminio, y todo esto a un coste ni siquiera tan grande como en esta época cuesta sacar el hierro de su mena. Las minas de metal, como el oro, la plata, el cobre, etcétera, eran valiosas entonces, al igual que hoy, y no requerían procesamiento salvo fundición. Pero un metal que pudiera ser obtenido de cualquier trozo de roca de pizarra, o un lecho de arcilla, era tan barato como para ser el principal metal base en uso.

De aluminio había sido construida la gigantesca torre del Maxt. Podía ver su base desde donde me encontraba, un enorme cubo de mampostería, así como el superestructural fuste circular de metal sólido de la torre propiamente dicha, una columna puntiaguda blanca pálida, iluminada por los rayos lunares. Desde la base hacia arriba, mi mirada viajó hasta que se posó en la cúspide, un punto de cerca de 900 mts. de altura. Maravillado por este triunfo coronado de la escena, miré la columna que perforaba el cielo; centinela sobre el jardín de la ciudad, protegiendo de los rayos, cuando el señor del trueno salía; y todo mi pensamiento estaba en su grandeza, y su majestuosa belleza.

"Cuán a menudo, oh, cuán a menudo,

"en los días que se han ido——

he contemplado alguna escena encantadora, o sublime —la obra de Dios, o posiblemente del hombre— ¡Dios en el hombre! Y, al mirar, mi alma ha cantado en alabanza, y mi aliento ha sido el aliento de la inspiración. Siempre en tales experiencias, el alma, ya sea la del hombre o la de la bestia, da un paso adelante. Aunque muchas almas pueden caer en el pecado o la desgracia, que son términos sinónimos, una inspiración cae sobre ellas, y se lleva un poco de su sordidez, un poco de su dolor y fiebre.

De esta manera, las glorias y maravillas de Atlántida la Grande no fueron en vano. Y tú y yo, lector, vivimos entonces, y antes de entonces. Las glorias de aquellos siglos largo tiempo fenecidos vistas por nosotros han vivido entronizadas en nuestras almas, y nos han hecho mucho, la mayor parte, de lo que somos, han influenciado nuestros actos, calmado con su belleza. ¿Qué importa entonces, aunque las formas del pasado lejano, misterioso, sean borradas de toda la existencia salvo del registro del gran libro de la vida, el alma? Su influencia vive, y por siempre. ¿No deberemos, pues, esforzarnos para que nuestras obras puedan

ennoblecer, puedan vivir en el alma y el espíritu, y ser miradas retrospectivamente por nosotros mismos y otros, como yo, aquí, miro el registro de mi pasado muerto, pero sempiterno? Es un gran gozo haber conseguido así la eminencia de espíritu que me permite escudriñar la historia de la vidas desde las que pasé por el pórtico de la tumba; vidas que ahora vuelvo a contemplar a través de los ojos de una personalidad diferente, una personalidad más engranada, una mayor de una cadena, como perlas en una sarta, enseñándome ¡YO SOY yo! Ahumadas, algunas de estas perlas negras, otras o blancas o rosas, ay, ¡algunas incluso son rojas! Si las lágrimas pudieran sumarse a su número, yo tendría más, ¡oh!, muchas más, porque las blancas son muy pocas, y las ahumadas, las negras y las rojas, son muchas. Pero mi perla de gran valor es mi última vida. Blanca es ella, y por mi Maestro fue cortada cruciforme. Cuando El me la dió, me dijo: "Está hecho". ¡Verdaderamente! Marca la conjunción de lo finito con lo infinito. Así, es el período establecido para todo tiempo, para mí, salvo que yo elija.

## CAPITULO VII CONTEN TU SER

Fue en la época de descanso de los estudios cuando llegué a la Capital. En este período de vacaciones participaba el Xioqua y el Incala, la mayoría buscando primero sus casas, durante una temporada, pero generalmente volviendo pronto a la Capital, con el fin de disfrutar de los placeres especiales del tiempo de descanso. Pero algunos se iban por mar a Umaur, o a Incalia, esto es, América del norte o del sur, respectivamente; otros iban solamente hasta las provincias más distantes de la Atlántida.

Hasta ahora el lector ha tenido que imaginar qué clase de religión era la adoración a Incal; puede haberse deducido que Poseidonis era politeísta, debido a mi referencia a los varios dioses de este o aquel título, clase o grado. Ciertamente, he dicho que nosotros creíamos en Incal, y lo simbolizábamos como el Dios Sol. Pero el sol mismo era un emblema. El afirmar que nosotros, a pesar de nuestro alto grado de conocimiento, adorábamos al astro diurno, sería tan absurdo como decir que los cristianos adoran la cruz de la crucifixión por sí misma; en ambos casos, es el significado inherente el que hacía que se tuviera al sol, y a la cruz, en una especie de estima.

Los Atlantes eran dados a personificar los principios de la naturaleza y de los objetos de la tierra, los mares y los cielos; pero esto era puramente el resultado del amor nacional por la poesía, y podía ser fácilmente identificado con el favor que la fantasía popular había concedido a la historia épica cronológica de Poseidonis, en donde los hombres y mujeres principales figuraban como héroes y heroínas. Los poderes de la naturaleza, tales como el viento, la lluvia, el rayo, el calor y el frío, y todos los fenómenos similares eran dioses de diferentes grados, mientras que el principio germinal de la vida, el destructor de la muerte, y otros grandes misterios de la vida, tenían el carácter de dioses mayores; pero todos y cada uno no eran sino criaturas de Incal el Altísimo. Existía un poema épico que constituía un poema, cada una de cuyas líneas exhibía el toque maestro del genio. Su autoría se perdía en la noche de los tiempos. Se suponía que la obra, no obstante, pertenecía a un Hijo de la Soledad. Existía un addendum que abarcaba sucesos y épocas posteriores, pero era un trabajo notablemente inferior, y no era valorado tanto como el cuerpo del poema.

De hecho, el culto a Incal nunca incluyó nada más que la adoración a Dios como una entidad espiritual, y los "dioses" no tenían parte en los servicios religiosos que se celebraban en los dos Domingos de cada semana, esto es, el día onceavo y el primero, porque la semana de Poseidonis constaba de once días, al igual que un mes tenía tres semanas, y un año once meses, con uno o más días de "año bisiesto" al final, de acuerdo con las exigencias del calendario escolar, siendo estos días un periodo de vacaciones regularmente recurrente, como lo es hoy día el día de Año Nuevo. El que tantos dioses y diosas parezcan haber sido venerados fue debido a la influencia nacional de la historia épica mencionada, y no era sino un hábito mental el hablar de ellos.

En nuestro monoteísmo nosotros diferíamos poco de la religión que dominó la civilización hebrea; no reconocíamos una Trinidad divina, ni ningún espíritu Crístico, ni ningún Salvador excepto el esfuerzo de hacer lo mejor que sabíamos ante los ojos de Incal. Considerábamos a toda la humanidad como los hijos de Dios, y no ninguna persona misteriosamente concebida como solo hijo Suyo. El milagro era algo imposible, porque nosotros considerábamos todas las cosas racionalmente referibles a la ley incontrovertible. Pero los poseidonios sí creían que Incal una vez vivió en forma humana sobre la tierra, y había convertido el burdo cuerpo del mundo en el de un espíritu sin trabas. En aquella época

El había creado a la humanidad y, como los poseidonios eran evolucionistas, esa palabra, "humanidad", abarcaba también a todos los animales inferiores. Con el transcurso del tiempo evolucionaron seres del género humano, un hombre y una mujer, y entonces Incal había colocado a la mujer espiritualmente más alta y por encima del hombre, posición que ella había perdido al intentar comer de un fruto que crecía en el Arbol de la Vida en el Jardín del Cielo. Pero al hacer esto, desobedeció a Incal, de acuerdo con la leyenda, quien había dicho que Sus hijos más evolucionados y adelantados no deberían comer de este fruto, porque quien lo hiciera moriría con seguridad, porque ningún ser mortal podía tener vida inmortal y también reproducir su especie. La leyenda decía: "He dicho a mis criaturas, obtened perfección y estudiadla siempre, y esa es la vida eterna. Pero quien coma de este árbol, no puede contener el ser".

La forma de castigo era la racionalista, ya que la intención de la mujer era obtener placeres prohibidos y ella, sin instrucción, no sabía cómo. Su mano se soltó de la fruta y ésta se partió, con lo que su semilla cayó a la tierra y se convirtió en pedernal, mientras que la fruta que aún estaba en el árbol se convirtió en algo parecido a una gran serpiente furiosa, cuyo aliento quemó las manos de la culpable. Sintiendo el dolor, soltó el Arbol de la Vida, cayendo al suelo y nunca volviéndose a recuperar por completo de la herida. Así, el hombre se convirtió en el ser superior por medio del desarrollo de su naturaleza ante la necesidad en que se vió de preservar a su compañera y a él mismo del frío y de las nefastas condiciones que vinieron junto con las piedras de pedernal. (La última Era Glacial). Habiendo caído en esas condiciones materiales, fue necesaria una vez más la reproducción de las especies, y así la ley de continencia supuestamente ordenada por Incal fue rota. La muerte entró otra vez en la suma de la expiación humana y, hasta que la Palabra sea observada, ningún hombre conocerá una condición sin muerte. ¡CONTEN TU SER! De esto depende todo conocimiento; no hay ley ocultista tan grande como ésta. Usa todas las cosas de este mundo y no abuses de ninguna. (I. Cora. vii., 31).

Tal era la creencia popular con relación a la creación de la humanidad hecha por Incal. Los sumos sacerdotes mantenían una religión que era virtualmente esianismo, aunque por razones obvias, la gente no era consciente de este hecho. Teológicamente, se suponía que este suceso de fábula había ocurrido hacía al menos mil siglos, y algunas semi-autoridades la establecían incluso en un tiempo más lejano.

Incal, el Padre de la Vida, se suponía que no castigaba a Sus hijos excepto en que El había hecho las leyes de la naturaleza auto-ejecutoras, Su voluntad inmanente, y si alguien transgredía éstas el culpable era inexorablemente castigado por la naturaleza, por lo tanto era imposible poner en movimiento una causa sin sentir el efecto; si la causa era buena, también lo sería la consecuencia. Y en esto estaban totalmente en lo correcto; ningún mediador puede evitarnos los resultados de nuestros errores\*. La nación poseidonia creía en un cielo de buenos efectos para aquéllos que ponían en movimiento buenas causas, y existía una región llena de malos efectos para los malvados; los dos lugares eran adyacentes, y aquéllos que no eran totalmente buenos ni totalmente malos, se suponía que vivían en un territorio intermedio, por así decirlo. Pero estas dos condiciones post-vitales estaban incluidas en la Tierra Sombría, que es como puede traducirse la palabra "Navazzamin", literalmente quiere decir, "el país de las almas difuntas".

Aunque la religión de Incal estaba basada en la causa y el efecto, no obstante aparecía una ligera inconsistencia en la creencia más o menos predominante de que El se suponía que premiaba a los que eran muy buenos.

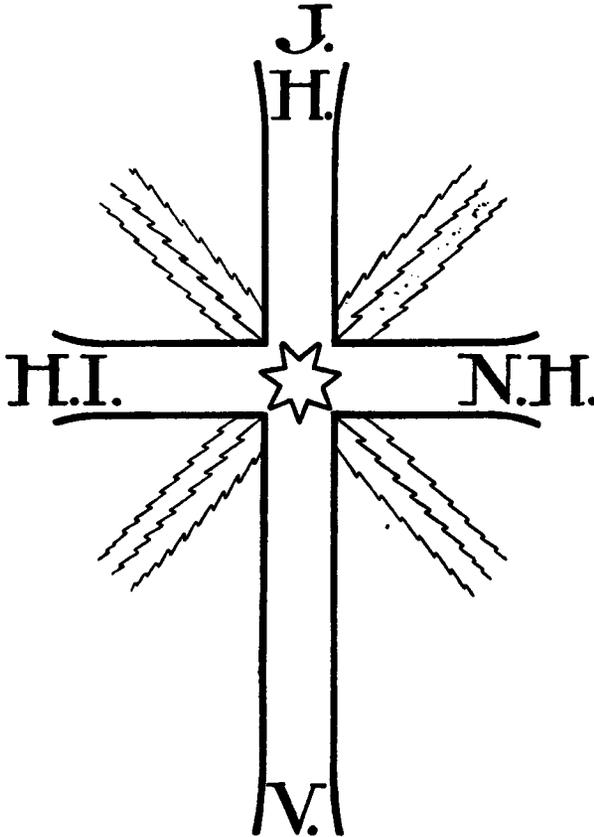
Hoy día, amigo mío, estás en el umbral de un nuevo desarrollo. La religión de hoy día está todavía teñida de este concepto de un Creador omnipotente, pero parecido al hombre, que es herencia de una antigüedad muerta. Pero tú estás viviendo en los años finales de un viejo Ciclo Humano, el Sexto. Mientras no decido por ahora explicar lo que significa esto, lo haré así antes de que te desee la paz de Dios. Pero diré que la nueva concepción de la humanidad de la Causa Eterna será más elevada, más sublime, más pura, más amplia y con más acercamiento a lo ilimitado, que nada de lo que los largos eones de tiempo transcurridos pudieron nunca soñar. Cristo ha resucitado ciertamente y viene a los Suyos, quienes dentro de poco Lo conocerán como ningún hombre exotérico Lo ha conocido nunca. Y, conociéndole, conocerán las cosas del Padre y las harán, porque está escrito: "Yo voy a mi Padre".

¡GLORIA IN EXCELSIS!

(\*) No confundir "deshacer" con "expiar". Cristo expió; nosotros tenemos que deshacer.

La fe pronto será conocimiento. La creencia será gemela de la ciencia, y la Palabra brillará como un sol de nuevo significado glorioso, porque la verdadera religión significa "yo unifico".

### RESURGAM CHRISTOS



"No Cerreis los Extremos de Mi Cruz".

La Iglesia Exotérica ha cerrado los extremos de Su Cruz. Por lo tanto ellas son exotéricas, y no serán esotéricas hasta que abran los extremos de ese Sendero Cuádruple. Abrid vuestros ojos y vuestros oídos.

## CAPITULO VIII UNA GRAVE PROFECIA

Era aproximadamente la primera hora del primer día del quinto mes que había transcurrido desde que comencé a asistir al Xioquithlon, y era la semana de Bazix, por lo tanto era la decimotercera semana del año, y cerca de su fin, ya que quedaban sólo tres semanas del año 11.160 antes de Cristo.

En Poseidonis, el día, tal como el lector ha visto, comenzaba al mediodía, y las doce de la mañana eran la una, la primera hora. Desde esta hora en el último día de cada semana hasta el final de la hora veinticuatro del siguiente día, o primero de la siguiente semana, todos los negocios se suspendían, y el tiempo se dedicaba a la práctica religiosa, estando reforzadas tales observancias por la más rígida de todas las leyes, la costumbre. Hoy, año del Señor 1886, están los que dicen que si un hombre está atareado durante toda la semana en trabajos sedentarios, el Domingo él obtiene recreo natural haciendo deportes celosamente, y yéndose de excursión. Pero yo digo que, como el cuerpo es el exterior del alma, tal como el alma es, así será también el cuerpo. Ergo: si el alma es de Dios, entonces volverse al Padre tan a menudo como sea posible, es re-crearse, o descansar, o refrescarse. Quizás no en el interior de las casas; no, más bien entre Sus obras, pero siempre con pensamientos no artificiales, sino naturales, sobre El por encima de todo. Por consiguiente, hoy día yo no estoy en contra de la observación del Sabat, tanto si es el séptimo día como cualquier otro día de los siete días de la semana, como ahora la constituyen, o el onceavo y primero, como en Atla. No obstante, no discutiré mis preferencias, y sólo volveré a hacer una declaración de la bien conocida ley fisiológica de que un día periódico de descanso es necesario para la salud, la felicidad y la espiritualidad. En Atla, cualquier persona era libre de emplear las horas de la mañana, incluso del día décimo primero en la forma que más le placiera, tanto si era trabajando o en divertida relajación. Con la primera hora, no obstante, una enorme campana, muy dulcemente entonada sonaba dos veces con un sonido intenso, reverberante, se paraba un momento, y a continuación sonaba cuatro veces más. En ese momento todas las ocupaciones cesaban, y comenzaba el servicio religioso. Al día siguiente, la gran campana sonaba otra vez, y por todo lo ancho y largo del continente otras campanas sonaban sincrónicamente. Incluso lo hacían en las populosas colonias de Umaur e Incalia, teniendo en cuenta la diferencia de

hora, y un hombre en el gran templo de Incal en Caiful atendía a esta tarea dulcemente solemne. Después de esto la época de adoración terminaba, y el resto del Inclut (primer día) se dedicaba a recreo de toda clase. No debe pensarse que el culto religioso era de naturaleza aburrida, o sería; ni mucho menos, ni tampoco continuaba durante la noche, no más que lo que permitía la luz de ese intervalo que se teñía de rojo carmín al mezclarse la velocidad atómica de la fuerza ódica, que era el elemento de luz y el de stroncio combinados, ocurriendo esto en las estaciones ódicas.

Alrededor de la tercera hora después de que el Domingo había acabado, un suceso peculiar ocurrió en mi existencia poseidonia. Cuando caminaba lentamente hacia mi casa, no habiendo llamado todavía a un vaillx, sino que caminaba bajo la calma soñadora de la influencia producida por la música de un concierto que se había dado al público en los jardines del Agacoe, me encontré con un anciano delgado, que también iba a pie. Me lo había encontrado a menudo en anteriores ocasiones y por su turbante color vino supe que era un príncipe. Al encontrármelo ahora, la corriente de mi pensamiento se alteró, y decidí no irme a casa de inmediato, sino quedarme en la ciudad un rato, quizás toda la noche. Justo cuando había decidido esto, el anciano sonrió, pero sin pararse siguió su camino. Entonces noté que aunque se parecía mucho al príncipe que yo tenía en mente, él no era esa persona, y que tenía que haber sido una ilusión, porque el turbante de este hombre era blanco puro, no teñido. Y, de alguna manera, sentí que él deseaba hablarme, pero por alguna razón no lo había hecho. Si me quedaba allí por más tiempo, quizá me lo encontraría otra vez y sabría lo que tenía que decirme.

Con estos pensamientos me fuí a una cafetería que había en uno de los túneles-gruta, donde una avenida perforaba una colina, y después de pedir una comida, esperé que me la sirvieran. Cuando estaba comiendo, un xioqene, o estudiante con quien tenía amistad, entró por la misma razón. Cuando acabamos de comer, nos fuimos al puerto, donde tomamos un barco de vela que alquilamos a un pobre hombre que se ganaba la vida con el alquiler de estos artefactos a aquéllos que les gustaba este entretenimiento raramente utilizado; el método común de transporte era el vaillx. Como la brisa era fresca, navegamos hacia el océano a través de la salida del río Nomis, el gran río que hacía un circuito completo a la ciudad, atravesando el muelle y vaciándose después en el océano. A cuenta de este prolongado viaje no pude volver a la avenida hasta después de que cayera la noche. Cuando me estaba acercando

al lugar donde había tenido el encuentro con el desconocido del turbante blanco, esta vez en un coche, que procuraba conducir despacio, ví su imponente figura iluminada por la brillante luz de la luna tropical. No esperaba verle, y esta vez incliné mi cabeza en cortés reconocimiento. Al hacer esto el desconocido dijo:

"¡Para! Deseo hablar contigo, muchacho, contigo solamente".

Casi de forma mecánica paré el coche, obedeciendo a su señal para que me bajara, y colocando la palanca para que el coche se moviera lentamente, lo dejé ir, sabiendo que si nadie usaba el coche ya pagado, pronto llegaría a alguna estación, y se pararía automáticamente. Cuando estuve frente al sacerdote, pues eso es lo que yo suponía que era, él me dijo:

"Tu nombre, creo, es Zailm Numinos".

"Así es, en efecto".

"Te he visto a menudo, y estoy informado sobre tí. Tienes una encomiable voluntad para sobresalir y para conseguir altos honores entre los hombres. Aún eres un muchacho, pero de alguna manera triunfarás como un hombre, tal como el triunfo se mide comúnmente. Eres un muchacho, actualmente consciente, que tienes el favor de tu soberano. Tú triunfarás, y alcanzarás puestos de alto honor y beneficio, y seguirás contando con la estima de tus colegas. No obstante, no vivirás todo el lapso de tiempo asignado al hombre en la tierra. En tu corto tiempo llegará a tí el conocimiento del amor. Experimentarás el afecto más puro que un hombre es capaz de sentir por una mujer. Pero, a pesar de esto, tu amor no será un amor coronado por el triunfo en este período de tu vida. Y volverás a amar, por lo que llorarás a causa de ello. Harás bien en el mundo pero, ah, también mucho daño. Y debido a un destino sombrío, sobre tí vendrá mucho dolor. Por tí, a otro le vendrá profunda desgracia y angustia, y hasta la última gota tu pagarás por esto y no saldrás de ello hasta que lo hayas hecho así. No obstante, he aquí que en esta vida no se requerirá mucho de tí. Cuando menos pienses que cometes pecado, entonces tu pie tropezará, y cometerás un pecado que te perseguirá como un sino, inexorable. Incluso ahora, en los días de tu inocencia, estás pisando los peldaños de tu destino. ¡Ay!, esto es así. En una ocasión percibiste la cercanía de tu muerte, y la muerte no es sino la porción más pequeña que te sobrevendrá; pero te despertaste y saliste corriendo de las cavernas de la ardiente montaña para salvarte. Pero al final pasarás a Navazzamin, el mundo de las almas difuntas, y ¡mira!, te digo que perecerás en una caverna. A mí, a mí mismo, será al que contemples como el último ser vivo

sobre el que tus ojos poseidonios se posarán por última vez. Pero entonces no apareceré como ahora, y no me conocerás como el que castigará al maligno que entonces te habrá atraído hacia tu destrucción. He hablado. Que la paz sea contigo".

Al principio me sorprendí mucho al oír estas palabras, pensando que quizás el que hablaba se había escapado de Nossinithlon (literalmente, el "Hogar de los Lunáticos" o locos), y esto a pesar de las circunstancias que rodearon nuestro encuentro. Pero a medida que seguía hablando, supe que esto era un juicio erróneo. Finalmente, sorprendido, miré hacia el suelo, no sabiendo qué pensar y lleno de un temor indefinido. Cuando dejó de hablar, y me deseó paz, levanté mis ojos para mirarle a la cara, y me encontré para mi sorpresa que no había un alma a la vista, y yo estaba solo en la gran plaza que rodeaba una fuente cuyo surtidor parecía plata derretida a la luz de la luna. Mudo de asombro, miré a mi alrededor en todas direcciones. ¿Había estado soñando? Ciertamente no. ¿Eran las palabras del misterioso desconocido verdaderas o falsas? El tiempo satisfará tu curiosidad, querido lector, como satisfizo la mía.

## **CAPITULO IX**

### **CURANDO EL DELITO**

Durante los siguientes cuatro años posteriores a mi extraño encuentro con el anciano alto y delgado, de cabello blanco, que había profetizado sobre mí, los sucesos, uno tras otro, se modelaron en armonía con su predicción. En todo este tiempo nunca nos vimos, ciertamente lo ví sólo una vez más antes de mi muerte.

Antes de seguir adelante, debo traer a colación y definitivamente sacar de la escena a los socios de mi mina de oro y también al que compró el oro, sabiendo que el hecho era ilegal.

Habían transcurrido varios meses desde la entrevista con el Rai Gualun en sus habitaciones privadas, cuando un joven que llevaba un turbante naranja y sobre su frente un alfiler granate montado en oro, denotando que era un guarda al servicio imperial, entró en la clase de geología en el Xioquithlon y acercándose al instructor en jefe, le habló en voz baja. Golpeando sobre su mesa para requerir la atención de los noventa o más estudiantes que estaban en la clase de minerales, el jefe preguntó si estaba presente un Xioqeni llamado Zailm Numinos.

Me levanté de mi silla como respuesta a la pregunta.

"Acércate".

Los otros Xioqeni miraron con interés cuando yo me levanté, no sin un poco de temor, porque yo sabía bien qué servicio prestaba el mensajero, y parecía haber una severidad nada agradable en el tono del instructor.

"Este conserje desea que vayas con él ante el Rai, que así lo ha ordenado. Está en la Tribuna de la Corte Criminal, y se te necesita como testigo".

Recordando lo que el Rai había dicho, me sentí considerablemente seguro por las palabras que me habían dirigido, y ya sin aprensión, fui adonde se me llamaba. Al llegar a la Corte de las Tribunas, ví a mis socios de la mina custodiados, junto con el comprador del oro incriminado. El juez del tribunal se sentó en su sillón sobre una plataforma elevada, y a su lado se sentó, con sencilla dignidad, Gualun, Rai de la nación más grande de la tierra; pero él no obstante era cuidadosamente consciente del hecho de que el juez era, como tal, el que tenía derecho al lugar de mayor honor en la corte. Varios espectadores se sentaban en los lugares destinados al público en el auditorio.

No había más que un veredicto para los malhechores: "Culpables de los cargos". Se alcanzó este veredicto rápidamente, y admitido por los culpables como justo. Inmediatamente, un oficial se llevó a los prisioneros a otra parte del edificio, donde había una habitación bien iluminada, que contenía varios instrumentos portátiles y fijos. El guarda fue acompañado por todas las personas presentes.

En el centro de la habitación había una silla con una abrazadera para la cabeza, y otras con correas para los brazos y piernas del ocupante. Un guarda sentó y ató firmemente a la silla a uno de los prisioneros. Habiendo hecho esto, un Xioqa se acercó llevando en las manos un pequeño instrumento que parecía, por su apariencia, de tipo magnético. Colocó los dos polos del mismo en las manos del condenado, y después de una breve manipulación un sonido ligero, chirriante salió del instrumento. Inmediatamente los ojos del prisionero se cerraron y toda su apariencia indicaba un profundo estupor; estaba en realidad anestesiado magnéticamente. Entonces, el operador cuidadosamente palpó en la cabeza del hombre inconsciente, y cuando concluyó el exámen, ordenó a un ayudante que afeitara todo el craneo. Cuando esta orden se hubo obedecido, hizo una marca azul sobre la superficie afeitada en frente y sobre las orejas. Palpando todavía más, trazó un número poseidonio ♀ (o dos) sobre cada oreja y un poco hacia atrás de las mismas.

Habiendo hecho esto, pidió la atención de los espectadores, pero, al dirigirse al Rai Gaulun, se detuvo para escucharle y me llamó para que fuera a su lado desde donde me encontraba. Entonces habló:

"En el prisionero encuentro que las facultades predominantes y más positivas son las que he marcado con los números uno y dos; éstas son, la número uno, un gran deseo de adquirir propiedad, y una disposición para hacer todas las cosas de forma secreta, tal como puede verse por la excesiva prominencia de los órganos del secretismo. Como el craneo no se extiende demasiado hacia arriba, pero en el número dos es muy ancho entre las orejas, deduzco que aquí tenemos a un individuo muy codicioso, carente de escrúpulos y espiritualidad y, por lo tanto, de moral, casi por completo. Como también tiene un temperamento muy destructivo, tenemos, por lo tanto, un personaje muy peligroso, uno que me asombra que haya conseguido no venir antes aquí para corrección. El que alguien dude, incluso voluntariamente, en someterse a tratamiento correctivo me causa mucha sorpresa. Es algo, supongo, explicable desde el punto de vista de que alguien en el bajo plano moral de este pobre hombre es incapaz de ver las ventajas inmediatas, debido a su búsqueda de métodos nefandos. Es, de hecho, un hombre que no dudaría en cometer un asesinato, si viera una ganancia inmediata en ello, e ignoraría por completo las consecuencias de su acto. ¿Es esto cierto, Zo Rai?"

"Así es", replicó el emperador.

"Después de diagnosticar el caso", continuó el Xioqa, "habiéndome sido éste confirmado por tan alta autoridad, aplicaré ahora la cura".

El Xioqa llamó a un ayudante, que trajo otro aparato magnético sobre ruedas que contenía una pesada caja de metal. Habiendo colocado ésta en una satisfactoria condición de actividad, el Xioqa a continuación aplicó su polo positivo al lugar de la cabeza del paciente marcado con el número uno, y el otro polo lo colocó detrás de la nuca. Entonces sacó su reloj y lo colocó sobre la caja de metal del instrumento, cerca de una aguja de una esfera que ajustó. Todo quedó entonces en silencio, excepto la conversación en voz baja que había en varias partes de la habitación, durante la media hora que siguió. Al final de este tiempo, el Xioqa se levantó de su asiento y cambió el polo positivo al otro lado de la cabeza, donde la cifra duplicada estaba marcada. Otra vez pasó otra media hora de silencio, roto sólo por la salida de algunos de los espectadores y la entrada de otros. Cuando había pasado la otra media

hora, el operador cambió el polo al lugar marcado "dos". Esta vez sólo se concedió media hora a ambos lados de la cabeza. El emperador me había dicho que me quedara. El sólo había permanecido allí unos pocos momentos después de que hubiera comenzado la operación que no era nueva para él. Al final del trabajo practicado sobre el primer hombre, éste fue liberado de la influencia del anestesiador magnético con solo invertir los polos del instrumento en la segunda aplicación. El Xioqa dió una explicación sobre el tema proporcionado por la operación mientras el primer paciente era sacado de la habitación. A la considerable audiencia que estaba ahora congregada, le dijo:

"Ustedes han visto el tratamiento de esas cualidades mentales que con su prominencia tendían a torcer su naturaleza mortal, tratamiento sólo parcialmente desarrollado. El proceso ha consistido en atrofiar parcialmente los canales vasculares que nutren esa parte del cerebro donde están localizados los órganos de la avaricia y la destrucción. Pero entiendan bien este punto, después de todo, es sabido que el alma es superior al cerebro físico, y es en el alma, en la naturaleza del hombre, en donde estas tendencias criminales se encuentran—siendo el cerebro y otros órganos el asiento de la expresión psíquica—la oficina, por así decirlo. Por lo tanto, meramente haber hipnotizado mecánicamente a este sujeto no cumpliría nuestro objetivo. El hipnotismo es una introversión, y los vasos sanguíneos cerebrales se contraen y se quedan parcialmente sin sangre; ciertamente, podrían quedar irremisiblemente vacíos; este arte es muy peligroso. Pero el efecto opuesto es producido por el afaismo (equivalente poseidonio para la palabra moderna "mesmerismo"). El cerebro se llena de sangre, y la inversión del instrumento hace cesar el proceso hipnótico e inicia el afaico. Es en este momento cuando la mente del operador puede asumir el control de la mente del sujeto, y sugerir al alma en el error un cese permanentemente en ese error. Este hombre ha sido tratado así, tratado doblemente, ya que no sólo ha sido parcialmente cortado el flujo de sangre que iba a esos órganos donde estaba el asiento de su debilidad, sino que con mi voluntad he impreso su alma para que cese su pecado, y he suministrado a la misma un trabajo a ejecutar que tendrá una acción compensadora. Puede que esté ligeramente enfermo durante unos cuantos días, pero sus tendencias a pecar desaparecerán. Se requiere una mente superior, que se ha desviado en varias direcciones, para conseguir hacer un maligno completo, y donde la naturaleza inferior, principalmente una naturaleza sexual pervertida predomina, se encontrará al criminal.

Atla no tiene viciosos, porque si una persona muestra tal disposición, el Estado toma a su cargo al rebelde y trata los órganos apropiados. Pero no necesito extenderme sobre estos temas por más tiempo".

Habiendo sido llevado el primer hombre para que recibiera adecuado cuidado, el siguiente de mis socios fue colocado en la silla. El exámen del desarrollo del cerebro reveló que era más debil que malvado; un prevaricador habitual, y de tendencias libertinas; alguien cuyo craneo estaba en su mayor parte detrás y sobre sus orejas. No necesito pararme a describir su tratamiento; fue similar al del otro; sugestión mesmérica fue la cura principal.

Al ir a mi casa esa tarde, resolví añadir la ciencia de frenología profiláctica al curriculum que había elegido. Así lo hice. Con la práctica del conocimiento de los hombres adquirido entonces yo interferí en el karma de no pocos individuos pero, tal como el resultado ha probado, la interferencia no fue en ningún caso dañina, con lo que hasta hoy día, no he tenido que responder de ningún daño que yo haya hecho. En ocasiones he deseado que entonces me hubiera sometido yo mismo a tratamiento a manos del Estado, porque me habría impedido cometer los errores que me han traído tanto sufrimiento a mí, y a otros por mi causa. No lo hice, y bien está, no solamente por el principio de que en el reino de nuestro Padre lo que ocurre es lo mejor, no importa lo que sea, sino también porque nadie puede de ninguna manera, eludir las responsabilidades inherentes al caracter debidas al karma de todas las reencarnaciones precedentes. El haberme sometido a corrección hubiera sido una evasión de la prueba, una especie de intento cobarde similar al acto del suicida que busca escaparse de los problemas en la tierra por medio del suicidio, y quien nunca se escapa de nada, ni de una iota o tilde de la ley de Dios. En cambio, acumula sus sufrimientos y penalizaciones cada vez más y prolonga su angustia con el karma inexorable, y otras reencarnaciones en la tierra. Así ocurre con los que mueren por auto-destrucción; pero los que mueren por causas inevitables involuntariamente, no son visitados por tales penalizaciones. Así pues, los culpables poseidonios que de ninguna forma podían evitar el tratamiento, eran beneficiados, mientras que para mí la sumisión voluntaria habría sembrado dientes de dragon en mi sendero. La penalización, observad, no importa a aquéllos que saben lo que hacen, y sabiéndolo, hacen la voluntad de Dios.

## CAPITULO X REALIZACION

El gobierno acostumbraba a hacer un seguimiento de los Xioqueni más prominentes a quienes daba estudios gratuitos, pero la supervisión no era nunca molesta; en verdad, apenas se notaba que se realizaba. Aquellos que, además de ser brillantes y estudiosos, se acercaban a los últimos años del curso escolar eran admitidos a aquellas sesiones del Consejo de los Noventa que no eran de carácter ejecutivo o secreto. Había algunos favoritos que, estando vinculados por votos estrictos, no estaban excluidos de ninguna de las reuniones de los consejeros. Ni uno de los muchos miles de estudiantes dejaban de estimar el menor privilegio como el más valioso, porque además del honor conferido, las lecciones sobre el arte de gobernar eran de incalculable ventaja.

En la última mitad de mi cuarto año de asistencia vino a mí el Príncipe Menax, quien deseaba conocer si yo aceptaría el puesto de Secretario de Registros, un cargo que daba oportunidad para familiarizarse con cada detalle del gobierno poseidonio. Menax dijo:

"Es un cargo muy importante en verdad, pero uno que me hace feliz ofrecerte, porque tú eres capaz de desempeñarlo a satisfacción del consejo. Te pondrá en estrecho contacto con el Rai y con todos los príncipes; también te proporcionará cierto grado de autoridad. ¿Qué dices?"

"Príncipe Menax, soy consciente de que este es un gran honor. Pero, ¿puedo preguntarte por qué das tan gran oportunidad a alguien que se supone es un extraño para tí?"

"Porque, Zailm Numinos, pienso que eres digno de ello; ahora te doy la oportunidad de probar que esto es cierto. Tu no eres un extraño para mí, aunque yo lo sea bastante para tí; tengo confianza en tí; ¿no querrás demostrar que está bien fundada?"

"Así lo haré".

"Entonces, levanta tu mano hacia el brillante Incal, y por ese sublime símbolo declara que en ningún caso revelarás nada de lo que tenga lugar en sesión secreta; nada de los actos dentro del Salón de Leyes".

Hice este voto y, al hacerlo, quedé ligado a un juramento inviolable a los ojos de todos los poseidonios. Así me convertí en uno de los siete secretarios no funcionarios, sin derecho a voto, que tenían a su cargo la redacción de informes especiales y el cuidado de muchos documentos de estado importantes. Con

seguridad ésta no era una pequeña distinción otorgada a alguien de entre nueve mil Xioqueni y un hombre, todavía, sin derecho a voto en una nación de trescientos millones de personas. Si, de alguna forma, lo debía a mérito, todavía yo no era más digno que otro centenar de mis compañeros de estudios. Se debió completamente a la popularidad personal con los poderes fácticos de entonces, una popularidad, no obstante, que no hubiera sido mía si yo no hubiera mostrado en todas las cosas la misma sólida determinación que había gobernado mis acciones en el solitario pico de Rhok, la gran montaña.

El Príncipe Menax continuó diciendo:

"Me gustaría que asistieras a mi palacio esta noche, es conveniente porque tengo algo que decirte. Te probaré tu error en creer que no te conozco, sólo porque tú eres uno entre muchos Xioqueni, cada uno de ellos buscando conocimiento. Yo te conozco. De mí, y no, tal como siempre has imaginado, de tu Xioql (preceptor jefe) partió la invitación que se te envió para que asistieras a las sesiones de los consejos ordinarios. Los Astiki (príncipes del reino) están siempre muy interesados en los Xioqueni dignos; de aquí la razón de que se te hayan dado muchas pequeñas tareas para ejecutar. Pero no te diré más de momento, ya que estorbo tus estudios. Recuerda pues, la hora señalada es la octava".

Menax ostentaba el más alto cargo ministerial de todos los Astiki, ya que era el primer ministro y, en breve, el primer consejero del Rai. Mi opinión sobre mí mismo se elevó en grado cuando sentí que era tenido en tan alto favor; pero me sentí lleno de gratitud y no de presunción; era verdadera autoestima, no vanidad.

Aunque ésta no era mi primera visita al palacio de este príncipe, no podía decir que estuviera familiarizado con el interior de su astikithlon.

Arrollando mi mejor turbante de seda verde alrededor de mi cabeza y poniéndole un alfiler de cuarzo gris, por el cual corrían vetas de cobre verde, denotando así mi rango especial, fuí al naim y pedí un vailx como tú podrías pedir un taxi. El vehículo vino pronto, y aunque era pequeño de tamaño era amplio para transportar a dos pasajeros, o incluso cuatro. Deseando buenas noches a mi madre, pronto estuve en camino y dejándome solo el conductor me senté para escuchar el furioso torrente de lluvia que hacía la noche inclemente en extremo.

El palacio de Menax no estaba muy distante del muelle

interior del foso donde el gran canal más se aproximaba a mi casa, ciertamente, a unos dieciseis kilómetros, y por lo tanto, el viaje aéreo consumió alrededor del mismo número de minutos antes de que el fondo del vailx se posara sobre el amplio suelo de marmol del aparcamiento de vailx, anunciando la llegada a mi destino.

Un centinela se acercó para preguntarme la razón de mi visita y, habiéndoselo dicho, llamó a un sirviente para que me escoltara hasta la presencia de Menax.

Había una serie de funcionarios del séquito del príncipe en el gran salón, entretenidos en no hacer nada en particular, una ocupación en la que eran ayudados por varias damas residentes en el palacio. El Príncipe Menax mismo estaba tumbado en un diván colocado enfrente de un brasero lleno de alguna sustancia refractaria calentada por la fuerza universal.

Al conducirme el criado ante el príncipe y antes de que mi presencia fuera anunciada, tuve suficiente tiempo como para ver a un grupo de funcionarios y damas, reunidos alrededor de una mujer de gran encanto y belleza que incluso en su evidente pena y dolor, junto con la distancia de la esquina donde se sentaba, no podía esconder del todo. Su atuendo, sus rasgos y color de piel denotaban que no era hija de un poseidonio, ya que no tenía ojos ni pelo oscuro ni piel blanca aunque claramente rojiza. La que estaba apenada, y contrita, era lo contrario de todo esto, al menos en lo que pude discernir, por la distancia que había entre nosotros.

Menax dijo, a modo de saludo:

"Sé bienvenido. Eso está bien. Siéntate. La noche es tempestuosa, pero te conozco bien; tal como prometiste, has venido".

Quedó en silencio por algunos momentos, y mirando al brasero encendido, dijo: "Zailm, ¿vas a asistir y a tomar parte en la competición en Xio en los nueve días que se dan para el exámen anual de Xioqueni?".

"Tengo esa intención, mi Astika".

"Tienes el privilegio de retrasar el exámen hasta el último año de la carrera".

"¿Es cierto eso en todos los Xioqueni?".

"Apruebo completamente tu decisión. Yo también lo hice así, cuando era estudiante. Espero que apruebes, que seas feliz con tu éxito, aunque no acorten tus años de estudio. Pero después del exámen, ¿qué? Tendrás un mes para hacer lo que gustes. ¡Ojalá tuviera yo treinta días de respiro de mis obligaciones!". Menax se detuvo meditativo, y continuó:

"Zailm, ¿tienes algún plan determinado para tus vacaciones?".

"Ninguno, mi príncipe".

"Ninguno. Está bien. ¿Te gustaría hacerme un favor, e ir a un país lejano para cumplir un encargo? Cuando acabes tu misión podrías quedarte allí todo el tiempo que desees, o ir donde quieras".

No me importaba hacer lo que él deseaba, y como el encargo me llevaba a una tierra apenas mencionada hasta aquí, el relato de mi lejana vacación puede ser comenzado con una descripción de Suernia, llamada ahora Hindostán, y Necropan o Egipto, las naciones más civilizadas que no estaban bajo la supremacía de Poseidonis.

Cuando las naciones tratan de hacer que la religión sea dominante en sus asuntos, el resultado es siempre coronado con el desastre. La política teocrática de los israelitas fue un ejemplo y, como el lector percibirá dentro de poco, Suernia y Necropan fueron ejemplos anteriores en la historia del mundo. Y la razón es, no que la religión sea un fallo; la fuerza de este registro de mi vida debe transmitir la verdad de que yo creo que no hay nada mejor que la religión pura sin profanar. No, la razón por la que una teocracia de éxito no puede pervivir es que la atención de los promotores tiene que centrarse en las cosas del espíritu para que lo espiritual tenga éxito, y las cosas del Reino de Dios nunca pueden ser las cosas de la tierra. Al menos, no hasta que el hombre esté totalmente desarrollado en su principio sexto o psíquico, y se haya purificado, por el fuego del Espíritu, de todo tinte de animalidad.

Suernia y Necropan poseían una civilización que ahora percibo era pareja con la nuestra, aunque muy diferente. Pero porque apenas poseía un punto sobresaliente con la de Poseidonis, la gente de este último país la miraba con burla cuando hablaban de esta

(\*) Siempre ha sido así; la semilla sembrada en el Acre de donde las esquinas están marcadas por postes de los cuales el primero tiene sólo un lado, el segundo cinco lados, el tercero seis lados, pero el cuarto otra vez solo cinco, nunca ha sido escarnecido por el hombre. Esta semilla hacía crecer un árbol de diecisiete ramas. Así era Suernia. En un tiempo sería regida por Poseidonis, más tarde estará en Poseidonis. Pero una vez más, esto sería después de que fuera podada por su Sembrador. Entonces crecería hasta el final del día, y llegar a ser grande al siguiente día. Pero más grande todavía al final de ese día. He descrito un acertijo que quien describe verá que es del Arbol del que he hablado, y lleno de inmortalidad. ¡Oye, oh, Israel! ¡Busca, oh, Manasés, y Efraim, busca! Tierra de la Bandera Estrellada, abre tus ojos, y tú, también, ¡oh, Madre patria!

civilización entre ellos. Pero eran muy respetuosos en su comportamiento hacia estos pueblos, por razones que enseguida se podrán ver.

Las diferencias entre las dos civilizaciones contemporáneas yacía en el hecho de que mientras los poseidonios tendían al cultivo de las artes materiales, de las ciencias relativas a las cosas materiales, y se contentaban con aceptar sin discusión la religión de sus ancestros, los suernios y los necropanos prestaban poca atención a lo que no fuera primordialmente oculto o de significación religiosa —principios prácticos verdaderamente, leyes ocultistas que tuvieran un soporte en lo material— pero no obstante, no se preocupaban de los objetos materiales excepto en lo que se refería al adecuado mantenimiento de la vida. Su regla de vida se resumía en el principio de no prestar atención a la vida alrededor de ellos, pero al descuidar el presente se esforzaban por el futuro. El principio vital de Poseidonis era extender su dominio a todas las cosas naturales. Existían los que filosofaban sobre el espíritu de los tiempos, los teorizantes de Poseidonis, y éstos trazaban un pronóstico del destino atlante. Señalaban el hecho de que nuestros espléndidos triunfos en el mundo físico, nuestras artes, ciencias y progreso, dependían absolutamente de la utilización del poder oculto extraído del Lado Nocturno de la naturaleza. Seguidamente este hecho fue comparado con el de que los misteriosos poderes de los suernios y los necropanos debían su existencia a este mismo dominio de lo oculto, y la conclusión era que con el tiempo nosotros también dejaríamos de preocuparnos del progreso material y dedicaríamos nuestra energía a los estudios ocultistas. Sus predicciones eran extremadamente sombrías como consecuencia de esto; no obstante, mientras el pueblo escuchaba respetuosamente, el fallo de estos profetas en sugerir una solución les hizo ser considerados hasta cierto punto como objetos de desprecio disimulado. Cualquiera que encuentre falta en un estado de cosas existente y se confiese incapaz de sustituirlo por algo mejor, ciertamente se enfrentará al ridículo público.

Nosotros, como poseidonios, sabíamos que las naciones misteriosas al otro lado del mar poseían habilidades que virtualmente empequeñecían nuestros logros, tales como nuestra capacidad para viajar por el aire o las profundidades marinas, nuestro veloces coches, nuestros barcos de superficie y submarinos. No, ellos no tenían tales comodidades, pero no tenían necesidad de ellas para proseguir sus vidas y, por lo tanto, tal como suponíamos, no deseaban tales artefactos. Quizás nuestra burla era más fingida

que real, porque en nuestro pensamiento más sobrio reconocíamos, con no poca admiración, su supremacía.

¿Que importaba que pudiéramos hablar y ver y oír y ser vistos por aquéllos con los que deseábamos comunicarnos, y esto a cualquier distancia sin cables, sino sobre las corrientes magnéticas del globo? Ciertamente, nosotros nunca conocimos el dolor de la separación de nuestros amigos; podíamos atender las demandas del comercio, y transportar nuestros ejércitos en tiempo de guerra con un despacho que daría la vuelta al mundo en un día; todo esto siempre que nuestros aparatos mecánicos y eléctricos estuvieran a mano. Pero, ¿de qué servía toda esta espléndida habilidad? Encerrado a uno de los más sabios Xioqueni en una mazmorra, y todo su conocimiento no serviría de nada; él no podría, privado en esta forma de sus artefactos y ayudas, esperar ver, u oír o escapar-se sin ayuda externa. Sus maravillosas habilidades dependían de las creaciones de su intelecto. No ocurría así con Suernia o con Necropan. Cómo frenar a alguien de este pueblo, ningún poseidonio supo nunca. Encerrado en una mazmorra, podría levantarse y salir como Saulo de Tarso, podía ver a cualquier distancia, y sin ayuda del naim; oír igualmente sin un naim; pasar entre los enemigos, y no ser visto por ninguno de ellos. ¿De qué servían pues, nuestros logros cuando se oponían a los de Suernia o Necropan? ¿De qué servían nuestros instrumentos de guerra contra tal gente, cuando un solo hombre de ellos, mirando con ojos donde brillaba la luz terrible de una fuerza de voluntad, hacía retroceder a las invisibles fuerzas del Lado Nocturno, podía hacer que nuestros enemigos se secaran como hojas verdes ante el calor del aliento de fuego? ¿Tenían algún valor los misiles aquí? Ninguno, cuando la persona a quien iban dirigidos podía pararlos en su veloz recorrido, y hacerlos caer como astillas a sus pies? ¿De qué valían los explosivos, más poderosos que la nitroglicerina, lanzados desde vailx situados a kilómetros sobre la bóveda celeste? Nada en absoluto, porque el enemigo, con mirada presciente y perfecto control de las fuerzas del Lado Nocturno que nosotros no conocíamos, podía parar al destructor lanzado, y en vez de sufrir daño podía aniquilar a ese vehículo aéreo y a su tripulación. Un niño que se ha quedado teme al fuego, y en tiempos pasados, nosotros habíamos tratado de conquistar a estas naciones, y habíamos fracasado lastimosamente. Rechazarnos fue todo lo que ellos trataron de conseguir, y triunfantes sobre nosotros en esto, se nos dejó ir en paz.

A medida que los años se convirtieron en siglos, nuestros

hábitos también se convirtieron en defensivos solamente, nunca más ofensivos, y debido a este cambio por parte de Poseidonis, nacieron relaciones amistosas entre las tres naciones.

Atla había aprendido al menos tanto del secreto como para esgrimir las fuerzas magnéticas para destruir a sus enemigos, y había abandonado los misiles, los proyectiles, y los explosivos como armas defensivas. Pero el conocimiento de los suernios era todavía mayor. Mayor porque nuestros destructores magnéticos esparcían la muerte sólo sobre áreas restringidas circunadyacentes al operador, los suyos funcionaban en cualquier punto, aunque estuviera muy lejos. Los nuestros destruían indiscriminadamente todas las cosas en la localidad condenada; las cosas inanimadas, así como las animadas; los hombres, tanto si eran enemigos como amigos; los animales, los árboles—todos estaban condenados. Sus proyectiles eran lanzados bajo control, y se estrellaban en el corazón de la fuerza opositora, sin destruir la vida innecesariamente; ni tampoco molestando a ningún enemigo excepto a los generales y dirigentes de sus fuerzas.

Todos estos hechos concernientes a los suernios, yo los sabía hacía mucho tiempo. El príncipe Menax me había pedido que le hiciera el favor de llevar a cabo una misión en ese país. Yo nunca había visto la tierra de Suernia y, teniendo el deseo de hacerlo, me sentí feliz de poder hacerlo. Después de acceder a hacer lo que se me pedía, interrogué al príncipe sobre mi labor, y le dije: "Si Zo Astika quisiera decir a su hijo qué debe hacer, satisfaría una creciente curiosidad".

"Así lo haré", respondió el príncipe. "Deseamos enviar al Rai de Suernia un presente en reconocimiento de ciertos regalos enviados por él al Rai Gualun. Aunque no existe duda de que estos presentes fueron enviados para inducirnos a aceptar a ciento cuarenta mujeres, prisioneras de guerra, que parecen estorbar bastante al Rai Ernon de Suernia, a pesar de que no consideramos necesario que se nos dé una compensación, y como a las mujeres se les permitirá quedarse o irse donde quieran excepto adonde esté prohibido por Suernia, decidimos considerar el regalo de las gemas y el oro como un presente, y hacemos otro de agradecimiento. Esto fue lo que resolvió el consejo reunido en quorum. Parece que estas mujeres son miembros de ciertas fuerzas de invasores estúpidos cuyo país está situado al oeste de Suernia. Este pueblo imprudentemente decidió declarar la guerra a los terribles suernios. Estos invasores nunca habían experimentado, ni contemplado, la cólera con que Incal arma a Sus hijos de Suernia, una cólera que siega la

vida de sus enemigos como la guadaña del segador siega la hierba. Ahora bien, Ernon posee un país fértil, y estos ignorantes salvajes deseaban apoderarse de él, por lo que enviaron al Rai de Suernia una declaración de guerra. A ésta Ernon contestó que él no lucharía; que los que le buscaban con lanzas y arcos, y venían ataviados con armadura, le encontrarían, y lo lamentarían, ya que Jeovah, que es como los suernios se complacen en llamar a Aquel a quien nosotros llamábamos Incal, le protegería a él y a su pueblo de Suernia, y esto sin lucha ni derramamiento de sangre. Ante esto, los bárbaros contestaron con burlas, y declararon que invadirían su país y destruirían a su pueblo con la espada. Así pues, reunieron un ejército numeroso, doscientos mil guerreros, y muchos seguidores de campamento, y éstos, conducidos por un intrépido Astiki, llegaron por el este hasta el sur para devastar el reino de Suernia. Pero espera, en este salón está alguien que sin duda puede decir más que yo, y contarlo mejor. "¡Mailzis!", llamando a su joven sirviente, "conduce hasta aquí a la bella extranjera".

Mailzis obedeció, y la mujer extranjera que yo había visto al entrar en el salón del príncipe se levantó con un ademán suave y gracil que levantó mi admiración. Componiendo su atuendo lentamente —de hecho, lo contrario de alguien que obedece a un superior— se acercó a Menax. Levantándose deferentemente, el príncipe dijo: "Señora, ¿te importa relatarme lo que has dicho a mi soberano? Sé que tu narración es extremadamente interesante".

Durante estos comentarios la extranjera no había mirado al príncipe sino a mí. Sus ojos se habían fijado en mi rostro, no descaradamente sino con atención, aunque obviamente totalmente inconsciente de la fijeza de su mirada. No obstante, había tal poder magnético en ella que me ví obligado a mirar hacia otro lado, extrañamente confuso por su mirada, pero sintiendo que ésta me seguía, aunque no la veía. Se me ocurrió que el hecho de que la respuesta de la dama fuera en idioma poseidonio era indicativo de que poseía una buena educación.

"Sí, Astika", dijo ella, "es un placer para tí que yo haga lo que dices, también lo será para mí. También es un placer para mí repetirlo para el joven a quien tu favoreces. No obstante, me gustaría que la joven, tu hija, no estuviera aquí", añadió ella en voz baja, con una mirada de antagonismo hacia Anzimee, que se sentaba cerca de nosotros, aparentemente entretenida leyendo un libro, pero, como yo imaginaba, no haciéndolo en realidad. Este dejo de celos no fue oído por Menax, aunque Anzimee lo oyó, y al punto se levantó y dejó el salón. Yo lamenté esto, y me molestó

la causa de ello, tal como rápidamente vió la Saldú, y debido a ello se mordió los labios con irritación.

"No es cómodo estar de pie; ¿querrás sentarte a mi derecha?, y tú, Zailm, cambia de sitio también y siéntate a mi izquierda", dijo Menax, volviéndose a sentar en el diván.

Cuando hubimos hecho esto, nos dispusimos a escuchar el relato. En este momento, el valet, Mailzis, se acercó respetuosamente y, al preguntarle que deseaba, dijo:

"Es deseo de tus consejeros y de las damas del astikithlon estar también presentes en la narración".

"Accedo a su deseo; trae también el naim, y colócalo cerca de nosotros, para que el editor de los Registros pueda tomar nota, también".

Haciendo uso de su permiso, los peticionarios pronto se agruparon alrededor nuestro, algunos en asientos bajos, otros, los oficiales de alto grado, más familiarizados con su príncipe, se tumbaron de lado apoyados en su codo frente a Menax sobre los ricos cojines de terciopelo que había sobre el suelo de mármol.

## CAPITULO XI EL RELATO

"Mailzis", dijo el príncipe, "trae vino especiado".

Con el disfrute de ésta ciertamente refrescante bebida no fermentada, escuchamos la siguiente emocionante narración:

"Tú estás, creo, familiarizado con mi país de origen, ya que has tenido intercambio comercial con la nación Salda. Todos aquí también han oído cómo nuestro soberano envió un gran ejército contra los terribles suermios. ¡Ah!, qué poco sabíamos de esa gente", exclamó ella, apretando sus pequeñas, patricias manos en una agonía de restrospección aterrorizada.

"Ciento sesenta mil guerreros tenía mi padre, el jefe, bajo su mando. Más la mitad de éstos seguían al campamento. Nuestra caballería era nuestro orgullo, veteranos entrenados y verdaderos, y ¡ah!, ¡tan sedientos de sangre! Tal espléndido armamento teníamos, brillantes arpones y lanzas —¡oh!, ¡un maravilloso grupo de hombres valientes!".

Ante este elogio de tales armas primitivas sus oyentes fueron incapaces de reprimir una ligera sonrisa. Por un momento, esto pareció desconcertar a la princesa, pero no por mucho tiempo, porque continuó:

"De esta forma tan espléndida y poderosa, ¡ah!, ¡cómo amo el poder!, llegamos, tomando botín según avanzábamos hacia la ciudad suernia. Cuando llegamos cerca, después de muchos días, no pudimos verla, ya que estaba en una depresión del terreno, pero nos sentíamos seguros de una victoria fácil, ya que los cautivos a quienes apresamos nos informaron que no existían murallas o defensas similares y que no había ningún ejército esperándonos. Ciertamente, en ninguna parte encontramos ciudades amuralladas en toda Suernia, ni encontramos resistencia, por lo tanto no derramamos sangre, sino que nos contentamos con torturar a los prisioneros, para divertirnos, antes de dejarlos libres".

"¡Horrible!", murmuró Menax en voz baja. "¡Bárbaros sin corazón!".

"¿Qué has dicho, señor?", preguntó la muchacha rápidamente.

"¡Nada, mi señora, nada!, estaba pensando en la espléndida marcha de la hueste Saldana".

Aunque aparentemente dudando de alguna forma la verdad de esta afirmación, la Saldú, no obstante, continuó su relato.

"Al llegar, tal como he dicho, paramos nuestra marcha al borde de un desfiladero poco profundo, pero ancho, donde el Rai era tan pacífico y poco prudente como para tener su capital, y enviamos un mensajero para anunciarle nuestra llegada y ofrecerle condiciones de rendición favorables. Como respuesta vino con nuestro portaestandarte un anciano solo y desarmado. Un hombre de edad es el término adecuado. Era alto, erguido como un soldado, y tenía una dignidad de porte que le hacía resultar espléndido de contemplar. ¡Ay!, ¡parecía el poder encarnado! Debería odiarle, ¡pero es poderoso y no puedo evitar que me encante! Si hubiera sido más joven le habría cortejado para que fuera mi pareja".

Ante esta inesperada afirmación, miramos a la encantadora narradora con asombro, además de con otras emociones, mientras que el Príncipe Menax preguntaba:

"Astiku, ¿he oído bien? ¿Hacer la corte a un hombre? ¿Es costumbre entre tu gente que la mujer haga la corte? Yo creía que estaba versado en las costumbres de cada nación, antiguas y modernas, pero no conocía este hecho. No obstante, éxtrañas cosas son de esperar de bueno, una raza que no tiene sino números para merecer el reconocimiento a manos de gente como los poseidónios".

"¿Por qué no eres franco, Zo Astika? ¿Por qué no dices lo que piensas, que las naciones civilizadas como la tuya consideran a tal

raza como los Saldues inferiores a ellos hasta el punto de que incluso sus costumbres te son desconocidas?"

El príncipe Menax se sonrojó profundamente avergonzado y confundido, porque no estaba acostumbrado a las evasivas, y replicó:

"Admito que la franqueza es mejor; pero deseaba evitar herir tus sentimientos, Astika".

Con una risa cantarina, divertida, la Astiki dijo:

"Zo Astika, permíteme decirte que en Salda, ambos sexos tienen libertad para cortejar a su elegido. ¿Por qué no? Creo que es normal. Seguiré nuestra costumbre a este respecto, si la oportunidad se presenta. Mi elegido tiene que ser atractivo, y valiente como el león del desierto, ¡sí!, de los desiertos de donde vino al continente Suernota. Oh, sí, si se ofrece la oportunidad", reiteró ella, con un ligero suspiro.

Después, continuó debilmente, tristemente:

"El Astika, mi padre, jefe de nuestros ejércitos, dijo a este gran hombre":

"¿Qué ha dicho tu soberano?"

"Ha dicho: Invita a este extranjero a partir antes de que mi cólera se despierte, porque, ¡mira!, ¡le castigaré si no me obedece! Terrible es mi ira".

"¿Cómo es eso, y su ejército?, no he visto ninguno, dijo mi padre con la risa de un veterano a quien se ofrece despreciable resistencia".

"Jefe, dijo el enviado, en un tono bajo, severo: Es mejor que te vayas. Yo soy ese Rai, y también su ejército. Abandona esta tierra ahora; pronto no podrás. ¡Vete, te lo suplico!"

"¿Tú, el Rai? ¡Hombre temerario! Te digo que cuando el sol se haya trasladado a otro signo, tu coraje no te salvará, a menos que vuelvas y reunas a tu ejército. Si no, enviaré tu cabeza a tu pueblo. Solo existe esta alternativa. Después de este plazo de tiempo, atacaré y saquearé tu ciudad. Pero, no temas por tu seguridad personal, ¡no puedo herir a un enemigo desarmado! Vete en paz, y por la mañana, te atacaré a tí y a tu ejército. Tengo que tener un enemigo digno".

"En mí tienes a un enemigo digno. ¿No has oído nunca hablar de los suernios? ¿Sí? ¡Y no has creído! ¡Oh, es verdad! Vete, te lo ruego, ¡mientras puedes hacerlo de forma segura!"

"¡Tonto!", dijo el jefe. "¿Es este tu ultimatum? ¡Entonces, que así sea! ¡Apártate! No me voy sino que avanzo". Entonces, llamó a los capitanes de las legiones y ordenó:

"¡Adelante, marchad para conquistar!".

"Detén esa orden un momento, deseo hacerte una pregunta", dijo el Rai.

"Aceptando esta petición nuestros hombres, que se habían desplegado en formación ante la orden, se detuvieron con las armas en descanso. En las filas delanteras del ejército Saldano que estaba situado en una pequeña prominencia dominando la capital de Suernia, y el gran río que corría cerca, estaba la flor y nata de nuestra hueste. Eran veteranos, entrenados y fieles, hombres de estatura gigantesca, dos mil hombres fuertes, líderes de los hombres menos expertos. Nunca olvidaré cuán imponente resultaba esta formación, no, nunca. Tan fuertes, el nombre de nuestro poderoso león, cada hombre capaz de transportar un buey sobre su espalda. El sol hacía brillar sus lanzas con un glorioso destello de luz. Mirando a estos hombres, el suernio dijo:

"Astika, ¿no son éstos tus mejores hombres?".

"Sí".

"¿Son los que me han dicho que han torturado a mi pueblo, meramente por diversión? Y les han llamado cobardes, diciendo que los hombres que no ofrecen resistencia merecen la muerte, y que mataron a algunos de mis súbditos?".

"No lo niego", dijo mi padre.

"¿Crees, Astika, que esto estuvo bien? ¿Acaso no son los hombres que se vanaglorian de derramar sangre merecedores de la muerte?".

"Posiblemente, pero, ¿qué importa? ¿Acaso quieres que los castigue por tal acción?", dijo mi padre, con burla.

"Así es, Astika. ¿y después te marcharías?".

"¡Oh, sí, haré eso! Es un buen chiste, no obstante, ¡no tengo humor para hacer chistes!".

"¿Y no te irás, a pesar de que quedarte significa la muerte?".

"¡No! ¡Ya está bien de charla! Estoy harto de ella".

"Astika, ¡lo siento! Pero que sea como tú quieres. Te he advertido que te fueras. Has oído hablar del poder de Suernia, y no lo has creído. Pues ahora, ¡siéntelo!".

"Con estas palabras el Rai extendió su dedo índice sobre el lugar donde estaba el orgullo de nuestro ejército, los espléndidos dos mil. Sus labios se movieron y yo apenas escuché las palabras dichas en voz baja:

"Jehova, fortalece mi debilidad. Morid culpables testarudos".

"Lo que aconteció entonces llenó tan de espanto a los espectadores, y alimentó su superstición, que durante cinco

minutos completos, apenas se escuchó un sonido. De todos esos veteranos guerreros, ninguno quedó vivo. Al gesto del suernio, sus cabezas se inclinaron hacia adelante, soltaron sus lanzas, y cayeron a tierra como si estuvieran borrachos. No hubo ni un sonido, excepto el de su caída, ni un estertor, la muerte les había sobrevenido como viene a aquéllos cuyos corazones paran de latir. ¡Ah!, ¡qué terrible poder tienes, suernio!"

"Porque el Angel de la Muerte extendió sus alas sobre el rayo, y sopló en el rostro del enemigo según pasaba".

Senakerib era desconocido entonces; la princesa Salda no conocía el poema; pero nosotros sí, lector, tú y yo; es suficiente.

Mientras describía la acción del Rai de Suernia, la princesa se había levantado de su asiento al lado de Menax, imitando al mismo tiempo el fatal gesto de Ernon de Suernia. Fué tan realista el gesto que el grupo de oyentes a nuestra izquierda se había encogido involuntariamente cuando su brazo pasó sobre sus cabezas. La joven saldú notó su gesto de retroceso, y sus labios sonrieron con burla.

"¡Cobardes!", murmuró. Un poseidonio escuchó las palabras, y sus mejillas enrojecieron al decir:

"¡No, Astiku, cobardes, no! Considera nuestro gesto involuntario como un homenaje a tu capacidad descriptiva".

Ella sonrió, y dijo: "Quizás sea así". A continuación, sobreco-gida por su apóstrofe a la temida fortaleza de Jehova al ser invocado por Ernon, una fortaleza que incluso la gloriosa Atla temía, la joven se volvió a sentar llorando.

Un poco de vino la animó, y la narración continuó.

"Después del horrible silencio que cayó sobre todos los que habían presenciado la terrible visión, las mujeres, esposas e hijas de los oficiales de alto grado, comenzaron a gritar con horror. Muchos de nuestros hombres, tan pronto como se dieron cuenta de que las historias que habían oído y a las que no habían dado crédito no eran cuentos, cayeron a tierra con angustia y terror. ¡Ah!, entonces, entonces se podían oír súplicas a todos los dioses, grandes y pequeños, en quienes nuestra gente confiaba. "¡Já, já!", rió la princesa, amargamente, desdeñosamente, "¡apelando a dioses de madera y metal para que los protegiera contra tal tremendo poder! ¡Fu! Como no puedo vivir en Suernia, al haber sido aniquilada, ¡no volvería a vivir en mi tierra natal! No quiero más gente que idolatra a objetos inanimados y los deifica. No, Astika", contestó ella a una pregunta de Menax, "nunca adoré ídolos; la mayoría de nuestro pueblo lo hace, pero no todos. No soy una

apóstata, pero yo adoro el poder. Debería odiar a Ermon de Suernia, pero no puedo. Ciertamente, viviría, si pudiera, en su presencia y adoraría su maravillosa fortaleza, que hace morir a sus enemigos. Como no se me permite esto, prefiero quedarme con tu pueblo, que es una buena raza y, aunque no iguales a los suernios, son mejores y más poderosos que mi propio pueblo, ¡ah!, mucho más.

"Mi padre debería haber imaginado algo así de un pueblo astuto; ahora sabía, después de esta amarga lección, que la reputación dada por los viajeros no eran imaginaciones de viajeros de caravanas. Pero mi padre no se encogió ante el Rai, era demasiado orgulloso para eso. Mientras mirábamos, estupefactos, la horrible escena de muerte, otra cosa no menos terrible, pero más horrenda, sucedió. Los que estábamos vivos, toda nuestra hueste excepto los dos mil, estábamos entre nuestros muertos y el río al oeste de la ciudad. El Rai Ermon inclinó su cabeza y rezó —¡qué gran alarma causó en nuestra gente esta acción!— y le oí decir:

"Señor, haz esto por tu siervo, ¡te lo suplico!".

"Entonces, al mirar a las víctimas, las ví levantarse una por una, recoger cada una su lanza y escudo y yelmo. A continuación, en pequeños grupos irregulares, marcharon hacia nosotros, hacia mí, ¡Oh, Dios mío!, ¡y entraron en el río! Al pasar, ví que sus ojos estaban medio cerrados y vidriados por la muerte; el movimiento de sus miembros era mecánico; caminaban como si estuvieran suspendidos de cables, y su armadura sonaba a metal con un tono horrible. A medida que, uno a uno, los grupos llegaban al río, se sumergían en él, cada vez más profundamente, hasta que las aguas se cerraron sobre sus cabezas, y se fueron para siempre, para alimentar a los cocodrilos que ya rugían y reptaban sobre su presa por el curso del Gunja. Sin nadie que los condujera, nadie que los transportara, cada uno marchando como si estuviera vivo, y no obstante muerto, esta horrible procesión entrando en el río, distante mil pasos, completaba así el horrible sentimiento de temor que el terror desesperado poseyó al gran ejército, y los guerreros huyeron, dejando atrás todo, y pronto sólo unos cuantos soldados fieles quedaron a la vista; éstos permanecieron con su comandante y los oficiales de su séquito, preparados para compartir con él la muerte que esperaban encontrarían todos los que se quedaran. Las mujeres tampoco huyeron todas. Entonces habló el Rai Ermon, y dijo:

"¿No te dije que te fueras, antes de que te castigara? ¿Lo harás ahora? ¡Mira, tu ejército ha huido! Su derrota no cesará, porque miles de ellos nunca más verán Saldue, ya que perecerán por el

camino, pero bastantes llegarán a sus hogares. Pero tú nunca volverás a tu hogar; ni tú ni tus mujeres. Pero tampoco se quedarán en mi tierra ni en la suya, sino en un país extranjero".

"Este altanero, pero ahora humilde soldado, mi padre, se arrodilló ante el Rai, y dijo:

"Poderoso Rai, ¿qué vas a hacer con inocentes mujeres? Tú has dicho que mis guerreros eran culpables, lo admito, y no me exceptúo. Pero éstas, mis mujeres, no han hecho daño a nadie. Tus palabras me inducen a creer que la justicia es el principio que te rige; tus actos también, porque cuando pudiste habernos matado a todos, no hiciste nada más que hacer un escarmiento con unos cuantos culpables. Te imploro, pues, que tengas misericordia de mis mujeres; y también de mis oficiales".

"De tus oficiales, sí; ellos te son leales, aunque sólo esperan la muerte como recompensa. Que se vayan con lo que aún quede de tu ejército. No están acostumbrados a preocuparse por las necesidades del cuerpo, por lo tanto, con seguridad perecerán, a menos que yo los salve. Teniendo poder, lo usaré misericordiosamente. Ninguno perecerá por el camino; ninguno tendrá hambre, ni sed, ni enfermedad. ¡Oh, Jehovah!, durante todo el regreso a casa, ni se perderán por el camino, ni ninguno tendrá que comer durante el camino. Y las bestias salvajes merodearán a su alrededor, y aunque ninguno tenga un arma, ningún animal les hará daño, porque el espíritu de Jehova irá con ellos y será su refugio y su salvaguarda. Sí, más que eso hará El, porque entrará en sus almas, para que los que son guerreros sean a partir de ahora Sus profetas, y levanten a su pueblo y hagan de su nombre uno que se conocerá en todas las eras; una famosa raza de hombres cultos serán ellos, y astrólogos, hablando de Dios por sus obras del cielo. Pero vendrá un día todavía lejano dentro de seis mil años a partir de ahora en el que los hombres de Caldea volverán a tratar de prevalecer sobre mi pueblo, y otra vez fallarán, como ahora, pero tú durante mucho tiempo habrás estado con tus padres dormido después de una segunda vida, y a salvo en el Nombre\* en el que yo obro, antes de este segundo intento. ¿Llamas mujeres inocentes a las que voluntariamente vinieron con toda la insolencia del supuesto poder e invencibilidad para asesinar a mi pueblo? ¡Inocentes!, las que vinieron a ver el saqueo de mis ciudades y a recrearse en los sufrimientos de mi gente? ¡Inocentes!, ¡en absoluto! Por lo tanto,

(\*) Jehova--Ed.

retendré contigo estas esposas y estas doncellas. ¡Mira!, he dicho que tú no saldrás de aquí; ni tampoco estas mujeres durante un tiempo, pero tú, tú nunca saldrás de esta tierra. Te pondré en prisión que no tiene ni barrotes ni grilletes ni muros; pero que no puedes esperar dejar.

"¿Quieres decir que vamos a morir todos, Zo Rai?", preguntó mi padre en voz baja y triste.

"En absoluto; Zo Astika, ¿crees que condeno el asesinato y, sin embargo, lo cometería yo innecesariamente? No. He dicho que tú no puedes dejar Suernia, ni será posible para tí hacerlo en el futuro, aunque no te lo impida ni cerrojo ni barrotes, ni ningún hombre te vigile o guarde.

"Era patético ver las despedidas entre los que tenían que irse y los que tenían que quedarse. Pero, tal es la fortuna de la guerra, y el débil debe obedecer al fuerte. Yo me había alegrado de nuestra supuesta fortaleza, ahora no me importaba quien cayera por ella. ¡El poder, ay, el poder! Creo, después de todo, que sentí una gran satisfacción al contemplarte, Poder, mi dios, ¡provocar una destrucción tan rápida!".

La princesa dijo estas últimas palabras musitando, aparentemente perdida en su entorno, sentada con las manos juntas, la admiración dibujada en su hermoso rostro y sus gloriosos ojos de mirada lejana, pero ¡oh!, tan sin corazón, tan crueles, después de todo. De figura real, de personalidad imperiosa, el mundo ahora, como entonces, llamaría a la Princesa Lolix, hermosa, maravillosamente hermosa; ciertamente ella tenía las características de vuestras hermosas mujeres americanas. Pero éstas no son como ella, realmente. Ella, con apariencia de leona, siempre acompañada por el poder del triunfo. Pero la doncella americana real, amable, fuerte como el acero, gracil como un ave, dulce como una rosa recién abierta —como Lolix en estas últimas tres características, pero sin parangón posterior, porque la de hoy día se adhiere a su padre, a su hermano, a su amor, ya venga el sol, la tormenta, el triunfo o la adversidad— fiel hasta la muerte. Tales tienen su recompensa.

Llegó un día en el que Lolix cambió para ser todo lo que las hermosas doncellas modernas son. Pero esto no ocurrió hasta pasados los años. Existen algunas clases de rosas que, mientras son capullo, parecen ser todo espinas, ¡pero qué maravilla de belleza son cuando han abierto sus corazones al sol y al rocío!

Parecía que el Príncipe Menax no había oído relatar a Lolix esta parte de la historia, sino que por alguna razón había esperado

hasta que yo pudiera oírlo. Consecuentemente, fué una revelación para él oír a alguien tan encantador, e incluso tan dulce, revelarse de naturaleza tan dura como lo demostraba por su forma de expresarse, que también tenía tanto de meditación retrospectiva, por su parte, como de relato. Después de algunos momentos, Menax dijo:

"Astiku, has dicho que su Majestad de Suernia no hizo contigo y tus compañeras tal como tú pensabas de antemano, razonando según la costumbre nacional de tu pueblo, de dedicar a las mujeres prisioneras de guerra a satisfacer la lascivia y las necesidades de las bajas pasiones del hombre".

"Astika Menax, ¿no me juzgarás irrespetuosa si a partir de ahora te llamo amigo? Te confesaré que fué una gran sorpresa para mí que el Rai Ernon no hiciera eso. No podría haberme quejado, porque tales son las vicisitudes de la guerra. En vez de eso, no obstante, él declaró que ni él ni los suernios tenían necesidad de nosotras, por lo que nos enviaba a un país extranjero. ¿Es ese nuestro destino aquí-sino tan duro?".

"¡No!, ¡nunca!", replicó Menax, curvando sus labios con disgusto ante tal cruda imputación. "Aquí sereis mantenidas por el gobierno hasta que ciudadanos poseidonios elijan esposas entre vosotras; ¡el nuestro es un pueblo de gustos extraños, en ocasiones!".

"¿Eres sarcástico, Astika!".

Salvo que el príncipe elevó ligeramente sus cejas, no dió contestación a su comentario; incluso este indicio fué tan debil que si yo no hubiera estado observando atentamente su rostro, no lo habría percibido. Después de un silencio más o menos largo, Menax dijo que les estaba prohibido para siempre volver a su hogar de Salda, porque—

"¡Ya no es mi hogar!", interrumpió rápidamente la dama.

"¡Entonces tu tierra natal!", dijo Menax con alguna aspereza y quedó otra vez en silencio.

Lolix se levantó entonces y, juntando sus manos, exclamó vehementemente:

"No tengo ningún deseo de volver a ver mi tierra natal. A partir de ahora elijo quedarme en Poseidonis, ¡llamarla hogar!".

"Como quieras", dijo Menax. "Ciertamente eres una mujer de lo más extraño. Por amor al poder has abandonado dios y hogar y tierra natal. ¿Son las otras, tus amigas cautivas —¡no, espera!, no amigas, ¡ya que han caído en desgracia!— son éstas como tú, estas mujeres, que olvidan su país?".

Inclinando su encantadora cabeza, la princesa fijó la mirada de sus esplendorosos ojos azules sobre el rostro de su crítico. Dos lágrimas, cayeron por debajo de las largas pestañas, sus labios temblaron, y juntó sus pequeñas manos al decir estas palabras:

"¡Ah, Astika, eres cruel", después se volvió y caminó sollozando hacia el asiento donde yo la había visto por primera vez.

Así fué el capullo de rosa sin abrir confundido con una flor de cardo.

En cuanto a mí, me invadió una extraña mezcla de sentimientos, una mezcla de asombro y aprobación. Me preguntaba qué clase de naturaleza era ésta que podía ser tan dura de corazón y ansiar tanto el poder como para abandonar todo vínculo natural para conseguir el mismo, y al mismo tiempo era tan esencialmente femenina como para dolerse ante la expresión de un natural reproche por tal conducta. Me dió lástima porque era muy ingenua, y tan sinceramente honesta en toda su falta de sentimientos, y había narrado tan honestamente su historia, evidentemente esperando aprobación, y se había sentido tan herida por haber producido el efecto contrario. Finalmenté, la aprobación dividió mis emociones, porque el príncipe la había dado una amonestación con toda la razón, y una que, aunque severa, no dejaría de surtir un efecto saludable. Mis reflexiones fueron interrumpidas en este punto por Menax, que decía:

"Zailm, vayamos al Xanatithlon\* donde todo es tranquilo y hermoso entre las flores. Estaremos solos allí, tú y yo. Despediré a estas personas de mi palacio, pero prefiero no molestar a aquella doncella Saldee".

## **CAPITULO XII**

### **LO INESPERADO SUCEDE**

Unos cuantos pasos nos llevaron al gran invernadero, o Xanatithlon, que estaba lleno de toda clase de especies de flores. En medio había una fuente cuyos tres surtidores elevados se esparcían en el arco del gran techo y brillaban durante el día con los rayos del sol cuando éstos se filtraban por los miles de paneles de cristal multicolor. Ahora, no obstante, cuando el sordo rugir de la lluvia caía sin mezclar su sonido con el dulce murmullo de la fuente, ese

(\*) Construido de flores.

objeto de belleza brillaba por los rayos de numerosas imágenes eléctricas del Rey Día.

Entremezcladas con las miríadas de flores naturales había muchos cientos trabajadas en cristal tan perfectamente, que sólo un exámen detenido por medio del tacto podía decir cuáles estaban producidas por la Flora y cuáles por el artista. Estas iluminaciones concordaban con las flores naturales de la planta, árbol o parra de los que colgaban; en las plantas había unas pocas, en los árboles, elevados sobre el suelo, el número aumentaba, mientras que en las parras que trepaban sobre los arcos y pilares, o colgaban entre puntos altos en el techo, había una gran multitud, lanzando por todo este paraíso floral un destello suave, permanente, que era de lo más delicioso. En medio de este entorno tan placentero nos sentamos en lo que al ojo parecía un conjunto de rocas cubiertas de musgo con suaves depresiones entre ellas, muy confortables, ya que en realidad eran almohadones, de donde crecía el musgo originariamente producido por gusanos de seda.

"Siéntate aquí, junto a mí, hijo mío", dijo el buen anciano príncipe, conduciendome hacia un hueco junto al que ocupaba él.

"Zailm", comenzó, "apenas sé por qué te llamé esta noche, por qué no esperé durante un tiempo. Y, no obstante, lo sé, también; tengo una misión que confiar a alguien adecuado para realizarla. Hay otros más experimentados, pero yo elijo dártela a tí; tú sabes lo qué es".

Era muy evidente para mí que esto no era lo que movía al Astika en su elección, y que no fué por esto por lo que me había pedido que fuéramos al invernadero. Guardó silencio, que pronto rompió diciendo:

"¿Habías oído que mi esposa me dió un hijo, y que tanto a la esposa como al hijo se los llevó la muerte? ¡Ah!, un hijo, y una hija. Incal sea alabado, ¡todavía la tengo! Pero mi hijo, el orgullo de mi vida, se fué a Navazzamin, el destino de todo mortal. ¡Hijo mío, hijo mío!", sollozó.

Cuando su emoción se hubo calmado algo, continuó:

"Zailm, cuando te ví, en tu primera entrevista con nuestro amado Rai —hace cuatro años, ¿no?— me quedé asombrado de tu parecido con mi hijo muerto, y te amé entonces, Zailm; muchas veces he ido al Xioquithlon para verte trabajando en tus estudios. Siempre que has recibido en diversas ocasiones la orden de venir a este astikithlon ha sido por el deseo de verte. Sí, ¡verte, muchacho, verte!", murmuró suavemente, acariciando gentilmente mi cabello al mismo tiempo.

"Han pasado pocos días sin que yo te haya visto, bien personalmente o por el naim; sí, he ido en la noche y me he parado ante tu ventana, para alegrar mi corazón con el sonido de tu voz cuando te sentabas para leerle a tu madre. Te he observado y me he sentido orgulloso de tí, Zailm, porque en todo te pareces a mi hijo; tus éxitos en el estudio han alegrado mis días, como también lo ha hecho la habilidad con la que has llevado a cabo las obligaciones gubernamentales, ¡porque eres como mi hijo! Por lo tanto, ven a vivir aquí, muchacho, porque te quiero cerca de mí, en mis días de vejez. Juntos fluiremos por el río de la vida, ¡tú y yo! Acaso yo cruzaré primero el gran océano de la eternidad; allí te esperaré en la difusa tierra de los sueños, donde no hay separación, ni dolor ni pena. ¡Ven, Zailm, ven!".

A esta tierna llamada, yo repliqué:

"Menax, a menudo me he preguntado, durante los años de mi residencia en Caiful, qué significaban tus favores. Siempre has sido más amable conmigo que con cualquier otro, y al mismo tiempo eras reservado y distante, sí, más que otros a quienes no importaría mucho lo que me ocurriera. Ahora todo está claro. Te he mirado con afecto y amorosa reverencia, y atesorado tu amabilidad, y actuado según tus pocas palabras de consejo. Sí, Menax, iremos juntos a la sombría tierra de las almas difuntas, tú por mí o yo por tí, esperando la llegada del otro, a quien antes siegue el Segador de Almas".

Nos levantamos y nos abrazamos tiernamente. Al separarnos, contemplé a la única hija del príncipe, enmarcada en racimos de parras entrelazadas descuidadamente alrededor de su encantadora figura. Al mirarla pensé en la otra muchacha, la Saldu cuya historia había escuchado recientemente. Casi de la misma edad, ninguna de las dos más de un año más joven que yo, pero tan diferentes la una de la otra en cuanto a tipos de belleza femenina. Es difícil describir a una persona en quien está centrado el más profundo interés del corazón, y mientras mayor es este sentimiento más difícil es describirla. Al menos, así es en mi caso.

El lector es consciente de cómo era la majestuosa muchacha de la lejana Salda de cabello castaño y ojos azules, cuán delicada su piel blanca, cuán emocional y sensible su naturaleza, y al mismo tiempo, ¡qué cruel! Pero, cómo puedo describir a aquella a la que yo amaba, la esperanza de un encuentro fortuito, incluso de lejos, hacía más placenteras mis idas al palacio de Menax. Aquella a la que yo amaba y llevaba en mi corazón casi tantos años como llevaba viviendo en Caiful, ¿cómo podría describirla?

Si la Princesa Lolix estaba en el umbral de su edad adulta, también lo estaba esta belleza, la Princesa Anzimee. Ligera, delicada, femenina, la hija de una larga línea de antepasados patricios; más aventajada y superior en las filas del estudio en el Xioquithlon, aunque más joven que yo en años, yo la amaba, y al mismo tiempo escondía cuidadosamente este hecho. Cada uno de mis amigos que lean esto sabrán lo que siento cuando no nuestro deseo de describir a Anzimee, e invito a todos a colocar en el marco de vida en Poseidonis el retrato de su ser amado.

"Cada corazón recuerda un nombre diferente,  
pero todos cantaban Annie Laurie".

El Príncipe Menax vió a su hija casi al mismo tiempo que yo, y una mirada de ligera sorpresa se extendió por su rostro ante su presencia, ya que suponía que el Xanathlon estaba desierto. Viendo esta expresión, la Rainu se acercó y, besando a su padre, dijo:

"Padre mío, ¿he interrumpido? Te oí a tí y a este joven entrar, pero no sabía que deseabas intimidad, así que seguí sentada y continué mi lectura".

"No, mi amor, no tienes por qué excusarte. Estoy, ciertamente, más bien contento de que estés aquí. Pero, ¿me permites preguntarte que estabas leyendo? No es bueno para tí que estudies tanto, y ésto, sospecho, era o es, lo que quieres decir cuando utilizas la palabra lectura".

Con una dulce sonrisa danzando en su rostro e iluminando sus ojos grises, ella replicó: "¡Eres un excelente lector de la mente oculta! Ciertamente estaba estudiando, pero la meta justifica el trabajo. Quien adquiera un profundo conocimiento de la ciencia médica estará en posición de aliviar incluso a los que están en la agonía del dolor mortal, y curar a los que están menos gravemente afectados. ¿No es pues un trabajo para Incal, así como para Sus hijos, y no es un acto así, hecho por el más pequeño de éstos, algo hecho también por El?".

Dos muchachas —¡Lolix de Salda, y Anzimee de Poseidonis!— Un amplio continente separaba sus dos países, pero todavía una mayor distancia había entre las hijas de las dos tierras. Lolix, sin importarle los que sufrían o los que estaban en agonía mortal; Anzimee, estaba en las mismísimas antípodas de tales rasgos de carácter.

Durante todo un minuto hubo un silencio, mientras Menax miraba a la encantadora oradora de noble corazón. Entonces,

tomando mis manos con su derecha y las de Anzimee con la izquierda, dijo:

"Niña mía, te doy un hermano, uno a quien juzgo digno de serlo; Zailm, te doy una hermana máspreciada que los rubíes; y a Tí, Incal, ¡mi Dios!, todo el canto de alabanza que llena mi pecho por las bendiciones que me has dado". Aquí dejó caer las manos que apenas se habían unido por primera vez, y levantó las suyas al cielo.

¡Cómo me emocionó el contacto de esa manita antes de que fuera retirada! ¿Era yo digno de todo este amor? Ningún pecado había manchado todavía mi buena fama, y me sentí en ese momento completamente merecedor. Si alguna vez manchaba mi vida, el pecado aún no había llegado; pero con inquietud pensé en la extraña profecía de aquella noche lejana; por un instante solamente me poseyó este sentimiento y después se fue.

Yo tenía el hábito de analizar a los hombres y sus motivaciones; era mi segunda naturaleza, por así decirlo, analizar cada cuestión en todo aspecto posible. Por eso, incluso ahora, yo me estaba preguntando a mí mismo sobre el significado de esta última experiencia. Yo sabía que con respecto a Menax, que me había pedido con tanta decisión que fuera su hijo, yo sentía el más profundo respeto y afecto. Mi vida no me habría parecido un precio demasiado alto a pagar, si con ello pudiera rendirle un gran beneficio; y yo amaba la vida, además; No había nada morboso en mi naturaleza, a menos que un gran amor por mis amigos sea un signo de morbosidad. Me paré a pensar un poco lo que mi adopción significaba social y políticamente. No necesito decirte lo que tiene que haber sido para mi ambición ser colocado así en una posición tan elevada como la que ocuparía a partir de entonces de acuerdo con el nivel atlante, como hijo legal de un alto consejero, quien por matrimonio era hermano del Rai. Todo este tiempo, mientras consideraba la situación, yo me estaba reservando como un sentimiento muy agradable, el placer de examinar cuál era la clase de amor que yo sentía por aquella que era mi hermana, sólo por adopción, es verdad, pero quien, siendo la niña mimada de los círculos internos, y la adorada de la gente de Caiful, aparecía ante el mundo como mi hermana en el momento en que el Rai Gualun aprobara oficialmente la intención de su hermano.

¿Debía yo sentir placer o contrariedad? Miré a la que yo había soñado que fuera mi esposa en caso de que Incal en Su bondad viera apropiado el concederme llegar a posiciones elevadas. ¿Podría yo esperar realizar el sueño, después de este inesperado

giro de la fortuna? Si yo hubiera llegado a mi elevada posición en forma distinta, entonces podría haber esperado obtener la mano de Anzimee. ¡Pero ahora! Mi gran fortuna parecía una manzana del paraíso, amarga para mi boca. Ahora yo era su hermano, legalmente, aunque no por vínculo cosanguíneo. Existía una probabilidad de que las cosas no fueran tan negras como parecían, ya que tales adopciones entre las clases bajas eran frecuentes, y no eran un impedimento para el matrimonio. Así pues, el sol salió de entre las nubes otra vez.

Las características más acusadas en la apariencia de la muchacha que estaba ante mí era la sencillez de su atuendo. Esa tarde, sus hermosos cabellos castaños estaban recogidos hacia atrás en su linda cabeza con un broche dorado, y caían sueltos. Una larga túnica vaporosa cubría su forma esbelta y juvenil. Ningún traje podía ser más artística y elegantemente sencillo que este tejido diáfano, sin color, teñido justo lo necesario de azul como para parecer blanco perlado. Unas cintas de color carmín en los hombros indicaban su estirpe real. Su vestido estaba anudado en la garganta con un alfiler hecho de oro, en donde refulgían grandes rubíes, agrupados alrededor de un centro de perlas y esmeraldas, y todo el conjunto aumentaba el color de sus mejillas haciéndola parecer un encantador capullo de rosa humano. Aunque su atuendo era lujoso, éste no añadía nada al propio atractivo dulcemente dignificado de la muchacha. Las perlas, emblema de su rango como Xioqenu; las esmeraldas, señal de que todavía no había alcanzado voz política; los rubíes, gemas de realeza, llevadas sólo por el Rai, o uno de sus parientes cercanos. La hermana de Gualun fué la madre de Anzimee y la esposa de Menax.

Poseidonis consiguió su grandeza debido a su superioridad cultural, una grandeza que no hacía distinciones de sexo entre sus votantes. Pero si la Atlántida debía todas las cosas al conocimiento, no era menos cierto que el pueblo capacitado atlante no hubiera sido lo que fué si no hubiera sido por sus esposas, las hermanas y las hijas, y sobre todo, las madres de nuestra soberbia tierra. Nuestro gran tejido social estaba fundado y construido sobre los esfuerzos de los hijos e hijas que, durante siglos, habían respetado las lecciones inculcadas por las madres amorosas, verdaderas y patrióticas. Después del homenaje que rendía a su Creador, el segundo homenaje que Poseidonis rendía era a la mujer. Nosotros amábamos a nuestro Rai, y al Astiki; los respetábamos tanto como los gobernanates de este mundo han sido respetados; pero honrábamos a nuestras mujeres más, y Rai y príncipe, soberano y súbdito,

estaban orgullosos de reconocer la sagrada influencia que hizo de toda nuestra soberbia tierra de la libertad un gran hogar. América, tú eres amada por mí como lo fué Poseidonis. De entre todas las naciones, tú eres así amada debido a la mujer —y a Cristo—. Estarás en vanguardia debido a ambos, y eclipsarás al resto del mundo cuando llegue el feliz día kármico en que se coloque a la mujer no por debajo, no por encima, sino al lado del hombre en la roca de la educación esotérica cristiana, la piedra de granito del conocimiento y la fe, que resiste los vientos y tormentas de la ignorancia. Construida sobre tales cimientos, la casa Nacional no se derrumbará; construida sobre otros, grande será su caída. Aquí está la sabiduría: miriadas de serpientes hay en un hombre; en tí; guárdalas. Ahora sois esclavos. Sed amos en vez de eso. Pero, jah!, este Camino es estrecho; pocos desean encontrarlo.

### CAPITULO XIII EL LENGUAJE DEL ALMA

"Zailm, hijo mío, has oído la narración de la Saldu, Lolix. Como sabes, es debido a lo que se ha derivado de los sucesos relatados por ella por lo que tienes que ir en misión a Suernia. No es una tarea dura, simplemente dar las gracias por los presentes recibidos y devolver la atención con los nuestros, y prometer que no vamos a retener como prisioneros de guerra a la gente que el Rai Ernon nos ha enviado. Les daremos asilo, pero el Rai Ernon no debe pensar que permitimos su presencia aquí para hacerle un favor. En cuanto a otros asuntos, el Rai Gualun desea que acudas mañana al Agacoe. Pero, ¿no te vas a quedar aquí esta noche?"

"Padre mío, me gustaría quedarme; pero, ¿no es mejor que vaya con mi madre esta noche y la deje tranquila? Ella padece un poco de los nervios y no soporta bien mi ausencia por la noche".

"Tienes razón, Zailm. Pero pronto haré los arreglos necesarios para que tu madre sea alojada en algún lugar agradable del astikithlon, para que estés bajo el techo de tu padre por la noche".

Me despedí entonces del príncipe y de la dulce muchacha que había estado con nosotros durante parte de la tarde, y me adentré en la noche. La lluvia había cesado, y las nubes, rodando por el cielo con plomiza oscuridad, no tenían más que una rendija en su oscura masa. Por esta hendidura brillaba una gran estrella blanca, que a veces lanzaba destellos rojos. Al mirarla, cerca del horizonte, pareciendo en aquel momento que se elevaba desde el océano de

aguas fosforescentes, visibles desde los Altos de Menax, pensé en el pasado; porque esta estrella había brillado sobre mí mientras yo esperaba la salida del sol en Pitach Rhok. ¡Parecían haber pasado tantos años desde esa mañana! Hoy día esta estrella se llama "Sirio", nosotros la llamábamos "Corietos". Al mirarla, pareció una promesa de auspicioso éxito, pasado, presente y por venir. Elevando mis manos hacia ella, murmuré:

"¡Firis, Firisooa Pertos!", que quiere decir: "Estrella, oh, estrella de mi vida".

Resulta un poco singular que el lenguaje que es traducido así tenga un sonido y sentido similares al que hoy día usan las gentes de mi hogar planetario. En aquel distante día, elevé mis manos y exclamé: "¡Estrella, oh, estrella de mi vida!". Hoy, dejo por un momento de precipitar esta historia en palabras astrales, y me vuelvo a mi Alter Ego, diciendo: "Firis, Firis". Este es su hermoso nombre, que significa: "Estrella de mi alma". Peculiar, ¿no es así?, que hayan tenido que pasar doce mil años, y yo, miembro de otra raza de seres humanos, en otra mansión, encuentre tan poco cambio en el lenguaje del alma?

#### **CAPITULO XIV**

#### **LA ADOPCION DE ZAILM**

Cuando, de acuerdo con la solicitud, llegué al palacio de Agacoe a la mañana siguiente, me dirigí directamente al despacho privado que ocupaba el Príncipe Menax, esperando encontrar a mi padre solo. Pero en esto fui desilusionado, ya que el Rai Gualun estaba allí con él. Los dos estaban hablando cuando entré, y no se interrumpieron, evidentemente no considerándome como un intruso. Oí al Rai preguntar:

"¿No deberíamos ir ahora al Incalithlon?".

"Si así lo deseas. Y tú, Zailm, acompáñanos".

El Rai llamó a un coche de palacio, que llegó rodando hasta nuestra presencia sin ninguna persona que lo condujera; llegó hasta la puerta del despacho, que se abrió para permitir su entrada precisamente como si algún criado del palacio la hubiera abierto. El coche entró rodando en la habitación y se paró frente a nosotros. Todo esto se llevó a cabo como si una mano lo hiciera. Pero allí no había ninguna mano visible. Esta fué la primera vez que ví una exhibición del poder oculto que poseía Gualun; ciertamente nunca ví tantos ejemplos de su poder, a pesar de su

alto adeptado. Como todos los verdaderos adeptos, era muy parco en dar estas lecciones objetivas, disgustándole mostrar su conocimiento ante aquéllos que no poseían el suficiente sentido común como para saber que las acciones de esa clase no eran sino ejemplos de control de la naturaleza por medio de una comprensión de las leyes superiores que la mente ordinaria percibe en su entorno natural; pero yo no era alguien que viera nada milagroso en lo oculto; si no entendía el proceso, sí entendía que no era sino el funcionamiento de alguna ley que yo no conocía. Por esto, a Gualun no le importaba dejarme ser testigo de su poder en ocasiones.

El coche nos llevó a la estación de vailx en el exterior, donde encontramos un vailx de pequeño tamaño, en el que el Rai Gualun cortesmente invitó a entrar primero a Menax y después a mí, él entró el último. Aquí se produjo un espectáculo digno de mención, el rey de una poderosa nación sin el despliegue de ningún ayudante, sin más diferencia de rango que aquéllos de posición inferior. En verdad, como Xio-Incali, Gualun tenía dominio sobre el servicio mecánico que era mucho más regio que podía serlo una corte de servidores.

Como el padre, el hijo. Gualun, que era como un padre para su pueblo, era imitado por éste en su forma de comportarse. Ellos, también, eran sencillos de hábitos, de modales corteses, y, aunque en muchos casos ricos y llenos de lujo en sus hábitos en la vida, no eran ostentosos, tal como su Rai daba ejemplo.

El gran templo de Incal se encontraba a varios kilómetros de distancia, pero unos cuantos minutos bastaron para llevarnos hasta su enorme estructura. En el exterior, el Incalithlon tenía la forma de la pirámide egipcia de Keops, no tan alta, pero cubriendo un área del doble de la extensión de ésta. No aparecían ventanas en sus lados, y la luz del sol nunca entraba en su interior. Además de un número de pequeños salones, el edificio tenía un gran salón donde había espacio para varios miles de fieles. El hábito poseidonio de copiar a la naturaleza era seguido en este santuario con extraordinaria fidelidad. En lugar de paredes rectas, o alcobas, en la habitual distribución de interiores, el enorme auditorio imitaba fielmente una caverna de estalactitas y estalacmitas. Al colocar toda esta piedra caliza, se había procurado que las estalacmitas no cubrieran demasiado espacio en el suelo. Pero las estalactitas, estando colgadas del techo de marmol, habían sido colocadas en gran profusión en la medida en que el espacio lo permitía y brillaban como estrellas a la luz de las lámparas incandescentes

colgadas a medio camino entre éstas y el suelo. Desde este último punto de vista, estas lámparas estaban ocultas en mamparas cóncavas, por lo que su brillo era totalmente invisible desde abajo, pero brillando hacia arriba era reflejado por miriadas de blancas agujas brillantes, llenando el templo de una luz permanente y suave, pero poderosa, que no parecía emanar de ningún punto en especial, sino del aire mismo, una luz bien adaptada a la meditación religiosa.

Dejamos el vailex y entramos por el pórtico sencillo pero amplio, y pasamos por el salón hacia el Sagrado Asiento, a espaldas del santuario. En él encontramos a Mainin, el Incaliz, o sumo sacerdote, un hombre de maravilloso logro y conocimiento, el primero en todo, de hecho. Todos nos inclinamos cortesmente ante él, y entonces el Príncipe Menax dijo:

"Santísimo Incaliz, tú sabes, en tu gran sabiduría, por lo que vienen a tí tus hijos. ¿Cumplirás nuestra plegaria dándonos tu bendición?"

El Incaliz se levantó y nos invitó a seguirle hasta el triángulo del Maxin, o Luz Divina, enfrente del Sagrado Asiento. Dejando por un momento el relato de nuestras siguientes acciones, describiré esta parte del templo especialmente sagrada. Era una plataforma elevada triangular de granito rojo, varios centímetros más alta que el suelo del auditorio, once metros entre sus puntas. En el mismo centro de ésta había un gran bloque de cristal de cuarzo, sobre el cubo perfecto se alzaba el Maxin. Este parecía una llama, en forma de punta de lanza, y despedía una luz de intenso poder sobre todas las cosas alrededor, y no obstante, uno podía mirar su brillo blanco constante e inmóvil, sin tener que protegerse los ojos aunque éstos no fueran fuertes. Más de tres veces la altura de un hombre allí estaba, una misteriosa manifestación de Incal, como todos los espectadores creían. En realidad era un oculta luz óptica, y había estado en ese lugar durante siglos. Había presenciado el mayor desarrollo de Poseidonis y su capital, y había visto el templo original de Incal (una pequeña estructura arquitectónica, indigna de tan gran pueblo) destruido, y el actual Incalithlon construido alrededor de la misma. No daba calor, ni siquiera calentaba el pedestal de cuarzo; y sin embargo, para cualquier ser viviente, el tocarla era fatal en el mismo instante de ejecutar tal acto. Ni aceite, ni combustible, ni corriente eléctrica la alimentaba, ningún hombre la cuidaba. Su historia era peculiar, y no dejará de interesarnos, amigos míos.

Muchos cientos de años antes había existido durante cuatrocientos treinta y cuatro días un soberano en Poseidonis que poseía

un maravilloso conocimiento. Esta sabiduría era como la de Ernon de Suernia. Nadie sabía de dónde había venido, y no pocos estaban dispuestos a discutir su postulado, mientras todos dudaban, si su significado era figurado o literal cuando dijo:

"Vengo de Incal. Mirad, soy hijo del Sol y he venido a reformar la religión y la vida de este pueblo. He aquí que Incal es el Padre y yo soy el Hijo, y El está en Mí y yo estoy en El".

Se le pidió que demostrara esta afirmación, con lo que él colocó su mano sobre un hombre que había nacido ciego, y el hombre recibió la vista y vió, junto con los que dudaban, que su liberador se inclinaba sobre el pavimento de la plataforma triangular, y con su dedo dibujaba un cuadrado de 165 cms. de lado. A continuación salió fuera del cuadrado trazado, y al punto apareció el gran bloque de cuarzo, un cubo perfecto, en su lugar. Colocándose a un lado puso su dedo sobre la roca, y sopló sobre ella con su aliento. Al retirar el dedo el Maxin, o Fuego de Incal, apareció, y así el cubo y el Fuego no Alimentado han permanecido allí durante todos estos siglos.

No es necesario decir que la prueba fué satisfactoria, y desde entonces el misterioso extranjero revisó las leyes y proporcionó el código que desde entonces gobernó la nación. El había dicho que quien pusiera o quitara algo de sus leyes, no iría al Reino de Incal hasta que "Yo haya vuelto a la tierra para el juicio final".

Nadie nunca tuvo el deseo de desobedecer, o al menos nunca se había hecho ningún cambio. Las leyes que este Rai había dado fueron escritas por él sobre la Piedra Maxin con su dedo, y ningún trabajo de escultor las habría cincelado mejor. También estaban escritas sobre el libro de hojas de pergamino, y éste lo colocó bajo la Luz no Alimentada misma, que a partir de entonces se extendió por la superficie del Libro; éste había estado allí desde entonces, impecable, sin quemarse. El maravilloso escritor lo había colocado allí a la vista de toda la gente que pudiera entrar en el nuevo Templo construido en lugar del viejo. Al hacer esto, dijo:

"Escuchadme. Esta es mi ley. Vedla también escrita sobre la Piedra Maxin. Ningún hombre la quitará de aquí, porque morirá. Pero, cuando los siglos hayan pasado, ¡mirad! el Libro desaparecerá de la vista de la multitud, y ningún hombre conocerá su paradero. Entonces la Luz no Alimentada se apagará, y ningún hombre será capaz de volverla a encender. Y cuando estas cosas hayan sucedido, ¡mirad!, no estará lejos el día en que la tierra desaparecerá. Perecerá debido a su iniquidad, ¡y las aguas de Atla se moverán sobre ella! He hablado".

Una vez, en la historia de Poseidonis, un Rai llegó a dudar de si un hombre moriría de verdad si intentaba retirar el Libro de la Luz no Alimentada. Concibió la idea de que como el Maxin ardía sobre el Libro solamente, y no sobre sus lados, podía desplazarse. Por lo tanto, obligó a un malhechor a intentar la hazaña, temiendo después de todo intentarlo él mismo, ya que en la política tiránica que seguía, no le importaba en absoluto que el hombre muriera o no. Aquel era un tiempo de creciente oscuridad y maldad, cuando los hombres casi habían olvidado al Gran Rai, Hijo de Incal. Al pobre diablo se le obligó a tomar el Libro y a retirarlo si podía. Le fué imposible moverlo, pero no fué destruido por el Maxin. Tomando coraje y presionado por el Rai, lo intentó con más fuerza. Tiró, y su mano se desvió y pasó por el Maxin. El miembro fué destruido inmediatamente, cortado, ido, mientras que el monarca, de pie distante algunos metros, temeroso de acercarse, fué golpeado en ese mismo instante por una llamarada que despidió el Maxin, ¡y nadie lo volvió a ver más!

¡Aquel ejemplo fué suficiente! Lo erróneo de su comportamiento de repente se hizo obvio para los malvados, y la administración de las leyes estuvo otra vez de acuerdo con su espíritu, así como con su letra. El día de la "Lúgubre Profecía" era esperado a medida que las décadas se convirtieron en siglos, pero su tiempo todavía no había llegado, y aunque muchos alarmistas predecían días en los que podría acontecer con seguridad, no ocurrió nada, y la Luz no Alimentada continuó. Según la ley, los cuerpos de todas las almas que habían pasado a Navazzamin eran incinerados. Esto incluía algunos animales. Los que morían lejos de Caiful eran incinerados en algunas de las múltiples Navamaxa (urnas especiales para cadáveres) que el gobierno proporcionaba en todas las provincias, y si el cuerpo incinerado era el de un ser humano, las cenizas eran llevadas a Caiful y lanzadas al Maxin, como un acto ceremonial. Los que morían en Caiful eran llevados al Incalithlon, y elevados hasta la parte superior del Cubo, donde se les dejaba caer boca abajo sobre la Luz no Alimentada. En ambos casos, tanto si eran cenizas incineradas como cuerpos, el resultado era el mismo, esto es, aunque no había llama ardiendo, ni humo, ni movimiento del Maxin, la instantánea desaparición de los objetos ocurría en el momento en que entraban en contacto con el maravilloso Fuego no Alimentado.

Por lo tanto había sido cantado por poetas como la "Puerta", al país que cada alma tiene que descubrir por sí misma. Morir, sin pasar de alguna manera por el Maxin, tanto de cuerpo presente o

como cenizas de una anterior incineración, era considerado por un gran número de gente como señal de la más terrible calamidad.

Puede parecer que la gente de tal erudición científica no podía ser tan infantil en sus concepciones religiosas. En realidad, no era infantilismo. En cambio, era una insistencia sobre la total destrucción de la cáscara terrestre del alma, para tener la seguridad de la liberación de la persona real de todo lastre terrestre al entrar en Navazzimin.

No es que mucha gente comprendiera el significado esotérico del ritual; no, entendían sobre el significado real tanto como los Incal les habían enseñado por medio de la comparación del alma que deja la tierra con la semilla que, al florecer, deja atrás cada fragmento de la vaina.

Pero volvamos al Incalithlon y a la ceremonia de mi adopción por parte del Príncipe Menax.

Según estábamos de pie ante la Piedra Maxin, Gualun me invitó a arrodillarme, y entonces, colocando su mano sobre mi cabeza, habló diciendo:

"En armonía con las leyes del país, hechas y provistas en tales casos, Astika Menax, Consejero de Poseidonis, desea adoptarte, Zailm Numinos, por hijo con su nombre, en lugar del que partió a Navazzamin. Por lo cual, como tu Soberano y el suyo, yo, Gualun, Rai de Poseidonis, declaro que esto se haga tal como es el deseo de Astika Menax".

El Incalíz completó las ceremonias colocando su mano derecha sobre mi cabeza y su izquierda sobre la de Menax según estábamos arrodillados ante él, e invocó la bendición de Incal sobre nosotros dos. Al levantar sus manos, se dirigió a mí de esta manera:

"Pónte de pie a la vista de Incal, para que ningún hombre te acuse con razón. Haz esto y tus días serán largos. Pero si fallas, tu tiempo será acortado. Que la paz de Incal sea contigo".

Ninguno de los tres que oíamos al Incalíz comprendió lo que quería decir con que mis días podrían acortarse debido a que yo fallara en rectitud, pero las palabras fueron dichas sólo como advertencia. No obstante, supe después, demasiado tarde, qué premonición guiaba a Mainin en sus palabras. Supe en un torrente de amargo recuerdo, que me trajo a la mente cuán cobarde había sido yo en Pitach Rhok en mi elevada resolución de tener éxito, como resultado de ser honesto a mi ser divino, considerado por Dios. Pero todo esto vino, pensé, demasiado tarde. Demasiado tarde era cuando yo yacía en un foso esperando la muerte, de la

que ningún alma mortal podría salvarme, y soñaba que mi alma se sentaba en una playa sin verdor mirando a través del ilimitado océano, y exclamando: "¡Ah!, ¡dónde está la esperanza de mis años!". Amarga y ardiente fué la agonía del remordimiento, pero ni nombre estaba todavía en el Libro de la Vida; todavía allí, y no borrado como yo temía. El karma es inexorable y severo, hermano mío, hermana mía; pero nuestro Salvador ha dicho: "Sígueme". "El que tengo oídos para oír que oiga". "Obrad la palabra, y no oidla solamente".

Al volvernos, un Incala, que había estado presente, comenzó a tocar en el gran órgano del templo; entonces el silencio del gran auditorio respondió como ninguna voz humana podría hacerlo.

"En el viento los profundos tonos de las campanas se hinchan". Los ecos sonaron una y otra vez a medida que las sonoras voces del gran órgano sonaban, entusiasmando al alma con su poderosa armonía. Rayos de luces de muchos colores, algunos brillantes, otros suavemente teñidos como los de una imagen espectroscópica de la luna, brillaban de un punto a otro en tubos al vacío, y al cambiar los colores, también lo hacían las notas de la música, por cada rayo de luz, cualquiera que fuera su fuente, en una nota coral latiente, si era desarrollada correctamente. Así cantan las estrellas.

El Rai no se vino con Menax y conmigo cuando acabó lo que nos había llevado allí, sino que permaneció con el Incaliz Mainin. Con él Gualun tenía más confianza, tenía una amistad más profundamente íntima que con ningún otro ser humano. Y la razón era que ambos, él y Mainin eran Hijos de la Soledad y habían sido jóvenes a la vez en los días anteriores a que el favor público hubiera designado a uno para Rai, y al otro para Incaliz, siendo estos dos cargos electivos, siendo el cargo de Sumo Sacerdote el único cargo eclesiástico que podía ser ocupado por voto popular. Y esta excepción se debía a que se consideraba auténtica justicia el permitir al pueblo consultar sus propios deseos en este asunto de elegir a quien todos creían que era el ejemplo de vida moral más eminentemente bueno y perfecto, para que estuviera por encima de ellos en éste el más elevado cargo espiritual.

Pero en los días de su juventud ninguno de ellos pareció esperar la preferencia que los años tenían en reserva, y después del largo curso requerido del Xio Incali en el Xioquithlon, ambos se habían ocultado del mundo de los hombres y se habían marchado a las soledades de las inmensas montañas, donde únicamente los Hijos de Incal moraban, de entre toda la humanidad. Estos

hombres eran los Teocrísticos o Adeptos Ocultistas de aquella antigua era, los Yog-Vidya de su tiempo. Eran en verdad reservados en su sabiduría, tanto entonces como ahora; pero a Gualun y a Mainin se la impartieron sin reserva. No tenían familia entonces, ni la tienen estos estudiantes de Dios, de la Naturaleza, desviados ahora de los mismos principios de celibato. Nadie que espere conseguir su profundo conocimiento puede emparejarse.

A medida que los años pasaron, tantos que los hombres casi los habían olvidado, Gualun y Mainin hicieron lo que pocos se sabe que han hecho volver a las guaridas de la humanidad común. Mi padre, Menax, era sólo un bebé cuando Gualun se fue, y su hermana difunta aún no había nacido. No obstante, cuando Gualun volvió, las hebras de plata de la edad ya brillaban en el cabello del Príncipe Menax, mientras que el Rai que pronto sería, aparentaba ser un poco más que maduro, pero sin haber cambiado su apariencia juvenil de los días de antaño. Entretanto, su hermana había venido al mundo, había crecido hasta hacerse mujer, se había casado con Menax, y después de traer a la vida a su hijo, Soris, y a su hija, Anzimee, se había ido al país sin descubrir por la puerta del Maxin. Mainin, también, tenía una apariencia juvenil similar.

Estos dos "Hijos de la Soledad" volvieron, dando como razón de su retorno que su presencia era necesaria, y ambos fueron finalmente elegidos por el pueblo para ocupar los respectivos cargos que les hemos visto ocupando, posiciones que habían quedado vacantes a la muerte de sus ocupantes. Sólo ahora que doce mil años han pasado a la eternidad por la puerta trasera del tiempo, es cuando he venido a saber cuánto tuvo que ver Mainin con estos sucesos, y cuán en la más completa oscuridad con relación a su verdadera personalidad estaba Gualun y cada uno de los Hijos de la Soledad. Pero no debo anticiparme, ¿no es extraño que Rai Gualun sintiera placer en esta intimidad de su relación con Mainin más que con cualquier otra persona conectada con su vida cotidiana? ¿O es que él sentía su traición final más agudamente que cualquier otro? No lo sé.

## **CAPITULO XV**

### **DESERCION MATERNAL**

Al dejar mi casa en la granja aquella mañana, yo le había contado a mi madre todo lo que había ocurrido, y le dije que tendría una escolta hasta el palacio, donde, después de mi reciente

cambio de fortuna, yo esperaba que fuera a vivir, de acuerdo con las instrucciones de Menax.

Qué posición tan anómala era esta. Aquí estaba yo, hijo por adopción de uno de los Príncipes Imperiales, y por virtud de ser reconocido hermano de su hija, Anzimee, yo era sobrino del tío de mi hermana, Rai Gualun. Sin embargo, mi madre no estaba relacionada con ninguna de estas personas reales, y no había visto a ninguna de ellas, excepto al Rai, lo suficiente como para estar segura de reconocerlos si los volviera a ver. Pero yo me alegré cuando pensé en las oportunidades que tendría de relacionarse con ellos más íntimamente.

Habiendo enviado la escolta prometida, cuál fué mi sorpresa al volver al palacio, y saber por boca de mi padre que en vez de venir, ella había enviado un mensaje escrito. Me apresuré a romper el sello y leer, en su fina caligrafía poseidonia, la simple orden:

"Zailm, ven a verme.

PREZZA NUMINOS".

Fuí. Sin saber por qué, un helado sentimiento de aprensión se posaba en mi corazón, un presentimiento de algo horrendo. Cuando llegué a la casa, mi madre, más bien pálida, según pensé, dijo:

"Hijo mío, no puedo ir al palacio. No tengo deseos de hacerlo. Estoy muy contenta de tu éxito en la vida, vive pues, en tu alto puesto. Yo no voy a ir contigo. Tu te encuentras a gusto en medio de la nobleza, yo nunca podría. Quizás digas que por mí abandonarías tu puesto y te quedarías conmigo. No lo hagas. A menos que lo desees, es mejor que soportes ahora el dolor del conocimiento mejor que después. Escucha: te he cuidado durante los años de tu infancia y adolescencia, y te he visto llegar a hombre. Ya no necesitas este cuidado. Me volveré al hogar de las montañas".

"Madre, ¡no hables así!", la interrumpí.

"¡Escúchame hasta el final, Zailm! Volveré a las montañas con mi esposo, a quien tú no conoces, un buen hombre, un amante que tuve antes de casarme con tu padre, y al que, habiendo desposado esta mañana, la noticia de ello sin duda habrá ya sido publicada. Un Incala que pasó por aquí muy oportunamente, llevó a cabo la simple ceremonia. A mi otro marido, tu padre, no lo amaba, sino que lo detestaba, porque fué un matrimonio arreglado por mis padres contra mi voluntad, pero ¡ah! con mi consentimiento, ¡fui una tonta al darlo! Tú eres el fruto de esa unión, y a mí viniste sin desearte. Porque tu padre no era querido, era aborrecido, al morir, te dejó heredero, no de mi disgusto, esto sería muy injusto, pero, ¿debo decirlo? un objeto de indiferencia. No he sido mala madre

porque, como un asunto de orgullo, he escondido mis sentimientos. En un sentido, incluso te amo; amo a mis amigos, no es nada profundo. Tengo que decirte adios ahora, habiendo dicho lo que es necesario".

No escuché más porque había caído inconsciente al suelo. ¿Era ésta la madre que yo idolatraba? ¿Por quién yo me había esforzado durante tantos años antes y después, en Caiful, antes de que un nuevo objeto por el que trabajar apareciera y me guiara desde entonces con mayor determinación en forma de un doble ideal, amor a mi madre y amor a Anzimee? ¡OH, Incal! ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Al fin volví de mi horrible sueño en el que, sin recobrar la consciencia después de mi desmayo, me había sumido, una calenturienta pesadilla de fiebre cerebral.

"¡Madre!".

Al decir la amada palabra, Astika Menax, que estaba sentado a mi lado, se volvió, con sus ojos llenos de lágrimas.

"¡No, Zailm, no te aflijas! has estado enfermo cerca de la muerte con una fiebre cerebral durante dos semanas. Te lo contaré todo, mañana, quizás. Estuviste muy cerca de ir a esperar a la Tierra Sombría; pero no habrías tenido que esperar mucho, luz mía, ¡porque no hubiera pasado mucho tiempo sin que me reuniera contigo, muchacho!".

La historia no es larga. Mi madre, habiendo sabido que la ayudarían a cuidarme, dijo que no se quedaría, ya que no dudaba que el cuidado del médico privado de Menax lo haría igualmente bien, o mejor, que ella. Por lo cual, se había ido con su marido a su casa de la montaña. Desde el momento en que Menax me dijo esto, a costa de mucho dolor para él, el asunto se terminó, y nunca más fué mencionado por nadie.

Una vez, al pasar cerca del lugar de mi nacimiento, y enviar un mensajero a preguntar si yo sería bienvenido, volvió a mi vailx y dijo que un hombre le había abierto la puerta. Le dió el mensaje, y dijo: "Dí a tu señor que mi esposa le invita a venir". Fuí, pero pude comprobar que ella habría preferido que no fuera. Me dió la mano, pero no me besó, tal como una madre desea hacer. Su comportamiento, pero ahorradme los detalles de este último encuentro y última vez que ví a mi madre poseidonia. Ella actuó sabiamente al no ir al palacio, tal como estaba constituida; es un tema doloroso; dejémoslo.

Tan pronto como mi salud me permitió ir a mi misión a Suernia, lo cual no fué hasta que había comenzado el nuevo curso

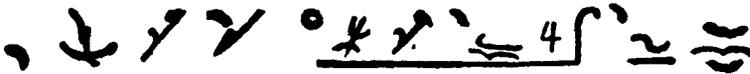
en el Xioquithlon, de cuya asistencia al mismo el Xiorain me había dispensado hasta el siguiente año, el Príncipe Menax me llevó a su despacho privado.

"El Xiorain ha ordenado sabiamente", dijo Menax. "¡Oh!, estas mentes jóvenes, ¡están llenas de promesas para el futuro! Ningún plan fué nunca mejor que éste en el que los estudiantes se gobiernan a ellos mismos, y en todas las cuestiones concernientes a temas educacionales, incluso a la distribución y uso de los fondos para educación proporcionados por el gobierno y la selección de tutores, su palabra sea ley".

Sobre la mesa del despacho de Menax había un hermoso vaso de cristal maleable, en el que, mezclados había polvo de oro, plata y otros metales coloreados, junto con ciertos elementos químicos que le daban diversos grados de transparencia, desde casi opaco hasta transparencia perfecta, afectando la diversas gamas a los metales así como al cristal, y apareciendo en diferentes partes del mismo objeto. Su belleza era igual al valor del costoso producto. Menax señaló al alto vaso, y leí sobre él esta inscripción, hecha con rubíes:

"A Ernon, Rai de Suernia, yo, Gualun, Rai de Poseidonis, te doy esto como regalo de tu aprecio de los poseidonios".

Si el lector desea ver un facsimil de la leyenda original en escritura poseidonia, su deseo queda aquí satisfecho:



Volviéndome, pregunté:

"¿Cuándo iré a esa misión, padre mío?".

"Tan pronto como tu salud y la conveniencia lo permitan, Zailm".

"Entonces que sea pasado mañana".

"Está bien. Llévate a los acompañantes que desees. No hay ninguno que no pueda ausentarse del Xiorain, creo, si es que eliges a compañeros estudiantes como acompañantes; al menos pueden obtener un mes de vacaciones, y tú apenas estarás interesado en quedarte más de treinta y tres días. Toma también esta sortija de

sello, por la que delego en tí mi autoridad, tendiendo confianza en tu discreción al usarla, sus poderes son los de un ministro de asuntos exteriores. Llévate también una escolta de cortesanos".

A esto repliqué que no me llevaría un séquito, como por ejemplo un plantel de funcionarios, ya que por la historia de la Astiku Lolix, yo pensaba que el Rai Ernon se burlaría de un despliegue tan inútil. Esto complació a Menax sobremanera, y orgullosamente dijo:

"Zailm, ¡tu lenguaje me complace! Veo que eres un político prudente, y que calculas bien la probable idiosincrasia de aquéllos con los que tienes tratos".

Durante mi enfermedad Anzimee había mostrado mucha solicitud, y según me decían las enfermeras, todo el tiempo que yo estuve inconsciente, ella no había permitido que nadie más me cuidara excepto cuando estaba totalmente fatigada, y no durante mucho tiempo entonces. Cuando estaba convaleciendo, no me obsequió con su presencia excepto a intervalos. Aproveché una de esas visitas para decirle que sabía de su amabilidad durante mi delirio. Ella se sonrojó y entonces dijo:

"Tú sabes que soy estudiante de la ciencia de la terapia, qué mejor oportunidad para experimentar podría tener una estudiante despierta que la que tú me proporcionaste?".

"Sí, realmente", respondí, pero sentí que había una razón más profunda que la inclinación experimental, ¡y que era extremadamente, encantadoramente cauta!

A Anzimee le tracé un plan para conseguirle la mayor diversión en el viaje, después de que los asuntos de estado en Ganje, la capital de Suernia, hubieran sido atendidos. Hacía tres años que no había estado más lejos de Caiful que el ir a Marzeus. Le mostré la ruta que me proponía tomar; juntos examinamos el mapa, y le señalé que de Caiful en el cabo occidental de Poseidonia, me dirigiría hacia el este por el norte cruzando el continente, el mar más allá del mismo y entre ese punto y otra tierra. A continuación, seguiría hacia oriente cruzando el país de Necropan, país que, ahora llamado Egipto, Abisinia, etc., entonces abarcaba todo el continente de Africa, bajo un gobierno similar al de Suernia, y estaba habitado por un pueblo de poderes similares, pero no tan avanzado.

Africa no tenía entonces más que la mitad de su actual extensión, mientras que Suernia, que también abarcaba toda Asia, era mucho más diferente de lo que es hoy día, pero era un nombre más distintivo de la península de Hindostán. Dejando Necropan, la

ruta iría por mar hasta la India, o, tal como conocíamos los nombres, por las "Aguas de Luz" (debido a su fosforescencia) hacia Suernia. Desde Ganje, capital de Suernia, nuestro curso seguiría siendo en dirección este cruzando el océano Pacífico, como ahora es llamado, hacia nuestras colonias en América, llamadas "Incalia" por nosotros, porque en esa lejana tierra antípoda, el Sol, Incal, decía la leyenda que tenía su lecho, según el poema épico ya mencionado como la base del folklore atlante.

Desde Incalia del sur (la moderna Sonora) me proponía dirigirme hacia el norte y pasar rápidamente sobre los desolados campos de hielo de las regiones árticas. Lo que ahora es Idaho y Montana, Dakota, Minnesota, y el Dominio de Canadá, estaban entonces cubiertas por los inmensos glaciares, a retaguardia de la era glacial, que se estaba retirando lentamente, muy lentamente, incluso en aquel lejano día, geológicamente hablando, como eran los días de la Atlántida, renuentes a terminar su frígido reinado. El viaje podría así aportar novedad y contrastes agradables; tropicales, semi-tropicales, templados y helados.

"¿Se opondría mi padre a que yo fuera también, Zailm?", preguntó Anzimee, esperanzadamente. "No he estado fuera de Caiful durante cinco años".

"Ciertamente, no, nenita. El me dijo que podía invitar a quien yo quisiera, y no sé de nadie que me complazca más invitar que a tí. Ya he invitado a un buen grupo de nuestros amigos comunes".

Así pues, Anzimee también vino. Cuando todo esta preparado, nuestro grupo constaba de casi una veintena de gente joven que congeniaban entre sí, un par de funcionarios del personal de Menax, con los necesarios sirvientes y todo lo requerido para un mes de ausencia. Nuestro vailx era de mediano tamaño de transporte, siendo estos vehículos de cuatro dimensiones estándar; la primera de unos 7,50 mts.; la segunda de 24 mts., la tercera de unos 47 mts., mientras que el mayor era unos 60 mts. más largo que el tercero. Estas largas agujas eran de hecho redondas, agujas huecas de aluminio, formadas por una capa externa y otra interna entre las que existían muchos miles de abrazaderas dobles en forma de T, que hacían una estructura de gran rigidez y fuerza. Todos los compartimentos tenían otras abrazaderas de fuerza resistente adicional. Desde el centro, los vehículos se afilaban hacia los extremos. La mayoría de los vailx tenían un dispositivo que permitía, cuando se deseaba, abrir una plataforma de paseo en un extremo. Ventanas de cristal, de enorme resistencia, estaban colocadas en filas como ojos de buey a lo largo de los lados, unas

cuantas en la parte superior, y otras colocadas en el suelo, ofreciendo así panorámica en todas direcciones. Debo mencionar que el vailx que yo había seleccionado para nuestro viaje de recreo tenía unos cinco metros de diámetro en su parte más ancha.

A la hora establecida (la primera hora del tercer día, tal como había sido convenido con Menax) mis invitados se reunieron en el palacio, desde el tejado del cual íbamos a partir. Cuán cuidadoso era yo de mi encantadora hermana, y cuán orgulloso de su belleza.

La princesa Lolix, a quien siempre habíamos tratado como una invitada en el Menaxithlon, vino hasta la plataforma donde estaba el vehículo, curiosa de ver nuestros preparativos para la marcha. Parecía siempre nuevo para ella contemplar un vehículo aéreo cuando dejaba tierra firme. No había nada en ella que denotara su asombro; ella siempre trataba de no parecer sorprendida de nada, no importa cuán nuevo o maravilloso pudiera ser realmente para su experiencia. Ciertamente, el suyo era un temperamento tranquilo, constante, no fácil de soliviantar. Yo no la había visto, desde las cinco o seis semanas que habían pasado desde que escuché su historia, exhibir mucho de ninguna clase de emoción como la que tenía aquella tarde en la que yo había observado que mis atenciones para Anzimee habían conturbado a la Saldu, y supe que el efecto tenía que haber sido profundo debido a su incapacidad de guardar su emoción totalmente en secreto. Considerando que íbamos a Suernia, Lolix no fué invitada al viaje, como lo hubiera sido en otro caso. Pero no me olvidé de darle un cordial y respetuoso adiós.

Las llaves de la corriente fueron ajustadas y, cuando el vailx temblaba ligeramente antes de dejar el tejado, Menax subió al puente, asombrándome considerablemente, porque yo no tenía idea de que pensara acompañarnos. En realidad no era así, pero a todas las preguntas él conservó un silencio sonriente.

Larga como era nuestra aguja blanca plateada, pronto nos elevamos tan alto como para hacernos parecer un punto a la gente que había abajo. A continuación y durante media hora volamos a una velocidad moderada a través del alto abismo, cuando una joven nos hizo notar que se acercaba un vailx que seguía nuestro camino. El Príncipe Menax, sentado en un sillón a mi lado, miró sobre el rail a la superficie, más de tres kilómetros debajo nuestro; entonces, colocó su capa de piel mejor sobre sus hombros, miró atrás sobre los ciento sesenta kilómetros más o menos que ya habíamos recorrido en la media hora, y comentó que el otro vailx se aproximaba rápidamente a nosotros.

"¿Le digo al conductor del vailx que aumente la velocidad para que disfrutemos de una carrera?", pregunté a nuestros acompañantes, que llevaban atuendo para el ártico, y que ocupaban su tiempo mirando alrededor por el puente abierto.

"No, eso no, hijo mío". dijo Menax.

Y no dijo más, porque en ese momento, me dí cuenta de que el que nos perseguía lo hacía por orden del príncipe.

Menax se levantó entonces, nos dijo adios y nos deseó un agradable viaje, y entonces, habiéndose levantado Anzimee también, puso su brazo alrededor de ella y se volvió a mí. Pasó su otro brazo a mi alrededor y así permanecimos por algunos momentos. A continuación, soltándonos, ordenó a los dos oficiales del puente que lanzaran cables al otro vehículo, que en aquel momento estaba a nuestro costado. A continuación, subió a bordo del otro vailx y dió orden de soltar las amarras. Así nos separamos, por encima de la verde tierra, tres kilómetros más abajo, él para volver, nosotros para seguir.

## CAPITULO XVI EL VIAJE A SUERNIA

Ante nosotros se presentaba un viaje de placer durante el que recorreríamos muchos miles de kilómetros. Avanzamos lentamente cuando llegamos sobre la base de la enorme mole del Pitach Rhok, la imponente montaña, y ascendimos, de manera que estuviéramos a nivel con su alto pico. Cuando estuvimos en el lugar, el grupo quiso hacer una parada en la cumbre, y todos juntos plantamos nuestros pies sobre las nieves del pico, cosa que hicimos para complacer principalmente a Anzimee, que dijo que el lugar era muy interesante a cuenta de lo que me había sucedido allí a mí.

Entonces, otra vez, estuvimos en camino, descendiendo desde las elevadas altitudes con el fin de ver mejor el país montañoso y muy habitado que se extendía debajo de nosotros, entre Pitach Rhok y Poseidonis oriental.

Al acercarse el atardecer, nos llegó un ruido sordo, y pronto la larga blanca costa del viejo océano brilló debajo por un momento, y en poco tiempo quedó atrás con las aguas, de color plomo a la luz del atardecer, debajo, detrás, delante y a ambos lados, no había tierra a la vista, y a 1.600 kms. al este el país de Necropan. Sin ir a toda velocidad, no podíamos esperar estar sobre ese país en menos de dos o tres horas. Pero como sería de noche

antes de que llegáramos, aumentamos la velocidad a 240 kms. por hora, cerramos el puente y entramos en el salón, donde las lámparas incandescentes iluminaban las sombras de la noche.

Un viaje en vailx nunca sería tan monótono como lo es hoy día un viaje en incluso el más rápido de los barcos. La variedad de la panorámica, la amplitud de vistas posibles, porque la altitud dependía totalmente de nuestro deseo, sin el frío exterior ya que la gente se sentaba en un salón calentado con el Navaz y provisto de aire de la adecuada densidad por las mismas fuerzas del Lado Nocturno, todo esto tendía a evitar el tedio. Entonces también, el tránsito rápido cambiaba el aspecto de las cosas abajo tan rápidamente que el espectador mirando hacia atrás miraba sobre una vista que se disolvía. Incidentalmente, debo decir que las corrientes derivadas del Lado Nocturno de la Naturaleza permitían alcanzar la misma velocidad que la rotación diurna de la tierra, esto es, suponiendo que estuviéramos a un altitud de 16 kms., y el tiempo fuera el instante del meridiano del sol, en ese momento meridiano podríamos permanecer indefinidamente, colgados, mientras la tierra rotaba debajo, a aproximadamente 27.2 kms. por minuto. O se colocarían las palancas de cambio de dirección, y nuestro vailx podría alejarse de donde era meridiano en la superficie de abajo, a casi la misma terrible velocidad, terrible para alguien no acostumbrado a ella, como mi lector es ahora, pero vendrá un día, si, como espero, él o ella vive, en que verá los vailx redescubiertos. Ni la vida necesita ser muy larga antes de entonces.

Al tiempo que teníamos tales armas contra el tedio, tampoco carecíamos de medios de diversión. Teníamos nuestros naima, en los espejos y vibradores en los que nuestros amigos, aunque estuvieran lejos, podían aparecer en imagen de forma y voz, con movimiento y con volumen de sonido vocal. El salón de los grandes vailx de pasajeros tenían bibliotecas, instrumentos musicales, y plantas, entre cuyas flores volaban los pájaros similares a los modernos canarios domésticos.

Aproximadamente a la décima hora se nos informó que Necropan estaba debajo nuestro, y ante esta sorprendente información, porque a la velocidad que yo había ordenado, deberíamos haber tardado al menos seis horas más en llegar a ese país, pregunté al conductor del vailx su motivo para aumentar la velocidad sin órdenes. Como no me dió una buena razón, reprendí severamente al conductor y ordené un descenso a tierra firme, con el fin de que pudiéramos viajar durante el día sobre la Tierra Desértica, que es como nuestra palabra Sattamund puede ser

traducida, que es el desierto de Sahara de hoy día. Esta gran desolación algunos de nuestro grupo nunca la habían visto, y para permitirles el privilegio de verla descendimos para pasar la noche en un cordillera elevada, suficientemente alta como estar libres de las influencias de la malaria, porque estábamos cerca de lo que hoy es Liberia.

"El orgulloso pájaro—El Condor de los Andes,  
que puede surcar por las profundidades insondables del cielo,  
O desafiar la furia del huracán del norte  
Y bañar su plumaje en el hogar del Trueno,  
Extiende sus anchas alas a la caída de la noche, y se hunde  
Para descansar sobre su risco de montaña".

Aunque la llamábamos Sattamund, o la Tierra Desértica, no era una región tan árida entonces como lo es ahora. El agua, aunque no era abundante como lo era en Poseidonis, era suficientemente abundante como para dar riqueza de árboles tropicales de la clase más dura, suficientes al menos para esconder la desnudez de las colinas de aquel viejo lecho de mar. Incluso había unos cuantos lagos salinos, anchos y azules, y era alrededor de éstos donde la población se concentraba. Pero la misma horrible catástrofe que hundió a la hermosa Poseidonis posó su terrible mano sobre Necropan, y su belleza de verdor desapareció de la tierra, porque los cambios geológicos retiraron todo el agua de la superficie, y la ocultaron de forma que sólo excavadores de pozos artesianos podía encontrar. La misma poderosa convulsión partió las rocas de arriba abajo al sudoeste de Incalia, y hoy día existe en esa árida región una panorámica de lo más fantástica, tan extraña que sobrepasa el poder de mi pluma para describirla, donde fluye el Río Gila, el Colorado, y el Chiquita Colorado. Pero me reservaré la descripción, y cuando la dé será con otras palabras que las mías, para que tú y yo, amigo mío, juntos, tengamos el placer de disfrutar de un estupendo retrato en palabras.

En Poseidonis y Suernia, y adondequiera que la civilización extendiera su cetro, existía la ley universal, y el placer de la humanidad en obedecer el mandato celestial que el acuerdo general con el espíritu de vida solar nos enseñaba, que requería el plantar, en vez de rechazar descuidadamente, todas las semillas de flores y frutos, para dar sombra, belleza, utilidad, siempre que hubiera oportunidad de conseguir un espacio favorable, tanto en los habitats del hombre como en el impenetrable desierto. Ciertamente, en tales viajes como el que nuestro grupo estaba haciendo, era una

cuestión de significado religioso el tomar grandes cantidades de semillas y esparcirlas desde el puente del vailx al caer la noche, tanto como ofrenda a Incal, como Su sublime símbolo colocado en el oeste, y también para que el rocío de la noche pueda asegurar la germinación, y esta ceremonia se efectuaba también con reconocimiento a la Diosa de la Abundancia, Zania. Así, las plantas salvajes florecieron como la rosa; y hoy día el mundo es heredero de esa siembra de semillas; los cereales indígenas, el trigo, para cuyo origen se han avanzado muchas teorías ingeniosas pero insuficientes, y las variedades de palmeras que hacen los trópicos famosos por la gracia de sus cocos y dátiles, y toda suerte de camaerpos. Y estas cosas son porque el hombre, la mujer y el niño encontraban placer en aquel viejo tiempo en "plantar semillas al borde del camino". Ve y haz lo mismo, para que los lugares desérticos puedan convertirse en bellos y ser un gozo eterno. Alabanza a los Días de Arbor, que cumplen el mandato de Cristo, con seguridad que volverán, y por cientos. Un pequeño paquete de vez en cuando hará que muchas semillas sean plantadas, y aunque no sepais su suerte, ésta será buena, porque el Padre ha dicho: "Crecerá de su misma clase".

## LA TORMENTA

La mañana amaneció clara y sin nubes y era completamente delicioso que apenas hiciéramos algún avance, moviéndonos lentamente con el fin de que la plataforma fuera descubierta y el grupo pudiera sentarse fuera al aire fresco y al cálido sol.

Allá abajo, a unos 600 mts., vimos por los anteojos diversas formas de vida humana, animal, aves y plantas; y los sonidos llegaban hasta nosotros en un tono mortecino, musical, mientras nuestro vailx quedaba suspendido en el aire. Por la tarde, los vientos comenzaron a soplar, haciendo muy desagradable la permanencia cerca de tierra. Las palancas de fuerza de repulsión fueron ajustadas, y enseguida nos elevamos en el aire a tan gran altura que todo alrededor de nuestro vehículo ahora cerrado, eran nubes de cirro, nubes de granizo mantenidas en suspenso debido al viento, tan fuerte como para haber sido peligroso para nuestro vehículo si hubiera sido propulsado por alas o ventiladores o depósitos de gas. Pero como nosotros conseguiríamos nuestras fuerzas de repulsión así como de repulsión, o de levitación, del Lado Nocturno de la Naturaleza, o como en lenguaje poseidonio

decíamos, de Navaz, nuestra aguja aérea larga, blanca, no temía a la tormenta, aunque ésta fuera fuerte.

Como las ventanas, que estaban cubiertas de nieve, obstruían nuestra visión, y como la noche prometía un tiempo furioso, recurrimos a los libros, a la música y a la conversación entre nosotros y, por el naim, con nuestros amigos de casa en la lejana Poseidonis. Murus (Boreas) no tenía autoridad sobre las corrientes de Navaz. La tarde no había avanzado mucho cuando se sugirió que la tormenta sería fuerte con toda probabilidad, y el viento cerca de tierra huracanado, y así, las palancas de repulsión fueron colocadas en un grado fijo, haciendo que fuera imposible un acercamiento imprudente al suelo, ni siquiera por accidente. Podíamos, si queríamos, aprovecharnos de nuestro privilegio y disfrutar la sensación de estar en medio de la tormenta, pero a salvo y a toda velocidad,

"Y brava la furia del huracán del Norte".

La novedad parcial podría hacernos dormir mejor, cuando, al terminar la tarde, nos fuéramos a nuestros compartimentos. Yo, por lo tanto, aprobé el plan, y dí orden al conductor de que descendiera a una altitud de unos 750 mts. Descendimos. Redujimos las luces con el fin de producir un oscurecimiento parcial y poder disfrutar mejor de toda la furia de la tempestad, y nos sentamos cerca de las ventanas donde podíamos oír, aunque no ver. Para el ojo, nada se veía afuera excepto total oscuridad, para el oído, era agradable de escuchar el ensordecedor ruido de la lluvia golpeando sobre el metal. Contra los puntos agudos de proa y popa el viento ahullaba y chirriaba como un ejército de demonios. En ocasiones, cuando el vaílax era golpeado por alguna respuesta vigorosa, temblaba, pero seguía su camino, decidido como algo con vida. La experiencia fué agradable, aunque no enteramente nueva, porque nos habló del poder del hombre sobre la materia, y nos enseñó sobre las cosas de Dios, Incal para nosotros, Dueño de todas las cosas y de nosotros mismos, quienes por El teníamos esta autoridad sobre los elementos.

Cuando la sensación se convirtió en monótona, se aumentó la iluminación de las luces; una vez más volvimos a los libros y a los juegos y la música, ya que nos elevamos hacia las más altas regiones de la atmósfera, que estaban tranquilas comparadas con las del nivel de 800 mts.

Anzimee y una amiga se sentaban aparte del resto del grupo

en un retiro formado por viñedos en flor colocados a lo largo de una esquina del salón principal. Al poco tiempo, vino desde su sitio hasta donde yo estaba envuelto en meditación. Tocando mi hombro al acercarse, dijo:

"Zailm, tú cantas; me gustaría que vinieras con tu laúd donde Zirtil y yo estamos sentadas y cantarás para nosotras".

Entonces se inclinó sobre mi hombro, ruborizándose ligeramente, resultando tan completamente encantadora que yo simplemente me quedé mirando en silenciosa admiración de su belleza.

"Vamos, Zailm, ¿lo harás?"

Me levanté prestamente cuando ví una sombra de disgusto en su rostro, ya que ella interpretó mi silencio como que yo no quería complacerla, y dije:

"Por supuesto, Anzimee, me encantará complacerte, pero, ¿cómo podría moverme?"

Sin apercibirse, ella preguntó:

"¿Moverte, y por qué no?"

"¿Has visto alguna vez un brillante pájaro cantor", repliqué, "que, posado sobre una flor a tu lado, se ha mantenido quieta, casi temerosa de respirar, para que el ave alarmada no levantara el vuelo? Pues yo tampoco podría moverme, por miedo a...".

"¡Vamos, vamos! Si no estuviera acostumbrada a leer en los ojos de las personas la seriedad y otras emociones, diría que eres un pobre adulator. Pero, ven".

"¿Qué quieres que cante, amiguita?", le pregunté a Zirtil, una doncellita dulce y modosa, una estudiante de arte, medio seria y medio frívola de temperamento.

"¡Oh!, ¿me preguntas a mí?, bien, algo, algo", lanzando una mirada traviesa a Anzimee, "¡de tu corazón!", replicó riendo.

Anzimee se ruborizó, pero no hizo ningún otro signo, simplemente dejando caer sus largas pestañas cuando yo la miré, mientras decía: "¡Por supuesto! Entonces desde mi corazón esto" (una canción popular, por cierto):

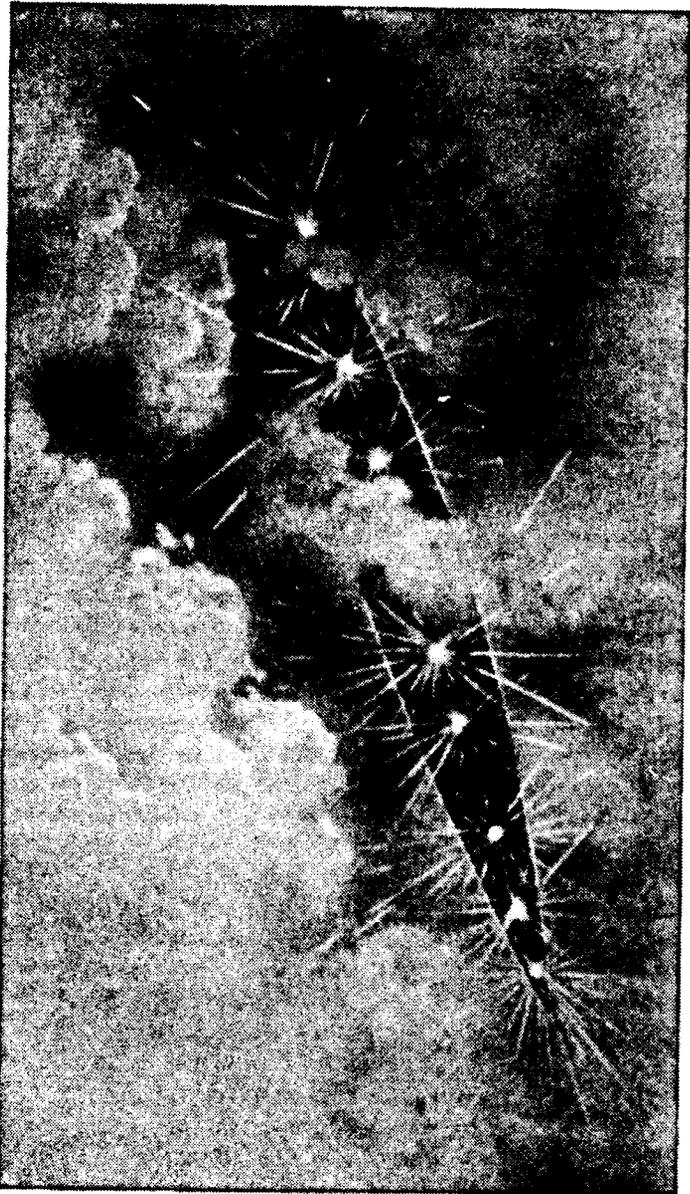
"Antes de que el corazón pueda conocer lo suyo,  
Antes de que las dudas de la vida se hayan acabado,  
El amor en nuestros corazones tiene que haber crecido  
Hasta las alturas de la playa celestial.  
Ciertamente, el amor es buscado en vano  
En otro lugar que no sea el corazón;  
El amor verdadero siempre tiene su dolor,  
Cuando nos alejamos de la pureza.  
Podemos cesar de toda lucha,

Mientras en encantador verso entronizamos  
 La bendición de Incal en nuestra vida;  
 Con Su paz siempre entrelazada.  
 La canción es melodía divina,  
 Cuando la música es del alma;  
 Estos esponsales tuyos y míos,  
 Mientras los siglos pasan.  
 Pero nuestros corazones son jóvenes y alegres,  
 Buscando siempre los más hermosos enramados  
 Donde florecerá de día en día,  
 Toda la belleza de las flores.  
 Hay uno de entre el resto,  
 Que sólo para mí está floreciendo;  
 Profundos los zarcillos de mi pecho,  
 Encuentran para siempre su enclaustramiento.  
 ¿Deberé arrancarlo cuando todavía está en flor,  
 Listo para la siega del jardinero?  
 ¿Podría llevarme a casa para siempre  
 Lo que, para mí, no es sueño?  
 Sí, amado, nos alegraremos  
 En Su bendición por siempre;  
 Escuchando la voz gentil,  
 Que como al Uno—adoramos".

Así eran las cosas dentro del vailx, canciones y placer; fuera estaba la tormenta, levantada tras nosotros. En la boca de la furiosa galerna se hundió nuestro huso, sin dar ningún signo externo, aunque alguien hubiera estado allí para verlo, de la luz y el calor, risas y canción, de la carga humana y los cantos en el interior de la firme carcasa, en medio de las flores, un retazo de los trópicos, a salvo de los rayos boreales. Ningún signo, salvo el brillo del frontal carmesí y las luces de popa.

Mientras que los otros se retiraron a pasar la noche a sus compartimentos, yo me quedé en el salón vacío hasta que se me anunció que estábamos sobre Suernia. No se podía aterrizar, no obstante, debido a la galerna que tenía una velocidad de 128 kms. por hora, y tal intento habría terminado en que habríamos sido hechos pedazos en el instante en que tocáramos tierra.

Con el fin de que estuviéramos por completo fuera del radio de acción de la tormenta, di órdenes de elevarnos por encima del nivel de la turbulencia, si es que existía cerca tal región de calma, y allí colocar los mandos para frenar la propulsión. Al recibir esta orden, el conductor aumentó la fuerza de repulsión por medio de los niveladores de grado, y nos elevamos de forma regular hacia



VEHICULO AEREO-SUBMARINO DURANTE UNA TORMENTA NOCTURNA.

arriba, arriba, arriba—sobre las nubes, sobre la furia del huracán, hacia una atmósfera limpia, en calma, intensamente fría, casi a 21 kms. de altura sobre la superficie de la tierra. Si hubiéramos tenido una visión no obstruida por las nubes de la tormenta, hubiéramos estado lo suficientemente alto como para ver un horizonte de 240 kms. Poco después de haber dado esta orden me fui a mi habitación, a la cama. Por la mañana la tormenta no había decrecido en furor; y agitaciones ocasionales en el aire nos dijeron que el área de la tormenta en la superficie tenía que ser muy extensa. El frío afuera era demasiado intenso como para pensar, ni siquiera por un instante, en abrir la cubierta; el cielo era casi negro en la profundidad de su azul; el sol, desprovisto de gran parte de su deslumbrante brillantez, aparecía extrañamente difuso, y las estrellas eran visibles. El movimiento estable de los reguladores de aire al girar sus ruedas y pistones para mantener el aire interior a presión normal resultaba doloroso en la terrible quietud, mientras que el zumbido del aire escapándose por las finas ranuras alrededor de las ventanas y bordes de la cubierta hacía tal ruido que ordené que se apretaran los tornillos de presión y se abrieran las válvulas de ventilación. Si la escarcha no hubiera impedido ver por las ventanas y, junto con las nubes, hubiera evitado que viéramos la superficie de la tierra, se nos habría presentado una panorámica de lo más peculiar. La panorámica hacia el horizonte que se extendía ante nosotros habría hecho que la aparente unión de la tierra y el cielo pareciera estar casi a nivel con nosotros; pero directamente debajo, la total separación del sólido globo habría parecido, no como una bola sino como un enorme cuenco ornamentado con paisajes en su interior. Como, no obstante, no podíamos ver, nuestras canciones, nuestra lectura, y nuestra conversación siguieron su curso, mientras que los débiles rayos de Incal, atravesando el cristal escarchado, estaban suplementados por el mismo conocimiento que nos daba calor y aire y posición, para desafiar al frío y al aire viciado y a la fuerza de gravitación—el conocimiento del Navaz.

En casa en Poseidonis no había tormenta, pero Menax, en el naim, nos dijo que el pronóstico del tiempo anticipaba una, la misma que nosotros en aquel momento esperábamos que cesase. Esperamos hasta que el sol se puso en el oeste y salió por el este dos veces.

En varias ocasiones la Saldu apareció al final del salón, pareciendo en el espejo del naim tan real y presente como si, en realidad, un tercio del globo no nos separara. Una vez, sólo, hablé,

y entonces lo hizo en un susurro a mí, cuando estaba cerca del naim:

"¿Cuando, mi señor, volverás a casa? ¿Un mes? ¿Tanto tiempo, tanto tiempo!".

Un informe sobre incluso los más pequeños sucesos de nuestro viaje se enviaba a la oficina de noticias, y se imprimía sobre los discos de los vocalígrafos públicos, para usar una palabra de sonido moderno, y mucho antes de que aterrizáramos sobre el suelo de Suernia nuestros conciudadanos conocían la historia de nuestra suspensión forzosa entre el cielo y la tierra mientras esperábamos que cesara la tormenta. El hablar del vocalígrafo me hace comentar que la superestructura social de Poseidonis se mantenía sobre la amplia base de leyes equitativas establecidas por el gran Rai del tiempo del Maxin por medio de la influencia de la libertad de expresión, tal como fué moldeada por la iglesia y la escuela, y expresada por millones de vocalígrafos, consiguiendo los tres asegurar las casas integrales que, juntas, formaban la nación.

Al fin, la tormenta retiró su furia y llegó la hora de nuestro descenso. Bajamos desde la bóveda celeste, hasta Ganje, la capital de Suernia.

¿Has estado alguna vez en la antigua y hace largo tiempo desierta ciudad de Petra de Seir? ¿Esta ciudad extraordinariamente peculiar al pie del Monte Hor, una ciudad escavada en la roca viva? Casi seguro que no, porque a los seguidores de Mahoma les resultó difícil visitar el lugar. Pero si has leído sobre ello, entonces, tendrás alguna idea de Ganje, en la vieja Suernia, construida en los acantilados de las laderas del río.

Los detalles que abarcan la forma en que nos recibieron son demasiado triviales para llenar este registro. Baste decir que fué adecuada a las relaciones amistosas internacionales entre Suernia y Poseidonis, y a mi posición y rango como senador. El Rai Ernon estaba menos interesado en el vaso y en los otros presentes de oro y gemas, que en las cautivas saldani a quienes los regalos recordaban, particularmente en la saldu, Lolix y Rainu. Me sorprendí del conocimiento profundo que el monarca tenía de todo el asunto en todos sus detalles, y de mi enfermedad y otros incidentes que no eran tema de interés público; pero no demostré tal sentimiento, ya que fué momentáneo y pasó tan pronto como recordé los maravillosos poderes ocultos de Ernon.

Hablando de las saldani, pero especialmente de Lolix, dijo:

"Yo no envié a las caldeas a Gualun como objetos de lujuria, ni como un castigo retribuidor, para que al ser exiliadas de su

nativa Caldea pudieran purgar por Suernia por el daño que sus padres, hijos, hermanos o maridos habían hecho a los suernios. No, sin duda ellas no eran más culpables que lo es el tigre que tiene una naturaleza destructiva similar, pero por las leyes de Jehova nosotros sabemos que la ignorancia de la ley no exime al malhechor de sufrir penalización. La Ley dice con respecto al pecado: no pecarás. Y la penalización corre pareja, inexorablemente, y se aplica abundantemente por desobediencia. La Ley, por lo tanto, no es retributiva sino educacional. Habiendo sentido el castigo, nadie, ni hombre ni animal, prueba otra vez el error por curiosidad. La naturaleza no hace el castigo fácil, diciendo: "Cuando hayas aprendido, entonces el castigo será más severo". Si un bebé se cae por un precipio, el resultado será su muerte, aunque su inocencia no sabía nada del pecado, igual que un hombre que sabe puede correr la misma suerte deliberadamente. Ahora bien, las mujeres caldeas necesitaban aprender que la conquista, el derramamiento de sangre y el pillaje es un pecado. La nación caldea necesitaba también una lección. La recibió en la muerte de sus mejores soldados. Pero tales ejemplos deben terminar; un diamante en bruto es con seguridad un diamante, pero, ¡cuánto más aumenta su belleza y valor el lapidario! No devolverles esas mujeres fué para esa nación lo que el facetado es para una gema. ¿No crees que llevo razón?"

"Así es, Rai", respondí.

Durante varios días permanecimos en la capital, y durante este tiempo fuimos escoltados nada menos que por el Rai Ernon en persona.

Era un extraño pueblo, el suernio. La gente mayor parecía que nunca sonreía, no porque estuvieran ocupados en el estudio de lo oculto, sino porque estaban llenos de cólera.

En cada rostro parecía haber un perpetua expresión de rabia. ¿Por qué, pensé, sería esto? ¿Es el resultado de las habilidades mágicas que poseen? Por lo que nos parece a nosotros los poseidonios mero fiat de voluntad esta gente parecen trascender los poderes humanos y anulan las inmutables leyes de la naturaleza, aunque no puede decirse que Incal no les ha limitado lo mismo que El ha limitado a nuestros químicos y físicos. Los suernios nunca levantan sus manos para ejecutar labor manual, se sientan en la mesa del desayuno o la comida sin haber puesto previamente nada sobre ella para comer, o haber preparado una comida; inclinan sus cabezas en aparente plegaria, y entonces, levantando sus ojos, comienzan a comer lo que misteriosamente llega ante

ellos —¡viandas, nueces, toda clase de frutas, y verdudas tiernas y succulentas! Pero no comen carne, ni nada que no sea el producto terminado de su origen, conteniendo en sí mismo el germen para vida futura. ¿Les ha exceptuado Incal de Su fiat como Creador del mundo, que todos los hombres sufren: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente?" Es menos oneroso, ciertamente, en aquellos que caminan por Sus senderos, o incluso los que parcialmente lo hacen, y cuya norma de vida es la continencia. Tales son más poderosos, tienen poderes ocultos que los que comen carne nunca podrán esperar obtener, pero con seguridad no están totalmente exentos, tiene que ser algo cansado llevar a cabo proezas mágicas como éstas. Nadie consiguió nunca algo por nada. Este pueblo mira a los enemigos que vienen a amenazarlos a sus hogares— ¡y ya no son más!

"Pasó sobre

la llanura de la batalla, donde espada y lanza y escudo  
 Brillaban en la luz del mediodía—y la fortaleza  
 De apretadas huestes es hecha añicos, y la hierba,  
 Verde del suelo de la carnicería, ondea sobre  
 El esqueleto aplastado y mohoso".

¿Qué poseidonio podía hacer estas cosas? El Rai Gualun, el Incaliz Mainin, y nadie más, al menos nadie conocido del público ni siquiera con esa fama. Pero ningún hombre en toda la Atlántida había nunca presenciado tal despliegue de poder por parte de nadie, y para las masas era mera reputación. Yo había sido favorecido más que cualquier atlante en este respecto.

Noté en nuestras visitas dentro y fuera de la capital algo que me dejó sombrío, que el pueblo no amaba a Ernon, aunque lo respetaban mucho y temían su poder. Que el Rai era consciente de que yo conocía este disgusto era obvio por su conversación.

"El nuestro es un pueblo peculiar, príncipe", me dijo. "Durante muchos años, incluso siglos, han tenido gobernantes venidos de los Hijos de la Soledad. Cada uno de ellos ha tratado por todos los medios de entrenar a sus súbditos con el fin de preparar alguna generación futura para la iniciación, como todo un pueblo, en los misterios del Lado Nocturno de la Naturaleza, más profunda que tu pueblo de Poseidonis ha soñado jamás de alcanzar. Con este fin, se ha insistido en la observancia de códigos morales, como coeficiente de enseñanza en la magia operativa. Pero el esfuerzo nunca ha producido la meta buscada; solamente aquí y allá algún individuo se ha elevado y ha progresado; pronto cada uno de éstos

se ha marchado lejos de la gente menos fuerte y se ha ido a las soledades, para convertirse en uno de los Hijos de quienes tú puedes haber oído; llamamos a estos estudiantes genéricamente hijos; especialmente debemos referirnos a ellos como hijos o hijas, porque el sexo no es un impedimento para el estudio de lo oculto.

Desde hace mucho tiempo ha sido un tema de interés para mí el saber todo lo que pudiera de este grupo de estudiantes de la Naturaleza, Incalenes, tal como se les llamaba en ocasiones, de Incal, Dios, y "ene", de estudiar. Miles de años más tarde, en el tiempo de Jesús de Nazaret, éstos fueron llamados "Esenios". Pero Atla, que poseía tal riqueza de literatura, no tenía, con una sola excepción, libros sobre el tema. En esa excepción se encontraba un pequeño volumen impreso en poseidonio antiguo y la información era muy escasa; no obstante, fué de gran interés para mí. Al escuchar ahora al Rai Ernon, mi interés volvió a despertarse, y pensé que quizá un día yo podría convertirme en un candidato para ser admitido en la orden, si pero ese "sí" era de un gran tamaño. Si el estudio hace al estudiante tan colérico de alma como yo veo que son los suernios, entonces no querré saber nada de ello. La semilla estaba plantada, no obstante, y creció un poco cuando supe que la mirada enojada no era debida al estudio de lo oculto, excepto en el sentido de que la naturaleza inferior se rebelaba contra la pureza del estudio y lanzaba el fango de la furia, enturbiando las limpias aguas del alma. Creció todavía más cuando el Rai comentó más tarde que "la muchacha Anzimee un día sería una Incalenu". Pero el crecimiento no fué muy grande en aquel lejano tiempo; estaba reservado a una vida futura, ¡cuando las décadas sobre las décadas de siglos hubieran pasado, hasta ahora!

El Rai continuó: "Vosotros los poseidonios penetráis un poco en el Lado Nocturno, y ¡he aquí!, del mismo conseguís fuerzas que abren la penetralia del mar, y del aire, y subyugais la tierra. Esto está bien. Pero necesitáis aparatos físicos; sin ellos no sois nada poderosos. Aquellos versados en la sabiduría oculta no necesitan aparatos. Esta es la diferencia entre Poseidonios y Suernios. La mente humana es un eslabón entre el alma y el físico. Toda fuerza superior controla al resto de las inferiores. La mente opera a través de la fuerza Odica, que es superior a cualquier velocidad de naturaleza física; por lo tanto, controla a toda la naturaleza, y no necesita aparatos".

"Ahora yo, y mis hermanos, Hijos antes que yo, me he esforzado para enseñar a los suernios las leyes que gobiernan el funcionamiento de esta fuerza. A través de este conocimiento

Jehova dió fortaleza a Sus hijos. Los actos físicos van de la mano de este conocimiento, poderes que llegan pronto con el estudio. Hasta ahí han llegado, pero no más allá".

"La moralidad da serenidad de alma; por lo tanto es beneficio para un Incalene, sobre todas las cosas, ser moral. Pero el hombre es un animal en su ser corporal, y las pasiones del mismo son placenteras. El amor es de naturaleza doble: el amor a Dios y al espíritu, puro y sin mancha, y el amor al sexo, que puede ser asimismo puro, aunque si el dominio del animal en el hombre se coloca sobre el sexo, y no el dominio de lo humano, hará que el hombre peque, porque entonces es lascivia. He tratado de que los suernios conozcan la ley, que puedan ser los amos, no las criaturas, de las circunstancias. Pero porque saben unos cuantas cosas de magia, y en las grandes proezas fueron ayudados por los 'Hijos' que vivían entre ellos, se contentan con eso. Y ¡he aquí! se rebelan contra el castigo a cuenta de la naturaleza lasciva que poseen, y me maldicen grandemente porque exijo obediencia a la ley, y penalización por la infracción cometida; y maldicen a mis hermanos 'Hijos' que me ayudan, por lo tanto es su cólera lo que te ha preocupado presenciar. Mi pueblo hace cosas extrañas para tí, oh, poseidonio, pero no tiene el conocimiento de por qué es así, y hacen sus prodigios sin preocuparse de Jehova. Por lo tanto son un puñado de hechiceros, y no hacen magia blanca, que es beneficiosa, sino magia negra, que es hechicería. Esto les traerá gran tribulación. Me hubiera gustado, oh, Zailm de Poseidonis, haber enseñado a éste mi pueblo la fe, la esperanza, el conocimiento y la caridad, que hacen que la religión pura no sea profanada. ¿No lo he hecho bien? Gualun, hermano mío, ¿no lo he hecho bien?"

Rai Ernon estaba sentado en el salón del vaillx, y ahora se dirigía a Gualun de Poseidonis, a quien ví en el naim cuando miré a mi alrededor.

"Ciertamente tú has hecho bien, hermano mío", dijo Gualun.

Durante algunos momentos el noble gobernante quedó en silencio, y yo pude ver lágrimas que caían ocasionalmente de debajo de sus párpados cerrados. Entonces, abrió los ojos y comenzó la más emocionante amonestación a, y de alguna forma, contra su pueblo:

"¡Oh, suernios, suernios! ¡He dado mi vida por vosotros! Me he esforzado por conducirlos a Esperia (Edén) por enseñaros sus bellezas, ¡y no habeis querido! He tratado de haceros ir en vanguardia de todas las naciones y que vuestro nombre fuera sinónimo de justicia y misericordia y amor a Dios, ¿y cómo me

habéis pagado? He sido un padre para vosotros, y ¡me habéis maldecido en vuestro corazón! ¡Más afilada que los cuchillos es la ingratitud! Os habría conducido a las alturas de la gloria, pero preferisteis revolcaros en la ignorancia, como los cerdos, contentos de hacer lo que parecen prodigios a otras gentes, pero siendo vosotros ignorantes de su importancia. Sois una raza infiel, ingrata, que no cree en Jehova, contenta con vivir con lo poco que sabéis, demasiado perezosos para aprender, más ingratos a Jehova que a vuestro Rai. ¡Oh, suernios, suernios!, ¡me habéis echado y habéis hecho sangrar mi corazón! Me voy. De entre vosotros también se van los Hijos, un grupo triste de hombres desengañados. Y seréis pocos donde erais muchos, un escarnio entre los hombres y presa de los caldeos; sí, os reduciréis y esperaréis hasta que los siglos—noventa siglos, hayan pasado a la eternidad. Y en ese día sufriréis hasta que llegue el tiempo de aquél que será llamado Moisés. Y de ellos será dicho: "Son la semilla de Abraham". Y he aquí, incluso ahora el Espíritu de Dios está por toda la tierra, inmanente en los Hijos de la Soledad, y os burlais de ellos, así pues en un día remoto Su espíritu se hará manifiesto y se reencarnará como el Cristo, y así lo hará el brillo humano perfecto con el Espíritu, y se convertirá en el Primero de los Hijos de Dios. Pero incluso entonces, vosotros no Le conoceréis, sino que le crucificaréis; y vuestro castigo os seguirá durante siglos hasta que el Espíritu venga otra vez en los corazones de aquéllos que Le siguen, ¡y os encuentre esparcidos a los cuatro vientos! ¡De esta forma seréis castigados! Desde ahora y hasta entonces, tendréis que ganaros el pan con el sudor de vuestra frente. Ya no tendréis el preciado poder de la defensa, no sea que lo uséis para atacar. Ya no os restringiré más. ¡Pueblo mío, oh, pueblo mío! ¡Desagradecidos! Os perdono, ¡porque no podéis saber cuánto os amo! Me voy. ¡Oh, suernios, suernios, suernios!".

En la última palabra la voz del noble gobernante se hizo más baja hasta ser un murmullo, y escondió su rostro lloroso entre sus manos y se sentó inclinado con pena silenciosa, excepto por un suspiro de dolor que emitió una o dos veces. Algunos suernios habían escuchado sus palabras, y éstos ahora dejaban el vailx silenciosamente y se fueron a la ciudad.

"Rai ni Incal".

Me volví al naim al ser formuladas estas palabras, y noté que una gran tristeza se posaba en el rostro de nuestro propio Rai, Gualun, al mirar a Ernon, al igual que él, un Hijo Adepto.

"Rai ni Incal, mo navazzimindi su", que traducido a nuestra

lengua quiere decir: "¡A Incal el Rai; al país de los espíritus difuntos se ha ido!".

Sorprendido miré alrededor hacia el Rai suernio, que todavía se sentaba silenciosamente, en la misma posición. Le hablé pero no obtuve respuesta. Entonces me incliné y miré a través de sus dedos a sus hermosos ojos grises. Estaban cerrados, ciertamente, y el aliento de vida se había ido. Sí, verdaderamente, se había ido, exactamente cuando dijo: "Me voy".

"Ven a mí, Zailm", ordenó Gualun.

Fui al naim y me quedé esperando.

"¿Están todos tus amigos dentro del vaix?".

"Sí, Zo rai".

"Entonces toma a los guardias y ve al palacio de Rai Ernon. Llama a sus ministros a tu presencia y diles que su Rai ha muerto. Diles que tú tomarás a tu cargo su cuerpo para traerlo a Poseidonis. Entre los ministros hay dos hombres mayores y tranquilos, son Hijos. Pertenecen a ese grupo de hombres desengañados que se irán de Suernia según las palabras de Ernon. Estos dos sabrán que tú dices la verdad cuando dices que Ernon de Suernia ha dejado su Raina en mis manos para que la gobierne según yo juzgue conveniente. Pero los otros no lo sabrán y los Hijos dejarán que tú relates los hechos. Grande será la cólera de los que no son Hijos, por lo que tratarán de destruirte con su terrible poder, no gustándoles que se les diga que han sido despojados de su autoridad. No obstante, haz esto y no temas; levanta el ánimo, porque, ¿cómo podrá morder una serpiente si ha perdido sus colmillos?".

Cuando, según estas órdenes, tuve a la corte ante mí, hablé tal como me había indicado el Rai. Fuí recibido con una sonrisa cortés por los dos que por su apariencia reconocí como Hijos de la Soledad. Pero los otros mostraron una gran rabia.

"¡Qué!, ¿y tú, poseidonio, nos ofreces tal indignidad? ¿Nuestro Rai ha muerto? ¡Estamos encantados! Pero nosotros, y no tú, llevaremos a cabo los ritos funerarios. En cuanto al gobierno de Suernia, ¡nos burlamos! ¡Márchate! Nosotros somos nuestros propios amos. Déjanos a nuestro soberano, y tú, perro, ¡deja este país!".

Por toda respuesta, repetí con énfasis la afirmación de mi autoridad. Confieso haber tenido un miedo interior cuando el entrecejo de uno de estos hombres que nunca sonreían se ensombreció de cólera, al dirigir su dedo hacia mí, y decir:

"¡Entonces, muere!".

No me encongré exteriormente, aunque casi esperaba perecer en

aquel lugar. Tampoco sentí ningún temor a la muerte, a pesar de que la amenaza, antes siempre fatal, no había sido retirada. Gradualmente, la furia del ministro dió paso a la sorpresa, y dejó caer su brazo, mirándome con asombro. Ordené a mis guardias que lo maniataran y lo llevaran al vailx. Entonces dije:

"Suernia, tu poder se ha desvanecido. Eso dijo Ernon. El ha dicho que a partir de ahora tendréis que ganaros el pan con el sudor de vuestra frente. Sobre este país reinará Poseidonis. Yo, Enviado Especial de Gualun VII, Rai de Poseidonis, os despojo a todos los que estáis aquí de autoridad para gobernar, excepto los dos que ofrecieron cortesía y no burla. Mientras permanezcan aquí, que no será por mucho tiempo, los haré gobernadores de Suernia. He hablado".

Ciertamente, yo había hablado, y eso, hasta cierto extenso punto, sin haber sido autorizado. Me sentí morir de duda por miedo a que Rai Gualun me amonestara. Pero yo no podía revelar mi verdadera debilidad a estos ingratos. En vez de eso, tomé un rollo de pergamino y escribí de memoria el formulario de nombramiento de gobernadores de las provincias de Atla, nombrando a uno de los Incaleni para el cargo. Sellé esto con mi nombre como enviado extraordinario, seguido del de Gualun como Rai, utilizando tinta roja, a por la cual envié a un mensajero a Anzimee al vailx. La razón que tuve para nombrar a uno de los Hijos como Gobernador era que solamente uno deseaba servir. El otro eligió pedir pasaje para Caiful en mi vailx. Entonces, dando al Gobernador su nombramiento, un documento que él recibió con el comentario de: "Tú eres un hombre, en verdad, y no un muchacho ya"; palabras que, aunque amables, cayeron en oídos sordos en aquel momento, porque cuando volví al vailx me sentí pesaroso por lo que temía había sido un acto de indiscreción por mi parte. Llamé al Rai Gualun, y cuando respondió le dije lo que había hecho. El parecía serio, y solamente dijo:

"Ven a casa".

Imaginad mi angustia. Ni amonestado ni encomiado, sin ninguna explicación o pista, se me había ordenado volver a casa. Entonces fué cuando busqué a Anzimee, y habiéndola encontrado en su compartimento le conté toda la historia. Nuestro Rai era conocido por ser alguien que podía ser severo en sus castigos, aunque éstos tomaban la forma de caída en desgracia, como cese público del cargo por haber sido indigno de confianza. Anzimee estaba muy palida, pero me dijo palabras alentadoras:

"Zailm, no veo sino que hiciste lo correcto. Y, sin embargo,

¿por qué estaba nuestro tío tan serio y reticente? Déjame que te dé una poción; acuéstate en este cojín, y tómate lo que yo te dé".

Ella vertió unas cuantas gotas de alguna droga amarga, las puso en un poco de agua, y me dió la copa a beber. Diez minutos más tarde yo estaba dormido.

Entonces ella dejó la habitación y, tal como supe más tarde, llamó a su real tío al instrumento, donde la expuso el caso. El Rai estaba preocupado por el efecto de sus palabras en mí, un efecto no intencionado, tal como le dijo a ella, y que nunca se habría producido si no hubiera estado en ese momento preocupado en resolver un problema político complicado presentado por el nuevo aspecto de los asuntos debido a la muerte del Rai Ernon. Lo que dijo a continuación fue: "No te preocupes porque Zailm no ha sido llamado a casa para ser castigado, ya que estoy muy satisfecho y le llamo por otra razón".

Dormí durante horas, y cuando al fin desperté, Anzimee, sentada a mi lado, me dijo todo lo que Gualun le había dicho. Como era casi de noche, decidí irme a mi propia habitación y prepararme para la cena. En el camino me encontré con el Hijo que iba a Caiful con nosotros. Para esta persona parecía una gran novedad viajar como lo estaba haciendo, aunque sus comentarios sobre el tema fueron escasos.

Era, según pensé, algo nuevo atravesar el aire a la velocidad de 27.2 kms. por minuto, a 1.600 mts. de altitud. Traté de imaginar cómo le parecería a alguien como mi pasajero el estar haciendo tal cosa; pero después de cinco años de estar familiarizado con ello como medio de transporte, no conseguí hacerme a la idea de cuáles serían sus sentimientos con relación a esta experiencia.

Según viajábamos hacia el oeste el sol parecía permanecer donde estaba cuando abandonamos Ganje, porque su velocidad, o la de la tierra, más bien, era la misma que la nuestra. Habíamos estado viajando durante cinco horas y habíamos cubierto casi más de la mitad de la distancia que nos separaba de casa, siendo todo el viaje unos 11.200 kms. de extensión. Los restantes 3.200 kms. durarían unas tres horas, un lapso de tiempo que me parecía demasiado largo, por lo que comencé a pasear por el salón nervioso. He visto, desde los días de Poseidonis, un tiempo en el que un movimiento inmensamente más lento hubiera parecido rápido, pero entonces el pasado tenía un velo que lo oscurecía, por lo que la comparación era imposible.

"El hombre nunca es, sino que siempre es bendecido".

**CAPITULO XVII****RAI NI INCAL—LAS CENIZAS A LAS CENIZAS**

En un féretro enfrente del Sagrado Asiento, en el lado oriental de la Piedra Maxin en el Incalithlon, yacía todo lo que era de la tierra, terrenal de Ernon de Suernia. En el triángulo se habían reunido unos cuantos testigos llamados por el Rai Gualun para que estuvieran presentes, y sobre todos brillaba la misteriosa luz que no requería combustible, ni para su alta llama ningún guardián humano. Arriba en las alturas, colgaba el blanco techo de estalactitas, lanzando hacia abajo desde sus muchos puntos la radiación de las luces que nadie podía ver desde abajo.

"Cerrad sus ojos, su trabajo ha terminado".

Ante el cuerpo estaba Mainin, el Incaliz, su mano sobre el hombro del Rai muerto. Después de que el poderoso órgano hubiera interpretado un requiem mortuorio, Mainin pronunció el discurso funerario, diciendo:

"Una vez más ha conocido la tierra un alma de lo más noble. ¿Cómo se ha tratado a aquél que dió su vida por el servicio de sus hijos? Verdaderamente, Suernia, ¡has cometido una acción que te cubrirá de tela de saco y de ceniza! Ernon, hermano mío, Hijo de la Soledad, te decimos adios con gran dolor del alma; dolor no por tí, porque tú descansas ahora; sino por nosotros que quedamos aquí. Pasarán muchos años antes de que te veamos reencarnado otra vez. Y en cuanto a esto, tu pobre barro, sobre él diremos las palabras finales, porque ha hecho su trabajo y es enviado a Navazzamin. Ernon, hermano, que la paz sea contigo por siempre".

Una vez más el poderoso órgano sonó con solemne tristeza, y mientras los asistentes elevaban el feretro sobre el cubo del maxin, el Incaliz levantó las manos al cielo y dijo:

"A Incal esta alma, a la tierra esta arcilla".

El cuerpo, atado con ligeras correas al féretro, fué hizado con él hasta una posición erecta, tembló por un momento en esa posición, y cayó hacia el Maxin. No hubo llama, ni humo, ni siquiera cenizas quedaron tras la instantánea desaparición del cuerpo y el lecho.

El funeral había terminado. Cuando los que vivíamos en Caiful nos volvimos para marcharnos, vimos lo que ningún hombre vivo entonces había contemplado nunca antes en el Incalithlon. Detrás de nosotros, en el auditorio, estaban grupos de hombres vestidos con hábitos grises, como los monjes de Roma. Parecía haber un gran número de ellos, agrupados en número de siete u

ocho entre el laberinto de pilares de estalacmitas que sostenían el techo. Cuando miramos, estos hombres se desvanecieron lentamente a nuestra vista, hasta que más de cien caifulianos parecían ciertamente pequeños en número en el inmenso salón donde tan recientemente había habido cientos de Incaleni, Hijos de la Soledad en forma astral, reunidos en el funeral de su hermano. Sí, verdaderamente, los Hijos habían venido a presenciar la impresionante ceremonia donde todo lo que era mortal de su compañero muerto fué devuelto para conservar los elementos de la naturaleza.

"Pero ningún hombre conoce a ese sepulturero  
Y ningún hombre lo vió nunca,  
Porque los ángeles de Dios removieron el cesped  
Y colocaron al muerto allí".

### **CAPITULO XVIII**

#### **EL GRAN VIAJE**

El Rai Gualun me indicó que asistiera al Agacoe antes de reanudar mi viaje de vacaciones, aunque había quedado todo solucionado antes del funeral de Ernon en cuanto a que mi acción en Suernia era de su satisfacción.

Cuando obedecí al Rai, que fué casi inmediatamente, porque todos nosotros estábamos preparados para reanudar el viaje, Gualun, en presencia de sus ministros de asuntos de estado, me ofreció el cargo de Suzerain sobre la tierra de Suernia. Yo me quedé muy asombrado, pero sentí que podía aceptarlo y al dirigir los asuntos de ese país rendir un buen servicio. Pero el hecho de que yo era todavía un estudiante sin graduar en el Xioquithlon me hizo dudar. Al fin, hablé y dije:

"Zo Rai, reconozco que has hecho un gran honor a tu siervo. No obstante, mi señor, sintiendo que no he adquirido así todo el conocimiento que deseo, no siendo sino un Xioqene, pido tu permiso para rehusar el cargo".

Gualun sonrió, y dijo:

"Está bien. Pero el gobernador que nombraste ejecutará tus deberes durante los tres años de intervalo —los cuatro años, diría yo, ya que sé que tienes que estudiar todo este año— y después asumirás legalmente tus deberes. Tengo un objetivo con esto, aparte de la mera fórmula; creo que el hombre que tiene un objetivo, una meta directa a la vista, tiene más probabilidad de

conseguir el éxito que uno que no lo tiene. Es un buen estímulo. Por lo tanto te nombro Suzerain sobre Suernia, y te dejo ir a tu viaje de placer con tus amigos tan pronto como firmes con tu nombre en este documento. Está bien escrito, aunque tu mano tiembla un poco debido a tu nerviosismo. Ten calma". Esto último lo dijo, cuando yo temblando ligeramente, inscribí la deseada firma.

Una vez nos pusimos en camino. Anzimee, la brujilla, persistía en llamarme "mi señor Zailm" cuando conoció la historia de mis inminentes tareas como Suzerain.

Nuestra dirección era nuevamente hacia oriente, aunque más al sur, porque no nos proponíamos visitar Suernia esta vez, sino que teníamos la intención de ir a nuestras colonias de América, tal como habíamos planeado hacer en la ruta original después de dejar Suernia.

Cruzamos el Necropan (Africa) ecuatorial, a continuación el Océano Indico y las actuales Indias Orientales, pero que entonces eran las colonias de Suernia, llamadas Uz, y seguidamente avanzamos sobre el ancho Pacífico, siempre hacia el este.

"¡Umaur!, la costa de Umaur!" fué el grito que hizo ir hacia las ventanas a nuestro grupo para mirar a la oscura línea dentada que se veía en el horizonte oriental. Era la distante cordillera de los Andes, apareciendo casi al mismo nivel que nuestro vailx, el cual, a 3,2 kilómetros de altura sobre el océano, se lanzó hacia la oscura línea. Abajo se veía el ancho espejo del azul Pacífico, aparentemente en calma debido a que estaba muy por debajo de nosotros.

Umaur, la tierra de los Incas, en un tiempo futuro aún lejano. Umaur, donde en ocho siglos más encontrarían refugio aquéllos que tuvieran la suerte de escapar de Poseidonis, antes de que la nunca más "Reina del Mundo", se hundiera bajo las aguas del Atlántico. Ocho siglos, cuya duración veía a los orgullosos atlantes volverse tan corruptos que su alma dejó de reflejar la sabiduría del Lado Nocturno porque, al desaparecer la calma de la moralidad, se perdió la clave de la Penetralia de la naturaleza, y con ella el dominio sobre el aire y las profundidades del mar. ¡Ah, pobre Atlántida!

Pero Umaur estaba frente a nosotros, e ignorante de las futuras desgracias de nuestra posteridad nacional, nosotros en nuestro vailx estábamos mirando la costa a la que nos aproximábamos tan rápidamente, y comentamos la grandeza de sus majestuosas

cadenas montañosas tal como se veían por los telescopios\*. Aquí vimos una tierra a la que, miles de años después, llegarían los conquistadores castellanos, conducidos por Pizarro, y encontrarían una raza bajo el dominio de los Incas, un nombre preservado durante muchos siglos desde el día en que sus remotos ancestros huyeron de la hundida Poseidonis, llamándose a sí mismos "Hijos del Sol".

Umaur era la región de las canteras de Poseidonis así como de muchas de sus ricas minas de riqueza minera. Aquí, también, existían grandes plantaciones, y al este de las montañas se plantaban con regularidad surcos del árbol de la goma, la genuina Siphonia Elástica de la botánica. Aquí también florecían las Cinchonas, así como muchos otros árboles que ahora son indígenas de Sudamérica, plantas colonizadas procedentes de Poseidonis. Hasta que fueron plantados en el extranjero por los atlantes, estos tesoros vegetales nunca crecieron fuera de Poseidonis, y hoy día las selvas salvajes de peculiares árboles y arbustos de Sudamérica son los descendientes directos de nuestra granja regularmente cultivada y los productos de las plantaciones de Umaur. En aquella remota época, el río Amazonas corría entre diques a lo largo del continente, y las impenetrables selvas de Brasil también eran áreas de regadío de suelo cultivable, tales como el adyacente territorio

(\*) Cuando vuestra ciencia, como la de Poseidonis, se acerque a la Naturaleza desde la dirección de Dios, cuando, en vez de ascender hacia esta fuerza-clave de toda la Naturaleza, la fuerza Odica, desde un entorno de fenómenos sintéticos, busquéis desde la Odicidad hasta el río de la Energía, entonces tendréis todo lo que Poseidonis tenía (ya que sois Poseidonios que han regresado), incluso sus vailx, sus naim, y sus telescopios. No instrumentos tan primitivos como lo son los vuestros, eran los telescopios de la Atlántida. Ni la más remota estrella que envía un rayo de débil luz a través de las profundidades del espacio, dejaría de ser observada tan de cerca, que si un organismo tan diminuto como una hoja cayera al "suelo" de la estrella, podría ser visible a nuestros ojos. ¿No lo creéis? Estudiad esta proposición: la luz no es solamente un reflejo o una refracción de fuerza de una sustancia, sino que es una prolongación de cada forma sustancial, ya que sólo existe Una Sustancia, y aunque muchas son sus variaciones dinámicas, éstas son tomadas por vosotros por sustancias diferentes. Existe sólo UNA SUSTANCIA: la Luz procedente de Arturo, digamos, es la sustancia prolongada de esa estrella. La electricidad generada por motor es, por contra, fuerza sin forma, no impresa. Una refuerza la otra-lo sin Forma para adquirir la imagen de la Forma. ¿Véis ahora el principio de nuestros telescopios? Vuestra mente salta lejos hacia la vanguardia y os oigo preguntar: "¿Está habitado Marte?, ¿Jupiter? ¿Lo está Saturno, Venus?". ¡Ah!, amigo mío, no diré ni que si ni que no, porque cuando la visión poseidonía de la Naturaleza reapareza en la tierra, lo SABREIS. Buscad y encontraréis. Pero buscad correctamente. Caminad por el Camino cruciforme.



VEHICULO AEREO-SUBMARINO ENTRANDO EN EL AGUA.

del Mississippi es hoy día. Algún día este río, el "Padre de las Aguas", en el norte, se desbordará sin freno, sin diques, por toda la tierra baja, la cual, incluso ahora, tiene una superficie más elevada en altitud. Hará esto, porque estas cosas ocurrirán irremisiblemente debido a las mutaciones de los próximos siglos. También hará esto porque la historia se repite; no penséis que heredaréis, reencarnados los triunfos de la Atlántida, y evitaréis sus sombras. Todas las cosas se mueven por ciclos, pero el círculo es el del muelle, siempre dando vueltas en un plano más elevado cada vez. Pero ese tiempo en el que estas cosas sucederán, y ningún hombre será capaz de decir que no, está todavía muy lejos en el horizonte del tiempo futuro, tan lejano como lo está en el horizonte del pasado la gran recesión del Amazonas.

Desde los grandes huertos y plantaciones y casas de Umaur, en el norte del continente, al desierto de su parte sur, donde un día los problemas me abrumarían, y de aquí hacia el norte a lo largo de las costas orientales, seguimos nuestro camino, dejando las labores de los millones de nuestros colonos, los Umauri, a la imaginación del lector.

Sucesivamente llegamos al Istmo de Panamá, que entonces era de más de 640 kms. de ancho; a Méjico (Incalia del Sur) y a las inmensas llanuras del Mississippi. Estas últimas formaban las extensiones de pastizales de ganado de donde Poseidonis sacaba su suministro de alimentos cárnicos, y donde, cuando el mundo moderno las descubrió, enormes rebaños de la progenie salvaje de nuestro antiguo rebaño pastaban en libertad. El búfalo, el alce, el oso, el reno y las ovejas de montaña, todos descendientes de las más remotas eras. Lamento verles sacrificados de forma tan desenfadada; con toda seguridad un rebaño tan antiguo debería ser respetado.

A estos anchos valles llegarían, en siglos venideros, hordas invasoras en botes, y sobre el lejano istmo del norte donde ahora sólo hay vestigios de su anterior existencia, las actuales Islas Aleutianas. Vinieron de Asia, entonces, como ahora, en gran medida el hogar de semi-bárbaros, excepto donde el influjo de Suernia había hecho extenderse una influencia civilizadora enviando tribus que, más tarde, ocuparían un gran compartimento de la historia bajo el nombre de razas semíticas. Pero los bárbaros que fueron a Incalia, ocupando las planicies norteamericanas y las regiones de los lagos—una era futura vendría y encontraría a estas hordas desaparecidas de la tierra para siempre; y, todavía más tarde, gente curiosa cavando en los restos arqueológicos diría:

"Aquí vivieron los constructores de las pirámides".

Todavía más al norte que todo esto, en la actual "región de los lagos", existían grandes minas de cobre, de donde obteníamos mucho de nuestro cobre, y alguna plata y otros metales. Esta era una región fría, mucho más fría de lo que es hoy día, porque yacía en el borde de las fuerzas que retrocedían de la era glacial, una era que no terminó sino mucho más recientemente de lo que los geólogos han pensado hasta ahora y todavía piensan.

Hacia el oeste yacía lo que en los primeros días de América se llamaban las "grandes llanuras". Pero en los días de Poseidonis tenían una apariencia muy diferente de la que tienen hoy. No tan áridas entonces, ni tan poco habitadas, aunque enormemente frías en invierno, debido a la cercanía de los inmensos glaciares del norte. Los lagos de Nevada no eran entonces meros lechos secos de borax y soda, ni el "Gran Lago Salado" de Utah un conjunto de agua amarga de su actual comparativamente poco tamaño. Todos los lagos eran masas de agua fresca y el "Gran Lago Salado" era un mar interior de corrientes frescas, que contenía icebergs de los glaciares en sus costas del norte. Arizona, ese almacén de tesoros del geólogo, tenía su actual maravilloso desierto cubierto con las aguas del "Miti", tal como llamábamos al gran mar interior de aquella región. Verdor existía en todas las laderas de todos los cientos de kilómetros cuadrados que no estaban cubiertas con encantadoras masas de agua. En las playas de Miti vivía una considerable población, y existía una ciudad bastante grande, habitada con colonos procedentes de Atla.

Lector, ¿recuerdas la promesa hecha en páginas precedentes, donde prometí una invitación a descripción de paisaje, diciendo que vendría de otra pluma que la mía? La cumplo ahora, porque ya el geólogo está detrás de mí por haber declarado que Arizona es el asiento de un lago o mar interior tan grande como Miti, y tan reciente como hace trece mil años. Se me recuerda que él ha concluido por las evidencias que proporcionan la erosión y el desgaste producido por el clima que presentan las rocas en esa sorprendente región, que mientras que el desierto de Arizona era indudablemente un lago o lecho de mar desde el Paleozoico, en que era el asentamiento de un océano poco profundo, no obstante ese lago era ciertamente "de una época más antigua que el Plioceno, siendo probablemente de la época Cretácea". Amigo mío, no. Estas gargantas y estupendos cañones no son simplemente el producto gradual del tiempo y del agua y del clima. Por el contrario, son la formación repentina, la resquebrajadura de los estratos a escala

similar pero mucho más vasta que la erupción volcánica de Pitach Rhok, descrita en el primer capítulo de esta historia. Las maravillas de Arizona y la garganta del "Gran Cañón del Colorado" fueron el resultado de la terrible danza de la corteza terrestre del globo. Incluso ahora los lechos de lava del rectángulo entre los paralelos 32 y 34 de latitud norte y del 107 al 110 de longitud oeste desde Greenwich, en la región del Monte Taylor y el Monte San Francisco, tienen pocos parangones en la tierra en cuanto a tamaño. Todo sobre esta horrible obra de destrucción, cuando el mar Miti se desvaneció en Ixla (el Golfo de California), las lluvias y torrentes de trece mil inviernos, y la influencia de muchos veranos tórridos de desecación y de reducir a polvo el terreno han pulido y cincelado y trabajado las superficies rotas, rasgadas en formas todavía más fantásticas, e hizo que toda la obra pareciera enteramente suya, negando la mano de Plutón como el mayor artífice. Y el geólogo parece haber admitido esta teoría, y ha colocado la época del lago mucho más atrás, con el fin de permitir un plazo de tiempo suficiente para la ejecución de la gigantesca obra. Y no es así, porque yo ví ese lago, hace sólo doce mil años. Pero ahora voy con la invitación literaria; está tomada de una pluma muy moderna, pero es tan fielmente descriptiva de la apariencia de la región hoy día que deseo disfrutar de la misma con mis lectores. Las palabras son las del Mayor J.W. Powell, del Ejército de los EEUU:

"Las paredes del cañón están reforzadas a gran escala, y hay profundos nichos excavados; riscos rocosos coronan los acantilados, y el río fluye debajo. El sol brilló en esplendor sobre las paredes bermejas, que se volvían verdes y grises donde las rocas estaban cubiertas con liquen; el río llenaba el canal de pared a pared, y el cañón se abría como un hermoso pasadizo hacia la gloria. Pero al atardecer, cuando el sol se estaba poniendo y las sombras se asentaban en el cañón, los destellos bermejos y los tonos rosados, mezclados con tintes de verde y gris, lentamente cambiaban a marrón por arriba, y sombras negras se extendían desde abajo —entonces parecía el sombrío pórtico hacia la región de la oscuridad. Hacia abajo, miramos a lo lejos por la hendidura del cañón y vimos que sólo un poco del cielo azul aparecía sobre nuestras cabezas— un oscuro cielo azul en creciente con sólo dos o tres constelaciones mirándonos. No dormí durante algún tiempo, ya que la excitación del día no había desaparecido. Pronto ví una brillante estrella que parecía descansar sobre el mismo borde de los acantilados que había sobre nosotros. Lentamente pareció flotar

desde su lugar de descanso sobre las rocas, fuera del cañón. Al principio, parecía como una joya colocada al borde del acantilado, pero al moverse hacia afuera casi me sorprendí de que no se cayera. De hecho, parecía descender en una gentil curva, como si el cielo, en el que las estrellas estaban colgadas, se extendiera por todo el cañón, descansando en cualquiera de las paredes, y cayera por su propio peso. La estrella parecía estar realmente en el cañón, tan altas eran las paredes almenadas. El sol de la mañana brillaba con su esplendor sobre sus rostros pintados. Los ángulos salientes eran como de fuego, y los ángulos que retrocedían enterrados en sombras; las rocas, rojas y marrones, brillaban desde su posición de profunda oscuridad abajo, pero arriba todo era fuego bermejo. La luz de arriba, hecha más brillante por las rocas brillantemente teñidas, y las sombras de abajo, más sombrías por los tonos oscuros de la falta de sol, incrementaba la aparente profundidad de los terribles cañones, y parecía un largo, largo camino hacia arriba hacia el mundo del sol—¡y eran casi dos kilómetros!".

Incluso las amplias aguas del Miti, rodeadas de imponentes picos en los antiguos días, hermosas como un sueño, no eran más grandiosas y gloriosas que estas horribles gargantas que habían venido a ocupar su lugar.

Desde la ciudad de Tolta, en las costas de Miti, nuestro vailx se levantó y aceleró hacia el norte, cruzando el lago Ui (Gran Salado) hacia su costa norte, cientos de kilómetros distante. Sobre esta playa lejana se levantaban tres picos enormes, cubiertos con nieve, el Pitachi Ui, del cual el lago a sus pies tomaba el nombre. Sobre el más alto de éstos había estado, quizás durante cinco siglos, un edificio construido con pesadas baldosas de granito. Había sido originalmente erigido para un doble propósito de adoración a Incal y cálculos astronómicos, pero en mis días se usaba como monasterio. No había senda para subir al pico, y el único medio de acceso era por vailx.

Hace alrededor de veinte años, más o menos, contando desde este año del Señor 1886, un intrépido explorador americano descubrió la famosa región de Yellowstone, y mientras estaba en la misma expedición, llegó hasta el oeste de los Tres Tetones, en Idaho\*. Esta triple montaña eran los Pitachi Ui, de Atlántida. El

(\* Los Tres Tetones están situados al noroeste de Wyoming, pero Wyoming como territorio no existía en la época referida, habiendo sido formado en 1868 con partes de Idaho, Dakota y Utah. Una pequeña parte del Parque de Yellowstone está en Idaho. —Manual Real de los Estados Unidos.

profesor Hayden, habiendo llegado al pie de estos altos picos, conseguí llegar, después de un gran esfuerzo, hasta la cumbre del mayor de los picos, y e hizo el primer ascenso conocido en los tiempos modernos.

En la cumbre encontró una estructura sin tejado de baldosas de granito. Bien, el profesor estaba en lo cierto, ya que yo lo sé. El examinó una estructura hecha por manos poseidonias hace ciento veintisiete siglos y medio, y esto fué debido a que el profesor Hayden una vez fué un poseidonio y ostentó el cargo de agredado al grupo de científicos gubernamentales pertenecientes al gobierno atlante, destacados en Pitachi UI, y él fué kármicamente atraído para volver a las escena de sus trabajos de entonces. Quizás el conocimiento de este hecho hubiera aumentado el interés que sintió en los Tres Tetones.

Nuestro vailx aterrizó sobre el borde exterior del extremo del Ui justo cuando caía la noche. Hacia mucho frío allí, tan al norte, y a tal altitud. Pero los sacerdotes dentro del pesado y bien construido edificio nunca soportaban el frío, porque Atla, apoyándose en Navaz, tenía fuerzas del Lado Nocturno siempre que quería. La razón principal de nuestra visita era nuestro deseo de rendir devoción a Incal cuando El se levantó a la mañana siguiente. Toda la noche los brillantes rayos de luz de nuestras linternas de color rubí daban la noticia a cualquier poseidonio que mirara en nuestra dirección, de que un vailx real estaba en la región. A la mañana siguiente después de la salida del sol, nuestro vehículo se elevó y partió para oriente, para que pudiéramos visitar nuestras minas de cobre en la actual región del Lago Superior. Fuimos conducidos en tranvías eléctricos por los laberintos de las galerías y los túneles. Cuando estábamos a punto de irnos, el superintendente de las minas nos regaló a cada uno varios artículos de cobre templado. A mí me dió un instrumento, similar a las navajas modernas, que yo retuve hasta el día de mi muerte, y siempre lo tuve en alta estima por su templado extra fino, que le daba una hoja muy afilada, buena para afeitar, y que raramente necesitaba ser afilada. Los poseidonios eran muy buenos en este arte ahora perdido de templar el cobre. A cambio, le dí al capataz un trozo de oro en bruto. Me preguntó de dónde lo había sacado, y cuando se lo dije, comentó:

"Cualquier especimen de la famosa mina de Pitach Rhok es altamente apreciado por un viejo minero como tu siervo, más especialmente porque se lo da el descubridor de la mina mismo".

Así había devuelto riquezas la mina encontrada por mí cuando

yo era un oscuro muchacho, al pico y la pala que la habían hecho famosa en todo el mundo civilizado.

Después de consultarnos entre nosotros, decidimos no hacer más largo el viaje al norte, porque cada uno de nosotros había visto los campos de hielo del ártico al menos una vez, y algunos de nosotros habíamos estado allí varias veces. En vez de eso, decidimos permanecer en Incalia durante una semana más, y pasar los once días restantes visitando, más a nuestro placer, el gran territorio donde, aunque por supuesto no lo sabíamos, los anglosajones fundarían un día la gloriosa Unión americana. Se dice que la historia se repite; yo creo que así es. Ciertamente, las razas siguen las huellas de razas precedentes, y como la parte más populosa e importante de todas las colonias norteamericanas de Poseidonis, tenía su habitat al oeste de la gran cadena montañosa conocida hoy como las Montañas Rocosas, así también la grandeza de América será mantenida por los estados occidentales y suroccidentales de la Unión americana.

Al hombre le gustan los lugares agradables para vivir; le gustan esas tierras donde la Madre Naturaleza es amable y rie con abundante cosecha a la más ligera provocación; al hombre le gusta vivir en una tierra fértil, y donde encontrará algo más de su gusto que esta tierra del sudoeste y oeste de la Incalia de antaño. A lo largo de la costa del océano y a la espalda de las montañas de Sierra Nevada está la región donde, bajo el dominio poseidonio, está enclavada una provincia tan hermosa como la región del lago a lo largo de las costas de Miti. Y ha mantenido su encanto, mientras que la otra ha dejado paso a las arenas movedizas y a los cactus y los mosquitos, y tiene una población de lagartos Moloch, serpientes y perros de pradera. Ya no es la

"Unión de lagos y unión de tierras"

que fué en los viejos tiempos.

Cuando finalmente dejamos Incalia, para volver a casa a Caiful, la última de nuestras colonias visible fué la costa del Maine, porque viajábamos en dirección este, y después en dirección sur.

Para cambiar decidimos abandonar los dominios del aire por los de las profundidades donde el tiburón es rey. Como todos los vaix de la clase al que pertenecía, el nuestro estaba construido tanto para el servicio aéreo como para el submarino, siendo capaces las planchas de la cubierta deslizante y las otras partes

movibles del casco, de aproximarse mucho por medio de tornillos de presión y flotadores de goma.

Entrar en el océano era muy parecido a aterrizar en tierra firme. Pero estando a una altura de unos 3 kms. más o menos, se ordenó al conductor que redujera gradualmente la fuerza de repulsión, disminuyendo así nuestro movimiento para entrar en el agua distante unos 16 kms. desde donde comenzó la inclinación. A continuación se le ordenó hacer esto al tiempo que mantenía una velocidad que pudiera ser, aunque muy lenta para un vaillx, realmente rápida, esto es, tenía que cubrir 16 kms. en 16 minutos.

Cuando entramos en el agua a esta velocidad de crucero el impacto que la aguja experimentó fué suficientemente grande como para hacer que los pasajeros nos tambaleáramos, y las damas dieron algunos gritos.

Tan pronto como entramos en el agua se anuló la repulsión, y su opuesta, un grado de atracción mayor que el del agua hacia el centro de gravedad terrestre, fué establecida, con lo que nos pudimos sumergir a una considerable profundidad, a pesar del aire contaminado en el vehículo. Las luces exteriores de las ventanas fueron encendidas, nuestra velocidad se modificó para adaptarse al elemento, y entonces nos reunimos todos en el salón al lado de las ventanas, con oscuridad dentro y las aguas iluminadas en el exterior, permitiéndonos ver curiosas tribus de Neptuno que se arremolinaban alrededor de la extraña iluminación que había en medio de ellos.

Mientras que estábamos así entretenidos y escuchábamos las encantadoras palabras de un entusiasta ictiólogo, oí una voz familiar en la oscuridad. Supe que era la de mi padre Menax y fué hasta el naim. No podía verme debido a que yo estaba en la oscuridad, pero yo podía verle en el gran espejo, porque en casa él estaba en la luz y su imagen era transmitida así, por lo que no le veía solamente a él, sino también el entorno cercano, igual que una persona afuera de una ventana encendida en la noche ve a todos y todo lo que está en el interior, y él no es visto.

"Hijo mío", dijo el príncipe, "no deberías haber dejado que tu deseo de novedad te hiciera actuar de forma tan imprudente al entrar en el océano incluso a la lenta velocidad de un ven (algo más de un kilómetro) por minuto. Me temo que tienes una vena de imprudencia en tu naturaleza que algún día te traerá mala suerte. Incal castiga la imprudencia permitiendo que Sus Leyes transgredidas exijan su propia penalización. ¡Sé prudente, Zailm, sé prudente!".

Después de que las experiencias del submarino se hubieran hecho tediosas, se le impartió al vailx un curso opuesto de aumento gradual pero rápido de repulsión —un procedimiento no peligroso, como lo había sido el otro— y pronto nuestro largo huso salió disparado del agua como una gran burbuja, entonces se elevó adonde el raz, o indicador de repulsión, fué ajustado para gobernar el vailx, sólo a unos cuantos cientos de metros sobre la superficie del océano. Allí, poniendo a un lado la cubierta cerrada, nos sentamos en el brillante sol y disfrutamos de la agradable brisa del océano, que soplaba en la dirección sur en que íbamos nosotros. Deseando llegar a casa al día siguiente, cuando por la tarde refrescó cerramos la cubierta, nos elevamos al cielo para aminorar la resistencia atmosférica y aceleramos la velocidad al máximo en dirección sur. Esta, debo decir, no era tan grande como un curso hacia oriente u occidente hubiera permitido. Así, viajando bien hacia oriente o hacia occidente, hubiéramos podido avanzar a la velocidad de un grado de longitud cada cuatro minutos. Pero al norte o al sur cortábamos las corrientes de la tierra, y justo en proporción a como el curso de un vailx se desviaba desde el este al oeste, en esa proporción se reducía su velocidad, hasta que al ir hacia el norte o hacia el sur sólo podíamos viajar a la relativa poca velocidad de algunos cientos de kilómetros a la hora.

Vimos que si viajábamos a casa en curso directo, no llegaríamos a Caiful hasta dentro de dos días y, deseando llegar a la mañana siguiente, la perspectiva del retraso era tan tediosa que decidimos avanzar en ángulo. Esto es, pondríamos a nuestro vailx rumbo al sureste de la costa de Necropan, de allí suroeste hacia Caiful, y aunque la distancia extra serían varios miles de kilómetros, el aumento de velocidad nos permitiría alcanzar nuestro destino a tiempo para tomar el desayuno en casa.

"Hermosa Caiful,  
No existe lugar como tú;  
Reina de Atlántida,  
Y Reina del Mar".

## **CAPITULO XIX**

### **UN PROBLEMA BIEN AFRONTADO**

El trabajo me aguardaba a mi vuelta a Caiful, trabajo que tenía que atender sin dañar mi delicada salud, de hecho más bien

tendiendo a su mejoramiento, proporcionando un adecuado grado de estímulo mental, sin tener nada de la fuerte tensión del estudio.

El día de mi llegada a casa, Menax me dijo, de una forma que me dió que pensar:

"Entiendo que el pueblo de Suernia ha perdido el poder que hasta ahora les hacia proveerse de comida por arte de magia. Tiene que ser un terrible problema para ellos el conseguir calmar el hambre".

Si Menax había dicho estas palabras con el propósito de despertar en mí un sentido de mis deberes o no, en aquel tiempo no tenía idea. Pero consideré la situación cuidadosamente. Se me ocurrió que esa gente tenía poca, si alguna, tierra cultivada como la nuestra; que probablemente no tenían un conocimiento adecuado de las artes agrícolas, laboreo y similares, y, finalmente, que no tenían músculos entrenados para el esfuerzo. De hecho, debían ser, en todos estos asuntos, algo así como niños grandes. Mientras más pensaba en el problema, más sorprendente me parecía la situación. Ví que ellos necesitarían, al menos durante un año, que se les proporcionara provisiones. También tendría que enseñárseles los métodos de agricultura, horticultura, y el cuidado del rebaño, ovejas y otros animales domésticos útiles. Más tarde, sería necesario enseñarles otras artes, tales como minería, tejido, trabajo en metal. De hecho, aquí había toda una nación de ochenta y cinco millones de personas yendo a la escuela para que se les enseñara las artes de la vida. Cuando me dí cuenta de toda la fuerza de la posición, me tambaleé. ¡Ah, pobre de mí! Caí de rodillas sobre el césped de los jardines y recé a Incal. Al levantarme me volví y encontré a Gualun mirándome con una mirada de lo más peculiar. Su rostro estaba muy serio, pero sus espléndidos ojos estaban llenos de risa.

"¿No te sientes capaz de llevar a cabo la tarea?", me preguntó.

"Zo Rai", repliqué valientemente, "tu hijo está angustiado. ¿Capaz?, sí; si Incal me guía".

"Bien dicho, Zailm. Puedes disponer de los recursos de Poseidonis para ayudarte, y éstos estarán a tu servicio".

Para no ser prolijo, se establecieron escuelas, se establecieron almacenes de alimentos en determinados distritos, y el pueblo de Suernia, la gran península del moderno Hindostán, con partes de Arabia, fué adiestrada en los métodos para conseguir auto-preservación confortable y dependencia en su conocimiento. No todo esto fué hecho, quiero decir, supervisado por mí, sólo su inicio, y durante tres años y medio la parte práctica de esta labor fué

dirigida por mí y mis vice-suzeraines. Quizás no fuí agradecido con Incal; quizás nunca pensé dos veces, en esos días de prosperidad, en la plegaria del indigente y desconocido joven sobre Pitach Rhok. Pero quizás sí lo hice, también. Más bien pienso que ni por un momento se me olvidó aquella mañana y mis votos. No obstante, es un hecho extraño que la naturaleza humana pueda desviarse de lo que sabe es la línea de lo recto; puede ser completamente consciente de cada infracción y aún así ser capaz de creer que ha sido fiel a sus votos. Las infracciones a la moral son las más frecuentes, estos pecados que no son infracciones estrictamente directas de justicia comunal sino más bien del tipo de las de María Magdalena. También es extraño que la humanidad sea raramente indulgente con las víctimas, aunque generalmente bastante parca en censurar al criminal real. No puede haber verdadera justicia en una decisión sobre cualquier sujeto del mundo hasta que, en crímenes de esta clase, no se aplique igual penalización sin tener en cuenta el sexo. ¿Resulta mi proposición demasiado sorprendente? Considerad entonces esto: la justicia humana es un sistema: si es defectuosa en un sólo punto es defectuosa en todas las cosas, ya que la justicia significa perfección, y no es la perfección la que tiene una mancha.

En la historia de la raza judaica, se pueden encontrar los últimos registros del castigo que mereció el pueblo de Suernia. Ciertamente, pueblo mío, hemos visto juntos gloria y largo sufrimiento. ¡Hemos estado juntos desde antes de la época que es, y la que pasó, fueran! Mi semilla de gran esfuerzo cayó en barbecho y devolvió más del ciento por ciento. El final no ha llegado todavía; la cosecha no se ha recogido, ni el Pueblo Elegido ha llegado aún a su recompensa por la Gran Tribulación desde que Ernon de Suernia cesó de esforzarse por ellos. El camino fué largo, pero saldrán al fin del desierto en el que entraron hace tanto tiempo, ¡y Jehova dará descanso a Sus hijos!

Tal como el Rai Ernon había dicho, el general Saldu nunca volvió a su tierra natal. Merodeó por la ciudad, poco notado por la gente, e hizo su morada en el vailx de cierto comisario poseidonio que estaba estacionado junto con otros en Ganje.

Un día, habiéndose hecho amigo de éste último, el Saldu le pidió a su amigo que le diera un paseo por el aire; nunca había hecho un viaje en vailx y tenía grandes deseos de hacerlo. En aquel momento el comisario estaba ocupado y le prometió que lo harían al día siguiente. Según esto, al día siguiente a la hora de cenar, comida que se servía en la plataforma de paseo del vailx,

realizaron la ascensión. El general había bebido bastante vino fuerte y no tenía muy estable su nivel emocional. Uno del grupo era un suernio que había sido uno de los consejeros de Ermon. El general caminó majestuosamente hasta el pasamanos de la borda del vailx para mirar hacia abajo en el aire. Cerca estaba el suernio. Ninguno de los dos se gustaban, y el Saldu, excitado por el vino, se puso peleón. El suernio, el mismo, por cierto, que se había sorprendido tanto al ver que sus poderes ocultos fallaban cuando intentó matarme, dió al general un ligero empujón, y éste cayó contra el rail. Como era muy pesado, su peso le impulsó a perder todavía más el equilibrio y cayó de lado, agarrándose al rail con ambas manos en forma bastante agil. Aquí, incapaz de levantarse, quedó colgando, pidiendo auxilio completamente aterrorizado. El capital poseidonio no era mal hombre, pero era algo estúpido, como resultado de un golpe en la cabeza debido a una caída, y aunque podía satisfacer su cometido como comisario, no era capaz de elevarse por encima de una posición subordinada. Antes de la caída había sido un hombre inteligente y todavía entonces era un inventor a pequeña escala. Este talento no le hacía ningún servicio ahora, no obstante, porque muchos otros le sobrepasaban en la misma dirección. Finalmente se había convertido en un lunático del tema, y siempre estaba tratando de utilizar la energía o de economizar potencia. Mientras que el capitán permanecía indeciso, el suernio se adelantó y lo empujó, tomando él mismo al aterrorizado Saldu por el brazo. En ese momento tanto el ex-consejero como el general Saldu comenzaron a caer a tierra, unos dos kilómetros más abajo. Entonces el poseidonio los miró mientras caían, ocupada su mente con su manía favorita de la invención, y exclamó:

"¡Qué desperdicio de fuerza; si al menos hubieran caído sobre algún mecanismo ajustado para levantar un peso!". Cómo sucedió, el comisario declaró que nunca lo supo, y por falta de testigos, junto con su obvia estupidez, la corte le absolvió.

Cuando supe lo sucedido fué a través del gobernador a quien yo había nombrado, quien informó que había relevado al capitán del mando de su vailx y de su cargo de comisario. El Saldu era el padre de Lolix, y pensé que tendría que darle la noticia lo más suavemente posible. Me quedé completamente atónito cuando, habiendo hecho esto, la oí decir con calma:

"¿Y a mí qué me importa?".

"Bueno, es tu padre" comencé, cuando ella me interrumpió con:

"¡Mi padre!, me alegro mucho. ¿Acaso yo, que amo el coraje, puedo sentir algo más que desagrado por su cobardía a la hora de la muerte, ya que gritó de terror como un niño? ¡Fu! ¡Yo no llamo padre a un cobarde!".

Me marché completamente horrorizado, en silencio por falta de palabras para expresar mis sentimientos. Percibiendo mi pensamiento, Lolix vino hasta mí, y colocando su pequeña y blanca mano sobre mi brazo, me miró a la cara de forma que mi mirada iba directamente a sus hermosos ojos azules.

"¡Mi señor Zailm, pareces ofendido!, ¿es así? ¿he dicho algo que te haya disgustado?".

"¡Dioses misericordiosos!" exclamé. Entonces, recordando un pensamiento anterior mío, de que la Saldu sólo era una criatura en ciertos aspectos, dije:

"¿Ofenderme? En absoluto, Astiku".

Entonces, ella deslizó su mano hasta la curva de mi brazo y se puso a caminar a mi lado. Esta pequeña experiencia fué el comienzo de una más larga que, aunque muy dulce durante un periodo de tiempo, culminó en angustia allí en Atlántida y, como el ave fenix, se levantó de las cenizas de los siglos muertos, sólo hace unos pocos años. Ciertamente, "el mal que los hombres hacen pervive después de ellos".

Debido a que era tan obvio que su inhumanidad se debía a la falta de desarrollo, no me disgusté con Lolix. La reprendí, ciertamente, pero en lugar de marcharme furioso por su conducta, traté de inculcarle un sentido de la enormidad de su crueldad.

Según la costumbre de su pueblo, Lolix me pidió que la desposara. Por supuesto yo no podía acceder, aunque era agradable ver como se esforzaba en conseguir mi estima. Yo no podía porque amaba a Anzimee. De este amor por mi dulce hermanita, nunca hablé a Lolix, porque me disgustaban las posibles contingencias que pudieran aparecer. Pero hice algo peor; le dije una falsedad, porque le dije que la ley poseidonia prohibía el matrimonio con extranjeros.

"¿Y nunca hay excepciones?", preguntó Lolix.

"Nunca. El castigo es la muerte".

Esta fué otra falsedad, porque en Poseidonis nunca se había aplicado la pena de muerte, ya que estaba prohibida por la ley del libro Maxin.

"Bueno, entonces, no importa. Tú eres joven y fuerte, y valiente y atractivo. Por lo tanto yo te amo. Si la ley lo prohíbe, da igual. Nadie excepto nosotros tiene que saberlo".

La última barrera había caído. La consciencia se durmió. Los pensamientos sobre Anzimee fueron dejados de lado tal como alguien aleja a un ángel acusador. ¿Pensé en Pitach Rhok y en mis días de inocencia? ¿O en el misterioso desconocido a quien había escuchado con asombro al principio de mi vida en Caiful? Sí, pensé en estas cosas. Pensé en Incal, y dije:

"Incal, Dios mío, si alguna vez estoy a punto de pecar a tus ojos, al olvidar las leyes de la sociedad y del matrimonio, haz que muera antes de que peque".

Pero Incal no me hizo morir, no entonces, sino más tarde siglos después. No me hirió entonces, la consciencia acalló el sonido, pero la pasión se despertó.

## **CAPITULO XX**

### **DUPLICIDAD**

El año en el que no se me permitió estudiar pasó rápidamente y sin sucesos dignos de mención, excepto que las complicaciones se multiplicaron por causa de Lolix. Mi afecto por Menax llegó a ser casi recíprocamente tan grande como el suyo por mí, que era ilimitado. Pero no le dije lo que, de forma cada vez más agobiante, pesaba sobre mí según pasaba el tiempo, mi relación amorosa secreta con Lolix. Haber hecho esto hubiera sido lo mejor, no obstante no me atreví, porque hubiera perdido lo que más amaba. Al menos, eso temía yo entonces.

Según pasaba el tiempo comencé a cuestionarme mi actitud. ¿Amaba yo a esta hermosa muchacha? No como amaba a Anzimee. "¡Oh, Incal, Dios mío, Dios mío!", sollocé con angustia en el alma. La consciencia todavía dormía, pero se removía inquieta. El hecho de que Anzimee fuera mi hermana por adopción no le impedía convertirse en mi esposa, porque la ley de consanguinidad quedaba respetada. Pero mis propios actos cerraron el camino.

Mi estratagema de domiciliar a Lolix en un palacio situado en un extremo alejado de Caiful desde el Menaxithlon se llevó a cabo con éxito sin levantar la sospecha de nadie, ni siquiera provocar los celos de Lolix. ¡Duplicidad, duplicidad!

Entonces, me dediqué a cortejar a Anzimee sin estar restringido por la presencia de la que habría podido ser un factor peligroso si siquiera hubiera sospechado que la hija de Menax no era mi hermana por los lazos de la consanguinidad. Pero mis días comenzaron a llenarse de temor, porque yo había visto los dientes

al lobo; el desenlace de los asuntos que tienen al mal por guía es invariablemente de dolor y amargura. Supongamos que Lolix nunca se cansara de mí, y que yo no tuviera ni el corazón ni el deseo de hacer nada que la obligara a hacerlo, las leyes de la naturaleza siempre podían provocar una revelación de los hechos que podría ser fatal para mis esperanzas; y aunque a menudo yo gritaba en agonía de alma que yo era un desgraciado, la conciencia todavía dormía.

Pero el mío no era un carácter que se detuviera en sus resoluciones debido a la cólera. Si yo estaba enredado en un juego de destreza con el Maligno por oponente, jugaría lo mejor que supiera. Así pues, decidí deshacerme de Lolix, una decisión que llegaba tarde, porque el fruto de nuestro pecado había llegado y se le proporcionó un hogar secretamente, porque yo no podía cometer asesinato. Todos estos planes fueron llevados a cabo, con toda fortuna, según pensé, sin que nadie lo supiera. Pero, cómo podía deshacerme de una encantadora mujer, Lolix. Sólo quedaba un año para que yo me examinara para conseguir mi diploma en el Xioquithlon. Si aprobaba, me proponía pedir a Anzimee, que yo sabía que también me amaba, que fuera todo lo que el honroso nombre de esposa conllevaba.

En la tarde, o al mediodía, no había nada que complaciera más a Anzimee que pasear sola, o con Menax o conmigo por los jardines del palacio, bajo las palmeras y festones de viñedos en flor que coronaban todas las paredes, formando frescos largos túneles verdes, moteados con los más radiantes tonos de la Flora. Por las aberturas de estas verdes paredes podíamos ver los lagos artificiales, las colinas, los acantilados y cascadas, y más allá de éstos, podíamos contemplar Caiful con sus palacios y viñedos y su medio millar de colinas, grandes y pequeñas. Paseando por entre tales escenarios al lado de aquella que era tan querida, ¿es acaso extraño que mi alma quedara en tales ocasiones aliviada de parte de su peso de pecado y tristeza?

Tardé tanto en tomar acción con el caso de Lolix que comencé a temer el tomar cualquier curso excepto dejar que los sucesos se ordenaran por sí mismos. Sí, perdí confianza en mi capacidad para resolver el peligroso problema, por temor a que empeorara el asunto. Así pasaron los días y el exámen se acercaba. Yo no descuidaba a Lolix, no podía, ni tampoco tenía deseos de hacerlo. Estaba con ella muy a menudo; ciertamente, con una extraña ceguera del mal que hacía. Dividía mi tiempo libre entre Lolix y Anzimee. En ocasiones temía que Mainin, Gualun, o quizás ambos,

conocieran mi secreto. Lo conocían, también, porque su visión oculta era demasiado aguda como para impedirles conocer los hechos. Pero ninguno hizo un signo, ni Mainin, porque él no se preocupaba del mal secreto que se estaba haciendo, como veremos pronto. Ni Gualun, no porque él, como Mainin, no se preocupara, sino porque era misericordioso y sabía que el karma tenía reservado un castigo más terrible que el que cualquier hombre pudiera infligir, y su misericordia le impidió añadir más penalización a mi castigo. Así pues, el cáncer permaneció oculto a la mirada pública, y no supe que el noble monarca era un triste espectador de mis fechorías. No me extraña su semblante triste cuando me veía en el último año de mis estudios.

Anzimee había pospuesto la época de su exámen en Xio hasta el año en que yo me graduara, y de aquí, las festividades que siempre seguían a los exámenes como demostración de alegría por el éxito de los que recibían sus diplomas, la incluirían en la honorable lista, porque ella había aprobado con notas muy altas.

El Rai ofreció una cena a los ganadores, y esta fiesta inauguraba un largo período de cenas de alta sociedad, bailes, fiesta, conciertos y representaciones teatrales, todas para la misma celebración. Anzimee, vestida con una túnica de seda grisácea, con su oscuro cabello atado con una encantadora rosa, y sobre su hombro un alfiler de zafiros y rubíes, fué presentada por Gualun en la cena de gala al nuevo Xioqi como la "Ystranavu", o "Estrella de la Tarde". Esta era un distinción social similar a la moderna de "Reina del Baile".

Sabiendo que el Rai Gualun conduciría a su sobrina a la mesa y sería su escolta, yo llevé a Lolix, ya que tenía el derecho de hacerlo, porque yo era graduado y el poseedor de un diploma podía elegir una acompañante, que podía ser o no una graduada. Lolix, por mi bien, había estudiado mucho durante los últimos tres años, y ahora estaba en su segundo año en el Xioquithlon, a donde fué desde la escuela primaria. Yo comenzaba a sentirme orgulloso de la muchacha, y sentía cariño por ella; ciertamente, habría sido de lo más despiadado si no hubiera sido así, después de su sacrificio por mí. Varias veces ví a Gualun mirándome intensamente —yo me sentaba no lejos de él— y en una ocasión, al pasar a mi lado después de la fiesta, murmuró tristemente:

"¡Oh, Zailm, Zailm".

Como es de imaginar, este comentario no aumentó mi paz mental. Pero aquella noche pasó sin mayor inquietud, como en muchas ocasiones anteriores.

Al entrar con Lolix en el gran salón del Agaoe, observé las muchas miradas de admiración que despertaba su belleza en los muchos caballeros que saludamos, nobles de alto rango. Ella se había convertido en una muchacha bella y, sobre todo, de buen carácter, que ya no era cruel, sino muy gentil desde su triste experiencia secreta como madre y consiguiente privación de la alegría de la maternidad, ya que no podría conocer a su hijo. Había recibido propuestas de honorable matrimonio que había rechazado, sabiendo como sabía que el hecho de que le propusieran matrimonio mostraba mi falsedad cuando le había dicho que las leyes de Poseidonis prohibían nuestro matrimonio. Pero su amor por mí, debo admitirlo, era fiel y no disminuyó. Y guardó el secreto bien y por mi bien, ¡a pesar de lo canalla que yo era! Al mirarla, sentí que yo la quería mucho. Pero a Anzimee la quería más, y por lo tanto la horrible tragedia siguió. Yo sabía que por mi amor Lolix primero había reprimido sus comentarios despiadados, después había tomado interés en aliviar el sufrimiento por sí mismo, y así se había convertido de una hermosa espina en una gloriosa rosa de encantadora femineidad, con muy pocas espinas en verdad. ¿Tenía yo alguna conciencia que mereciera tan nombre, al no presentarme ante el mundo y tomar a Lolix por esposa después de todo este ilimitado amor por mí? No, no en Poseidonis. La conciencia no estaba dormida; es que nunca había existido; aún no había nacido, y tenía que crecer en un tiempo futuro. Así, la némesis del juicio todavía sostuvo su golpe.

## **CAPITULO XXI**

### **EL ERROR DE UNA VIDA**

La comparación es un buen ejercicio mental. Es bueno para el lector y para mí mismo, así como para Anzimee y Lolix, el que yo haga ahora una comparación analítica de estas dos mujeres.

¿Qué era lo que de forma tan inalterable hacía que yo deseara desposar a Anzimee y no a Lolix? Ambas eran damas, la primera por naturaleza, y la segunda por sí, por naturaleza también. No obstante, yo estaba a punto de adscribir la dulce caridad de Lolix a la percepción por su parte del dolor que ella sentiría, colocada en una situación igual a la de aquéllos que soportaban los mismos hechos. Pero la capacidad para percibir de esa forma vendría sólo de la existencia de ésta en su naturaleza. No, era su naturaleza que finalmente se había desarrollado. Ambas mujeres eran refinadas,

inteligentes, y ambas eran hermosas, aunque de tipos tan diferentes como una rosa en flor y una azucena blanca. Anzimee una hija de Atla; Lolix lo era por adopción. Una pequeña diferencia, con seguridad, ya que ambas estaban totalmente de acuerdo con, y eran igualmente sensibles al bien, a lo bello y a lo verdadero, en el refinamiento pulido de la erudita Poseidonis. Realmente, las relaciones entre Lolix y yo eran ilícitas, pero ella no era por eso menos querida para mí, ni mi cariño por ella menos tierno y amante. Su compañía se había convertido en parte de mi vida. Si yo tenía una preocupación o estaba deprimido, ella interponía su amabilidad y me animaba. Mis preocupaciones eran también las suyas; mis alegrías sus alegrías. En todo menos en el nombre ella era mi esposa. Entonces, ¿por qué no reconocía el hecho ante la humanidad? Porque el karma ordenaba otra cosa. Yo amaba a Anzimee también. A través de este amor, el karma actuó para anular sus propias tendencias de desposar a Lolix. Y la forma de su actuación se tradujo en mi reconocimiento de que Lolix poseía todos los requisitos para hacerme feliz excepto en una sola cosa, la de la percepción psíquica de la relación de lo finito con lo infinito. ¿Absurdo? No. Que mi alma anhelara tal capacidad en ella, y no la encontrara, pero sí en Anzimee, era una evidencia del crecimiento del naciente interés en la vida oculta de los Hijos de la Soledad, que de alguna forma había madurado por las palabras del Rai Ermon de Suernia, años antes. ¿Decís que si un interés tan pequeño hiciera tanto daño en la vida, ese profundo interés no compensaría la pérdida del alma, por lo que no lo aceptaríais? En absoluto. Fué el no ser fiel al ideal ganado en aquel tiempo, fiel con toda mi alma, lo que hizo la fechoría, igual que el mito de la esposa de Lot, nunca hubiera sido convertida en estatua de sal si hubiera obedecido, no a la curiosidad, sino a la prohibición superior.

Lolix no tenía la más remota percepción de este vínculo psíquico entre las cosas de la tierra y las cosas de lo infinito. Yo lo tenía; sabía que Anzimee lo tenía; por lo tanto, ordené mi vida para incluir a Anzimee en ella y excluir a Lolix, por lo que hice a ambos, a mí y a mi concepción de Dios (que no es sino una expresión redundante, porque nadie finito puede dañar lo Infinito) una terrible injusticia. Pero el karma mantenido en suspenso por el mal de mi vida, demandaba pago; y lo consiguió, cada iota; no hay palabras para describir el sufrimiento de la expiación. Apenas lo intento y me sentiré satisfecho si una percepción de alguna parte del mismo detiene a otros para que no pequen, debido a la certeza

de que no existe expiación indirecta por el mal hecho, ni escapatoria al castigo.

La Ley del UNO dice: "A menos que un hombre venza, no herederá Mi vida, yo no seré su Dios, ni el será Mi hijo". No hay más que un camino para tal victoria, las recurrentes entradas en la reencarnación material, hasta que los errores de la voluntad personal sean purgados a la Voluntad Divina. No existe el deshacer el error de forma indirecta, y pronto os mostraré por qué. Nadie puede respirar por tí. La reencarnación, el aprisionamiento recurrente del alma en el cuerpo de carne, no es sino expiación, castigo. Si en Su Nombre os habéis liberado, si en ese Camino habéis vencido, y en lugar de ser esclavos scis señores del deseo, habéis deshecho el pecado. Entonces ya no existen más reencarnaciones para vosotros en la prisión de esta muerte, mal llamada vida. No existe otro Camino; el Gran Maestro no señaló ningún otro.

En expiación de mi oscuro pasado tuve que volver al mundo, vuestro mundo de pecado, pena, enfermedad y dolor, y anhelos frustrados de paz que sobrepasa el entendimiento. ¿No son mis doce mil años o más de ulteriores vagabundeos en la lejana tierra de este mundo, lejos de la casa de mi Padre, y alimentándome de las migajas llamadas alegría, sufriendo las fiebres, los dolores y el fracaso de las esperanzas, suficiente expiación? No obstante, por un poco más de tiempo tengo que, e impulsado por el amor, servirle voluntariamente. Algunas almas tendrán incluso que hacerlo más que yo, si no rectifican. ¿Qué desearéis? la voluntad es el único Camino al conocimiento esotérico, u ocultista cristiano. Quienquiera que tenga voluntad, tendrá Vida Eterna. Pero la voluntad para vencer tiene que reemplazar a nuestra voluntad de deseo, tal como el aire fresco reemplaza lo que exhalamos por nuestros pulmones. Igual que la atmósfera está a nuestro alrededor, y, al inhalarla, se convierte en nuestro aliento, así la Voluntad del Espíritu está a nuestro alrededor y, entrando en el corazón que ha decidido forzar a la serpiente a la sumisión, no dejará que sucumbamos. Pero yo, y Lolix, rechazamos este Aliento, y rebeldes, nos alejamos. ¡Oh!, ¡el horror, el dolor, de las eras perdidas, perdidas con ella! Pero vueltas a encontrar por ambos, al vencer. Siento tener que admitir que tal moral oblicua pudo alguna vez haber deformado mi carácter, ¡incluso hace doce mil años! La Voluntad es el único Camino a Cristo.

¿No es una suposición impresionante, pensar que, habiendo decidido dejar a un lado a Lolix e instalar a Anzimee en su lugar

por medio del honorable matrimonio ante el mundo, yo era capaz de calcular mi conocimiento de Lolix y confiar en que aceptaría guardar mi secreto debido a su altruista amor hacia mí? ¡Monstruoso! Yo sabía que Lolix no hacía nada a medias. Habiéndose entregado a mí, no expondría a la luz mi iniquidad, aunque la rechazara por otra, la sociedad no censuraba a una mujer traicionada.

Siguiendo con mi plan, me propuse obtener la afirmación verbal del amor que hacía largo tiempo había sido declarado por el comportamiento de Anzimee. Entonces le diría todo a Lolix, sin reservarme nada, y me entregaría a su misericordia. Incluso después de todos estos muchos siglos, cuando —¡Loado sea Dios!— la reparación al fin se ha completado, miro el registro de esta parte de mi vida cuando yo era Zailm, y me asombro de que esta confesión no haga agujeros en el papel sobre el que se escribe. La vileza moral es algo terrible, porque, aunque consciente de estar pecando, apenas me daba cuenta de la horrorosa negrura de mi acción.

¿Puedes tú lector, disociar tu horror ante la acción lo suficiente como para interesarte en el relato de mi declaración de amor hecha a Anzimee, después de que había escondido a mi propia vista el mal de mi vida? Puede ser casi fútil intentarlo; no obstante es posible olvidar algo fuera de nuestra vista, al menos hasta cierto punto.

"Ese puede sonreír, y sonreír, y ser un villano".

Más específicamente, es fácil sonreír cuando el mal está en un tiempo pasado tan lejano, está expiado, y el villano ya no lo es. Me perdonarás si apunto el Camino de la expiación. De todos mis miles de años de mis muchas vidas, a las cuales apenas puedo referirme brevemente en esta historia, saco una lección para tí que el cansado peregrinaje me ha enseñado, y en mi alma ruego que la escuches. Porque anhelo mi liberación, cuando pueda ir a los benditos dominios que mis ojos han visto, mis oídos han oído, y donde yo mismo he estado, con El que abre y ningún hombre cierra, y cierra y ningún hombre abre. Así pues, conoce esto, y estas cosas; mientras que cualquiera que lea mis palabras se aleje, y no quiera conocer y hacer Su Camino, mientras que me dejéis fuera de mi parte en la Gran Paz, hasta que Su espíritu cese de esforzarse con vosotros, o estorbaros, estoy trabajando y sacrificándome para que podáis conocer el Camino y recorrerlo. No obstante, algunos de vosotros seréis, incluso al final, de los que, negándole, seréis negados por El. De entre todos los gloriosos

sistemas de mundos, sólo la Tierra niega, porque reconociéndole con palabras y gritando: "Señor, Señor", no obstante, se odian los unos a los otros en sus corazones dominados por la serpiente. No penseis que uso alguna figura literaria cuando digo "serpiente"; los microscopistas saben de lo que hablo. "El que siembra en la carne de la carne recogerá corrupción; pero el que siembra en el Espíritu del Espíritu tendrá Vida eterna". Aquellos que están vivos han crucificado la carne con sus afecciones. Algunas cerrarán los ojos y los oídos al mensaje que tengo de El. Por éste la semilla de Vida Eterna será sacada de sus almas, y morirán. Pero tantos, como en todas las cosas, se vuelvan hacia el Camino no serán expulsados. Lo dijo El que es verdadero. Mantened vuestras lámparas preparadas y sed prudentes, no vírgenes necias.

## CAPITULO XXII ZAILM PROPONE

Mi mente estaba llena de la cuestión que para mí era de importancia capital, cómo hacer mi proposición de matrimonio a Anzimee. Tal pensamiento es común a todos los amantes, de toda raza y nación, donde el emparejamiento no es dirigido por los padres.

Habiendo establecido un tiempo para hacer la importante proposición, busqué a Anzimee. La información de que estaba ausente en el palacio Roxoi, uno de los tres palacios destinados al Rai, pero raramente usado por él, fué un tanto perturbadora. Lolix residía en Roxoi, y así había sido desde la época en que ordené su transferencia desde el Menaxithlon. Pero yo no había alterado mi propósito de ver a Anzimee; así pues, mientras viajaba por la ciudad, a 64 kms. de Roxoi, pensé en la nueva situación. Yo sabía que las dos muchachas eran amigas, y este hecho pareció complicar las cosas.

Al llegar a Roxoi, encontré a Anzimee en los jardines, sentada cerca de una cascada que caía sobre un acantilado de cuento de hadas hacia un lago. Estaba sola. Al acercarme, ella preguntó, en tono sorprendido:

"¿Dónde está Lolix?"

"¿Dónde?", repetí, "no lo sé. Me dijeron que estaba contigo".

"Y era verdad. Pero tomó mi vailx y se fué diciendo que iba a buscarte, para que nos fuéramos los tres de excursión".

Pensé rápidamente. Menaxithlon estaba a 64 kms., cruzando

la ciudad hacia el sur. El vailx tiene que tardar unos cuarenta minutos en llegar allí y otro tanto en volver. Ochenta minutos. Esto sería suficiente.

Sentándome al lado de Anzimee, tomé su mano en la mía. A menudo había hecho antes lo mismo, e incluso la había rodeado con mi brazo, pero en una forma completamente filial. Ahora el simple contacto de los dedos parecía eléctrico, y ella pudo detectar inmediatamente la intensidad de la excitación que me poseía. El fino lenguaje que me había propuesto utilizar había desaparecido, y en lugar de tratar de recobrarlo, dije simplemente:

"Anzimee, ¿podrían las palabras hacer más profunda la certeza de mi amor por tí? No puedo expresarlas; ¡pero te pido, niñita, que seas mi esposa!".

Y por respuesta ella contestó con una breve frase:

"Zailm, ¡que así sea!".

Lo que siguió el lector lo puede imaginar; tu propia fantasía te situará mejor, porque con seguridad que la escena no es difícil de imaginar.

Cuando Lolix volvió, yo ya me había ido, no tan rápidamente, porque Lolix se había retrasado al volver, por lo que habían pasado tres horas desde su marcha.

Supe que pocas cosas eran más ciertas que Anzimee le confiaría su alegría a Lolix. Pero yo no tenía miedo, porque estaba seguro de que Lolix no traicionaría nuestro secreto, no importa cuán terrible fuera el golpe que tuviera que soportar. Tal como supuse, Anzimee le contó la historia de mi proposición matrimonial, y que ella me había aceptado. Cuando había terminado, Anzimee dijo que su amiga la miró por un momento, y a continuación cayó desmayada al suelo. Cuando se hubo recobrado, parecía tan tranquila que incluso Anzimee no cuestionó su afirmación de que el desmayo se debía al nerviosismo. Esto ocurrió por la tarde. Anzimee, llena de sentimientos felices, ayudó a acostarse a su amiga, despidió a los criados, esperó a que se durmiera, y volvió a casa. No supe todo esto hasta el día siguiente. Pensé que lo mejor era tener una entrevista con Lolix enseguida, y así experimentar todo el dolor y terminar con esta angustia. ¡Iluso mortal!

Fuí a Roxoi, y entrando en el Xanatithlon, esperé a Lolix, a quien había enviado un mensaje que deseaba verla allí. Ella vino. Parecía que habían pasado diez años por ella desde que la ví por última vez. Cansada y pálida, con grandes ojeras oscuras bajo sus hermosos ojos azules, en los que fluían las lágrimas cuando me miró. ¡Pobre muchacha! Pero, ¿qué podía hacer yo? Esto es lo que

pensé. Me remordió un poco la conciencia pero poco, porque la ceguera del pecado es espesa y hace enmudecer al alma.

Ella habló primero:

"¡Oh, amor mío, amor mío! ¿Por qué has hecho esto? ¿Crees que podré vivir? Hace tanto tiempo que sé que no existe ley que prohíba nuestra unión, y he esperado que hicieras lo que era correcto, confiada que el día llegaría pronto en que me pidieras que compartiera tu orgulloso nombre. Pero, ¡Oh, Incal!, ¡Dios mío, Dios mío!", exclamó, estallando en un mar de lágrimas, que pronto fueron reprimidas. Entonces, en una voz más calmada, llena de terrible dolor, siguió:

"Zailm, yo te amo demasiado, incluso ahora, como para amonestarte! Soy tuya para que hagas conmigo lo que quieras. Te dí mi vida hace mucho, te dí mi bebé, y tú lo llevaste a una casa donde nadie pudiera sospechar su filiación. Zailm, he hecho más también —hubo otro que— ¡Oh, Incal, perdóname!, que envíe a Navazzamin, para que no te acusara, Zailm! Y ahora, yo, a quien tú llamabas tu queridita de ojos azules, yo, que te amo más que a mi vida, ¡soy apartada de tu lado por tí! ¡Oh, Dios!, ¿por qué me haces sufrir así? ¿Por qué me golpeas así?".

Comenzó a llorar con agonía, y yo no lo impedí, sabiendo que algunas veces las lágrimas son un bendito alivio. ¿Me había amado así? ¡Estúpido!, no haberlo notado por sus acciones, que hablaban más alto que las palabras podrían hacerlo. Mi corazón me remordió ahora ciertamente, y recé, recé a Dios para pedir perdón, y le rogué a ella. ¡Demasiado tarde! La conciencia al fin se despertó, mordió, se extendió como Minerva, totalmente armada para el combate.

Cuando Lolix hubo recobrado la calma, dijo, en tal tono destrozado como nunca habían oído mis oídos:

"Zailm. Te perdono. Ni siquiera ahora te traicionaré, ya que a quien amé una vez amaré hasta la muerte; además, también, si el amor sobrevive a la muerte. Si has venido a decirme adios, ¡que así sea! Pero déjame ahora, ¡porque estoy casi loca! Pero recuerda, querido, que si en tu nueva vida no eres feliz, aunque pido a Incal que así sea, que una vez latió por tí un corazón amante, más amante, quizás más verdadero, que el que pienso encontrarás en tu nuevo amor. No viviré mucho tiempo para ser una sombra en tu paz. Bésame una vez más como lo harías si yo fuera tu propia esposa ante el mundo, como lo soy ante los ojos de Incal, y habiendo muerto, estuvieras a punto de confiar mi arcilla a la Luz no Alimentada".

Con estas palabras se paró, habiéndose levantado y viniendo hacia donde yo estaba, y colocó sus brazos alrededor de mí, dándome un fuerte abrazo. Me tuvo un momento así, entonces sus labios, tan fríos como los de alguien que está en la compañía de la Muerte, ¡se unieron a los míos en un largo y sollozante beso! Me soltó, se quedó de pie un momento, y se fue. Así me dejó. Estuve sentado mucho tiempo en medio de las flores en el gran invernadero de Roxoi.

"Los capullos se abrieron brillantes—pero un gusano estaba debajo,  
La luz de la luna brillaba espléndida—había destrucción en el rayo;  
Dulcemente susurraba la brisa—pero susurraba de pena,  
Y la amargura fluyó en la corriente que fluía suavemente".

#### EL KARMA DISPONE

Aquella noche las amonestaciones de mi inminente boda con Anzimee serían anunciadas por el Incaliz Mainin en el gran templo, porque en los casos de alto rango social era costumbre añadir formalidad extra al anuncio. Si, durante la ceremonia, ocurría una muerte dentro del Incalithlon, la costumbre decretaba que tenía que pasar un año antes de que se consumara el ritual del matrimonio. En cualquier caso, tenía que pasar un mes después de las amonestaciones, que consecuentemente eran efectuadas inmediatamente después de que se establecía el compromiso matrimonial. Por razones desconocidas, Mainin el Incaliz no deseaba que Anzimee se casara con nadie, pero como no tenía autoridad sobre ella y la trataba poco, guardó silencio con respecto a sus deseos.

A la hora apropiada, Anzimee y yo nos presentamos ante Mainin el Incaliz, sentado en el Sagrado Asiento. A nuestro lado estaba Rai Gualun y Menax, siendo nosotros cinco el blanco de todas las miradas de una gran audiencia.

Con voz clara y lenta, el Incaliz comenzó una invocación a Incal. Pero en medio de este servicio, una mujer se deslizó rápidamente cruzando el triángulo del Lugar de la Vida, en el centro de cual estaba el Maxin. Era Lolix. Estaba tan bien arreglada y vestida como siempre era su orgullo estar. Aparte de la terrible mirada de sus ojos no ví nada extraordinario en su apariencia. Pero haber pisado el Lugar de la Vida era algo no permitido, y este acto centró todas las miradas en ella. Significaba que apelaba a la autoridad del Rai.

"¿Qué deseas?", preguntó Gualun.

"Zo Rai, en Salda, mi tierra natal, era costumbre permitir a cualquiera de ambos sexos cortejar al otro para pedirle en matrimonio. Yo cortejé a este hombre, el Astika Zailm, ignorante de que él amaba a mi amiga—¿cómo podía yo saberlo? Y ahora, te suplico, niega las amonestaciones, ya que tienes el derecho de hacerlo".

"¡Mujer, lo siento mucho por tí!, pero las costumbres de Salda no son las de Poseidonis. No puedo acceder a tu petición".

Yo había sentido un terror mudo por miedo a que mi crimen al fin fuera revelado. Pero el miedo desapareció cuando la esbelta y graciosa figura de Lolix se alejó y se perdió entre los concurrentes. Entonces, las interrumpidas amonestaciones se reanudaron. Cuando Mainin dijo a Anzimee:

"¿Declaras que es tu deseo desposar a este hombre?", ella replicó:

"Sí".

"Y tú, ¿declaras que es tu deseo desposar a esta mujer?", a lo que yo dije: "Por supuesto, si Incal no lo impide". Al contestar yo la ceremonia volvió a ser interrumpida por segunda vez por Lolix, que una vez más vino hasta el Lugar de la Vida, pero esta vez tan deprimida como si fuera perseguida por alguien. Se paró al lado opuesto de la Luz no Alimentada, y dijo:

"¡Incal lo impedirá". Mira, vengo a desposarte ahora, Zailm, y aquí! ¡El Dios de las almas difuntas será nuestro Incaliz, esta daga, nuestra proclamación de boda, amonestaciones y todo lo demás!

Debería haber dicho antes de comenzar la narración de las preguntas que se nos hicieron a Anzimee y a mí, que después de la invocación de Mainin, él, Anzimee y yo, y el Rai con Menax, habíamos dejado el Sagrado Asiento y habíamos ido hasta el Lugar de la Vida, por lo que Lolix ahora estaba muy cerca de mí. Al hablar de la daga sus palabras eran tranquilas, pero dichas rápidamente—¡era la tranquilidad de la locura! Enloquecida por el curso que yo había tomado, Lolix estaba allí, con sus hermosos ojos azules llenos de chispas de locura. Con sus últimas palabras todavía sobre sus labios, me golpeó el pecho con el arma afilada. Desvié el golpe con mi brazo, que fué herido por el tremendo golpe. Al sacarlo de un tirón, la sangre brotó y cayó al suelo de granito. Al verlo, Lolix emitió un terrible grito, diciendo:

"!Loca! ¡Loca! ¡¡¡LOCA!!!" y con brusco movimiento se fué al centro del Lugar de la Vida, donde se quedó al lado del cubo del Maxin.

Anzimee se desmayó; Menax estaba como petrificado, mirándome sangrar, mientras que Gualun, pálido pero tranquilo, se dirigió a un guardia cercano:

"¡Arrestad a la loca!". La orden del Rai atrajo la atención de Lolix, quien dijo al soldado que se aproximaba:

"No, no, no me arrestes. Yo estaba loca, pero ahora no. Quienquiera que me toque, le maldeciré, y después moriré en el Maxin".

Siendo supersticioso, el guardia se paró, ya que no se atrevía a tocarla, ni a desobedecer al Rai. En su terror, se volvió a éste último y comenzó a pedir excusas.

"¡Silencio!", tronó Gualun. Entonces, con tono gentil dijo a Lolix: "Mujer, ven a mí".

"¡No, Zo Rai! En este lugar al lado del Maxin nadie bajo la ley puede ejercer violencia sobre mí. Por lo tanto, ¡aquí me quedo!".

Hablando así, Lolix se arregló su desarreglado turbante, cruzó los brazos y después, recostándose sobre el cubo Maxin miró con calma al Rai. Este no se movió, pero la miró primero a ella, y después a mí. Lolix, aunque todavía estaba cerca del Maxin, se había puesto derecha y ya no tocaba el cubo.

El Incaliz Mainin había estado inmóvil de pie durante toda esta excitación. Ahora, habló para decir:

"¡Ah, Astiku de Salda, ahí permanecerás, ciertamente, durante mucho más tiempo de lo que tú piensas!".

Había hablado con suma calma, incluso suavemente, mirando todo el tiempo a la infeliz muchacha. Cuando se volvió hacia el Rai, vió una mirada de horror en su rostro, y rápidamente desvió la mirada otra vez, terminando la lectura de las amonestaciones. Yo apenas le escuchaba, ya que en parte estaba ocupándome de mi brazo herido, y en parte de Anzimee, quien, sólo parcialmente recobrada, y todavía medio desmayada, se apoyaba en mí buscando apoyo. Cuando la ceremonia hubo terminado, el Rai Gualun, colocando una mano en cada una de nuestras cabezas, dijo:

"¡No sólo un año deberá pasar antes de que podáis casaros, sino mucho más tiempo! Zailm, yo te perdono tus pecados hasta donde yo puedo hacerlo, en cuanto a las leyes humanas que tú has infringido. En cuanto a tu compañera en el error, ya no importa".

Entonces, volviéndose a Mainin, el Incaliz, severamente dijo:

"¡Debido a tu espantosa acción, tú y yo seremos para siempre extraños! Ahora te conozco, al fin, como realmente eres".

Habiendo dicho esto, para sus oyentes, en un lenguaje enigmático y sorprendente, Gualun dejó el Incalithlon. Mainin

también se fue. Menax, se quedó intrigado con relación a la infeliz causa de todo este problema, le habló según estaba ella al lado de la Luz no Alimentada. Ni respondió ni se movió. Yo me acerqué a ella y la llamé gentilmente:

"¿Lolix?"

No recibí respuesta ni hubo movimiento. Toqué su corpiño de seda, ¡pero recibí una sacudida que me hizo tambalearme como si me hubieran golpeado! Su corpiño era tan rígido como la piedra. Toqué su mano; ésta, también, estaba fría y rígida. Su rostro, incluso sus onduladas trenzas castañas, también estaban rígidas. No solamente estaba muerta, ¡sino que era de piedra! Como alguien en un sueño, demasiado sorprendido como para estar horrorizado, pero todavía poseído de una extraña curiosidad, raspé con mis nudillos en los finos bordes de los pliegues de su túnica, y oí un sonido metálico. Tomé un dedo; se rompió, y entonces, en una oleada de terrible horror vivo lo dejé caer al suelo de piedra; se rompió en fragmentos como un fragil trozo de roca. Todavía estaban las trenzas doradas, con las que yo tan a menudo había jugado acariciándolas, con su antiguo encantador color. Su rostro, sus ojos azules, incluso, tenían el mismo tono natural que habían tenido en vida, ¡pero en todo lo demás su cuerpo era de piedra y su alma se había ido para siempre! Su precioso pie, asomando por debajo del borde de su túnica, no sólo era como el resto, de piedra, sino que estaba petrificado pegado al pavimento de piedra sobre el que se posaba. Al fin me daba cuenta de todo. Esta horrible acción fué obra de Mainin en el instante en que miró a Lolix al hablarle. Había prostituido su sabiduría oculta, y por esto Gualun le había maldecido. La carne y sangre y vestimenta de Lolix había sido transmutada en piedra sólida. Esta petrificación era todo lo que quedaba de la pobre, equivocada, abandonada Lolix, una perfecta estatua que, si se la dejaba, podía quedar allí durante muchos siglos, hasta que incluso la piedra llegara a hacerse polvo finalmente.

Todo el horrible significado de aquello vino a mi mente al fin. ¿Era yo el principal responsable de ello? En aquel momento yo sabía que lo era, sabía que el asesinato estaba en mi alma, así como en la de Mainin, que nunca habría tenido esa oportunidad, al menos dada por mí.

Incluso en su locura temporal Lolix me había sido fiel. No había dicho nada que me incriminara. Si Gualun lo sabía, y yo estaba seguro de que así era, me dió su perdón hasta donde la ley humana estaba involucrada. Para la infracción a las leyes de Incal

él no podía otorgar el perdón, esta infracción se convertía en Karma, y establecía un amplio desierto de arenas de pecado para quemar mis pies cuando yo pasara por ellas antes de que pudiera recorrer el estrecho camino del logro. La larga expiación estaba ante mí. Miré a la muda forma de la muchacha que yo había amado tan tiernamente, y todavía amaba, hasta que Menax, que se había dado cuenta del terrible suceso mientras yo permanecía estupefacto, pero en quien el principal efecto era un deseo de abandonar el lugar lo antes posible, me tomó por el brazo.

"Ven, Zailm, vayamos a casa".

Lanzando una última mirada de remordimiento, obedecí. Encantadora Lolix. Su voz estaba todavía en muerte, ¡y por culpa mía! Al caer el remordimiento sobre mi alma, pensé que ahora hubiera dado cualquier cosa por poder pedir a Anzimee que me liberara de mi compromiso, confesarle todo, y con su consentimiento hacer de Lolix mi honorable esposa, pero ya era demasiado tarde en esa vida para reparar así el daño. ¡Ya no podría la tierna mirada de amor brillar sobre mí desde esos azules ojos como estrellas! Ya no reclinaría mi cansada cabeza sobre su hombro, cuando con gentil caricia ella ahuyentaba mis preocupaciones con una suave gentileza. ¡Ah, dioses! ¿Qué había perdido? Mi vida, que parecía completa, y como una esfera parecida a la luna llena, parecía haberse partido en dos y sólo una mitad quedaba, como cuando este astro sale tarde por la noche, deshecha y rajada, carenando por la noche de la existencia.

Anzimee no supo nada de la terrible realidad; se había quedado demasiado aturdida por la repentina noticia de la repentina locura de su amiga. Ella no debía saber, si era posible evitar que lo supiera. Fuimos hasta nuestro coche y, solemne uno, aturdida la otra, y terriblemente arrepentido el tercero, subimos al mismo y fuimos a casa a Menaxithlon. ¿A casa? ¡Sentí que yo ya no tendría paz en el hogar! La vida se había convertido en un desierto, sobre el que campeaban los esqueletos de la desesperación, el pesar y la pena, sobre nosotros el cielo sin luna, bajo nosotros en la noche una extensión de arena desértica, ondulando aquí y allá con los vientos rápidos. Lolix se había ido, Anzimee nunca sería mía, tal como sentí en presentimiento profético del alma, y así, con la cabeza baja, me senté en medio del desierto de mis días y dejé que los fantasmas danzaran a mi alrededor y se mofaran de mí, sin prestarles atención.

### CAPITULO XXIII

#### UN TESTIGO ANTE EL CRIMINAL

Los estados mentales, de sentimiento y de intuición son las únicas cosas reales que existen. Jesús, aunque era el Hijo de Dios, y Juan y Pablo, todos ellos eran Hijos de la Soledad, Hegel, Berkeley, Sterling, Evans, todos ellos teosofistas verdaderos y cristianos verdaderos, se están convirtiendo en Hijos, y están en consonancia con esos estudiantes de la naturaleza, sin par y de antiguo, cuando dicen que: "Solamente el espíritu es real; todo lo demás es ilusión".

Si un hombre piensa que está enfermo, llegará a estar enfermo; si, por el contrario, se mantiene contento incluso bajo las circunstancias más adversas, no verá que el mundo a su alrededor está lleno de sombras; ni lo está. Está solamente en él, y puede cambiar todo el mundo en bilis y amargura para sí mismo, aunque este mundo sea todo alegría para otros.

Durante interminables semanas vagué por ahí de forma estúpida, con un gran peso de dolor sobre mi alma, un sentimiento de desesperación sorda que habría vuelto loco a alguien con temperamento menos equilibrado. ¿Acaso se había sentido Lolix así siquiera por un momento? Si así era, y yo sabía que se había sentido peor, si eso era posible, ¡que Dios se haya apiadado de la dulce y brillante muchacha que había sufrido de esa forma por mí! Estuve tentado de suicidarme, tentado de salir por la puerta de atrás de la vida, y a menudo palpé el filo de la navaja que me había dado el superintendente de la mina de Incalia--¿cuánto tiempo hacía de esto? Cuatro años, realmente; ¿cuatro años? Cuatro siglos, por cómo me sentía. Solía acercarme al Maxin en las largas tardes cuando estaba solo en el templo. ¿O soñé que hacía esto? ¡Ah!, era un sueño de sueño torturador, porque nadie tenía entrada en el Incalithlon (excepto el Incala) en ninguna ocasión más que en los días de culto o de ceremonias especiales, y entonces, el edificio estaba siempre abarrotado. Anzimee cruzaba mi desierto en ocasiones, pero aunque ella me hablaba, y me acariciaba, y trataba de levantar mi ánimo, todo era en vano, todos sus esfuerzos caían como un rayo de sol en una oscura ciénaga como las que a veces se ven en los profundos bosques. Dejado a solas con mi remordimiento, porque sus denodados esfuerzos parecían a mis amigos más productores de mal que de bien, y por lo tanto cesaron en ello, yo tomé mi vailx privado y, para cerrar toda posible comunicación con el mundo exterior, quité el naim.



REMORDIMIENTO.

Entonces, sin que nadie adivinara mis intenciones, me marché por la noche. Vagabundé por los dominios del aire, a veces a tal altitud del suelo como para estar en casi total oscuridad, donde el anillo Neptuniano era visible y donde incluso los generadores de aire y de calor apenas podían mantener el aire en el vailx suficientemente denso y caliente como para mantener mi miserable vida. O, igualmente solo, igualmente en la oscuridad, hice que mi vailx buscara las profundidades del mar donde los peces fosforescentes habrían tomado mi aparato por un hermano mayor, si me hubiera preocupado de encender las luces. Pero mi alma estaba en la oscuridad, y ¿de qué servía iluminar el vailx si, teniendo ojos para ver no veía? Era tan amarga mi agonía de alma que al fin el cuerpo de arcilla perdió su poder de mantenerme, y me elevé por encima del tiempo y la tierra, y quedé en ese estado durante lo que pareció un periodo interminable. No parecía haber ninguna luz en la terrible oscuridad, ni ningún calor, sino la oscuridad de la muerte, una frialdad como de la tumba. Ninguna persona cruzó mi camino, ningún sonido se oía, excepto gruñidos sordos. Pero al cabo de un tiempo destellos de llama roja saltaron frente a mi vista, a continuación se desvanecieron, dejando la oscuridad tan negra como antes. Terribles silbidos como de serpientes gigantes, asaltaban mis oídos ahora; terrible dolor parecía disolver mi llama. Al final, mis nervios dejaron de responder a esta agonía, y dejé de sentir. Sentí que enmudecía y exclamé: "¿Es esto la muerte?". Pero sólo el eco respondió. Los silbidos habían cesado; todo estaba en silencio. De repente sentí un profundo temor a la horrible soledad, tan oscura y fría, pero en la que, en alguna parte, yo podía ver una pequeña luz, que parecía hacer la intensa oscuridad más suave. Llamé en voz alta; sólo los ecos reverberantes me contestaron. Grité de terror. Pero en toda la inmensa oscuridad a mi alrededor ningún sonido regresó, excepto mi propia respuesta, sonidos reflejados. El conocimiento de que mis confines estaban limitados vino a mí por el hecho de que mi voz regresaba a mí después de lo que parecían siglos entre la emisión y el retorno. Con este conocimiento vino el sentimiento de que yo era libre de irme, y me levanté del lugar donde estaba como si tuviera alas, y me marché más rápidamente que la velocidad del pensamiento. Encontré altos acantilados en las sombras, y aquí y allá picos que brillaban con reflejo procedente de algún pozo llameante, pero no se veía ninguna criatura; yo estaba en un gran universo de soledad. ¡Solo, oh, solo! La terrible desesperación que se apoderó entonces de mí me hizo gemir con algo más que un dolor mortal. Mis ojos estaban

secos y mi alma como aplastada. La desesperación que me invadió fué tan terrible que deseé perecer. Deseo vano. Entonces recordé que yo tenía un cuerpo terrenal; averiguar incluso eso me daba algún alivio. Sobre líneas de luz corrí hacia el mismo, para encontrarlo frío y sin vida salvo por un pequeño destello de luz magnética en el plexo de los nervios del corazón y otro en la médula oblongada. Pero además encontré, ¡oh, Incal!, encontré a Lolix, llorando, rezando a nuestro Dios para que me restituyera— a mí. Ella no parecía darse cuenta de que yo había venido, y me buscaba en el frío cuerpo de tierra. Entonces supe que había recuperado mi ser corporal debido a las súplicas del alma de esa mujer. Tal súplica, tal angustia, no pude soportar más. Me puse a su lado, y la toqué. Entonces ella levantó los ojos y me vió. Me miró durante mucho rato, después miró a mi cuerpo. Y a continuación: "¿Zail, eres tú?, amor mío, amor mío. ¡Oh, sostenme para que no caiga!".

Cayó hacia adelante sobre mi pecho, y en ese momento mi cuerpo desapareció, y también todas las cosas, salvo el desierto arenoso donde nos encontrábamos juntos... Entonces, ante nuestra mirada horrorizada, se acercó un pequeño bebé, tan pequeño que parecía recién nacido. Fué capaz de llegar hasta nosotros, no obstante, y podía hablar en gemidos, ¡los cuales hirieron nuestros oídos como gritos de agonía mortal! Estaba sangrando, y sus ojos eran los de un infante muerto. Con un terrible grito de angustia Lolix gritó:

"¡Oh, Incal, Dios mío, Dios mío!, ¡acaso no he sufrido bastante como para que mi bebé muerto, asesinado venga a herir mi alma! ¡Zailm! ¡Zailm! ¡Mira! ¡Mira!, ¡mira nuestra niñita, asesinada por mí, para tu bien!".

Mi corazón pareció pararse en terrible agonía, y me quedé paralizado, mirando a la pequeñina cuando extendía sus manos manchadas con la sangre del nacimiento prematuro, y levantó sus ojos vidriados ¡hacia mí! Me agaché y la tomé en mis brazos, apretándola contra mí, tratando de calentar su pobre cuerpecito frío, y lloré, sí, al fin lloré con profundas lágrimas de valor real, porque eran derramadas por otro. Con una voz ahogada por la angustia, dije: "¡Lolix, tu pecado cae sobre mi cabeza, porque lo hiciste por mí! ¡Que Incal tenga misericordia de mí, si así lo decreta!".

Entonces una gloriosa radiación entró en la escena, y el Portador de la Cruz estaba a nuestro lado, abrazándonos a nosotros y a nuestra hija. Aquel a quien yo había visto junto a la fuente



EL PORTADOR DE LA CRUZ.

iluminada por la luna años antes, estaba con nosotros otra vez. En su pecho brillaba un Cruz de Fuego, que saltó o cayó otra vez en ondas de Luz ondulante, viva. Habló así:

"Has perdido misericordia al Altísimo. Porque en esa niña has mostrado misericordia, la recibirás. Has venido a Mí, y Yo te daré descanso. No obstante, no estará contigo hasta que el día de la Gran Paz entre en tu corazón vencedor. Por lo tanto, en un día lejano, recogerás una dolorosa cosecha de tribulación, y pagarás todo lo que debes. Cuando hayas regresado, ella contigo, y otra vez estéis preparados para entrar en Navazzimin, os encontraréis libres de la tierra para siempre. Entonces, habiendo recibido, darás. El que hizo que otro pecara, hizo que el otro y él mismo se apartaran de Mí camino. El tiene que expiar su corazón en Mí primero, después ir otra vez al campo de la tribulación, pero no en un cuerpo de carne sino de espíritu. Y tiene que encontrar a sus víctimas y luchar con ellas hasta que las haga regresar de donde las condujo. Así, él toma sobre su espalda la carga de ellos que él les hizo para ser colocados allí. Entonces él la llevará por ellos hasta que ellos, siguiendo los consejos de su espíritu a sus almas, vengan a Mí. Y yo tomaré esa carga, esa sombra, y cesará, porque yo soy el Sol de la Verdad. ¿Puede una sombra existir en la luz del sol? ¿Puede algún pilar hacer sombra al sol? Tampoco puede hacerlo un montón de pecados sobre Mí, y pesarme. A esa pequeñina yo la tomaré para Mí; tú la has herido, y será una piedra de molino a tu cuello, lanzándote al mar de la tribulación terrenal; pero tú escaparás, porque tú nombre está en el Libro de la Vida. Pero ahora, ¡descansa! Hija Mía, ¡descansa!".

Me encontré en mi cuerpo, incapaz de recordar nada de lo que había pasado. Pero yo estaba débil y me dormí. La naturaleza vino a rescatar a mi cansada alma, y durante días tuve fiebre, que pasó a coma, y de éste desperté, débil pero bien. Todavía yo me encontraba en un sueño. Y soñé que estaba en el Incalithlon en Caiful.

"¡Oh, la agonía! ¡Oh, el precio amargo del pecado!".

Pero al fin volví a Caiful, después de semanas en las que estuve perdido para mi gente, sí, meses, tres. De vuelta a mi casa. Al pasar por el palacio me encontré con funcionarios y damas de la corte, y sirvientes, para todos yo había sido un amigo y así me consideraban. Ahora me miraban con ojos vacíos, y no dijeron ninguna palabra de bienvenida. ¿Acaso mi vida era conocida al fin por un mundo horrorizado? No. Esta no era la razón del extraño comportamiento de la gente. No me esperaban, se suponía que yo

había muerto. Durante los cien días de mi ausencia, Menax, con Anzimee, había terminado por pensar que yo había muerto, que quizás me había suicidado. Hubiera sido mejor para mí que ellos hubieran estado acertados en cuanto a la primera parte del asunto.

Ahora que había vuelto a casa, resolví ser directo y franco en mis relaciones con aquéllos a quienes yo amaba más en la tierra. Les confesaría mis malas acciones, e imploraría perdón. Una vez más, ¡demasiado tarde! Menax, que hacía largo tiempo que sufría de una afección de corazón, pensando que yo había muerto porque no había venido a él o a Anzimee, no había sobrevivido al golpe que esta creencia le causó. Me dijeron que hacía algunas semanas que se había ido a Navazzamin. Temí preguntar por Anzimee por miedo a que en esto, también, me esperaran terribles noticias.

En mi dolor, caminé sin rumbo por la ciudad, y pronto me encontré ante el gran templo. Una pequeña puerta estaba abierta y no había nadie cerca, así pues entré por ella, sin preocuparme de que estaba prohibida la entrada a todos menos al Incaliz. Esperaba encontrar en esta sagrada sombra algún alivio. No parecía haber nadie allí, y caminé sin rumbo hasta que llegué al triángulo del Lugar de la Vida. Allí, ensimismado por un momento, miré reverentemente a la Luz no Alimentada. Entonces, pasé al otro lado del cubo de cuarzo y ¡Oh, Dios!, allí estaba Lolix, ¡quieta y fría! Mi mente se tambaleó. Fuí hasta ella, y la encontré lo mismo que cuando miré por última vez su querida figura, ¡piedra, sólo piedra! ¿Cuántos años habían pasado desde entonces? Toda una vida puede caber en un solo día y siglos pueden pasar en pocas semanas. ¡Oh, Lolix, Lolix, mi acusadora! Con la mente en blanco, posé mi mano sobre su fría forma, y me estremecí de frío, pero me incliné y miré a los ojos que no me veían, y besé los mudos labios que no respondieron.

"Pero ella no podía hablar, aunque él besó en el antiguo lugar la quieta mejilla".

¡En su mano había un rollo de pergamino rojo! Me aventuré a tomarlo y a mirar su contenido, si es que había algo escrito en él. Así era, y leí:

"Debido a que esta estatua es el recuerdo de un crimen despreciable, yo, Gualun, Rai de Poseidonis, prohíbo que se retire hasta que yo dé mi permiso. Que permanezca como un testigo silencioso ante el criminal".

Con un escalofrío, volví a colocar el pergamino donde estaba, y casi me desmayé por el ruido que hizo. ¿Era yo ese criminal? No el criminal. Pero me sentía como si lo fuera. Iría al Agacoe y

pediría permiso al Rai para retirar de allí a la que él sabía que yo amaba, pero que no había tenido el coraje o decisión de decirlo así al mundo. Sí, las circunstancias la hicieron más preciada para Zailm que lo era Anzimee. Me volví para ir al Agacoe. Pero me sobresalté cuando, al volverme, me encontré cara a cara con Rai Gualun, mirándome con dolor. Sobresaltado solamente, porque ya nada me sorprendía ni me daba miedo real. Antes de que yo hablara me dijo: "Sí, tienes mi consentimiento para retirarla".

No me sorprendí de su anticipación a mi requerimiento, aunque lo noté; ciertamente, fué profunda gratitud lo que experimenté. Yo era fuerte, y al punto actué sobre el permiso. Lancé una larga mirada hacia los ojos de azul profundo por última vez, y al rostro, que parecía casi sonreír, al darle el último beso sobre los labios quietos. A continuación la levanté del suelo de granito. El pie que se veía por debajo del borde de su túnica de piedra se rompió por el tobillo, justo sobre las correas de su pequeña sandalia, cuando levanté el ligero pero ahora pesado cuerpo. La levanté más alto, hasta la parte superior del cubo del Maxin, y la dejé caer hacia adelante contra la Luz Inapagable.

"Bésala y déjala, tu amor es arcilla".

Al tocar la Luz-Maxin desapareció instantáneamente, sin mayor turbulencia que la lenta disminución de la oscuridad cuando el sol de la mañana alumbró los valles. La Luz Inapagable permaneció en calma, inmutable como siempre. Al marcharme, ví el pequeño pie, donde brillaban los zafiros y diamantes del broche de la sandalia, ¡mi regalo! Conseguí retirar el pequeño remanente sin romperlo, pero en lugar de ponerlo también en la Luz Maxin, lo envolví en mi manto, feliz por tener un presente, aunque sólo fuera un pie de piedra.

No conseguía reunir coraje suficiente para preguntar a mi soberano por Anzimee. No, temía su posible y no irrazonable burla. La buscaría y averiguaría si también había muerto, como Menax. Si así era, resolví tomar la primera oportunidad —mañana podría ser favorable para mí, porque era el comienzo de un Incalón o Domingo de culto general— y volvería al templo, donde podría bañar mi ser físico en la llama inmóvil de la Luz no Alimentada.

Anzimee no había muerto, no obstante, pero no sabía nada de mi vuelta. La encontré, la señal de su gran pena sobre sus hermosos ojos que, al encontrarnos, se posaron en mí con asombro. Entonces, con un largo sollozo, cayó en mis brazos extendidos casi desmayada. ¡Pobre pequeña! La sostuve, la estreché contra mi corazón, y mientras besaba sus pálidos labios, sus ojos

ojerosos, sus mejillas hundidas, mis lágrimas cayeron en su rostro como la lluvia, las primeras lágrimas que mis febriles ojos físicos han derramado durante toda la agonía de mi alma. Al fin se despertó de su desmayo sólo para experimentar una larga enfermedad, en la cual su espíritu puro casi llegó a romper su cubierta terrenal y, después de varias semanas, finalmente recobró la consciencia. Cuando volvió a moverse según su modo tranquilo, aunque débil, pudo soportar el relato. Me senté en el Xanatiathon en el asiento donde Menax y yo nos habíamos sentado hacía tanto tiempo. Entonces, la senté en mis rodillas y con mi brazo alrededor suyo, le conté toda la triste historia de Lolix y la miserable huida de Caiful que yo había hecho para librarme del recuerdo—¡ah!, sin resultado. Nadie puede huir de sí mismo. Entonces, después de la confesión sin restricciones, le pedí que me perdonara. Durante un tiempo ella no dijo nada, pero su brazo me rodeó y quedamos abrazados. Al fin, habló:

"Zailm, te perdono, ¡desde lo profundo de mi alma te perdono! Tú no eres sino mortal. Si has pecado, no lo hagas más. No me extraña que hayas amado a esa dulce mujer".

En ese momento saqué el recuerdo de Lolix, que llevaba conmigo, a pesar de su peso, y sin una palabra, se lo entregué.

"¿Es este su pic? ¡Oh, Lolix! ¡También te amo! Zailm, dámelo. Lo guardaré como recuerdo de mi amiga".

Entonces, yo hablé: "Anzimee, mi esposa, porque tu serás mía, el mundo lo sabe, tú me has perdonado. También lo ha hecho tu tío, nuestro Rai. Pero aún faltan algunos meses antes de que estemos unidos hasta la muerte. Por lo tanto, me marcharé a Umaur, a la región donde no hay hombres, incluso en la parte sur, porque en Aixá hay ciertamente minas, y en los desiertos arenosos encontraré oro. No es que quiera oro, porque tengo millones, sí, tres millones de teki, mucha más riqueza; pero todo lo que la Tierra pueda dar es bueno para Poseidonis. Me voy, porque me temo que no puedo estar en Caiful y evitar estar siempre contigo. En Umaur puedo verte, y oírte, y amarte, querida, porque esta vez no quitaré el naim, así que será como si yo estuviera aquí. Por lo tanto, bésame, dulce amada, como cariñoso adiós, y me marcharé cuando caiga la tarde. Que Incal sea contigo, ¡y que Su paz te proteja!".

Había 3.200 kms. entre Caiful y aquella parte de la costa de Umaur más cercana a la que yo deseaba ir por tierra. Pero, pensando en Anzimee, la distancia me pareció corta hasta que estuvimos sobre la región donde ahora la geografía marca el gran

desierto de Atacama. Estaba tan desierto entonces como ahora. Al hacer prospecciones en las arenas más profundas encontramos, cerca del pie de los Andes, que había ricos yacimientos de oro como para justificar que yo y mis hombres instaláramos un generador de agua. Este era un instrumento que constaba de varios centenares de metros cuadrados de planchas de metal colocadas en hilera como las agallas de un pez, y todo el conjunto dentro de una caja de metal. Una corriente de aire que entraba por un extremo de la caja tenía que atravesar cada centímetro de ambos lados de la plancha antes de que tocara el otro extremo. Como cada plancha era mantenida muy fría por las fuerzas de Navaz, el resultado era disposición rápida de humedad de la atmósfera. En el ejemplo citado, el generador era del tamaño mayor portátil, y el flujo de agua condensada por él era de aproximadamente 1.136 litros cada minuto, suficiente para hacer bastante cantidad de minería en la forma económica en la que nuestra maquinaria minera usaba agua.

Yo había traído un caballo desde Poseidonis, y después de hacer los arreglos necesarios para establecer los trabajos de minería, y de que los hombres comenzaran el trabajo, pedí que me prepararan el caballo y tomando una caja de localizadores de mineral—instrumentos ligeros que funcionaban con algo similar a lo que hoy día podría llamarse una pila—por lo tanto sin electricidad del Lado Nocturno—instrumentos usados para determinar la localización de depósitos de mineral sobre el principio del electrómetro—y con suficiente comida para varios días, inicié la búsqueda de minerales valiosos. También me llevé un naim portátil pequeño, para mantener comunicación con el resto del mundo. Pronto dejé este último instrumento en un escondite, pensando recogerlo cuando volviera, aunque no había recorrido ni ocho kilómetros cuando descubrí que el instrumento no servía debido a que había perdido el vibrador. Dónde había perdido yo el mismo no lo sé, pero decidí que no volvería atrás a buscarlo. La pérdida, aunque no era pequeña molestia, fué un alivio para mi caballo, porque redujo su carga algunos kilos, lo cual no era poco, teniendo en cuenta que yo llevaba un rifle, que ahora describiré, aunque diferente en su estructura de cualquier arma moderna en cuanto a que su fuerza propulsora era la electricidad, también llevaba mis herramientas de minería, mis paquetes de dátiles y frutos secos para alimento, mi brújula, los aparatos fotográficos de bolsillo, y un pequeño generador, así como, finalmente, mi cama y mi propio peso.

Esa noche me alejé bastante, y a la mañana siguiente me

encontré a más de 160 kms. del campamento. Cuando el sol se puso me encontré cabalgando a lo largo del fondo de un profundo arroyo. A poca distancia, ví la boca de lo que parecía ser una pequeña caverna. Esto podía servirme muy bien para pasar la noche y darme albergue. Mi caballo estaba bien entrenado y podría estar durante horas dentro de una distancia de silbato desde el lugar donde lo dejé. Así pues, desmonté y diciéndole que se quedara cerca, entré en la caverna. Parecía un largo tunel, y sin ir más adentro, volví a mi corcel y le quité la silla. A continuación le dejé debajo la comida que había traído para mí, para el animal había abundancia de hierba alrededor. Puse las herramientas también bajo la silla y, tomando mi rifle eléctrico, iba a volver a la investigación de la cueva, cuando mi caballo pidió agua, y como el arroyo estaba seco le dí de beber y bebí yo también. El fondo del arroyo era de roca suave como de cemento, con numerosas depresiones en forma de cubo. En una de éstas coloqué el generador, y pronto el agujero estuvo lleno de agua, fría y refrescante. Di a beber a mi agradecido animal, y bebí yo mismo del chorro del generador. ¡Qué bueno resultaba el líquido! Al colocar el generador, todavía corriendo el agua, de espaldas al agujero, que poco pensé cómo lo necesitaría pronto, y no podría tenerlo.

Vi que el fondo de la caverna era de las mismas características que el lecho del arroyo. Sabía que no era mineral, pero mi curiosidad se despertó y decidí ir hasta el final del tunel. En mi bolsillo llevaba una pequeña linterna de pilas y una bombilla incandescente, y cuando se hizo de noche en la cueva debido a mi distancia de la entrada, utilicé esto para iluminar mi camino. Durante casi un kilómetro, ví que la cueva se extendía ante mí. En este punto me paré, sobrecogido por la sorpresa. En toda la región no había visto señal de presencia humana, reciente o antigua, hasta ahora. Ante mí, sólo parcialmente visible, había una casa, mostrando una esquina y parte de dos pesadas paredes de basalto. Solté mi linterna por la sorpresa, y se rompió contra el suelo rocoso, apagándose la luz. Pero no era oscuro del todo a mi alrededor, porque la luz del día se filtraba desde alguna fuente.

Permanecí largo tiempo allí en esa lóbrega caverna, mirando a las casa en ruinas. ¿Dónde habían venido sus constructores, y en qué olvidada era? ¿A dónde habían ido? ¿Era éste acaso un edificio solitario, o había otros escondidos en las arenas de la llanura cercana, todavía sin descubrir? Se podía conjeturar cualquier cosa, porque en todos los anales de Poseidonis, que cubrían décadas de siglos con registros escritos concisos, no se

hacía mención de ningún pueblo, civilizado, o incluso salvaje, que hubiera habitado en esta "Tierra de Nadie". La única conclusión sostenible era que yo estaba contemplando una reliquia de algún pueblo tan antiguo que era anterior a los cuarenta siglos de Poseidonis. Al fin, crucé la corta anchura de la caverna con el fin de examinar más de cerca este remanente del difuso pasado, un pasado olvidado incluso cuando Poseidonis era joven. En el lado del edificio más cercano a mí había una puerta en los suaves y finamente cincelados bloques de basalto que formaban la pared. La puerta estaba entreabierta, aparentemente formada por una sola plancha de basalto de unos 15 cms. de espesor y de proporciones correctas. Impulsado por la curiosidad, entré en la habitación, lo cual podía hacer sin mover la puerta de la posición que había ocupado durante tanto tiempo. Mi razón no quería admitir que incluso una estructura de piedra hubiera resistido el paso del tiempo; pero era la única explicación, por lo tanto, deseché toda conjetura por el momento.

Observé que las tres dimensiones del interior eran aparentemente iguales, y de unos 5 mts. en todas direcciones. No había más que la única puerta de entrada. Exceptuando dos aberturas paralelas en el techo, formadas al colocar una piedra más estrecha en un trecho a cada lado de la abertura que de otra manera hubiera llenado, no había ninguna brecha en la sólida estructura. El suelo, que estaba cubierto de fina arena, era de granito, y sus juntas eran tan perfectas como las de las paredes, ni siquiera una hoja de papel se podría haber introducido entre cualquiera de dos de los bloques. Después de haber explorado hasta aquí, me recosté contra la pared, suficientemente cerca a la puerta como para tocarla sin cambiarla de lugar, y dejé que mi mirada se posara en el techo, dedicándome a reflexionar. Qué fría y lóbrega parecía aquella habitación solitaria, reliquia de una época ida, olvidada incluso por una raza tan antigua como la nuestra. La sólida construcción, la sencillez de su planta, todo me traía a la mente las descripciones dadas de las prisiones existentes en Poseidonis antes de los días del Maxin. ¿Era en un ejemplo solitario de habilidad constructora de sus constructores en el que ahora me encontraba, o era uno de la colección que formaba una ciudad enterrada? Cómo es que este edificio en particular estaba limpio de arena en su interior era fácil de ver. El agua de lluvia se había filtrado por el terreno poco profundo de arriba, y había penetrado por la brecha que ya he mencionado y que daba luz a la caverna. Parte del flujo de agua había salido fuera, y había puesto al descubierto dos lados de la

casa; el resto del agua, corriendo por el suelo plano, había entrado por el techo. Había barrido la arena de la habitación y la había llevado afuera de la puerta que estaba abierta a un lado.

Satisfecho con mi ejercicio de reflexión, comencé a pensar en volver al aire libre, y a mi caballo. Al volverme para salir, la curiosidad me impulsó a hacer girar sobre sus goznes la enorme puerta, si es que podía. Esperando que tendría que hacer mucho esfuerzo para conseguirlo, dí un empujón con fuerza. En mi superficial exámen de la baldosa no había observado ningún tipo de cerradura, y no imaginaba que existiera ninguna. Apenas necesité hacer un esfuerzo para hacer girar la engañosa puerta, y se cerró con tal rapidez que perdí el equilibrio y caí contra la pared, golpeándome la cabeza tan fuerte que me quedé inconsciente. Cuando recobré el conocimiento me encontré con la puerta cerrada y bien cerrada. No había notado antes que en vez de una sola baldosa la puerta estaba hecha de dos placas de piedra, separadas en los bordes por el segmento de una tercera plancha, que formaba un hueco entre las dos superficies exteriores. En ese espacio había escondidos una serie de cerrojos y barras de piedra, que funcionaban de acuerdo con el principio de la ley de gravedad y colocaban los cerrojos en su lugar cuando la puerta se cerraba. Los extremos de los mismos, en número de cuatro, se introducían en huecos que había en la pared, y la puerta quedaba totalmente cerrada.

Siendo de temperamento tranquilo, dado a confiar en mi conocimiento científico, el descubrimiento de que estaba aprisionado no me descompuso en grado importante. En vez de esto, comencé a buscar algún modo de abrir los cerrojos. Pero no existía ninguno. Ahora pensé con desolación que no tenía ni una sola herramienta con la que pudiera salir de esta tenebrosa prisión. Entonces me senté para reflexionar sobre la situación. Mientras más pensaba, más terrorífico era el aspecto de la situación. Primero, nadie sabía dónde estaba yo. Como no tenía naim, nadie podía determinar el lugar donde me encontraba, excepto siguiendo mis huellas; esto era imposible, porque yo había seguido los lechos de los cursos de agua, que era terreno de roca pelada. No me echarían de menos hasta dentro de tres días, ya que yo había dicho que esperaba estar fuera al menos el doble de ese tiempo, y tres días más que ya había estado ausente, antes de que me propusiera volver. No; no había esperanza de escapar, y ahora me dí cuenta de lo ciertas que eran las palabras del Rai Ernon de Suernia cuando me dijo que un poseidonio dependía para su vida de estar

rodeado de las creaciones de su conocimiento en el reino de la física natural.

La comida que había traído conmigo estaba con mi caballo y resto de pertenencias, tan lejos de mí alcance como las estrellas. Puede que finalmente decidieran buscarme y encontraran a mi caballo. Pero no, éste no podría permanecer tres o cuatro días solo en aquella terrible soledad; vagaría, quizás volvería al vaix. Pero no dejaría ninguna pista para localizar mi prisión, porque se iría por donde había venido, por el lecho rocoso de un arroyo. El hambre me atacó y me hizo pensar que no tenía comida; ni siquiera tenía agua. No obstante, aún tenía esperanza, porque, ¿acaso no era Incal mi Padre protector? ¡Cuán fútil era esta esperanza mía! Dios, Incal, Braham, el Espíritu Eterno o como quieras llamarlo—ciertamente oye las necesidades de Sus hijos, pero estas necesidades que al hijo le parecen de lo más importante, no siempre lo son para el Eterno. El funciona a través de Sus hijos, tanto humanos como angélicos, haciendo que cada uno sea interdependiente con todos los demás, y así los hombres o los ángeles tengan por ayuda a los otros, o quizás sólo algún hermano animal. Dios percibe a un marinero que se está ahogando, pero a menos que algún hermano esté allí para rescatarlo, el marinero puede perecer físicamente. El atemperó el viento a la oveja perdida, pero generalmente sólo a través del hecho de que el propio interés, o alguna emoción elevada como la compasión, se despierta en la mente del hombre que contempla. No, sólo por medio de los rasgos del carácter, implantados por nuestro Padre Celestial en las almas de Sus hijos, es como El siempre ayuda a salvar. Y esto es totalmente cierto: que el cuerpo físico tiene que rezar con la acción física si desea conseguir respuesta a sus necesidades en la forma física; la mente tiene que rezar por medio del proceso mental, y sus respuestas serán resultados mentales, mientras que el Espíritu tiene que rezar a través de su naturaleza espiritual, y recibir esos valores que no son percibidos por la mente natural. Y aunque el Espíritu rece, si la mente no reza también, el conocimiento no vendrá al cerebro. ¿Cómo puede rezar la mente? Estando en armonía con el Espíritu. ¿Y cómo conseguirá esta armonía? Por medio del control de la voluntad del cuerpo animal, para que no infrinja las leyes de esa plenitud que es la salud.

Cuando me senté en la casa de la caverna y recé a Incal con toda mi mente, ya que no podía rezar con mis músculos, ninguna ayuda vino para el cuerpo, ni alimento ni bebida. Puede que en el

plano mental hubiera influenciado a Rai Gualun para que conociera mi apuro; esto, para él, habría sido clarividencia; pero yo no podía conseguir esto mientras que el enemigo que había despertado mi curiosidad para obrar mi ruina interceptara todos los mensajes telepáticos; más exactamente, yo no podía, ya que yo ignoraba el método. Habría sido pura casualidad que Gualun hubiera sido influenciado por mi tensión mental de angustia sin ser dirigida por mi conocimiento. Entretanto, sin saber cómo usar tales poderes, deseché pensamientos de cualquier posibilidad de escape en esa dirección. Pero yo rezaba a Incal. Así pues, me arrodillé en el suelo frío y despiadado, y me preparé para invocar Su ayuda. Al pronunciar Su nombre escuché una risa musical, más bien burlona, un sonido que me produjo esa clase de terror que todo hombre y mujer han sentido en ocasiones, bien en la infancia o más tarde en la vida, ese frío que invade los sentidos cuando se escucha algún cuento de miedo, contado junto al fuego, mientras el Rey de la Tormenta conmueve los cimientos de la tierra.

Volviéndome y levantándome, ví al Incaliz del Gran Templo de Caiful.

"¿Por qué te sorprendes de verme, como si hubieras visto a un demonio?"

A esta pregunta yo sólo podía dar una respuesta, la de que mi repentino temor tenía que venir de verle de esa forma, ya que yo no estaba acostumbrado a ver hombres comportándose como fantasmas, desencarnados, pero no pareciendo estarlo.

Sentí gran alegría por su llegada, porque entonces creí que Incal había contestado a mí todavía no pronunciada petición de misericordia, al enviar a Mainin en mí ayuda. Y sin embargo, ¿por qué todavía me poseía ese incontenible temor, el temor que me sobrevino cuando lo ví por primera vez? Supe en el mismo momento de sus palabras que no venía de la causa que se suponía, su método de venida a mí prisión, porque yo sabía que como Hijo de la Soledad él poseía el poder de dejar a un lado el burdo cuerpo terrenal igual que alguien dejaría el abrigo y proyectarse adonde quisiera. Supe al mirarle que su ser corporal estaba en un sueño de trance, a miles de kilómetros en Poseidonis. Yo no tenía el poder de proyectarme, porque habría sido muy fácil para mí hacer saber a Rai Gualun el peligro en que me encontraba; al menos, ignorante de la interferencia de Mainin, yo pensaba eso. Pero como Incal me había enviado al Incaliz todo estaba bien.

El sacerdote sin duda leyó mis pensamientos, porque dijo que se había dado cuenta de mi desagradable situación por Incal, y

había venido a ayudarme a escapar. No obstante, tenía que dejarme hasta que pudiera conseguir ayuda para mí enviando un vaix desde Caiful. No tardaría mucho y mientras tanto, yo tenía que estar animado. Y entonces desapareció como había venido, y me quedé otra vez solo, esperando su prometido regreso con una angustia febril imposible de expresar en palabras. Las horas pasaron y él no volvió, ni ningún otro. Las horas se convirtieron en días, tres días, y no vino, ni vino ningún socorro. Las punzadas del hambre, aunque se habían hecho terribles, no eran nada comparadas con la sed. Una vez la luz diurna cesó de filtrarse por el orificio del techo y la brecha que conducía al piso superior. Me había deshecho las puntas de los dedos tratando de abrir los cerrojos de la puerta, había investigado cada centímetro para ver si no había algún muelle secreto que abriera alguna parte de la pared de la prisión. Pero el destino no tenía tal amabilidad reservada para mí. Siete veces la luz se había ido por encima de mí, marcando siete noches desde la visita de Mainin.

En varias ocasiones la tortura del hambre y la sed me había hecho delirar, con intervalos de lucidez. En uno de esos momentos lúcidos de calma relativa, mientras yo yacía gimiendo sobre el suelo arenoso, llamando debilmente a Incal para que me ayudara, escuché la misma risa suave que había anunciado la primera aparición de Mainin. El sonido me infundió un poco de valor por un rato, y me levanté. Podría haber maldecido al Incaliz por su larga ausencia, que me había producido tanto sufrimiento, si no hubiera temido que en su cólera podría dejarme allí para que muriera. Ya no sentía por él la reverencia que siempre sentí, porque estaba seguro ahora de que no era lo que la gente pensaba de él. Y por lo tanto, podría haberle maldecido, debido a mi sentido interno de que, aunque era grande su conocimiento esotérico, y era reconocido como un Hijo, tenía no obstante un corazón despiadado y era una abominación a la vista de Incal, y que con él los Hijos de la Soledad se habían engañado así como el electorado. El que no le dijera esto en la cara se debía a la esperanza que se desvanecía rápidamente de que todavía podría ser inducido a ayudarme a escapar.

Esta vez vino con distinta actitud. Ahora al hablar, sus primeras palabras eran de burla por mis apelaciones al gran Padre de la Vida.

"¡Ja! Mucho va a hacerte gritar a Incal o cualquier otro para

que te ayude. ¡Dios! No existe Dios\*. ¡Bah!, cuán ciegos están los hombres al rezar a tales ideales vacíos como sus fantasías llamadas ¡Dios! Los hombres de Poseidonis dicen que Incal es Dios; los hombres de Suernia dicen Jehova, y los de Necropan dicen Osiris. ¡Qué locura e idiotez!".

Aquí me senté más derecho, y le miré un momento antes de preguntar si no tenía miedo de blasfemar contra Incal y negar a su Hacedor.

"¿Piensas tú, Zailm, hijo de Menax, que haría lo que hago si pensara que Dios existe? ¿Acaso no sabes —si, acaso no sabes que yo deseaba conseguir la ruina de la que llaman Anzimee— que viene desde una vida anterior en la tierra, ¡sí!, muchas vidas, lleno de odio hacia ella, quien siempre ha hecho que yo fuera descubierto ante las leyes del hombre? Ahora no puede, porque en el Libro del Destino no lo veo escrito, por lo que o no está allí o yo he perdido mi poder para leer el destino, algo que no creo probable. Pero yo, a través tuyo, llevaré su corazón a las profundidades, ¡y ella gritará de angustia de alma! ¿Qué me ha hecho Anzimee? No como Anzimee, sino como una poderosa mujer y vidente, antes de que ella naciera en la tierra como Anzimee. Yo la sigo para vengarme. Para destrozarse su alma con agonía provoqué la muerte de Menax, contra quien yo no tenía nada personal; he hecho casi lo mismo contigo, aunque no tengo nada contra tí. Yo soy el que provocó tu curiosidad para que aquí encontraras la muerte. Había esperado impedir que confesaras el pecado de tu vida con Lolix a Anzimee. Entonces, después de que hubieras muerto, y cuando yo te hubiera encontrado, habría conseguido causarle una gran desgracia al descubrir ante el pueblo tu iniquidad, porque yo tenía todas las pruebas en mi mano. Pero esta estratagema ha fallado, no me importa mucho, tu muerte le ocasionará mucha tortura. Por ese motivo fué también Lolix inducida a hacer lo que hizo, y tú también con ella, hace tanto tiempo, porque yo trazo mis planes con mucha antelación, ya que tengo el don del inmenso poder de predecir el futuro. Con ese mismo fin el Rai será rebajado, y al final, la que es el objeto de mi cólera no distinguirá el bien del mal, y su nombre será escarnecido en la boca del pueblo. ¡La venganza es dulce, Zailm, dulce!".

Mi horror y mi debilidad juntos hacían imposible que yo hiciera otra cosa que permanecer sentado y mirar en silenciosa

(\*) Salmos lxxiii, 1.

desesperación, aunque hubiera habido algún cuerpo físico ante mí sobre el que actuar.

"¿Te sientes horrorizado ante mi iniquidad? Soy demasiado viejo para temer al fracaso, y estoy más allá del alcance de las leyes de los hombres, al fin. Ningún hombre, ni todos los hombres de la tierra, podrían privarme de la vida o la libertad. Hace mucho tiempo que conozco un secreto que prolonga la vida muchas veces el lapso común; es un secreto conseguido del más profundo Lado Nocturno de la Naturaleza. Llegará un día en que todo Poseidonis conocerá estos secretos. ¡Será un día triste, y me regocijo al pensarlo! Yo era viejo, viejo, cuando Gualun de Poseidonis pensaba que yo era un muchacho como él; también pensaron eso los Hijos de la Soledad, porque yo era astuto al esconderlo. Eso piensan aún. Yo, sí, yo te diré, porque tú ahora eres alguien que está muerto. He trabajado durante tres siglos en este mismo cuerpo. ¿No dije que era viejo? He contrarrestado el bien que ha hecho Ernon de Suernia, por lo cual murió con el corazón destrozado. Hago esto para poder aplastar, si es posible, todas las esperanzas de la humanidad, apartarlos del sendero infinito, para llevarlos a lo demoníaco, la muerte y la destrucción. Ernon trabajó para la exaltación de la humanidad; yo lo hago para su depresión; así pues entramos en conflicto y yo gané. ¿Y por qué no descubrió él mi mano? Porque siempre he trabajado en la oscuridad, siendo mi propio consejero, y he conseguido la maestría sobre las huestes diabólicas que no son humanas, nunca lo fueron, y nunca lo serán. Y contra los que trabajan en la oscuridad ningún Hijo de la Luz puede prevalecer, porque ambos trabajan sobre la naturaleza animal del hombre, que, no teniendo luz o guía, toma el primer apoyo que se le ofrece, favoreciendo así a los que trabajan en la Oscuridad. Pero esto es suficiente. No te diría tanto si no fuera porque ya no tienes mucho poder sobre mí —MI, comprendes— si estuvieras vivo en vez de prácticamente muerto. ¿Vés como no puedo creer en un Dios? ¡Bah! Si Dios existe, no le temo; no obstante, ¡que me castigue!"\*

Y ahora una visión maravillosa, temible y gloriosa apareció. La noche había llegado mientras Mainin se confesaba así y se vanagloriaba de sus crímenes, y llamaba a Incal para que lo castigara si existía. En la oscuridad total de la prisión que, siendo oscuridad física, no podía ocultar la forma de Mainin, apareció lo

(\*) "El necio ha dicho en su corazón: No existe Dios".

que llenó de terror nuestros corazones, aunque terror de diferente clase. Una forma humana, pero que no era de la tierra, rodeada de una cegadora luz blanca, se presentó ante nosotros. ¿Era éste Incal? ¿Había El en verdad aceptado el duro desafío del sacerdote criminal? Sobre Su rostro había una expresión tranquila pero terrible, aunque no de cólera o de cualquier emoción humana. Por un instante, los maravillosos ojos me miraron, a continuación se volvieron a Mainin. Entonces habló, con calma, musicalmente, y mientras yo escuchaba todo mi dolor se fue, aunque las palabras eran de importancia tremenda:

"Sentir

La calma perfecta la agonía roba"

La voz era como mi concepción de los tonos de Incal, cuando El dijo:

"No enumeraré, oh, Mainin, tus crímenes —tú conoces cada uno de ellos—. Tú has sido compañero de los Hijos, y ellos te enseñaron todo lo que sabían, y sobre Mí, tú aprendiste más de— lo que ellos podían enseñarte, sí, hace siglos. Yo conocía tu camino; conocía su mal, pero no interferí, porque eres tu propio amo, como todos los hombres son sus propios amos; ¡pocos, ah, son fieles! Pero tu gran sabiduría prostituiste por el egoísmo, para pecar, para el crimen, mucho más que cualquier otro hombre haya osado, esa es tu destrucción. Tu nombre significaba Luz, y grande ha sido tu brillo; pero has sido como una luz que flota en el mar a la deriva, una atracción de muerte para todos los hombres que te han seguido, y éstos han sido miriadas. Has blasfemado contra Dios, y te has mofado en tu alma diciendo: ¡Castígame!, pero tu día no había llegado todavía. Por eso, se te dejó ir sin amonestarte. Esto te hizo osado, y continuaste, hasta ahora. Pero, ¡mira!, a Anzimee no podrás dañar, porque ella es sierva de Cristo, e incluso mi propia hija en servicio. Te has merecido el castigo, y porque te has atrevido con plena consciencia, ¡mira!, ahora se te impartirá el mismo. Desearía que pudiera evitarse, pero el tuyo es uno entre miriadas de casos, más horrible porque tú eres sabio, no ignorante. Pero como eres un ego, un rayo de mi Padre, y ahora ya no tienes más luz, sino solamente oscuridad, te cortaré por un tiempo, y así no destruirás más de mi rebaño y tampoco quedarás sin expiar el mal que has producido. Sería mejor para tí que pudieras dejar de existir. Pero esto no puede ser en un ego. Pero puedo suspenderte como entidad humana y arrojararte a la oscuridad

exterior para que sirvas como uno de los poderes de la naturaleza. ¡Apártate de mí!"

El Sumo Sacerdote parecía el retrato del terror, mudo más allá del pensamiento de escapar, que ciertamente no era posible, porque el Juez era Hombre, y más que Hombre finito era HOMBRE INFINITO, el CRISTO.

Ahora, no obstante, cuando el Hijo de la Luz cesó de hablar, Mainin emitió un aullido mezclado de terror y desafío. Ante este terrible sonido el Cristo extendió Su mano, e instantáneamente Mainin quedó rodeado de una llama ardiente que, al desaparecer, reveló también la desaparición del Sacerdote Demonio.

Así había pecado Mainin, pervirtiendo su noble sabiduría con el mal y sembrando la semilla del pecado, en los corazones de la humanidad débil y desprevenida. Había sembrado y Suernia iba a recoger, y a través de Suernia, el mundo. Pero por esta siembra él mismo fué borrado del Libro de la Vida por una maldición del Hijo del Hombre.

Incluso aquellos que no están familiarizados más que con el aspecto material de la naturaleza, pueden comprender sin dificultad la destrucción de la vida de un hombre cuyo cuerpo terrenal estaba lejos en Caiful, si consideran que el marco terrenal no es más esencial al hombre real que un caparazón es parte de la mariposa, aunque en ambos casos estas cosas son esenciales para la vida física.

Aterrorizado por la terrible visión de esa desaparición, hundí mi rostro en el suelo. Desde esta posición el Cristo me invitó a levantarme y dijo:

"Tal es el destino del hombre totalmente egoísta. No temas por tu propia seguridad, porque no te destruiré; tampoco me adores, sino a mi Padre que me ha enviado. Yo he alcanzado la perfección del Séptimo Principio y soy Hombre, también el Hijo del Hombre, pero no más que otro hombre, porque yo soy en el Padre y el Padre es en mí. Pero todos los hombres que quieran pueden seguirme y estar por medio de mí en el Reino, porque ¿no somos todos hijos del Uno, nuestro Padre? Yo soy El, Cristo; lo que soy, el Espíritu de cada hombre es. El castigo que cayó sobre Mainin no era la aniquilación, que no puede ser; ni tampoco fué la muerte que es transición, sino la muerte que ya no vive más como vida humana, sino que es arrojado por un tiempo a las tinieblas exteriores del dominio demoníaco. He aquí, yo hablo, pero teniendo oídos, no escuchas, ni comprendes. Pero un día oirás; y sabrás, y conducirás a mi pueblo. Y, ¡mira!, los conducirás en un

día para tí todavía muy lejano. Pero ahora no volverás más para vivir en Atlántida, ni te verá Anzimee, hasta que ella haya salido de la Tierra dos veces y haya vuelto otra vez, y sea llamada Firis. ¡Mira!, he dicho que estas cosas pasarían, y te profeticé en esa ciudad llamada Caiful, y tu me oíste, pero no me escuchaste. Pero ahora me escucharás, porque yo hablo grandes palabras de DIOS, y el mundo es Suyo. Ahora ningún hombre me conoce; pero en un día lejano volveré, ¡sí! Entraré y moraré como un alma humana perfecta, y haré de ese Hombre el primer fruto de los que duermen el sueño que es cambio, para que por mí El sea exaltado sobre la Muerte. Entonces los hombres se levantarán, y se burlarán de mí, y no creerán, y me crucificarán; pero yo, que me habré convertido en Jesús el Cristo, no seré dañado, sólo mi casa terrenal. Y ellos serán perdonados, porque no sabrán lo que hacen\*. Mi paz te doy. ¡Duerme!".

#### CAPITULO XXIV DEVACHAN

Obediente a su mandato, dormí. Cuando me desperté, todavía estaba en la prisión, pero todo el sufrimiento, todas las torturas del hambre y la sed, que había soportado habían desaparecido. Nada me parecía extraño, ni siquiera cuando me levanté y ví que detrás de mí, como una cáscara, quedaba el pobre caparazón de barro que había sufrido tanto por el hambre. Todo era tan natural como las cosas de los sueños vívidos. Pensé en Anzimee, y me pregunté si ella, también, se sentiría tan feliz como yo me sentía en aquel momento. Rogué para que así fuera. Entonces pensé en las palabras de Aquel que se llamó a Si mismo el Hijo del Hombre, y me pregunté qué clase de ser era El. Su discurso había sido, en su mayor parte, ininteligible para mí; no obstante, del mismo entendí que yo estaba muerto, que Anzimee ya no me vería más hasta lo que vagamente parecía ser una eternidad, y entonces no como Anzimee, ni yo sería entonces Zailm; sin embargo, no lamenté la perspectiva de esta separación. Y en ese tiempo este Hijo del Hombre habría venido otra vez al mundo, y habría dejado trabajo para Sus hermanos, los hijos de nuestro PADRE, que al hacer su obra estarían siguiendo Sus huellas, y llegarían a ser

(\*) San Mateo; xii,23.

como El, en cuanto a estar libres del influjo del tiempo y de la Tierra, y tener todas las cosas, la vida y la muerte. Pero, comprendiendo todo esto vagamente, yo no captaba toda su plenitud, porque mi mente natural no era capaz de entender su significado espiritual.

Esto, entonces, era Navazzamin, y yo estaba lo que lo hombres llaman muerto. Era muy diferente de lo que yo había pensado, según me habían enseñado los sacerdotes de Incal, porque aparentemente no difería en absoluto de la vida terrenal, en cuanto a lo que yo había experimentado hasta ese momento. Quizás sería diferente si fuera ahora y pasara por la Luz Maxin. Hacer esto no sería un suicidio, porque yo ya estaba muerto. No, me purgaría de lo terrenal que posiblemente me impedía encontrar el Navazzamin real que me habían enseñado. ¿Vendría Anzimee y el resto de mis seres queridos aquí algún día, y podríamos encontrarnos y conocernos mutuamente aquí? ¡Oh!, ¡tiene que ser así, tiene que ser así!

Con estas reflexiones salí por la puerta, olvidando que su cerradura me había impedido antes salir. Sólo cuando se abrió al tocarla yo recordé que había desafiado todos los esfuerzos que yo había realizado antes. Ligeramente salí afuera bajando por el tunel hasta que salí a la luz del día y a mi silla y herramientas, y sí, mi caballo, ¡animal fiel! Estaba pastando en la hierba, y evidentemente hizo de las aguas que fluían del generador su cuartel. ¿Dejarle? ¡No si podía evitarlo! ¡Al fin estaba yo libre! Miré alrededor a las depresiones secas del terreno bajo el cielo abierto, con sus erosionados monumentos de barro, coronados de cactus. Cuán graciosamente éstos oscilaban con la ligera brisa, pareciendo decir: "¡Libres ahora, libres!".

Entonces me fuí hacia mi caballo para llevármelo, olvidando que estando muerto no necesitaba ese transporte. Pero el caballo no parecía verme o notar mi presencia. Esto representaba una dificultad. Yo estaba acostumbrado a vencer las dificultades, pero ésta era una en la que no sabía qué hacer. Me senté y miré al hermoso animal. Mientras más miraba, más perplejo estaba yo. Al fin me levanté un tanto exasperado y hablé muy severamente al animal. ¡Nada! ¡Por supuesto que no! Mientras más hablaba yo, más contento se ponía el caballo, como si sintiera que yo estaba cerca, y estaba satisfecho. Finalmente, comencé a moverme, intentando dejarlo, ya que no podía influenciarle de ninguna manera. ¡Esto consiguió el efecto deseado! Mientras más me alejaba más inquieto se ponía el animal, tal como pude ver, hasta

que al fin levantó su cabeza y relinchó con fuerza. Una, dos, tres veces, y a continuación, ¡comenzó a galopar tras de mí! Cuando me alcanzó se tranquilizó, pero al avanzar yo rápidamente él me siguió. Era sensible a mi presencia, aunque no podía verme, sentirme u oirme. Mi mente estaba completamente ocupada en conseguir que este fiel sirviente llegara al campamento. Así que, sin sentir fatiga, ni hambre, ni sed, ni ninguna sensación de la vida física, entré en el campamento, todos esos kilómetros, ¡con el caballo siguiéndome tan contento! Cuando llegamos al campamento el vaillx estaba allí, pero sólo dos de los hombres, ya que los otros se habían marchado a buscarme, puesto que yo llevaba ya sin aparecer más del tiempo inicialmente previsto, gracias a Mainin. Estos hombres, como el caballo, no me podían ver, pero a diferencia del caballo, no podían sentir mi cercanía. Todos mis esfuerzos fueron inútiles, y aunque estuve allí dos días, hasta que la búsqueda se dió por finalizada y los hombres hubieron vuelto al vaillx, para conseguir órdenes ulteriores de Caiful, todavía me fué imposible hacerme notar. Uno de los buscadores estaba todavía fuera, y cuando volvió le hablé. No me podía ver, pero mi presencia le afectó de forma extraña. Así pues, hablé una y otra vez, hasta que al fin, se sentó temblando en mi mesa en el salón del vaillx. Había papel y pluma y tinta sobre la misma, y dije al hombre: "Usa esa pluma". Para mi sorpresa, la usó, pero parecía estar sumido en un sueño profundo todo el tiempo y escribió de forma mecánica: "Usa esa pluma". Se me ocurrió una idea, y pronuncié palabras que no tenían conexión ni significado, cada una de las cuales él escribió tal como yo las pronunciaba. Esto me animó, así que a continuación dije: "Soy yo, Zailm, quien dice estas cosas; estoy muerto. Id a casa a Caiful". De mi cuerpo y de dónde se encontraba no sabía nada, suponiendo que estaba bien enterrado. Pero lo que dije en dictado fué todo escrito, no porque el medium oyera, sino porque en ese momento yo era la inteligencia controladora de su cuerpo. Los otros tomaron el mensaje y lo escondieron, y cuando el que lo había escrito salió del trance le preguntaron lo que había escrito. Pero él negó haber escrito nada. Esto pareció satisfacerles, ya que el hombre era obviamente honesto al negar. Así pues, llevaron el equipaje y los animales al vaillx, y se prepararon para viajar a Caiful. Esto me satisfizo, ya que no tuve que preocuparme más de ellos, y comencé a desear estar en casa. Reflexioné que había dejado el impedimento de la carne en la casa de la cueva y, por lo tanto, podía ir de un lado para otro como lo había hecho Mainin. Lo intentaría. Así que me

dije a mí mismo: "Me gustaría ir a casa, al Agacoe, donde está el Rai, y él podrá verme, y saber todo sobre este asunto".

Al decir esto todo cambió, y me encontré en el palacio de Agacoe. Pero ni Gualun ni Anzimee, que también estaba allí, parecieron verme algo más que el hombre del vailx había sido capaz. ¿Qué era esto llamado muerte, esta barrera? ¿Era la muerte en realidad el umbral entre dos estados, siendo la comunicación en ambas direcciones imposible, tan fútil de intentar por mí tanto como por los otros? Pensé que Gualun podría atravesar esta barrera. Pero, ¡ah!, me encontré que no era capaz de fijar su atención sobre mí más que la de los otros. Yo sabía que él podía ver a los que dejaban sus cuerpos terrenales para viajar como lo había hecho Mainin, y entrar en ellos a voluntad; ¿por qué entonces no me veía? Quizás la muerte significaba algo más que desprenderse del cuerpo. Me quedé allí mucho tiempo, pensando sobre esta cosa llamada muerte. Al ponerme al lado de Gualun, habiendo abandonado todo intento de hacerle percibir mi presencia, una forma humana entró en el salón. ¿Forma? Parecía tan real como cualquiera de los otros cortesanos que se sentaban en el arco de la puerta. Ninguno de éstos pareció notar al recién llegado; excepto el Rai, nadie aparte de mí le vió, sino que continuaron con su charla sobre la muerte súbita del Incaliz Mainin, y del paso de su cuerpo por la Luz Maxin la tarde anterior. Yo estaba sorprendido del extraño parecido del recién llegado conmigo, pero me sorprendí todavía más cuando oí al Rai exclamar:

"¡Qué! ¡Zailm muerto! ¡Muerto!".

Un sirviente, habiendo oído la exclamación, pero viendo sólo al soberano, rápidamente se acercó a él preguntándole qué deseaba. ¡Al aproximarse atravesó directamente la forma que Gualun había llamado por mi nombre! Ni la forma humana ni el sirviente parecieron percibir este extraño hecho, pero la Forma, sonriendo, en respuesta dijo:

"Sí, Zo Rai; soy Zailm, pero no estoy muerto, excepto en que estoy libre del freno terrenal".

Confundido, casi estupefacto por estos sucesos, me hundí en un diván cercano a mí. Gualun podía ver al que decía ser yo; en verdad era mi mismísima imagen en cuanto a parecido, forma de hablar, recuerdo de sucesos, de hecho realmente era la contraparte psíquica de mi vida y ser, pero éste no podía verme. ¡Misterio, ah, misterio! ¿Cuánto más tenía la muerte que revelarme? Yo había dejado en la prisión de Umaur una imagen material de mí mismo; ¿era posible que también existiera una contraparte intermedia tanto

de mi cuerpo material como de mí mismo, la cual todavía retenía cierta forma primitiva de vida perdida por mí, que la hacía visible mientras yo era invisible? Pero como Gualun era un Hijo de la Soledad, ¿por qué no era capaz de percibir tanto a mi forma astral como a mí? El no era incapaz, pero no quería que no conociera su capacidad. La razón, clara ahora para mí, no lo era entonces, y ésta es en síntesis la siguiente: que una persona al morir se separa en elementos psíquicos que, para no complicar esta explicación, son de tres clases, terrenal, psíquico y espiritual. De éstos, el más elevado es el Yo Soy, el ego. Los otros son los antes mencionados como a los que habló Gualun, y dejados en la prisión. Ahora bien, el ego busca un nivel superior; el "caparazón" permanece en las condiciones terrenales hasta que el cuerpo, finalmente disuelto, es "polvo al polvo". El estado superior o egoístico es de aislamiento. Tal como se dice en los anales de la Biblia\*, un medium puede acercarse a él, pero el ego, después de un corto tiempo, no puede volver a la Tierra, no conoce nada terrenal excepto esos estados mentales-espirituales extremadamente tensos de uno o muchos individuos que buscan las cosas de Dios. Y estas cosas no son terrenales. Esto es mediumnismo real. El medium genuino se eleva a la necesaria altura, pero el ego no puede descender a la tierra, no puede negar la ley del progreso, excepto durante un limitado período de tiempo después de la transición llamada muerte, y entonces esto no es retrogresión. Un medium es como barómetro aneroide, capaz de indicar el grado de ascensión sobre el agua del mar, o del espíritu. Pero tiene que estar presente en el nivel; el nivel no puede descender a él. De aquí que alguien cuando muere es un viajero hacia ese lugar del que nadie regresa. No existe regreso de los difuntos, excepto por medio del nacimiento físico y la reencarnación. Te dejo para que averigües que esto no es transmigración de almas, porque ésta postula la reencarnación en formas animales inferiores como castigo por el pecado; tal cosa no existe. La retrogresión es imposible, y toda la noción no es más que una falsa concepción corrompida, fundada sobre la mal comprendida verdad de la reencarnación, cuyos renacimientos sucesivos son invariablemente progresivos.

Volviendo al Rai y a su decisión de no verme, diré que Gualun sabía que yo todavía no había llegado al estado adecuado, y temía interrumpir mi progreso. Por eso, no permitió que mi

(\*) II Samuel, xii, 23.

"caparazón" le influenciara, tal como pude determinar. Habiendo percibido, no obstante, debido al contacto de su naturaleza supersensitiva, el hecho de mi muerte, él fué más lejos, y aunque sus acciones me negaban que me viera, no obstante, puso en funcionamiento fuerzas para que yo estuviera preparado rápidamente para que él pudiera venir a mí. Pero no sería hasta que mi vida mundana se hubiera desvanecido cuando haría esto; no hasta que me hubiese ido al "país sin descubrir" de Navazzimin. Entonces vino, y el encuentro fué de sencilla alegría, de simpatía sin afectación, entre dos almas iguales ante Dios, no en status de sabiduría adquirida, porque en eso Gualun estaba muy por encima de mí, sino en esa hermandad igual del Espíritu que ahora deseo que reine en la tierra. Lo hará, no obstante, porque el Portador de la Cruz dijo: "¡Sois todos Hijos de un mismo Padre!". ¡He aquí que es así!

Cuando Gualun vino a mí, no traje la esfera de tierra. Haber traído con él condiciones terrenales me habría mantenido atado a la tierra, y me haría una injusticia patente. A ningún ego se le permite nunca, por las mismas leyes de su ser, volver a la tierra con el fin de que no sufra ningún daño. El ser de un iniciado se proyecta a sí mismo al devachan, pero el morador del devachan (cielo) no puede volver otra vez a la tierra hasta que vuelva a nacer en ella otra vez. ¡Ciertamente! ¿Por qué deja el alma la tierra después de la tumba? Porque en devachan asimila los frutos de la vida terrenal que ha llevado. Justo aquí está la explicación de la Palabra de Dios escrita: "Todo lo que tu mano desee hacer, hazlo con toda tu voluntad; porque no hay trabajo, esquema, ni conocimiento, ni sabiduría en la tumba, hacia donde irás". Verdad es que en la tumba no se hace nada. En las siguientes páginas se verá mucho que indicará cuáles fueron mis "obras" entre la tumba y la cuna. Pero observad que toda la tierra se había convertido para mí en una página en blanco. El alma no puede volver excepto cuando reencarna al volver a nacer. Llamarla de vuelta es provocar una revulsión en este proceso, y volverla a asociar con el caparazón astral que el ego dejó atrás a la muerte del cuerpo físico. Tal reasociación revive al astral, por lo que tiene lugar la acción y la reacción entre este astral y el ego, con gran detrimento para éste último. Todo lo que yo "experimenté" fueron sólo los frutos de lo que había hecho; no podía hacer nada nuevo, pensar un pensamien-

(\*) Ezequiel, ix. 10.

to nuevo, experimentar nada que en sí mismo no fuera la expresión de algo hecho antes de que viniera por medio de la tumba. En este reordenamiento y cristalización de mi pasada vida terrenal, el tiempo no contaba. Los dominios del mismo no eran sino la realidad de un sueño vívido, el tiempo no tomaba parte en lo que ya había sido hecho.

Estaba dentro del poder del Rai el reconocerme, pero no lo hizo, para que yo no sufriera daño. De forma similar, está en el poder de todas las naturalezas mediumnicas poderosas (generalmente) pertenecientes a la secta llamada "Espiritualistas" el hacer esto. Esta secta puede llamar a los difuntos, pero a qué alto precio para el ego que se ha ido, ¡y reaccionando sobre el medium hacia éste último! Yo digo que ningún proceso de la Naturaleza ordenado por nuestro Padre Celestial puede ser ni siquiera ligeramente interrumpido; tales actos acarrear un castigo proporcional al conocimiento del culpable, nunca ligero, y a menudo de terrible peso. Si me hubiera quedado para ver, habría visto a Gualun, Hijo de la Soledad, salir en su propia forma astral, después de retirar su forma física a su cámara secreta, para que no le ocurriera ningún daño a su cuerpo mientras él esta fuera del mismo. Y al caparazón-Zailm le hubiera visto irse con él al Incalithlon, y allí habría visto al Rai cómo lo hacía pasar por la Luz no Alimentada. Pero de todos los hombres en la tierra sólo los ojos entrenados de un Hijo podían haber visto lo que pasó. El "caparazón" no emergería del Maxin nunca más. ¿Qué era esto? ¿Por qué destruirlo? Para que no saliera a la tierra e impresionara a gente sensible como el conductor del vaill a quien yo había influenciado en Umaur, y a quien mi "caparazón" podría haber seguido influenciando. Esto habría producido muchos problemas, porque este astral mío estaba repitiendo fielmente mis palabras finales antes de dejar su compañía, cuando dijo a Gualun, allí en el Agacoe: "No estoy muerto". Incluso entonces era como los demás caparazones, su naturaleza de composición dual sólo se mantenía durante el limitado período de tiempo que podía conseguir magnetismo sustentador de cualquier correspondencia terrenal cercana y mantenida recientemente.

En algunos casos tal sustento es suficiente para eras, en otros, siglos, años, días, o incluso minutos, de acuerdo con la inclinación terrenal, o espiritual del descenso. El astral sólo es fuerza vivificada, que lleva a todos los respectos la imagen de su ego, el YO SOY. Incluso las profecías hechas por "espíritus que regresan", profecías que nos llegan años después, quizás no son sino la

precognición impresa del ego en el momento de la partida. Por un instante puede ver el inmenso futuro de las profundidades del tiempo. Y esta visión se imprime en su caparazón astral. Es una energía psíquica. Si los fenómenos puestos en marcha por el hombre son de esa intensa clase vital como la creada por Moisés, Buda, Zoroastro, entonces, mientras un creyente de cualquiera de esos sistemas religiosos se adhiera a los mismos, todo ese tiempo, no más, los "caparazones" de estos profetas continuarán su existencia derivada. La energía psíquica es su palanca de control, energía con forma. Es esta misma energía la que mantiene a las estrellas en sus órbitas, y a los átomos en la suya. Es vital, dual, positiva y negativa. Separar la energía del "elemento fuego" de los antiguos (antiguos para tí, no para mí), fué establecer el foco para un Fuego no Alimentado como el Maxin, y en siglos posteriores, en Israel el poder en el Arca de la Alianza, similar al Maxin, fatal para la vida. Estos puntos focales son pórticos por los que todo el conjunto de fuerzas inferiores de la naturaleza son absorbidas en el contacto. Estos foci son también la única residencia del tan buscado "disolvente universal" de los alquimistas; no es necesario decir que como algunos de estos alquimistas han sido Hijos de la Soledad, han conseguido que el maravilloso "disolvente" les sirviera.

Igualmente obvio tiene que ser el porqué el secreto ha permanecido tan cuidadosamente oculto. Estos foci son verdaderos aurículos del corazón del Universo y, por lo tanto, cualquier clase de energía con forma encuentra aquí su Omega. Consecuentemente, cuando Gualun hizo que mi astral pasara por el Maxin, devolvió a la suma indivisa de la energía cósmica una cantidad de la misma que ya no se usaba en el mundo de la forma. A escala muy pequeña, ciertamente la médula oblongada del cerebro del hombre es tal foco, un punto maxin, donde lo positivo y lo negativo se encuentran. Si no fuera así, la vida sería imposible; destruid ese maxin del cuerpo, incluso con un pinchazo de aguja, y la vitalidad cesa instantáneamente. Pero ya está bien. Gualun vino a mí, ya que yo no podía ir a él. Los que no son iniciados a menudo elevan así en el sueño a sus amigos, pero ciertamente, no saben como hacerlo a voluntad.

Como uno de los puntos importantes de trabajo es explicar estos misterios, me voy a permitir un poco más de espacio para aclarar, sin errores, cómo es que los que están en la tierra pueden adquirir el poder de ir a sus amigos más allá de la División, pero nunca éstos últimos volver a la tierra.

El barómetro de un día en calma registra a nivel del mar un determinado grado de presión de aire, y a un kilómetro por encima de este nivel, en la montaña, digamos, el mercurio en el tubo "desciende" otro grado determinado pero inferior. En ambos casos esto es debido a la presión del aire. Si ahora alguien desea tener el grado que existe a un kilómetro de altura, ¿subirá hasta él, o bajará esta altitud hasta dónde está él? Cuando hay tormenta el barómetro también "desciende", el aire es menos denso, se han producido cambios meteorológicos que de hecho han hecho descender las altitudes, esto es, las condiciones atmosféricas imperantes en las altitudes, al nivel inferior. Así es como se ha creado una tormenta; las condiciones superiores han provocado una. Así es que por el ejercicio de la energía superior un medium en una "sesión espiritista" puede hacer regresar o bajar a un alma que se ha ido a la tumba; pero dará lugar a una tormenta psíquica, y esto es un suceso que habrá que pagar después. La Bruja de Endor creó tal tormenta cuando obligó a Samuel a bajar a la tierra otra vez. ¡Tened cuidado, vosotros los médiums! Si eres, amigo, un "barómetro espíritu" humano, puedes levantar a tus amigos pero nunca, si valoras tu paz de espíritu, o la de ellos, tratar de hacerlos bajar a tus "círculos".

Los que buscan solamente la parte excitante de esta historia harán bien en omitir leer la mayor parte del Libro Primero, y dejar esta parte al lector que busca la razón y la lección de la historia de mi vida, y cómo soy capaz de describir escenas ocurridas hace más de trece mil años.

A través del crimen de Mainin el Incaliz, me ví obligado a buscar mi plano psíquico, y porque yo era yo, y soy yo, ese plano es uno de más o menos aislamiento. Esto quiere decir que este plano estaba poblado con los hijos de mi fantasía, con mis experiencias, mis esperanzas, anhelos, aspiraciones, y mis conceptos sobre las personas, los lugares y las cosas. No existen dos personas que vean de la misma forma el mismo mundo. Para Anzimee, con su conocimiento, el mundo no era el mismo que para Lolix, que lo veía desde otro punto de vista, y en cierto sentido inferior, mientras ninguna de las dos lo veía como el sabio ministro, Menax; y en los tres la visión de la vida era diferente de la que tenía Gualun. Así también el cielo, el devachan, de una persona está lleno de sus conceptos sobre la vida, mientras que el de su vecino a cada lado, por así decirlo, está poblado con otras propiedades mentales peculiares. Ahora bien, el estado después de la tumba, y su conocimiento, aspiraciones y esperanzas de la vida

son las condiciones de su cosecha, en donde nadie actúa, sino que se dan las recompensas de la acción en la vida precedente; es la tierra de Lethe, donde no existe el dolor, ni la pena, ni la enfermedad o la angustia, porque estas condiciones terrenales comenzaron en la Tierra, y forzosamente tienen que terminar en la Tierra. Así pues el karma decreta. El cielo es pasivo, no activo, y los resultados del conocimiento son asimilados allí por el alma; esto es, se hace así para que el nuevo nacimiento sea como la siguiente página del libro de contabilidad de un negocio, todas las vidas antiguas, con la última añadida. Espero no haber sido prolijo. No habrá sido así, si he conseguido dar una comprensión clara de lo que es realmente la relación entre la tierra y el cielo, y que éste último es al primero como el tiempo de descanso de la noche es a la actividad del día. Que nadie suponga que el devachan de alguien que ha cometido errores que le atan a la tierra, y que por estas ataduras tiene que reencarnar, es algo parecido a la gran Vida con la que son coronados aquéllos que son fieles hasta conseguir la muerte de esa serpiente del corazón, la lascivia animal. Las palabras pueden muy bien describir simplemente el devachan, pero no pueden describir esa Vida. Lo finito nunca puede abarcar lo Infinito. Por lo tanto, permitid que entre en vuestros corazones el Infinito.

Según estaba yo pensando en presencia de Gualun, Anzimee, y los otros, que ninguno podía verme, mis poderes terrenales estaban alejándose. El poder que yo tenía un momento antes de ver a las personas, los lugares y las cosas del mundo parecía desaparecer rápidamente, mientras que visiones y sonidos maravillosos los reemplazaban, visiones y sonidos similares a los sueños diurnos de la vida acabada de dejar, excepto que éstos eran reales para mis sentidos, tangibles y reaccionaban mutuamente. ¡Ah, bien! Si los que eran dejados en la primera playa de la Muerte no podían verme o conocer mi presencia, ni yo podía verlos a ellos o a su presencia, ¿por qué no me dejaba llevar sin resistencia de la alegría y la paz y de las nuevas visiones y cosas que venían a reemplazar a lo viejo? ¡Sí! Lo haría. Adios, vida antigua; ¡bienvenida la nueva!

Tan apaciblemente como en un sueño desapareció de mi vista el palacio y las cosas que me eran familiares, y parecía que yo había entrado en un hermoso valle, bordeado de montañas de color azul. Ante mí se alzaba un edificio de apariencia sencilla. Irregular en sus líneas, parecía haber sido construido en secciones, añadidas

a medida que se necesitaban más habitaciones. Qué idea tan excelente, pensé. Estaba formada por bloques de roca, sin pulir, colocadas de forma natural desde el borde. En algunos tramos era de tres pisos de altura, en otros sólo dos, pero casi todas las habitaciones estaban en el piso bajo. ¿Qué clase de gente vivía allí? Ciertamente, gente cuyo abandono arquitectónico imitaba a mi propio corazón. Sentí, antes de verlos, amistad. Con seguridad no carecían de amor a la belleza, porque cubriendo el pintoresco edificio había viñedos perennes, mientras todo alrededor estaba rodeado de bonitos jardines. ¿Debería aventurarme a entrar? Cuando estaba pensando esto, un hombre abrió la puerta que estaba cerca de mí y salió. Me resultaba familiar; ¿dónde lo había visto yo? Había olvidado todo por completo como si nunca hubiera conocido la vida que experimenté como Zailm, hijo de Menax. Mis sentidos estaban dominados por los sentimientos de la adolescencia, y los pensamientos e ideas y el conocimiento simple de la adolescencia en el hogar de la montaña cerca de Pitach Rhok. Al acercarse el extraño que me resultaba conocido, dijo:

"¿No me conoces, a tu padre, Merin Numinos?"

Mientras que esto apaciguó la ligera aprensión que se había levantado en mi consciencia de que yo estaba solo, y por lo tanto, invisible para la gente, sólo apagó la idea que se había desvanecido rápidamente al mirar la casa de bloques de piedra, la idea de que yo estaba muerto. Y no recordaba tal experiencia, y el conocimiento de la muerte había pasado en lo que se refería a mi propio fallecimiento. Me alegré cuando el hombre ante mí me preguntó, y ahora percibía que él era el padre del ideal de mi infancia, pero no al que mi madre había descrito siempre en todo despectivo: ella, ya sabes, no le quería. Pero este pensamiento no apareció entonces; yo sólo sabía que yo le reconocía como a mi padre. Yo estaba enormemente contento de haberlo encontrado, y repliqué: "¡Verdaderamente, te conozco bien!". Entonces él preguntó: "¿Quieres descansar!"

"Como estoy fatigado, lo haré, y sin duda me sentiré mejor".

Ante esto, Merin Numinos me condujo hacia la gran casa laberíntica a la que debo llamar cueva, aunque este nombre pueda parecer falto de elegancia. Era una cueva, limpia, pero tan encantadora y deliciosamente confusa y desordenada; libros y muestras de rocas, y todas las cosas que le gustan a un muchacho estaban esparcidas por todas partes en ese desorden que desespera al ama de casa ordenada. Mi alegría no tenía límites, porque sentí que era un muchacho, sólo un muchacho, y que todavía tenía que

alcanzar la madurez, las posibilidades desconocidas con las cuales parecía llenar todo mi ser con agradable anticipación del futuro; yo era un chico de ánimo exuberante en total libertad en su propio dominio, y en esta habitación estaba libre del temor a una madre ordenada que siempre me había restringido. Sobre una cama, apenas hecha en un rincón de la sombría habitación, yacía un paquete de libros de una biblioteca de distrito, cada uno marcado con la etiqueta: "Pitach Rhok, Distrito 5", en caracteres poseidonios. Estaban en el paso, y los coloqué cuidadosamente sobre el suelo, porque los libros siempre fueron para mí objetos casi sagrados, con el fin de poder descansar en la cama. A continuación me acomodé para dormir sobre el aspero cojín que siempre me había parecido más suave y agradable de recordar que ningún otro cojín de mi vida en Caiful. No es que supiera esto cuando me acosté, sólo sabía que experimentaba un estado de cosas de acuerdo con mis deseos. Yo no tenía ninguna idea clara de ningún suceso de la antigua vida en Poseidonis, ni recuerdo de la muerte, nada. Todo se había ido como los sucesos de algún sueño que nos esforzamos en vano por recordar por la mañana a la hora del desayuno. Y, sin embargo, cuando me encontré con cosas en el nuevo estado, similares a las que conocí y amé antes, cuando encontré cosas aquí tales como las que acostumbraba a soñar que algún día llevaría a cabo, entonces, las nuevas realidades que, después de todo no eran nuevas, parecían totalmente satisfactorias, con el encanto añadido del logro, aunque no podía recordar lo antiguo.

"Toda la escena que me da la bienvenida,  
De alguna forma extraña reconozco  
Como alguien cuya parte mística  
Siento prefigurada en mi corazón".

La naturaleza aquí, aunque presentaba algunas novedades, no era suficientemente diferente como para atraer una atención especial.

Un día me levanté y me fuí de las escenas de esta vida de adolescente reproducida. La cortina se levantó sobre las cosas derivadas de la última vida después de dejar Pitach Rhok para ir a Caiful, y me encontré ahora en medio de la adquisición de conocimiento para el gran grado de Xio-Incala, un grado incluso mayor que el que cualquier científico del mundo moderno haya conseguido. Pero esta fase del devachan pasó pronto porque, no

habiendo alcanzado tal grado en la Tierra, no habiendo ni siquiera tratado de conseguirlo, no tenía base real de la que extraer escenas devachánicas. Así pasó el tiempo a mi alrededor, algunas veces con egos reales de personas terrenales difuntas que habían trabajado conmigo íntimamente en la tierra, y que compartían conmigo los resultados de la colaboración. En otras ocasiones, me quedaba a solas con mis conceptos que, no obstante, parecían tan reales como las personas de verdad, porque todo parecía completamente real. Lolix estaba aquí en sus mejores aspectos; pero el pecado cometido en nuestro día estaba contra nuestro regreso a la Tierra.

Resultaba perfectamente natural encontrarme con Anzimee una noche cuando vagaba por la playa de un mar adyacente a un desierto artificial, donde todas las cosas estaban colocadas en armonía con mi soledad ideal a la que, en el torbellino de Caiful, yo había soñado un día que la llevaría cuando estuviéramos casados. Fué dulce, cuando nos encontramos, oír la llamarme "esposo", y la paz después de la acción fué todo lo deliciosa que imaginé que sería.

Pero mi pluma va por delante del lugar que le corresponde. Volviendo a la cueva:

Sin desvestirme, porque el aire era cálido, me tumbé y me dormí. Cuando me desperté pasé por el camino al jardín. Había habido un cambio. Yo era mayor; el paisaje era diferente, y las casas eran más parecidas a las que mis necesidades más maduras habían pintado como necesarias cuando todavía vivía cerca de Pitach Rhok. Ya no había un río en primer plano, sino un ancho mar con sólo la cercana playa visible. El cambio era concordante con los posteriores deseos de mi juventud. Estas alteraciones, aunque sorprendentes al considerarlas desde un punto de vista terrenal, físico, no eran sorprendentes ni extraordinarias para mí. Qué clase de vida o condición era ésta que permitía tales cambios, pero que no me parecía algo extraordinario, a mí, al que lo observaba? Incluso la verdad no debería decirse en una frase prolija, y todo lo que puede responderse ahora es que era la vida después de la muerte, para ser ligeramente paradójico. Pero ésta no es la Gran Vida con Dios.

¿Se consumió tiempo al efectuar estos cambios, o esto era una especie de tierra de lámpara de Aladino donde se frotaba la lámpara y se instalaba otro juego de apariencias de forma instantánea? Ni siquiera me paré a considerar todo esto, porque no se me ocurrió tal conjetura. Para mí, las cosas eran reales. ¿Es la tierra

real? El Espíritu, Dios, es real, y la Tierra y el Universo son el fiat, o ideas exteriorizadas de Dios. Las cosas de la tierra son palabras de la gran Palabra de Dios, hablándonos a nosotros. Así, también, son las cosas del devachan o cielo. Ambas son reales, opuestas, pero sólo reales dentro de nosotros, no fuera de nosotros. Busqué a mi padre, Merin Numinos, y pregunté: "¿Cuánto tiempo he dormido?". No era más que un hábito de pensamiento el preguntar esto, porque no tenía otro motivo. Que, en el proceso de la muerte, los hábitos mentales no se extinguían junto con los recuerdos o sucesos de la vida, quedaba probado por mi acción al oír la respuesta de mi padre:

"Has dormido durante varios años".

"¡Años!", ¿exclamas? No era extraordinario para mí oír este relato de un sueño de Rip Van Winklian. No, pero mi hábito mental que estaba orgulloso de su apariencia personal y atuendo impecables, me obligó a mirar mi vestimenta para ver si no estaba muy usada debido a ese largo tiempo. La alusión a varios años atrajo mi atención, por lo que comprobar que mi atuendo era presentable, aunque todavía miré a mis vestidos, fué algo automático. Dije:

"Has dicho años; también otra cosa: has dormido desde que llegaste a este país. Ahora, te ruego que me digas, ¿he estado antes en algún otro sitio?".

No recibiendo respuesta, levanté los ojos, sólo para encontrarme con una mirada de mi padre como la de una estatua. Evidentemente él no sabía nada de mi anterior estado, ni, por la misma forma de mi pregunta, yo sabía más que él.

La muerte era otra cosa a la que nunca se hacía referencia, porque en el instante en que las almas promovidas ya no pueden imprimir su existencia sobre los que son dejados en la tierra, reconocen que están en medio del cambio llamado muerte, del cual fueron quizás conscientes durante todos los días de su vida. Como la religión exotérica entonces, sí, y ahora, también, enseñan que no hay más que una muerte, el morador del devachan no sabía o conjeturaba que hubiera otra. Por eso, la muerte para el alma desencarnada era y es un concepto desconocido. Bien, no existe una cosa llamada muerte como un hecho. Igualmente, tampoco el dolor y la pena. El devachan menor es como el devachan mayor (Nirvana), un estado que se menciona de forma especial en Apocalipsis xxi:4. Ahora, amigo mío, no estoy postulando una discusión; tengo que rehusar discutir, y aunque con dejo de métodos medievales, también tengo que rehusar razonar contigo.

Es el propósito de esta historia establecer lo que yo sé por experiencia; no establezco ideas teóricas. Si tomas cualquiera de los asuntos menores dejados sin explicar en el santuario interno de tu alma y allí meditas sobre ellos, entonces éstos se harán claros para tí, y serán como el agua que calma toda la sed, si son conseguidos así. ¿Tienes oídos para oír? Entonces oye el consejo. Me dirijo sólo a aquéllos que siguen estas páginas para beneficiarse de ellas.

Como el habitante del devachan no conoce más que un cambio; y como éste es tan diferente del que le fué enseñado a temer en la religión, muchas de las almas que entran en el cielo piensan en el momento de la muerte que no existe la muerte, y que las enseñanzas recibidas en la tierra de los sacerdotes no eran más que ficciones eclesiásticas. Ni tampoco están equivocadas hasta ahora, porque no existe otra muerte que el mero cambio de estados de existencia de objetivos a subjetivos, excepto la segunda muerte, de la que hablo en la página final. Para ser paradójico, la muerte es diferente porque no es diferente, hasta donde ellos pueden percibir, de la rápida visión de la vida que acaba de terminar, una visión que todas las almas tienen, no importa cuán breve pueda ser. Por lo tanto, yo no estaba consciente de la ficción llamada muerte cuando pregunté al padre que encontré allí si yo no había estado siempre allí.

La religión enseñaba en aquella antigua época, al igual que lo hace ahora, que con la muerte venía el cese de toda la pena terrenal. Esto es cierto durante un tiempo limitado por la duración de la estancia del alma en el devachan. Estas brumas nacidas en la tierra no entran allí debido a que al ser nacidas en la tierra tienen necesariamente que morar en lugares de la tierra e influyen sólo a los que están en la tierra.

"El mal que los hombres hacen les sobrevive".

Ciertamente, y en forma de disposición cristalizada para hacer el mal, yace esperando su retorno a la vida terrenal; es la erróneamente llamada tendencia "adámica" a pecar, y mientras el pecador está libre de su poder en devachan, la semilla, como cizaña con el trigo, está preparada para hacer crecer una cosecha de dolor junto con la vida en crecimiento del recién reencarnado; y hasta que alguna buena acción expie por el mal hecho, este mal continuará creciendo. Afortunadamente, el hombre tiene una eternidad en la

que poder pagar\*, y siguiendo las leyes de Dios y siendo fiel a la rectitud, cualquiera que sea su origen, la cizaña será arrancada poco a poco. Un acto bueno borra el malo, y uno llevado a cabo es "a menudo enterrado con los huesos", completando así la filosofía de Hamlet.

Todos los que estaban a mi alrededor eran los que amaba. A medida que el tiempo parecía transcurrir, fuí consciente de la presencia de cada uno de mis amigos. Anzimee, Menax, Gualun, Ernon, Lolix sin la sombra, todos esos y miles más que no tienen nombre para el lector estaban allí. No vinieron; no, estaban en mí, cada uno como yo los había concebido. Estos eran mis conceptos, porque eran subjetivos, no objetivos; eran mis ideales, no gente real; y formaban mi mundo. No se me ocurrió que no eran reales. ¿Se te ha ocurrido alguna vez a tí, lector, que el mundo de tus sentidos es el único mundo que tienes? Que si no tuvieras vista, ni olfato, ni oído, ni gusto, ni tacto, no tendrías mundo aunque tu alma estuviera aprisionada en un cuerpo así muerto, pero vivo como un vegetal? Tal como el alma de cada hombre, mujer o niño vivo es diferente de las demás almas, así también el mundo es diferente para cada persona—no el mismo precisamente en cualquiera de cada dos casos. Ahora bien, es el registro del alma, hecho en sustancia mental imperecedera, lo que constituye la mayoría de la vida después de la tumba; el registro se funde en una realidad, y todo parece igualmente real, tan real como cuando los sentidos combinados lo percibieron por primera vez; en realidad, esta vida posterior es una vida terrenal reconstituida y a la inversa, subjetiva ahora, en vez de objetiva. Mi supuesto amigo

(\*) No confundir "pago" con "expiación". Jesús expió por nosotros con Dios. Nosotros sólo podemos comenzar a pagar cuando, habiendo obtenido perdón por medio de Jesús, tratamos de Vivirlo. Hasta que no nos consagremos a Cristo, no podemos conseguir reconocer que somos Suyos porque Le pertenecemos. Cuando reconocemos esto, entonces reconocemos que Le pertenecemos, y que El nos pertenece. Entonces, y sólo entonces, podemos empezar a pagar nuestro karma. Y si nosotros "nos vamos y no pecamos más", entonces El igualará nuestra deuda de karma, y seremos liberados por El, liberados ¡o prestados otra vez! El karma se cierra para alguien por quien se expía de esta forma, y su oportunidad para reparar comienza. Para alguien en esa situación ya no es necesario reencarnar, porque ¿acaso no tiene al HIJO? Y eso es Vida Eterna. ¿Qué quiero decir con tener al Hijo? ¿Y por ser consagrados a Cristo? ¿Es este, pues, el único postulado de la iglesia? No, más, amigos. Lo Divino es eterno, infinito. Lo Humano es finito. Cuando el hombre despertado llega a conocerse, elige el camino que tomará. Esta elección es el cruce a lo Divino por parte de lo Humano; es pertenencia por parte del Hijo, que está dentro de nosotros.

puede ser un enemigo real, pero si muero pensando que él o ella es un amigo, ese concepto es el que me llevo a la vida posterior, y viceversa.

Así, todos a mi alrededor eran amigos. Las cosas de los registros de mis sentidos, y los lugares, eran las escenas donde todos esos amigos se movían. Pero mientras yo tenía mi mundo a mi alrededor en esta forma, un concepto de mí existía en el mundo imaginado de cada uno de los amigos que yo tenía. No es que yo estuviera con ellos, pero su concepto de mí estaba con ellos. Esto en relación con la realidad de todos esos conceptos que eran no-involutivos, sencillos y fácilmente asimilables al ser recordados en el registro astral o, digamos, en las placas de memoria del alma, de cada incidente, pequeño o grande, sencillo o complejo, impulso, o incluso actividades mentales inconscientes. Pero ahora, toma nota de una característica de sumo interés, en tanto en cuanto afirma lo que parece que yo he negado: cualquier asociación real del alma en devachan con las otras almas individuales. El devachan sería ciertamente un cielo terrible si los amigos de la vida del mundo no fueran nunca algo más que "rostros en el sueño". Sueños son, si los incidentes creados con nuestras esperanzas en la Tierra, y en el devachan colocados como reales a toda apariencia, fueran un hecho simple. Pero si, por contra, fuera tan complejo como que para resolver su ecuación se requiriera el esfuerzo conjunto de dos almas trabajando en armonía, entonces también en devachan los resultados de este acto complejo afectarán a ambas almas, y durante la asimilación de sus resultados, esto es, durante la cristalización de tales resultados hasta convertirse en rasgos de carácter, ambas almas estarían realmente juntas igual que lo estuvieron en la Tierra. Si más de dos personas estaban involucradas en la Tierra, así también esas almas se reunirán en devachan. Cuando el proceso se completa, llega la separación. Así sucedió que en un momento de experiencia asimilativa, todos mis conceptos fueron solamente fantasmas, como las personas de los sueños nocturnos de alguien; el siguiente momento fué más complejo, ya que mis asociados eran egos reales como yo. Para mí todo esto era desconocido; todo parecía real, y a lo mejor, quizás lo era. Pero es agradable sentir que uno trabaja con un hijo querido, un padre, hija, madre, esposa u otro amigo; que las consecuencias de los sucesos más graves de nuestras vidas cotidianas aquí nos reunirán otra vez en el cielo de nuestras esperanzas; que la esposa que tenías en tu corazón, y a quien confiaste planes de amor para el bienestar de los seres queridos, y que para realizar ambos tú y ella

tuvisteis que trabajar noblemente, seriamente, cruzará el abismo que la muerte abre para vuestros cuerpos, y estará contigo o tú con ella, allí en Navazzamin. Es agradable que tu madre, padre, u otro querido amigo esté en ocasiones realmente contigo allí; y que juntos podáis reunir vuestros distintos registros, y disfrutar en una realidad aparente de lo que no fué en la tierra más que una esperanza que nunca se materializó.

Al encontrarme con Anzimee, que todavía vivía en la Tierra, en ocasiones me encontraba con mi concepción de ella, otra veces su propio ser superior. ¿Cómo era posible esto último? Porque ella me echaba tanto de menos que desarrolló la capacidad de proyectar su alma pura hasta mi plano. Esto no era solamente placentero y beneficioso para ella, dándole un asidero sobre las cosas invisibles, de las que el apóstol Pablo habla, sino que era una sagrada alegría encontrarme con ella así; ella venía a mí, pero yo no podía regresar a ella. No existe la retrogresión.

En comunión con estos ideales yo tuve mi recompensa, porque nada ocurría que fuera contrario a mi deseo. Pero al experimentar esta recompensa, también inconscientemente asimilé el valor de la anterior vida en la tierra. Así pues, mi conexión con la política en Poseidonis me había puesto en contacto con hombres y formas, y de este contacto nacieron esquemas en los que yo tenía que desempeñar un papel importante. Estos esquemas eran ahora traídos al estado subjetivo, y como tales, parecían estar en proceso. De estas acciones aparentes se desarrollaron mis capacidades, y se probó el valor de mis concepciones. Todo esto dió como resultado la elaboración de una deducción concreta que se convirtió en parte de mi ser mental; y de aquí que en una nueva reencarnación yo saldría al mundo poseyendo órganos frenológicos de poder aumentado para manejar las cuestiones políticas y sociales. Quizás este poder no sería empleado de forma activa, debido a la existencia de otras tendencias más fuertes, pero no obstante, el poder podría ser aumentado y estar preparado para uso si era necesario. Lo mismo sería cierto de todas estas almas realmente asociadas conmigo, tanto previamente en la Tierra como después en el cielo, los resultados, valores y resúmenes de nuestro devachan conjunto les daría nuevas características mentales, o aumentaría la fuerza de las antiguas, y la reencarnación nos volvería a asociar otra vez en la Tierra. Y así ha sido, porque de otro modo nunca podría haber escrito esta historia para vuestro beneficio, querido lector. Mi educación como geólogo en Xioquithlon fué probada en este mismo cielo subjetivo, y de esta prueba obtuve más habilidad

como geólogo, un conocimiento intuitivo de la geología y un deseo de estudiarla después de la reencarnación. Los libros servirían para sacar a la luz la tendencia hacia la geología que yo pudiera manifestar. Tengo que seguir con otros ejemplos sobre el proceso de resumen y de acoplamiento experimentados por aquéllos que tienen tanto la tumba como la cuna entre ellos y la Tierra. Pero esto bastará para dar una idea al lector de que las verdades están aquí y endulzan los

"Pensamientos de la última hora amarga...  
De terrible agonía, y de sudario y palidez".

Espero, amigo mío, que este esfuerzo para hacer a la muerte menos terrible, por medio del relato de mis propias experiencias de ella, será coronado con el éxito, y que estas palabras te sustenten para que

"Te acerques a tu tumba  
Como alguien que se envuelve en el tapiz en su diván  
Y se acuesta para tener dulces sueños".

Zarón Colburn, el maravilloso muchacho matemático, no adquirió su conocimiento en los colegios de esta era moderna, sino que lo trajo como un legado de los siglos muertos, de sus vidas anteriores; su latente poder fué educado. No voy a discutir contigo, amigo, el hecho de que si tú hubieras tenido una vida anterior en la Tierra, "no podrías haberla olvidado, sino que habrías traído contigo recuerdos de ella". No, no discuto. Yo sólo dejo a tu propia inteligencia el decidir si no estoy en lo cierto cuando digo que tú recuerdas que los hábitos de la vida crecen por las acciones repetidas de la adolescencia, pero los detalles y los recuerdos de las mismas han desaparecido. Y sabiendo que esto es así, decide si no crees absurdo que las acciones de una vida experimentada hace siglos pudiera ser recordada, más especialmente cuando todo el intervalo fué pasado en un plano diferente de la vida, donde ningún recuerdo penetra nunca, no podría por las leyes de Dios. Sé de lo que hablo.

Con el tiempo llegó un momento en que no me preocupé más por la apariencia de la acción, ni por esos conceptos de personas, lugares, o cosas conectados con una aparente actividad. Ahora me interesaba principalmente permanecer en algún lugar tranquilo y escuchar a Anzimee, la real, no el concepto, cuando me leía o me hablaba. Dormí mucho también. Una mañana no me levanté; no

tenía ganas. No estaba enfermo; nadie conoce la enfermedad en devachan. Pero yo había perdido todo deseo de ver u oír más de lo que fuera. Me sentí languidecer realmente, pero no de debilidad. Así que me volví al otro lado, de cara a la pared, y dormí. Fué el último suceso en el último capítulo del largo descanso de una vida que, aunque no lo sabía, había durado doce mil años de las acciones de los hombres en la Tierra. La muerte nunca había aparecido en ese hogar del alma, porque mis conceptos no murieron, sólo desaparecieron de la vista de su creador. Incluso las almas reales de los hombres o mujeres no murieron. No. Pero cuando vinieron, uno después de otro, para el despertar retributivo en la cuna, si sus vidas en el cielo estaban todavía asociadas a la mía, si no se habían ido a algún lado del devachan, como los vecinos en la Tierra se separan y ponen un mundo entre ellos, entonces ellos desaparecían, al igual que mis conceptos desaparecieron cuando yo había asimilado su valor. Desaparecieron porque todas las obras de vidas anteriores en la Tierra habían cristalizado como rasgos de carácter, y estaban preparados para la vida en la Tierra otra vez. Sólo yo era consciente de mi propio cambio, no podía ser consciente del suyo. Yo estaba preparado para la actividad una vez más. Dormí, y en este sueño morí a esa vida de pasividad y desperté a la de la Tierra, un bebé en la cuna. Nacido para ver a mi Maestro en esta vida, ¡y entrar en el Gran Descanso con él!

---

NOTA.—Pero una vendrá después de mí que os dirá mucho más que yo sobre la Gran Profundidad de la Vida. Esperad las palabras de ella.

—El Autor.

FIN DEL LIBRO PRIMERO